

DEL BUEN CAUTIVO Y DEL MAL SALVAJE  
NAUFRAGIOS Y CAUTIVERIOS DE JERÓNIMO DE AGUILAR

MONOGRAFÍAS

17

CARLOS CONOVER BLANCAS

Del buen cautivo y del mal salvaje

Naufragios y cautiverios de Jerónimo de Aguilar



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Mérida, 2012

Primera edición: 2013

Fecha de término de edición: 7 de marzo de 2013

D. R. © 2013, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Ciudad Universitaria. Del. Coyoacán,  
C. P. 04510, México, D. F.

CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

Ex Sanatorio Rendón Peniche

Calle 43 s.n., col. Industrial

Mérida, Yucatán, C. P. 97150

Tels. 01 (999) 9 22 84 46 al 48

Fax: 01 (999) 9 22 84 46

Página web: <http://www.cephcis.unam.mx>

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio  
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

ISBN 978-607-02-4190-1

Impreso y hecho en México / Printed in Mexico

## ÍNDICE

DEL MAR Y SUS TORMENTAS . . . . .	7
LOS NAUFRAGIOS . . . . .	17
Écija . . . . .	17
La Española . . . . .	24
Veragua . . . . .	36
Urabá . . . . .	51
El Darién . . . . .	66
La Víbora . . . . .	75
Xama-Xamanzama . . . . .	83
¡Dios y Santa María y Sevilla! . . . . .	95
Conquistador . . . . .	104
LOS CAUTIVERIOS . . . . .	117
Un mar de cautivos . . . . .	117
Por rutas distintas: Pedro Mártir de Anglería y Gonzalo Fernández de Oviedo . . . . .	124
Los enigmas de Francisco López de Gómara . . . . .	141
Jerónimo de Aguilar en la poesía del Siglo de Oro . . . . .	159
Francisco Francisco Cervantes de Salazar y su buen cautivo . . .	176
NUESTROS CAUTIVERIOS . . . . .	189
De cuentos macabros y memorias baldías. Jerónimo de Aguilar en la literatura del siglo xx . . . . .	189
CONSIDERACIONES FINALES . . . . .	213
REFERENCIAS . . . . .	217



## DEL MAR Y SUS TORMENTAS, A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Gonzalo Fernández de Oviedo, uno de los principales cronistas del siglo xvi que estudió la historia del descubrimiento y la conquista de América, terminó su trabajo, la *Historia general y natural de Las Indias*, tras referir las grandes proezas realizadas por sus compatriotas, así como las respuestas de los pueblos nativos a la invasión, con una sección dedicada a los naufragos de los mares del Nuevo Mundo: el libro L. Su intención era recordar que, junto a las grandes victorias, también habían sucedido terribles tragedias. El propio historiador había sufrido tormentas y zozobras en el Caribe, experiencias por las cuales no ponía en duda la certeza del viejo proverbio popular español que decía: “Si querés saber orar, aprended a navegar” (Fernández de Oviedo V: 308).

El infortunio marítimo fue uno de los grandes peligros de todos aquellos que cruzaron el Atlántico en busca de fortuna en América durante el siglo xvi. El mismo Cristóbal Colón, almirante de la Mar Océano, naufragó durante su cuarto viaje de 1502 a 1504, aquel en el cual recorrió la costa de Centroamérica desde el golfo de Honduras hasta el istmo panameño desafiando las fuerzas de la naturaleza, dado que navegó en contra de la corriente del Caribe. Durante buena parte de dicha travesía enfrentó una tempestad épica:

En todo este tiempo no entré en puerto, ni pude ni me dejó tormenta del cielo, agua y trombones y relámpagos de continuo, que parecía el fin del mundo [...] Ochenta y ocho días había que no me había dejado espantable tormenta, atando que no vide el sol ni estrellas por mar; que a los navíos tenía yo abiertos, a las velas rotas y perdidas anclas y jarcias, cables, con las barcas y muchos bastimentos, la

gente muy enferma y todos contritos y muchos con promesas de religión y no ninguno sin otros votos y romerías (C. Colón 190).

Sin embargo, fue durante el tornaviaje a la isla de La Española (Haití y Santo Domingo), cuando sucedió la tragedia. Colón naufragó en la isla de Jamaica y debió esperar un año para ser rescatado (H. Colón 314-335).

La Providencia Divina fue benigna con el ilustre navegante, si se compara su naufragio con el de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, miembro de la expedición que pretendía conquistar la Florida en 1527. Álvaro Núñez jamás olvidó el último diálogo que sostuvo con el capitán general, Pánfilo de Narváez, cuando cada uno comandaba una barca en las costas del golfo de México:

Yo le dije que, pues vía la poca posibilidad que en nosotros había para poderle seguirle y hacer lo que había mandado, que me dijese qué era lo que me mandaba que yo hiciese. Él me respondió que ya no era tiempo de mandar unos a otros; que cada uno hiciese lo que mejor le pareciese que era para salvar la vida, que él así lo entendía de hacer, y diciendo esto, se alargó con su barca (Núñez 35-36).

De los aproximadamente seiscientos hombres que integraban la empresa sólo sobrevivieron tres, quienes llegaron caminando, muchos años después, al occidente de la Nueva España. El capitán general Pánfilo de Narváez, el mismo a quien Hernán Cortés derrotó en Cempoala, no fue uno de ellos.

Los anteriores son tan sólo un par de ejemplos de cómo el naufragio ponía al descubierto la fragilidad humana. El mar podía despojar en un instante a los aventureros de todos los medios con los que proyectaban realizar sus designios. Repentinamente los planes de conquista y las ambiciones de riqueza daban paso al objetivo simple y llano de mantener la vida, por todos los medios imaginables. Buscar agua, comida y un lugar adecuado para vivir se transformaban en las actividades primordiales. Las fuerzas restantes se consagraban a mediar con los compañeros de infortunio, ya fuera respetando el orden previo a la tragedia náutica o bajo otro radicalmente diferente. El trato con los habitantes de las tierras donde se moraba, o por donde se pretendía avanzar, era otro asunto de vital importancia. El proceder ante los indígenas podía variar desde la hostilidad hasta la integración a su cultura. Aquellos



que no realizaban lo último y caminaban infatigablemente, construían barcas o esperaban con paciencia, eran movidos por el vivo deseo de volver a su mundo o, para usar la frase de la época: “Vivir y morir cristianos”.<sup>1</sup>

Los náufragos americanos no fueron los únicos infortunados que ansiaron regresar a su mundo. En otras tierras, mucho más próximas a la península ibérica, los cautivos, cristianos esclavizados por los musulmanes, elevaban sus oraciones al cielo para volver a sus hogares. Miguel de Cervantes Saavedra, quien padeció este destino, expresó la desdicha del cautiverio en un romance cantado en la obra de teatro *Los baños de Argel*:

A las orillas del mar,  
 que con su lengua y sus aguas,  
 ya manso, ya airado, llega  
 del perro Argel las murallas,  
 con los ojos del deseo  
 están mirando a su patria  
 cuatro míseros cautivos  
 que del trabajo descansan;  
 y al son del ir y volver  
 de las olas en la playa,  
 con desmayados acentos  
 esto lloran y esto cantan:  
 “¡Cuán cara e[re]s de haber, oh dulce España!”  
 Tiene el cielo conjurado  
 con nuestra suerte contraria  
 nuestros cuerpos en cadenas,  
 y en gran peligro las almas.  
 ¡Oh si abriesen ya los cielos  
 sus cerradas cataratas,  
 ya en vez de agua aquí lloviesen  
 pez, resina, azufre y brasas!  
 ¡Oh, si se abriese la tierra,

<sup>1</sup> La frase “Vivir y morir cristiano” fue una de más usadas por un sinnúmero de cautivos y renegados que volvieron a tierras cristianas tras haber pasado años entre musulmanes. Resumía el haber mantenido la religión, elemento central de la identidad, durante el paso por una sociedad islámica. Así como el deseo y la fe inquebrantable en la vuelta (Bennassar y Bennassar 508).

y escondiese en sus entrañas  
 tanto Datán y Virón,  
 tanto brujo y tanta maga!  
 “¡Cuán cara eres de haber, oh dulce España!” (web).<sup>2</sup>

Miles de personas sufrieron la condición del cautiverio como consecuencia de los enfrentamientos entre los estados cristianos y musulmanes de la época. El mayor de todos ellos, sin lugar a dudas, fue la titánica lucha entre los imperios español y turco, cuyo escenario fue el mar Mediterráneo.<sup>3</sup> Como consecuencia, miles de súbditos de la corona de Castilla y Aragón terminaron sus días en Argel, Túnez o la mismísima Estambul. Muchos vivieron y murieron cristianamente, pero otros, los renegados, eligieron vivir y morir bajo la protección de Alá.<sup>4</sup>

Parecerá extraño iniciar con un tratamiento sobre los naufragos españoles en América y los cautivos cristianos en el Mediterráneo un estudio dedicado a Jerónimo de Aguilar, personaje recordado por ser intérprete de la hueste cortesiana durante la invasión del imperio mexica y por vivir entre los mayas de Yucatán antes del arribo de las armadas de descubrimiento y conquista.

<sup>2</sup> Cervantes de Saavedra fue apresado por una escuadra musulmana en 1575 y conducido a Argel. Permaneció cautivo cinco años, porque sus captores pensaron que era un personaje importante y pidieron un rescate alto. Cervantes intentó huir en varias ocasiones, junto a otros compañeros, pero fracasó o fue descubierto en cada oportunidad. Estaba a punto de ser llevado a Constantinopla cuando lo rescató una misión redentora trinitaria. A su regreso a España, realizó diversas obras literarias en las cuales el cautiverio en Berbería era el tema central. Intentar huir en todo momento, orar y no perder la fe en la redención, aquél era el camino del cristiano en poder de musulmanes conforme al ilustre autor. Se recomienda la lectura de las dos obras de teatro citadas en este trabajo: *Los baños de Argel* y *El trato de Argel*. En ellas el autor introduce a una multitud de personajes realistas con diversas historias sobre el cautiverio.

<sup>3</sup> El imperio otomano avanzó arrolladoramente por Europa, Asia y África desde el siglo XIV: “Desde su primer desembarco en Europa, en 1353, se cuentan las victorias de Nicópolis (1390), y de Varna (1444), la toma de Constantinopla (1453), de Bosnia (1462), de Albania (1467), y de Crimea (1474), que fueron seguidas por el desembarco en Otranto (1480), la ocupación del Peloponeso (1502), la derrota de los persas (1514), la conquista de Egipto (1517), la anexión de Hungría (1526) y el sitio de Viena (1529). En el mediterráneo oriental los turcos se hicieron señores del Magreb” (Taboada 45).

<sup>4</sup> Es justo decir que miles de árabes y turcos corrieron el mismo destino en la península ibérica, aunque entre ellos hubo menos conversos al cristianismo.

Sin embargo, existen dos poderosas razones para ello: Jerónimo de Aguilar fue un náufrago del Nuevo Mundo, al que sus contemporáneos tuvieron por un cautivo entre paganos americanos, semejante al prisionero de los infieles.

Lo anterior hace necesario presentar al personaje a quien se dedicó este trabajo. Jerónimo de Aguilar fue un joven diácono que abandonó su tierra natal (Écija, Andalucía) para acompañar a un pariente suyo, Marcos de Aguilar, alcalde mayor del gobernador de Indias, Diego Colón, rumbo al Nuevo Mundo en 1509. El clérigo fue seducido en La Española por la ilusión de formar parte de una expedición que deseaba colonizar una tierra de fantásticas riquezas llamada Veragua (el occidente del istmo panameño), y abandonó la casa de su protector para perseguir un sueño, que se transformó en pesadilla. Tres años después, en 1512, cuando estaba a punto de regresar a la isla antillana, su endeble barca zozobró en las aguas de Jamaica y la corriente del Caribe lo condujo, padeciendo indecibles sufrimientos, hasta una costa desconocida por los hispanos. Ahí, fue curado por los naturales de la tierra, los mayas del oriente de la península de Yucatán y, como una ironía del destino, el diácono cristiano se transformó en sirviente de un sacerdote pagano de la gran ciudad Xama-Xamanzama (Tulum-Tancah). Siete años después, con la piel bronceada y a punto de olvidar la lengua materna, Aguilar fue rescatado por una expedición de conquistadores. El náufrago abrazó la nueva aventura y se desempeñó como un hábil intérprete durante la conquista del imperio mexica. Finalmente, disfrutando la encomienda de varios pueblos de calidad en las tierras recién sojuzgadas, olvidó su carrera eclesiástica y formó una familia con una noble tlaxcalteca.

De igual modo, es preciso decir que hubo un proceso historiográfico durante el siglo XVI conforme al cual se interpretó la vivencia del náufrago entre los mayas como un cautiverio. Las palabras “cautiverio”, “servidumbre” y “esclavitud” fueron empleadas por prácticamente todos los historiadores de aquella época para referirse a lo vivido por Aguilar en la península de Yucatán. Al indagar su significado se cayó en la cuenta de que el cautiverio y la servidumbre eran representaciones sociales íntimamente relacionadas, y fuertemente arraigadas en ambas orillas del mar Mediterráneo de aquella época. Cuando se profundizó su estudio, se descubrió que su simple mención evocaba un mar de historias y representaciones. El universo historiográfico no bastó, la experiencia de Aguilar entre los mayas también fue abordada

por varios poetas del siglo xvi en sus obras sobre la conquista de México. Se basaron en lo escrito por Francisco López de Gómara, historiador español de mediados de la centuria, y respondieron a un proceso de la literatura de cautiverio hispana de la época, en el cual se transitó de fórmulas establecidas siglos atrás en el imperio bizantino a un interés por las condiciones reales del cautiverio cristiano. Así, se exploró la posibilidad de que lo escrito por cronistas y poetas se relacionara con el Magreb y la península ibérica, más que con Mesoamérica.

Mi interés por Jerónimo de Aguilar tuvo su origen en una primera inquietud por analizar el pasaje de las *Décadas del Nuevo Mundo* de Pedro Mártir de Anglería, conforme al cual varios compañeros del infortunio marítimo del andaluz fueron sacrificados y comidos por un cruel y oscuro señor de Yucatán. Me negaba a creer la veracidad de la noticia dada por el historiador y deseaba argumentar que se trataba de un error de interpretación, provocado por la alteridad del salvaje americano.<sup>5</sup> Pero con el paso del tiempo el acercamiento original se transformó en un interés por Jerónimo de Aguilar como personaje histórico, historiográfico y hasta literario. Aunque la cuestión de la antropofagia continuó siendo motivo de reflexión.

Las razones del cambio fueron diversas. Conocer las desgracias de los miembros de la expedición colonizadora de Veragua, así como las particularidades de las culturas precolombinas de la macroárea cultural llamada “área intermedia”. Leer los trabajos fascinantes sobre cautivos y renegados del norte de África, al igual que las obras literarias del propio siglo xvi que abordaban sus destinos. Descubrir a los grandes historiadores de Indias, quienes consideraron de manera diversa a los pueblos americanos y a sus conquistadores. Advertir las relaciones íntimas entre la representación del universo social, los personajes historiográficos y las ficciones literarias.

El interés por Jerónimo de Aguilar como personaje histórico e historiográfico planteó la necesidad de realizar una investigación de cada tipo, y de precisar lo que se entendía por cada una. La investigación histórica tiene como objetivo conocer la vida de los seres humanos a lo largo del tiempo.<sup>6</sup> Implica

<sup>5</sup> Para más información sobre la representación del salvaje americano, y la historia de los “hombres salvajes” europeos, véase Bartra.

<sup>6</sup> Marc Bloch lo expresó del siguiente modo: “‘Ciencia de los hombres’, hemos dicho. Todavía es algo demasiado vago. Hay que añadir: ‘de los hombres en el tiempo’. El historia-

acercarse a sus vivencias e indagar cómo su vida individual se inscribe en su tiempo y se relaciona con los procesos históricos de su época. En palabras de Lawrence Stone, al relatar “la historia de una persona o la de un acontecimiento dramático, no se hace por esa persona o ese acontecimiento en sí mismo, sino para arrojar luz sobre el modo de funcionamiento de una cultura o de una sociedad del pasado” (Iggers 59).

El análisis historiográfico es el método a través del cual un historiador examina y entiende la obra de otro discípulo de Clío, sea contemporáneo o separado por la distancia de los siglos. En el presente trabajo se procuró, primero, caracterizar a cada autor por medio del conocimiento de su biografía, sus obras, su idea de la Historia, sus planteamientos sobre los indígenas de América y la conquista, y sus motivos para escribir la obra donde se inscribía el pasaje de la estancia de Aguilar entre los mayas. Posteriormente, para el análisis de este pasaje en particular, se buscó entender el peso de su mención dentro de la trama general de la obra, investigar las fuentes del relato, analizar su estructura y, finalmente, comprender la interpretación realizada por el autor.<sup>7</sup>

Una vez cumplida la investigación, se integró el trabajo en tres secciones: “Los naufragios”, “Los cautiverios” y “Nuestros cautiverios”.

El primer apartado, de carácter histórico, está dedicado a la vida de Jerónimo de Aguilar en el Nuevo Mundo. Se eligió el título “Los naufragios” porque sintetiza la constante zozobra que persiguió al andaluz durante su periplo indiano. Los momentos claves de este viaje por América son, como ya se ha mencionado, la salida de Aguilar de su ciudad natal, Écija (España); la vida del diácono en Veragua (Panamá) como miembro de la expedición que pretendía colonizar aquellas tierras en 1509; las vivencias de Aguilar en el Darién (Panamá) una vez que los sobrevivientes de Veragua se reunieron con los supervivientes de la expedición que, simultáneamente, pretendía

---

dor no sólo piensa lo ‘humano’. La atmósfera donde su pensamiento respira naturalmente es la categoría de la duración” (Bloch 58).

<sup>7</sup> La obra *Reforma o extinción. Un siglo de adaptaciones de la Orden de Nuestra Señora de la Merced en la Nueva España* de María del Carmen León Cázares, fue una importante guía teórica y metodológica para esta tarea. Su ficha completa puede consultarse en la bibliografía al final del trabajo.

colonizar el golfo de Urabá (Colombia); el naufragio del bergantín<sup>8</sup> en el cual Jerónimo de Aguilar y otros compañeros querían llegar a La Española en los bajos de la Víbora (Jamaica); las experiencias del sobreviviente en la costa oriental de Yucatán (México) y, finalmente, su reintegración a una hueste de conquistadores.

La segunda parte, de naturaleza predominantemente historiográfica, estudia a los autores del siglo XVI que mencionaron la vivencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas dentro de sus obras. Se nombró la sección “Los cautiverios” para enfatizar el carácter de construcción historiográfica de lo que, en primera instancia, pareciera la experiencia real del náufrago entre los mayas. La sección comienza con un apartado donde se aborda el cautiverio cristiano entre musulmanes en el mundo mediterráneo y donde se estudia la representación social de Jerónimo de Aguilar como cautivo, base del posterior desarrollo historiográfico. Después se revisa lo escrito por los diversos historiadores del periodo. Los autores más importantes fueron Pedro Mártir de Anglería, Francisco López de Gómara y Francisco Cervantes de Salazar, unidos por un proceso historiográfico. Anglería recogió la noticia de que varios compañeros de Aguilar habían sido víctimas de sacrificio humano y de una antropofagia con un carácter tanto ritual como alimenticio. Cabe resaltar la fascinación que el celebre humanista sintió por la antropofagia americana, la cual procuró estudiar lo mejor posible. López de Gómara coincidió con Anglería en que varios náufragos fueron víctimas sacrificiales, pero acentuó el carácter alimenticio de la práctica. Salazar compartió las ideas de sus predecesores, pero desplazó el interés a las experiencias de un cautivo cristiano entre paganos del Nuevo Mundo. Creó una ficción donde el cautivo podía recuperar su libertad demostrando una serie de virtudes naturales conocidas y valoradas por los indígenas del Nuevo Mundo, entre quienes también había hombres sabios y virtuosos. Lo que refirió puede parecer fantasioso hoy en día, pero estaba estrechamente vinculado con la realidad del cautiverio mediterráneo de su momento, así como con el proceso de acercamiento a la realidad de la literatura hispana de época.

<sup>8</sup>El bergantín es una nave pequeña, generalmente de dos mástiles y con una popa gruesa y sin beque. Fueron barcos muy populares tanto en las marinas de guerra como en las mercantes durante los siglos XVI a XIX. Eran usados para realizar exploraciones, efectuar patrullajes y transmitir mensajes (Gardener 17).

Lo escrito por Anglería, Gómara y Salazar sobre la experiencia de Aguilar entre los mayas gozó de una gran popularidad entre los lectores de los siglos XVI al XVIII. Otros historiadores los seguirían o polemizarían apasionadamente contra ellos. Además, no debe olvidarse que los de los siglos XVI y XVII trasladaron al verso lo contado por López de Gómara, razón por la que se incluyó su estudio en esta sección historiográfica.

Finalmente, no se pudo dejar de incluir una última sección, la más breve, dedicada a los múltiples personajes literarios creados por varios literatos del siglo XX. Su título, “Nuestros cautiverios”, desea expresar las continuidades y rupturas con las interpretaciones del siglo XVI. La principal persistencia es la recreación de la trama salazariana, y la quiebra más importante está presente en la última obra escrita durante el ocaso del siglo XX, donde Jerónimo de Aguilar dejó de ser un personaje loable. El examen de estas obras estuvo lejos de un análisis literario exhaustivo. Más bien se procuró responder las siguientes interrogantes: ¿cómo interpretaron los escritores la vivencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas?, ¿cómo se relacionaron sus relatos con los de los cronistas del siglo XVI? y ¿cómo se relacionan sus ficciones con las preocupaciones más evidentes de los momentos en que fueron redactadas? La conclusión del trabajo son unas “Consideraciones finales” donde se reflexionó sobre la transformación de Jerónimo de Aguilar en un personaje mítico de la cultura mexicana contemporánea, reflexión imposible sin antes emprender un estudio histórico, historiográfico y literario.

No puedo finalizar estas palabras introductorias sin expresar el profundo agradecimiento a las personas que me ayudaron a realizar este trabajo. A la doctora María del Carmen León Cázares, paciente guía durante la elaboración de este estudio cuando era una tesis de licenciatura, quien siempre estuvo al pendiente de su ulterior rumbo y con quien aprendí el oficio de historiar. Revisora incansable, compartió con el autor el gusto de ver premiado el trabajo con la mención honorífica del Premio Marcos y Celia Mauss, otorgado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México a las mejores tesis de licenciatura, maestría y doctorado en historia presentadas en la institución. Al arqueólogo Tomás Pérez Suárez quien, además de formar parte del sínodo de mi examen, siempre tuvo la amabilidad de orientarme con las más diversas dudas sobre la historia prehispánica de nuestro continente. A la doctora Gudrum Lenkersdorf, a la doctora Aurora Díez-Canedo y a la maestra Judith de la Torre, acuciosas lectoras del trabajo

en su estadio de tesis. A todos aquellos que, de manera desinteresada, mostraron interés por el naufrago al que se dedicó este estudio y ayudaron de formas diferentes. Sin más, se deja al lector emprender la travesía por una historia de naufragios y cautiverios.



## LOS NAUFRAGIOS

### ÉCIJA

Jerónimo de Aguilar nació en Écija, Andalucía, hacia 1490.<sup>1</sup> Sus padres fueron Alonso Hernández, apodado el Ronco, y Juana González (Medina 1: 66). Jerónimo tuvo un hermano llamado Juan, mayor que él.

La villa natal de Jerónimo era una de las poblaciones más antiguas e importantes de Andalucía.<sup>2</sup> Hoy en día todavía se mantiene sobre una llanura agrícola irrigada por el río Genil, afluente del Guadalquivir; guardando una ubicación estratégica en el sur de la península ibérica dado que está muy cerca de las ciudades de Sevilla y Córdoba.

Écija fue conquistada por Fernando III de Castilla y repartida entre los nuevos pobladores del norte en 1240. San Pablo se transformó en su apóstol.

<sup>1</sup> Jerónimo Hernández González declaró durante el *Juicio de Residencia* contra Cortés que tenía cuarenta años. Esto fue en 1529 por lo que su fecha de nacimiento puede ubicarse hacia 1490 (J. L. Martínez 1991-1992 II: 66). Bernard Grunberg debió basarse en este dato para anotar en una tabla sobre los conquistadores de la Nueva España que Jerónimo de Aguilar había nacido en 1489 (1993: 384).

<sup>2</sup> Los orígenes de Écija se remontan al siglo VII a. C., cuando era una villa de la cultura tartésica. Posteriormente, los romanos conquistaron la región hacia el 200 a. C. y fundaron la Colonia Augusta Firma Astigi, una ciudad media con todo el urbanismo romano que, además, fue la capital de un extenso territorio. Écija continuó siendo una ciudad importante tras la caída del Imperio Romano, fue sede de un obispado durante la Baja Edad Media y capital de provincia en la época del califato de al-Ándalus. Tras la conquista cristiana la ciudad también fue sede de campamentos militares castellanos durante las ofensivas contra Granada de mediados del siglo XV (“La ciudad” web).

tol protector y se popularizó la creencia de que el santo había predicado en la urbe.

La población se caracterizó por tener una importante comunidad judía pero también por los actos de antisemitismo. Aproximadamente unos 150 años después de su conquista, en 1391, hubo una gran matanza de judíos en Écija.<sup>3</sup> Muchos se convirtieron por temor a la violencia cristiana, transformándose en una importante comunidad de conversos a finales del siglo xv.

Los habitantes de Écija pudieron sustentar la erección de varios conventos en esta vicaría de Sevilla debido a la prosperidad que alcanzaron durante los siglos xiv y xv. La orden de los predicadores fue la primera en instalarse hacia 1380. Los frailes tuvieron una participación muy activa en la vida de la comunidad, razón por la cual su convento contó con amplias posesiones agrícolas. La orden de los hermanos menores fue la segunda en realizar una fundación casi un siglo después. Pero cuando inició la construcción del convento en el interior de la villa en 1473 hubo

tal revuelo y alboroto tan grande que, azuzados, lo mismo la plebe que la mayor parte de la nobleza, por ciertos individuos de otra orden, los muros ya alzados a un tercio de su altura, fueron por el pueblo, poseídos de gran furia, derribados, y aun fue lo peor que indujeron al cabildo a desistir en absoluto de la obra (Miura 29).

Sin embargo, los franciscanos continuaron con la obra porque tuvieron el apoyo de los más importantes miembros del cabildo de la ciudad: Juan Fernández Galindo, Fradique Manrique y Fernando Aguilar, quienes ofrecieron a los frailes un contingente armado para que construyeran el convento.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> La tradición del milagro realizado por el afamado santo valenciano san Vicente Ferrer en la ciudad es una prueba de este ánimo antisemita. El santo se encontraba predicando en la iglesia de la parroquia de Santa María de Écija, cuando una mujer judía comenzó a reírse de sus palabras. Ferrer interpelló y reprobó a la mujer, quien, altiva, se marchó riendo de la iglesia. Justo cuando la judía estaba a punto de cruzar la puerta, san Vicente le dijo a las personas que estaban cerca que se apartaran. Cuando la mujer salió, la puerta se derrumbó sobre ella. Muerta, fue resucitada por el santo que, tras confesarla e integrarla a la comunidad cristiana, vio cómo murió en sus brazos y en los de la Santa Madre Iglesia (Miura 75).

<sup>4</sup> Fernando de Aguilar era regidor del cabildo de Écija. Por su decidido apoyo a los franciscanos recibió la primera capilla a mano derecha, la del Evangelio, para las funciones fune-

El último cuarto del siglo xv vio erigirse tres fundaciones regulares más en la ciudad andaluza. Nuestra Señora del Valle de Jerónimo Isidro (1486) que resguardó la imagen de la Virgen del Valle, de gran devoción entre la población. Unos años después, en 1491, los agustinos se instalaron en una ermita, llamada la Madre de Dios, a las afueras de la ciudad. Finalmente, los carmelitas descalzos fundaron el monasterio de Nuestra Señora del Carmen hacia 1494.

Por su parte, el clero secular fundó la iglesia de Santiago a mediados del siglo xv y la iglesia de San Gil hacia 1480. Estas fundaciones se sumaron a la parroquia mayor de la Santa Cruz, que databa del siglo v y que resguarda, hasta nuestros días, el camarín de la Virgen del Valle, la advocación mariana de mayor devoción en la villa.

Clero regular y secular entablaron una lucha a finales del siglo xv por la administración de las almas de los habitantes de la ciudad y por los recursos económicos implicados en ello, ejerciendo una gran presión sobre la economía de la comunidad. El momento para la querrela fue particularmente desafortunado, dado que la campiña sevillana era azotada por una epidemia de peste (Miura 83).

En este contexto, el joven Jerónimo de Aguilar dio los primeros pasos hacia la vida eclesiástica, tal vez por vocación propia o tal vez para cumplir expectativas paternas. Su primer paso fue ordenarse como clérigo de órdenes menores, los que estaban en disposición para recibir las órdenes sagradas en la consagración sacerdotal. Se les llamaba menores porque su ejercicio no implicaba el uso de materias sagradas como el cáliz, la patena y la eucaristía. Además, los clérigos de órdenes menores no gozaban de un beneficio eclesiástico y eran personas que al ordenarse no tenían que realizar votos como el de la castidad, e incluso se daban muchos casos de personas que no continuaban la carrera

---

rarias de su familia, probablemente la misma de nuestro personaje (Miura 33). Cabe destacar que el conjunto conventual franciscano transformó el centro ecijano. El primer cambio significativo fue el cierre de un mesón, dado que, conforme al parecer de los frailes, los animales y herreros hacían mucho ruido, mientras que las prostitutas se subían a la azotea del establecimiento para molestar a los religiosos. El segundo gran cambio fue el cierre de las carnicerías situadas en las inmediaciones del convento por un edicto municipal de 1479 y, en su lugar, fueron abiertas varias tiendas al año siguiente.

eclesiástica porque contraían matrimonio. Su condición se asemejaba a la de los seglares, aunque podían acogerse al fuero eclesiástico.<sup>5</sup>

Tras su paso por las órdenes menores, Jerónimo de Aguilar se ordenó subdiácono. Los subdiáconos, llamados “ordenados de Epístola”, constituían la primera orden sagrada. La ordenación conllevaba la potestad de tocar los vasos sagrados. Los subdiáconos asistían al diácono en el servicio del altar, administrándole el cáliz y la patena. También podían realizar una lectura de la Epístola durante la misa (Candau 208).

Más tarde, muy probablemente tras haber cumplido los veintitrés años, Jerónimo de Aguilar alcanzó el grado de diácono.<sup>6</sup> Las funciones de éstos eran el “servicio de las mesas”, es decir, asistir durante la misa al sacerdote. También podían leer la Epístola y el Evangelio desde el púlpito. De igual modo, estaban facultados para administrar la Eucaristía (“Diácono” 104-107). Eran conocidos como los “ordenados de Evangelio” porque durante su ceremonia de ordenación “el arzobispo les entregaba los libros de los evangelios y por sus palabras recordaba la institución de este grado sacerdotal en la distribución a los apóstoles del cuerpo y la sangre de Cristo en la última Cena” (Candau 280). Los diáconos rezaban diariamente el oficio de Nuestra Señora,<sup>7</sup> y las

<sup>5</sup> Quienes recibían las órdenes menores poseían dos o cuatro grados eclesiásticos por ritual y derecho: el ostiario, encargado de abrir las puertas de la iglesia, arrojar fuera de ella a los considerados como indignos, tocar las campanas y guardar las vestiduras; el lector, a quien se reconocía la autoridad para la lectura de libros sagrados y profecías durante las ceremonias litúrgicas; el exorcista, quien tenía la potestad de expeler los demonios de los cuerpos de los fieles, y finalmente, el acólito quien administraba las vinajeras con vino y agua en la asistencia a la celebración de la misa. Una amplia relación de las características de las órdenes menores se encuentra en Candau 258-279.

<sup>6</sup> Bernal Díaz del Castillo y Cervantes de Salazar registraron que Jerónimo de Aguilar era un diácono. El primero apuntó lo siguiente sobre el andaluz, rememorando el momento de su rescate: “Y él dixo, aunque no bien pronunciado, que se dezía Gerónimo de Aguilar y que era natural de Eçixja, y que tenía órdenes de Evangelio” (70). Por su parte, Cervantes de Salazar escribió sobre Aguilar: “Dicen que era ordenado de Evangelio” (115). La *Enciclopedia del idioma* aclara que la expresión “ordenar a uno de Evangelio” significa ordenarlo de diácono (Alonso 1: 1920). En tiempos modernos, Bernard Gruberg considera a Jerónimo de Aguilar un ordenado de diácono (2001: 24).

<sup>7</sup> La *Enciclopedia católica* refiere sobre este oficio: “En el siglo XIV la recitación del ‘Oficio de Nuestra Señora’ había llegado a ser una práctica casi universal y era considerada como obligatoria para todo el clero” (“Pequeño oficio” web).

horas canónicas.<sup>8</sup> El rezo de las últimas era guiado por un libro de Horas.<sup>9</sup> Sus obligaciones particulares, por lo demás, eran fijadas por el sacerdote a quien asistían. Por otra parte, su sostén dependía de algún beneficio eclesiástico o capellanía (Candau 281).

Es muy probable que Jerónimo de Aguilar transitara por cada una de estas órdenes sacerdotales en la iglesia de Santa Cruz de Écija, donde su hermano mayor, Juan, era clérigo presbítero. El joven Jerónimo pudo auxiliarlo en las diversas tareas a realizarse en el templo cristiano más antiguo y prestigioso la ciudad.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> La horas canónicas u oficio divino son un conjunto de oraciones que los integrantes del orden sacerdotal deben recitar a ciertas horas del día o de la noche. Se dividen en maitines, correspondiente a la medianoche; laudes, concordante con las 3:00 a.m.; prima, la primera hora después de salir el sol, aproximadamente las 6:00 a.m.; tercia, correspondiente a la tercera hora después de salir el sol, las 9:00 a.m.; sexta, concordante con el mediodía; nona, la cual caía sobre las 3:00 p.m.; vísperas, fijada tras la puesta de sol; completas, establecida a eso de las 9:00 p.m. Las horas se dividen en mayores y menores. Las primeras que corresponden a los maitines, las laudes y las vísperas, debían ser rezadas por todos los que pertenecían al estado sacerdotal en conjunto. Las segundas son la prima, la tercia, la sexta y la nona, podían ser rezadas de modo individual (“Horas canónicas” web).

<sup>9</sup> Los libros de horas fueron objetos devocionales muy apreciados desde finales del siglo XII hasta mediados del siglo XVI. Su uso se popularizó en el territorio bajo el dominio de las coronas de Castilla y Aragón hasta mediados del siglo XV. Existieron varios tipos de libros de horas, clasificados actualmente de tres maneras: los libros considerados artísticos, por ser coloreados a mano y finamente decorados, propios de reyes y nobles; los libros coloreados pero producidos en serie para mercaderes y pequeños nobles; y los libros impresos austeramente, accesibles a todo público. Los libros de horas tuvieron un valor revolucionario en la religiosidad de la época: “El Libro de Horas representó en su momento una nueva fórmula de religiosidad, que permitía una participación más directa de los fieles en la oración, ayudados por su Libro de Horas. Por ello ha sido llamado el ‘breviario de los laicos’ ya que proporcionaba a éstos una ayuda, textual, y en imágenes, para sus devociones más frecuentes. El Libro de Horas en general parece revelador de los nuevos modos de oración de la Baja Edad Media, oración mental más que oral, oración individual que quizá preludie la ‘devotio moderna’” (Colomer web). El contenido más habitual de los libros de horas era “el calendario, el oficio parvo de Nuestra Señora, el oficio de difuntos, los siete Salmos Penitenciales y las Letanías. Y se complementaba con una serie de oraciones secundarias: plegarias al Espíritu Santo, a la Trinidad, a Cristo, a la Virgen y a una nutrida galería de santos” (Colomer web).

<sup>10</sup> Juan Pérez de Aguilar, pariente en cuarto grado de Jerónimo y Juan de Aguilar, lo informó así en una probanza realizada por Juan de Aguilar el 7 de enero de 1520, en Écija. El objetivo del documento era establecer que Jerónimo y Juan eran hermanos legítimos

Los días y los años de Jerónimo debieron de transcurrir entre rezos, lecciones eclesiásticas, estudio cotidiano, momentos con su familia y alguna que otra pillería. Seguramente el joven acompañó a sus padres y a su hermano a la ciudad de Sevilla para disfrutar de más de una celebración de Semana Santa.<sup>11</sup> Los Aguilar, como muchos otros andaluces, debieron de quedar impresionados por las riquezas de Las Indias que llegaban a la ciudad. Puede imaginárseles caminando a orillas del río Guadalquivir, contemplando las naves y platicando con alguno de los viajeros que retornaban de aquellas tierras. También puede imaginárseles rezando, juntos, en el interior de la catedral de Sevilla, cobijados por las altas bóvedas góticas, y pidiendo el amparo de la virgen llamada la Antigua, aquella que había guiado a Fernando III a la conquista de la ciudad en 1248.

Los días y los años de Jerónimo de Aguilar pudieron seguir de este modo, pero una serie de acontecimientos que sacudieron la península ibérica cambiarían su destino. En noviembre de 1504 murió la reina Isabel de Castilla, quien estipuló en su testamento que sería sucedida por su hija Juana. Pero la delicada condición de la heredera, así como las ambiciones de su padre y de su esposo, sumieron a Castilla en una severa crisis política donde se enfrentaron un bando fernandista y otro felipista. A finales de agosto de 1506 todo parecía indicar que Felipe I de Castilla prevalecería, dado que buena parte de la nobleza castellana le era fiel, disponía de tropas con las cuales podía enfrentar a su suegro, había logrado el reconocimiento político de éste y las cortes castellanas, y había marginado del ejercicio del poder a su esposa, quien era públicamente considerada incapaz de gobernar debido a su locura. Sin embargo, el triunfal soberano fue consumido por una sorpresiva e incurable fiebre el 25 de septiembre del mismo año de 1506.

El desafortunado matrimonio dejó a un pequeño de nombre Carlos, quien podría asumir el trono de Castilla tras cumplir los veinte años. Mientras tanto, conforme a lo estipulado por Isabel I en su testamento, Fernando de Aragón debía asumir la regencia de Castilla. Una de las primeras acciones del monarca aragonés fue convocar a una junta en Burgos, en octubre de 1507;

---

y que de aquello había “pública voz y fama”. El documento formaba parte de algún expediente relacionado con el intento de Juan de Aguilar de ingresar al cabildo eclesiástico de la ciudad de Granada (“Méritos y servicios” web).

<sup>11</sup> Écija y Sevilla guardaban profundos vínculos. Buena parte de la producción agrícola ecijana se dirigía a Sevilla.

la cual establecería las directrices generales de la regencia, incluida la política indiana.

Un antiguo paje del difunto príncipe Juan de Castilla siguió atentamente el desenvolvimiento de los sucesos y, al conocer su desenlace, se dispuso a actuar. Su nombre era Diego Colón, heredero de los derechos y privilegios de su padre, el almirante de la mar océano Cristóbal Colón, cuya muerte había llorado en 1506. Diego Colón inició una batalla legal contra la corona para recuperar y ejercer los privilegios de su familia en la primavera de 1508. Su esfuerzo, entretreído con el desarrollo de las juntas de Burgos y la política castellana de la época, le valió el nombramiento real como gobernador de Las Indias el 9 de agosto de 1508.

A partir de ese momento, el llamado Almirante Joven se dedicó a organizar su paso al Nuevo Mundo. Su primera tarea fue encontrar naves, dado que una tormenta había hundido la mayoría de los barcos que comunicaban la península ibérica con las Antillas. Una segunda labor fue abastecer la expedición de todo lo necesario. Numerosos comerciantes, principalmente burgalences, se encargaron de proveer a la flota hasta con lo ostentoso.<sup>12</sup> Un quehacer más, acaso el de mayor importancia, fue conformar un círculo de gobierno leal y eficaz. Uno de los convocados fue un vecino de la villa de Écija, el licenciado Marcos de Aguilar, quien se desempeñaba como funcionario real en Sevilla, así lo declaró el licenciado Marcos de Aguilar en la probanza presentada por Juan de Aguilar (“Méritos y servicios” web). El licenciado Aguilar, a su vez, determinó llevar consigo al joven diácono Jerónimo de Aguilar a la aventura indiana.

Se desconocen los motivos y las circunstancias por las cuales el joven Aguilar se embarcó en la empresa colombina junto al funcionario real, quien seguramente era su pariente como lo advertirá el cronista Cervantes de Salazar a mediados del siglo XVI.<sup>13</sup> Tan sólo se pueden aventurar algunas hipótesis. Acaso el diácono solicitó al futuro miembro de la administración indiana la licencia de acompañarlo porque gozaba de un beneficio eclesiástico modesto y esperaba hacerse en América de los recursos que le permitieran ordenarse como sacerdote. Quizá los padres del *ordenado de Evangelio* le solicitaron al

<sup>12</sup> Para mayor información sobre la flota de Diego Colón véase Ote.

<sup>13</sup> El parentesco entre el licenciado Marcos de Aguilar y el diácono Jerónimo de Aguilar también es afirmado por Grunberg (2001: 24) y Enrique Ote (477).

licenciado Aguilar que llevara a su retoño consigo, guiados por las expectativas de una prometedor carrera administrativa y sus nada desdeñables beneficios materiales. También cabe la posibilidad de que el joven diácono tuviera un espíritu inquieto, una impaciencia por conocer y hacer mundo, rasgo en armonía o en contrapunto con su vocación religiosa. Pero lo más probable es que todas estas razones, y otras que están más allá de nuestras luces, se entremezclaran en una decisión que pudo ser tomada tras una larga, calculada y serena meditación, o una entusiasta e inmediata resolución. Por los motivos que fuesen y bajo las circunstancias que fueran, Aguilar partió rumbo al Nuevo Mundo como tantos otros jóvenes andaluces que soñaban alcanzar una vida mejor.<sup>14</sup>

## LA ESPAÑOLA

Fernando el Católico firmó las instrucciones de gobierno de Diego Colón el 3 de mayo de 1509. Exactamente un mes después, el 3 de junio, la armada que llevaría al nuevo gobernador de Las Indias se hizo a la mar desde Sanlúcar de Barrameda.

La travesía oceánica trascurrió con tranquilidad, aunque la mayor preocupación de los pasajeros debió de ser el cuidado de los numerosos bienes que abarrotaban las naves. No sólo los grandes negociantes habían embarcado mercancías, la expectativa de un lucrativo comercio hizo llevar a cada pasajero los géneros que sus posibilidades le permitieran. Tal vez el propio Jerónimo de Aguilar, como otros vecinos de Écija, cargara algún efecto del cual esperaba sacar algún beneficio.

El joven diácono debió gastar el tiempo del viaje en conversaciones con sus paisanos y conocidos,<sup>15</sup> o tal vez en la lectura de los innumerables libros

<sup>14</sup> Andalucía fue una de las regiones españolas de donde salieron más jóvenes con destino a diferentes puntos americanos. Curiosamente, años más tarde, los andaluces constituían el mayor grupo de hispanos de la hueste cortesiana. Eran 176 hombres, el 34.2% del total, provenientes de ocho provincias, la mayoría de Sevilla y de Huelva (Grunberg 1993: 26).

<sup>15</sup> Uno de ellos pudo ser Diego de Çayas, vecino de Écija que también fue en la escuadra colombina y que en 1520 declaró ver en ella al joven clérigo (“Méritos y servicios” web).



que su benefactor guardaba en tres baúles (Ote 477). Sin lugar a dudas debió cultivar más de una amistad durante los aproximadamente 35 días de navegación.

La armada arribó a La Española el 9 de julio de 1509. Al día siguiente, Diego Colón tomó las riendas del gobierno y Marcos de Aguilar hizo efectivo su nombramiento de alcalde mayor (Arranz 1: 308). Los demás cargos de importancia quedaron en manos de parientes y hombres de absoluta confianza. Por su parte, Jerónimo halló cobijo bajo el techo de su protector.<sup>16</sup>

Se carece de noticias acerca de las ocupaciones del joven ecijano durante aquellos días en los que Diego Colón inició su gobierno en La Española. Probablemente esperaba asumir la responsabilidad de alguna feligresía de la isla, española o indígena, o auxiliar en su sustento espiritual. El rey había establecido en sus instrucciones de gobierno que se debía proveer las iglesias de clérigos y sacristanes, señalándoles renta regular. De igual modo, se debía señalar un clérigo para el cuidado espiritual de los diferentes pueblos indígenas de la isla, y debía dotárseles de una renta para su sostén (Arranz 1: 207-208).

También cabe la posibilidad de que el diácono auxiliase de algún modo al licenciado Marcos de Aguilar en sus menesteres públicos y privados. Tampoco puede descartarse la eventualidad de que el joven diácono viviera plácidamente, a la espera de alguna oportunidad para correr nuevas aventuras en Las Indias, distante de la tutela del funcionario.

Por su parte, el gobernador Diego Colón asumió con determinación su mandato sobre Las Indias. Una de sus primeras disposiciones fue enviar a un caballero llamado Juan Cerón, natural de la villa de Écija, como teniente y gobernador a Puerto Rico (Casas 2: 371).<sup>17</sup>

El objetivo de la iniciativa era adelantarse a Juan Ponce de León, quien deseaba poblar la isla tras encontrar oro en ella.<sup>18</sup> Pero la disputa por la isla

<sup>16</sup> Las palabras exactas del licenciado Marcos de Aguilar fueron: “Estando el dicho Jerónimo de Aguilar en las Indias en casa de este testigo” (“Méritos y servicios” web).

<sup>17</sup> Al parecer los ecijanos constituían un grupo importante de funcionarios colombinos.

<sup>18</sup> El joven gobernador también repartió indios valiéndose de una facultad otorgada por el rey. Diego Colón primero tomó indios para doña María de Toledo, su mujer, y para él mismo. Pero no dejó de proveer a sus tíos, criados y a las “personas honradas” que vinieron de Castilla. El destino de los tainos de la isla La Española no mejoró durante el gobierno del

de Puerto Rico fue una nimiedad comparada con el problema planteado por la entrada en La Española de las armadas de Diego de Nicuesa y Alonso de Hojeda; quienes, bien lo sabía el almirante, habían firmado el 9 de junio de 1508, en Burgos, unas capitulaciones que los facultaban para gobernar y colonizar Veragua y Nueva Andalucía.<sup>19</sup> La irrupción de estos capitanes trastornaría La Española y desencadenaría una serie de eventos en los cuales se vería implicado Jerónimo de Aguilar. Debido a su importancia, es necesario abundar en ello.

Se denominaba Veragua al territorio extendido desde el golfo de Honduras hasta la margen occidental del río Atrato, en el golfo de Urabá. Comprendía las costas descubiertas por Cristóbal Colón, el Almirante Viejo, desde el golfo de Honduras hasta el Puerto Retrete panameño durante su cuarto viaje de 1502 a 1504;<sup>20</sup> así como la región descubierta por Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa en su viaje de 1500 a 1502 y que comprendía de Puerto Retrete al golfo de Urabá. Por su parte, la gobernación de Nueva Andalucía se extendía desde la margen oriental del río Atrato hasta el cabo Codera,

---

Almirante Joven: “Fueron tractados los indios en este tiempo primero del Almirante, con la prisa de sacar oro y con el descuido de provellos de comida y remedio y para sus corporales necesidades y en dalles doctrina y cognocimiento de Dios, de la manera y peor que de antes en tiempos del comendador mayor” (Casas 2: 371). Tan desafortunado destino obedecía al deseo de Fernando el Católico de aumentar la producción de oro de la isla.

<sup>19</sup> Durante las juntas de Burgos el rey buscó concretar dos proyectos indios ansiados por la corona: encontrar un paso hacia las Islas de la Especiería y colonizar Tierra Firme. De lo primero se encargarían Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís viajando hacia el noroeste del golfo de Honduras; de lo segundo Diego de Nicuesa y Alonso de Hojeda.

<sup>20</sup> Veragua era el nombre de un cacicazgo indígena situado en un río al occidente del río Belén, en el golfo de los Mosquitos de Panamá. Pero el nombre fue ampliado para designar de modo específico una provincia aurífera, que comprendía una faja costera de cincuenta millas, y de modo general todo lo descubierto por el Almirante Viejo en su cuarto viaje. Colón reconoció las tierras del occidente panameño durante dicho viaje; encontró tres puertos que serían importantes para futuras expediciones (Portobelo, Bastimentos y Retrete) y se asentó en la desembocadura del río Belén, donde exploró la región. El Almirante juzgó aurífera la región del río Veragua y así la calificó a su regreso a España. Para una relación sintética del cuarto viaje colombino véase Ortwín 185-222.

abarcando buena parte del Caribe sudamericano.<sup>21</sup> Esta región había sido explorada por varias expediciones entre 1499 y 1506.<sup>22</sup>

Buena parte de las tierras donde se planeaba establecer las gobernaciones, formaba parte de la hoy llamada Área Intermedia, una macroárea cultural como Mesoamérica y Perú.<sup>23</sup> En ella vivían numerosos pueblos unidos por una milenaria historia compartida,<sup>24</sup> una serie de rasgos culturales distintivos,<sup>25</sup> y el habla de alguna lengua perteneciente a varias macrofamilias lingüísticas.<sup>26</sup> La atención de Diego de Nicuesa se dirigía, particularmente, al istmo panameño.<sup>27</sup>

<sup>21</sup> Las aguas del golfo de Honduras actualmente son compartidas por las repúblicas de Belice, Guatemala y Honduras. El golfo de Urabá se encuentra al noroeste de la República de Colombia, en el departamento de Antioquia, en la frontera con la República de Panamá. Puerto Retrete se encuentra en el golfo de San Blas, cerca de la ciudad de Mandinga, en la provincia panameña de San Blas. Cabo Codera se encuentra en el estado venezolano de Miranda, en el centro del país.

<sup>22</sup> Se tendrá oportunidad más adelante de hablar de varios de sus participantes. Para una relación sintética de estos viajes véase Ortwin 167-176, 179-184 y 245-248.

<sup>23</sup> El Área Intermedia o Área Cultural Chibcha, comprendía territorios de las modernas repúblicas de Ecuador, Colombia, Venezuela, Panamá, Costa Rica, Nicaragua y Honduras (Fonseca y Cooke 217). De igual modo, del Área Intermedia partieron pueblos y manifestaciones culturales a otras regiones de América. La cerámica y la metalurgia más antiguas del continente provienen de la región.

<sup>24</sup> La historia del Área Intermedia se remonta al 10000 a.C. y comprende cinco fases cerámicas y cuatro periodos cerámicos. Los últimos son el Periodo Cerámico Temprano (3000 a 1500 a. C.), el Periodo Formativo (1500-500 a. C.), el Periodo de los Desarrollos Regionales (500 a. C. a 500 d. C.) y el Periodo Tardío (500-1500) (Willey 2: 254-255).

<sup>25</sup> Los rasgos distintivos del Área Intermedia surgieron durante el Periodo Formativo. Los más importantes fueron el cultivo del maíz y la mandioca; un patrón de asentamientos basado en pequeños pueblos, aunque tras el primer milenio de nuestra era surgieron varias ciudades; unidades políticas pequeñas; la existencia de numerosos centros religiosos; una gran diversidad en las formas de entierro; una tradición cerámica que enfatizaba el pedestal, la base anular y la base trípode, así como la pintura en negativo y la decoración aplicada; un amplio desarrollo de las técnicas de metalurgia; obras monumentales en piedra como estatuas-columnas y las tallas de losas, y una amplia difusión y variedad de manufacturas de cerámica (Willey 2: 260-261).

<sup>26</sup> Las principales han sido, hasta la actualidad, la Chibcha, la Paezan y la Macrocaribeña.

<sup>27</sup> El Panamá prehispánico suele ser dividido en tres grandes áreas geográfico-culturales: oriente, centro y occidente; cada una de las cuales comprende tierras del medio ambiente caribeño, serrano y del Pacífico (Casimir Morales 20).

Alonso de Hojeda, por su parte, tenía puesta la mirada en las tierras bajas colombianas,<sup>28</sup> especialmente en el golfo de Uraba.<sup>29</sup>

Diego de Nicuesa era uno de los hombres más ricos de La Española. De origen noble, durante su adolescencia sirvió como trinchete a don Enrique Enríquez, tío del rey Fernando el Católico. Sus contemporáneos lo consideraban un hombre de ingenio agudísimo, gran cortesano, diestro en el manejo del caballo y en tañer la vihuela (Medina 17). Pasó a La Española con el gobernador Ovando en 1502, y para 1508 su grandísima riqueza despertaba admiración y envidia. Bartolomé de las Casas escribió que era un hombre “de los más dotados de gracias y perfecciones humanas que podía haber en Castilla; sólo tenía ser mediano de cuerpo, pero de muy buenas fuerzas, y tanto que, cuando jugaba a las cañas, el cañazo que él daba sobre la adarga los huesos decían que molía” (2: 374). El siempre crítico fraile también apuntó el origen de su fortuna:

Este hidalgo, luego que llegó a esta isla, se acompañó con un vecino de los 300 que en esta isla estaban y que más hacienda de labranzas de la tierra hecha con indios tenía, comprándole la mitad y el tercio della, en 2 o en 3 000 pesos de oro, fiada, a pagar de los frutos de ella, que entonces era gran deuda, y poniendo el Diego de Nicuesa los indios de repartimiento que el comendador mayor le dio en la compañía. El tiempo andando, a costa de los sudores y trabajos de los indios y de la muerte de algunos dellos, sacó tanta cantidad de oro de las minas, que pagó

<sup>28</sup> Las tierras bajas colombianas comprenden el territorio delimitado por el río Atrato al occidente, el río Magdalena al este, el Caribe al norte, y los Andes hasta la zona de Dabibe al sur. Los registros arqueológicos asociados a la agricultura en el área datan del 3 000 a. C. Para el 700 d. C. el paisaje de las tierras bajas colombianas había sido modificado por la mano del hombre, creando un medio ambiente artificial que favorecía una agricultura mixta de maíz y mandioca dulce. Los pueblos de la región manufacturaban cerámica desde el 3 000 a. C. y objetos de metal desde el 300 a. C. Todos los pueblos del área mantenían un intenso comercio cadena por el cual viajaban influencias culturales mutuas. Para más información sobre la geografía de la región, particularmente su biogeografía, véase Bray 305-308; Jimeno y Reichel-Dolmatoff web; Archila web.

<sup>29</sup> Se ha definido para toda la región del golfo de Urabá un complejo cultural caracterizado por una tradición de cerámica modelada incisa. Su delimitación espacial abarcaba desde la hoya del río Sinú hasta la costa Atlántica de Panamá, por lo menos hasta el sitio de Puerto Escocés, y hasta el golfo de San Miguel en la costa Pacífica panameña. Para más información véase Castillo web.

las deudas y quedó con 5 ó 6 000 castellanos de oro y mucha hacienda, y éstos por aquel tiempo era mucha riqueza en esta isla y en estas Indias (Casas 2: 374).

Como vecino destacado, Nicuesa fue elegido procurador de los colonos de La Española en 1508, junto con Sebastián de Atodo, para entrevistarse con el rey y solicitar el otorgamiento de encomiendas sobre los indígenas isleños por tres vidas. El antiguo trinchete encontró al soberano en Burgos y supo ganarse el favor real para acceder al gobierno de Veragua, la tierra de fantásticas riquezas descritas por Colón.

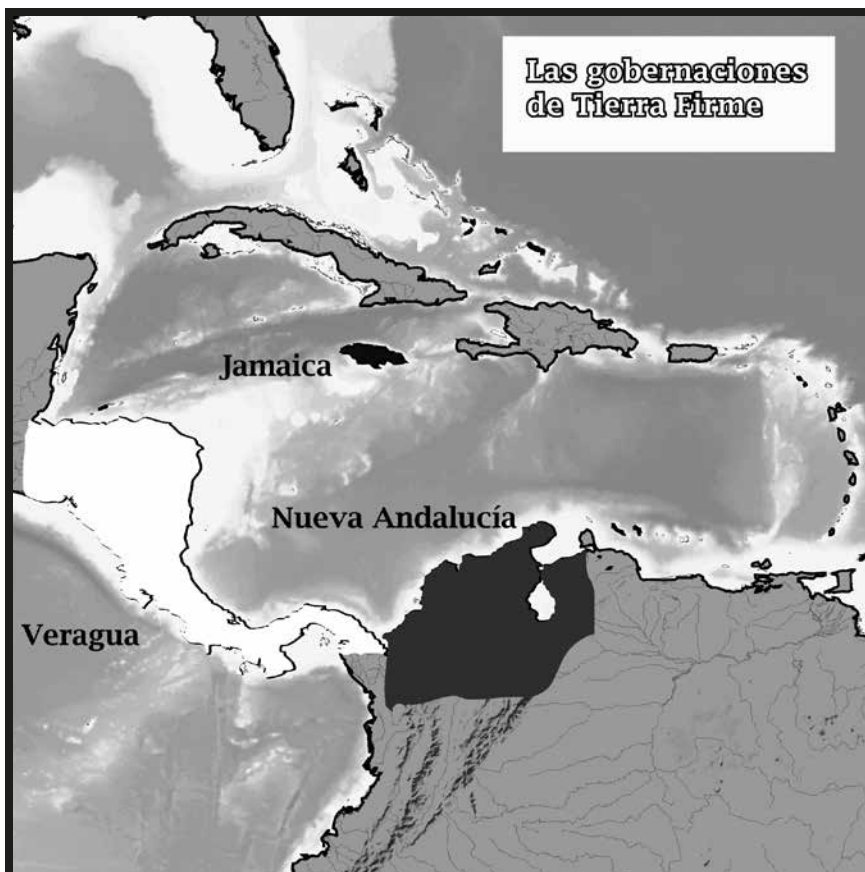
Por su parte, Alonso de Hojeda tenía la reputación de ser uno de los principales exploradores de aquellos tiempos. Había nacido en Cuenca hacia 1470 y fue criado de Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, durante sus mocedades (Medina 1: 20). El explorador comandó una de las carabelas de la armada del segundo viaje colombino y en 1499 recorrió la costa norte de Sudamérica desde la llamada Boca del Dragón, entre las actuales Venezuela y Trinidad y Tobago, hasta la península de la Guajira, al oriente de la actual república de Colombia.

El capitán Hojeda regresó a las costas venezolanas en 1502, con los objetivos de explorar nuevas regiones y establecer una gobernación en Tierra Firme; pero la expedición fue un completo fracaso por la mala organización del propio Hojeda, que terminó siendo apresado por sus compañeros de capitulación. No obstante, recibió una segunda oportunidad de la corona para fundar una gobernación en la “Costa de las Perlas” en 1505, pero tampoco tuvo éxito en esta ocasión.<sup>30</sup>

También es importante mencionar al socio de Hojeda en la aventura urabiana, pues no era otro sino Juan de la Cosa, quien había acompañado a Colón en sus dos primeros viajes y al propio Hojeda, como piloto principal, en la travesía de 1499. Además, entre octubre de 1500 y septiembre de 1502, realizó el ya mencionado viaje junto con Rodrigo de Bastidas.<sup>31</sup>

<sup>30</sup> La “Costa de las Perlas” era el nombre dado a las costas venezolanas, porque los indígenas de la región las explotaban y las intercambiaban con los españoles. Para una relación sintética de los viajes de Hojeda véase Ortwin 167-176.

<sup>31</sup> Bastidas y De la Cosa siguieron la costa americana desde el Cabo de la Vela, en la Guajira colombiana, hasta el puerto Retrete panameño. Descubrieron y asaltaron a la población tanto de la bahía de Cartagena como de las islas vecinas. Luego, remontaron el río Sinú, en las tierras bajas colombianas, y obtuvieron oro secuestrando caciques; comerciaron con los



MAPA 1. Nicuesa y Hojeda gobernarían pueblos pertenecientes a las tradiciones culturales del Área Intermedia, Mesoamérica y El Caribe.

Juan de la Cosa recorrió nuevamente la Tierra Firme en su viaje de 1504 a 1506. Remontó el río Orinoco, obtuvo palo brasil y perlas en la costa norte de Sudamérica y regresó a la bahía de Cartagena donde, junto con otra expedición, capturó indígenas para esclavizarlos; después se trasladó

---

pueblos del oriente de Urabá; cruzaron el Golfo y se instalaron en el pueblo del Darién, donde obtuvieron textiles, perlas y un poco de oro. Bastidas también reconoció el archipiélago de las Mulatas al seguir la costa panameña. Para más información véase Harris web.

al pueblo indígena del Darién, en la rivera occidental del golfo de Urabá.<sup>32</sup> El viaje hubiera sido completamente afortunado de no haberse presentado un incidente. Al Darién llegaron los sobrevivientes de otra expedición cuya nave estaba encallada en el golfo de Urabá y le imploraron auxilio a De la Cosa. El capitán accedió y enfiló sus naves hacia el oriente del Golfo, pero muy pronto su destino sería igualmente trágico dado que dos de sus naves, atacadas por la broma, debieron ser encalladas. Siguió tres meses de pesadilla en los cuales los sobrevivientes de ambas expediciones se refugiaron en un fuerte para tratar de evadir una epidemia y los constantes ataques de los urabá. Finalmente, cuando solamente quedaban cien hombres, se embarcaron en los bergantines y regresaron a La Española.<sup>33</sup>

<sup>32</sup> La autorización para la captura de indígenas con el objetivo de venderlos como esclavos había sido dada por la reina Isabel de Castilla el 30 de octubre de 1503. Las condiciones para que pudieran ser esclavizados eran que fueran caníbales, hubieran matado cristianos o se negaran a recibir a los españoles de paz, adoctrinarse y dejar la antropofagia. Como sujetos a tales acciones punitivas se mencionaba específicamente a los pueblos de la bahía de Cartagena, la isla de Barú, la isla de San Bernardo y la Isla Fuerte, supuestamente habitadas por caníbales. Ortwin señala que la autorización real era una carta en blanco contra los indígenas y que no había motivos para clasificar a los pueblos de las costas colombianas de este modo. Además, la expedición de descubrimiento de esas tierras, de Bastidas y la Cosa, transcurrió con tranquilidad (243-244). Gregorio Hernández plantea que los pueblos de las tierras bajas colombianas se distinguían de sus vecinos por la ausencia de canibalismo; aunque parece que los urabá practicaban un endocanibalismo cocinando en barbacoa a sus propios muertos (4: 337). Otra referencia sobre la ausencia de canibalismo entre los habitantes del Caribe colombiano se encuentra en Llanos web.

<sup>33</sup> De la Cosa posteriormente se dirigió al golfo de Urabá, estableció un fuerte en su costa oriental y asaltó los pueblos de la región en busca de oro. No conforme con lo obtenido, cruzó a la margen occidental para lanzarse contra el pueblo del Darién. El obsesivo interés por el golfo de Urabá se debía a su oro, los hispanos quedaron fascinados con las piezas de la región. Urabá constituía un punto importante en las cadenas de comercio del Área Intermedia. Algunas de las piezas usadas por los habitantes eran pectorales en espiral doble, colgantes semilunares, cinturones, diademas, narigueras, orejeras y colgantes con diversas formas. María Alicia Uribe amplía la información sobre la metalurgia: “Existían ‘horizontes’ y conjuntos orfebres distribuidos sobre el centro y norte de Colombia y el istmo centroamericano en el primer milenio de nuestra era. Para entonces esta amplia región ya conformaba una sola ‘provincia metalúrgica’ caracterizada por elementos estilísticos y tecnológicos distintivos, los cuales fueron transmitidos y difundidos desde diferentes centros en distintas direcciones” (web).

Por la experiencia acumulada durante las expediciones anteriores, Hojeda y De la Cosa se presentaron ante la corona como los mejores candidatos para establecer la gobernación de Nueva Andalucía. En el caso de Nicuesa era su riqueza el factor que lo respaldaba. Los tres tuvieron la habilidad de ganarse el favor real y firmaron las capitulaciones de Burgos en 1508.<sup>34</sup>

Las flotas de los gobernadores arribaron a La Española semanas después de la escuadra del gobernador Colón. La armada de Alonso de Hojeda, al mando de Juan de la Cosa, estaba compuesta por “una nao y uno o dos bergantines”, los cuales estaban bien abastecidos y tripulados por doscientos aventureros dispuestos a hacer fortuna (Casas 2: 376). La armada del gobernador de Veragua era mayor: “Diego de Nicuesa, como más poderoso de dineros y de haciendas, que tenía en esta isla, engrosó más su armada y trujo cuatro navíos grandes y dos bergantines y mucho más aparato y gente” (376).

El gobernador de Nueva Andalucía, quien contaba con pocos recursos económicos, se asoció en La Española con el bachiller Martín Fernández de Enciso, abogado rico y hombre de letras, quien se comprometió a comprar una nave más y a proveerla de todo lo necesario. Mientras tanto, el interés de los vecinos de Santo Domingo por alistarse en la expedición a la aurífera Veragua fue tal que el gobernador Nicuesa debió comprar un barco más; tarea que lo obligó a contraer numerosas deudas con varios vecinos de la isla.

<sup>34</sup> Las capitulaciones establecían los derechos y las obligaciones de los gobernadores. A grandes rasgos, los gobernadores armarían sus respectivas flotas con sus fondos y correrían con los gastos para establecer cuatro colonias, cada una con un fuerte, en “Tierra Firme”, dos por gobernación; el trabajo lo harían 400 indígenas esclavos capturados en la isla cercana a La Española; los colonos podrían hacerse del oro de las nuevas tierras; las expediciones podrían atacar a los indígenas de la bahía de Cartagena para capturar más esclavos; también podrían alistarse para la expedición 200 hombres en España y 600 en La Española; los pueblos serían fundados en los lugares juzgados convenientes por los gobernadores y los españoles gozarían de todos sus bienes; los capitulantes tendrían bajo su jurisdicción la isla de Jamaica para utilizarla como base de apoyo. En ningún momento se mencionó algo sobre evangelizar a los indígenas, el interés era meramente comercial. Una especificación curiosa es que los expedicionarios que podrían “en las dichas tierras que por esta Capitulación non vos son defendidas, rresgatar e aber en otra cualquier manera oro e plata e guanines e otros metales e alxofar e perlas e mostruos e serpientes e pescados e aves e especyerias”. Para mayores detalles sobre las capitulaciones de Burgos véase “Capitulación con Diego de Nicuesa en su nombre y en el de Alonso de Hojeda para poblar Urabá y Veragua” (Altolaquirre 1-9).



El Almirante Joven no vio con buenos ojos a los nuevos gobernadores, pues sus concesiones eran una violación a los derechos que gozaba sobre los territorios descubiertos por su padre. Bien lo había señalado el padre Las Casas, Diego Colón “más fue heredero de las angustias e trabajos e disfavores de su padre, que del estado, honras y preeminencias que con tantos sudores y aflicciones ganó” (2: 371).

La primera medida del gobernador de Las Indias para afrontar a los advenedizos fue encomendar a Juan de Esquivel la colonización de Jamaica. Diego Colón consideró una afrenta del rey el hecho de que los nuevos gobernadores pudieran abastecerse en una isla que todo mundo sabía fue descubierta por su padre. No en balde el hombre elegido para cumplir la tarea era un auténtico veterano colombino; Esquivel había acompañado al Almirante Viejo durante su segundo viaje, y le había prestado sus armas durante la conquista de La Española.

Sin embargo, el gobernador de Las Indias consideró necesario ir más allá y, auxiliado por el alcalde mayor Marcos de Aguilar, instigó a los acreedores de Nicuesa a cobrar sus deudas, para así retrasar su salida (Casas 2: 377). Además, puso todas las trabas imaginables para malograr la expedición. Primero, impidió a los capitanes proveerse de los vitales esclavos indígenas de las islas circunvecinas a La Española. Después, probablemente pretextando el servicio real, impidió que sacaran los indígenas mineros a los que tenían derecho. Finalmente, se negó a permitir el reclutamiento de los cuatrocientos hombres estipulados en las capitulaciones de Burgos (Altolaquirre 150). Los gobernadores tan sólo pudieron alistar a doscientos, los cuales no eran encomenderos ni mineros sino “gente pobre” (150).

Los gobernadores vencieron las dificultades y las expediciones se hicieron a la mar. El gobernador Hojeda salió de la isla hacia el 10 de noviembre de 1509 al mando de dos naves y dos bergantines en los que se repartieron trescientos hombres. En la isla quedó el bachiller Enciso, nombrado alcalde mayor, para conseguir otra nave, enrolar a ciento cincuenta aventureros más y proveerse de municiones, trigo para sembrar, doce yeguas y un hato de puercos (Medina 1: 25-26). Por su parte, Nicuesa partió el 18 de noviembre del mismo año, al mando de cinco navíos y dos bergantines en los que se repartieron entre 580 y 780 hombres.<sup>35</sup>

<sup>35</sup> La primera cifra es dada por Rodrigo de Colmenares en su “Memoria contra Vasco Núñez” y la segunda por Anglería y Bartolomé de las Casas (Castillero 57).

Hasta el último momento lo persiguieron sus deudores, así como el alcalde mayor Aguilar, si se atiende lo relatado por el padre Las Casas:

Últimamente, un día, creyendo que ya lo tenía todo apaciguado [y setecientos hombres muy lucidos y embarcados y seis caballos (y por su capitán general nombrado a un Lope de Olano, que había sido con las cosas de Francisco de Roldán contra el Almirante Viejo los tiempos pasados)], despacha todas sus cinco naos que se hagan a la vela con él un bergantín, y deja el uno para meterse en él e ir luego a tomallas, quedando entiendo en cierto despacho, y aquella misma tarde que las naves salieron, yéndose al río a embarcar, viene tras él la justicia y échanle un embargo de 500 castellanos, [y aún creo que le sacaron de la barca, si no me he olvidado, porque yo vide lo que he contado]. Vuélvenlo a casa del alcalde mayor del Almirante, que era el licenciado Marcos de Aguilar, y ahí mándanle que pague, si no que habrá que ir a la cárcel; hace sus requerimientos al alcalde mayor que le deje ir, pues vía ya salidas del puerto sus naos, y que iba en servicio del rey, y que si lo detenía, se perdía su armada, donde se arriesgaba más de 500 castellanos, los cuales él pagaría en llegado y que al presente no le era posible pagallos; respondía el alcalde mayor que pagase, porque el rey no quería que ninguno la hacienda de otro llevase, y esto pasaba cosas muchas, que al triste de Nicuesa gravemente atribulaban, y aunque pareció que industriosamente aquellos impedimentos se rodeaban valiérale mucho que allí lo detuvieran y muriera encarcelado, según el triste fin le estaba esperando. Estando en esto sin saber qué remedio tener, y fue maravilla no perder allí el seso aquella tarde, según estaba angustiado, sale de través un buen hombre de bien, escribano de esta ciudad, cuyo nombre me he olvidado y no quisiera olvidillo, y dice “¿Qué piden aquí al señor Nicuesa?” Respondíasele: “500 castellanos”; dijo él: “Asenta escribano que yo salgo por su fiador de llano en llano, y vayan luego a mi casa, que yo los pagaré de contado”. El Nicuesa calla como espantado, de tan intempestivo consuelo y socorro dudando; asienta el escribano la obligación del que se obligaba y firmala con su nombre, y desde Nicuesa vido que de verás se hacia el acto, váse derecho a él casi sollozando y dice: “Dejadme ir a abrazar a quien de tanta angustia me ha sacado”, y así lo abraza. Esto hecho, váse a embarcar en su bergantín para sus naos, que lo estaban fuera del puerto esperando barloventeando, mirando siempre atrás, si venía tras él algún otro embargo (2: 377-378).

---

Altolaquirre, Castellero y Anderson optan por el primer número mientras que Ortwin lo hace por el segundo. Probablemente la cifra fluctuaba entre los 600 y los 650 hombres. De hecho, el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo habla de 650 hombres (III: 175).

Curiosamente, en la armada de este caro enemigo del gobernador Colón, rodeado de “gente pobre” partió Jerónimo de Aguilar.<sup>36</sup> Resulta sorprendente el hecho si se recuerda que el joven clérigo vivía en la casa de Marcos de Aguilar, alcalde mayor de Diego Colón, quien había auxiliado a impedir la partida de la flota de Veragua hasta el último momento.

Las circunstancias de este nuevo arrojido del diácono también son un misterio. Tal vez el gobernador y el alcalde mayor determinaron poner a un hombre de su entera confianza en la empresa de Veragua, con la instrucción de informar puntual e ininterrumpidamente sobre el desarrollo de la colonización. Quizás, lejos de todo cálculo racional, el diácono fue fascinado por las expectativas de aventuras y riquezas en Tierra Firme, y se embarcó furtivamente en la expedición. Acaso, y muy por el contrario, el joven diácono partió con el beneplácito del alcalde mayor, quien simplemente lo dejó escoger su destino.<sup>37</sup>

Aunque es prácticamente imposible determinar los motivos de la participación de Aguilar en la expedición de Veragua, de lo que no cabe la menor duda es que el clérigo desatendió las advertencias hechas por propios y extraños sobre el funesto destino que se cernía sobre la suerte de la armada de Nicuesa.

<sup>36</sup> La partida de Jerónimo de Aguilar en la flota de Diego de Nicuesa es confirmada por dos testigos en la probanza de Juan de Aguilar de 1520. El primero fue el ya mencionado Diego de Çayas, quien declaró: “Este testigo en la ciudad de Santo Domingo en las Indias lo vido ir al dicho Jerónimo de Aguilar con Nicuesa en el Armada”. El segundo fue el ya nombrado Marcos de Aguilar, cuyo testimonio reza: “Estando el dicho Jerónimo de Aguilar en las Indias en casa de este testigo llegó a la dicha isla Española Diego de Nicuesa que iba por poblador e gobernador de cierta parte de la tierra firme e que el dicho Jerónimo de Aguilar fue con el dicho Diego de Nicuesa en la dicha armada” (“Méritos y servicios” web).

<sup>37</sup> Hubo cientos de clérigos aventureros que formaron parte, como capellanes y hasta soldados, de las armadas descubridoras y colonizadoras. Muchos de ellos vivieron cristianamente, administraron los sacramentos de las huestes que seguían y hasta procuraron la evangelización de los indios. Otros fueron acusados de asesinato, blasfemia, apostasía y de llevar una vida disoluta. El amor a una vida sosegada y un profundo conocimiento de la religión cristiana estaba lejos de estos primeros clérigos aventureros. No en balde el rey Fernando el Católico otorgó una real cédula a los funcionarios de la Casa de Contrataciones el 15 de julio de 1510 para que examinaran las luces de los religiosos que pasaban a Las Indias; el gobernador Diego Colón se había quejado amargamente de ellos, dado que carecían de la habilidad necesaria para administrar los sacramentos y para realizar otras tareas de igual importancia (Bayle 31).

## VERAGUA

La armada de Nicuesa puso rumbo al puerto de Cartagena, ubicado en las tierras bajas colombianas, y arribó a sus playas a finales de noviembre de 1509.<sup>38</sup> Allí, encontró a los hombres de la flota de Hojeda heridos y sumidos en la zozobra. Jerónimo de Aguilar, como el resto de los integrantes de la expedición, se enteró de lo sucedido en la bahía.

Los expedicionarios al mando de Hojeda habían atacado el pueblo de Calamar, principal poblado calamarí, para esclavizar a los oriundos.<sup>39</sup> Los dardos y flechas envenenadas de los guerreros y guerreras calamarí no pudieron contra las armas españolas. Inútiles fueron los esfuerzos realizados por el cacique y sus cien mejores guerreros al fortificarse en el principal bohío del lugar pues los españoles los quemaron vivos (Fernández de Oviedo III: 138).<sup>40</sup>

Los invasores decidieron atacar otro pueblo cercano, dado que al final de la incursión había más indígenas calamarí muertos que capturados.<sup>41</sup> Juan de la Cosa tuvo el mando de una partida de españoles que, guiada por cautivos de Calamar, cayó por sorpresa a la madrugada siguiente sobre el otro poblado.<sup>42</sup>

<sup>38</sup> Cartagena era considerado el mejor puerto de Tierra Firme. Desde él partía la mejor ruta para llegar a Centroamérica, pues se podían aprovechar los vientos alisios y llegar directamente; o se podía ir costeanado, siguiendo zonas de vientos inciertos (Ortwin 257).

<sup>39</sup> En las costas colombianas vivían los calamarí y varios pueblos culturalmente similares a ellos (carex, turbaco, caron, bahaire, cospique, cocon, caricocox, matarapa, zamba, mazaguapo, guaspates, turipana, mahates, cipacua, oca, tubara y cornapacua), así como los tolú y los urabá, los últimos en el golfo del mismo nombre. Todos eran agricultores que vivían en pueblos gobernados por caciques. Formaban parte, junto con otros pueblos indígenas de tierra adentro, del área cultural de las tierras bajas colombianas. Para más información sobre los pueblos de las tierras bajas colombianas véase Hernández 329-338; Reichel-Dolmatoff web.

<sup>40</sup> Sin embargo, Oviedo cuenta que en esta batalla una guerrera indígena de unos 18 años mató con su arco a cuatro españoles antes de ser capturada (III: 138).

<sup>41</sup> Según Las Casas fueron sesenta los indígenas capturados (Casas 2: 393). Pedro Mártir de Anglería escuchó que los habitantes de aquella distante población eran “hombres y mujeres igualmente hermosísimos por su estatura, aunque desnudos” (1: 210).

<sup>42</sup> Las Casas dice que el pueblo se llamaba Turbaco, mientras Fernández de Oviedo hace referencia a Matarap. Ambos son nombres de tribus colombianas cercanas a los calamarí. Anglería, por su parte, menciona que estaba a doce millas de Calamar. Es difícil saber con

Sin embargo, los sorprendidos fueron los atacantes pues al traspasar la valla que servía de defensa a la población no hallaron a nadie. Los hispanos, relajados, se dispersaron por la aldea y sus alrededores en busca de botín. Entraron a las casas, de postes de madera y paja, para buscar algún objeto de oro entre las ollas de barro, las calabazas para el agua y las faldas de algodón de las mujeres.<sup>43</sup> Tal vez alguno que otro se recostó en alguna hamaca y comió pescado ahumado, maíz, mamey o pan de cazabe mientras contemplaba los animales y seres representados en la ropa y cerámica de aquellas personas.<sup>44</sup>

Repentinamente se escuchó una gritería. Los indígenas del pueblo, reforzados con los refugiados calamarí, cayeron sobre los españoles, quienes no alcanzaron a organizar su defensa y fueron masacrados. Juan de la Cosa estaba entre los muertos, se había refugiado en una choza y peleó “hasta que ante sus ojos vido todos sus compañeros caídos muertos, y él que sentía en sí obrar la hierba de muchas saetas que tenía por su cuerpo, dejóse caer desmayado” (Casas 2: 394). Los pocos sobrevivientes se escondieron en los manglares de la bahía, y después escaparon al puerto e informaron lo ocurrido.

El relato de lo sucedido conmovió al gobernador Nicuesa, que decidió emprender una expedición de represalia contra aquellos naturales: “Envió a mandar que luego saltasen en tierra trescientos hombres, los ciento e cincuenta rodeleros, e sesenta ballesteros, e otros cuarenta con sus coseletes e picas, e otros cuarenta empavesados” (Fernández de Oviedo III: 140). Los dividió en tres escuadrones, mandados por Hojeda, Lope de Olano y él mismo, y cayeron sobre el pueblo enemigo al alba del día siguiente. Muy probablemente, el joven diácono auxilió en los preparativos espirituales de la incursión. Acaso también leyera para sus compañeros fragmentos de un libro de horas que había llevado desde su tierra natal.<sup>45</sup>

certeza a quién atacaron los hispanos (Casas 2: 393; Fernández de Oviedo III: 138; Anglería 1964 1: 211).

<sup>43</sup> Los saqueadores esperaban encontrar alguna diadema, una placa pectoral, una orejera, alguna nariguera, un anillo, o algunas cuentas con las cuales se adornaban aquellas personas. (Hernández 333-334).

<sup>44</sup> Para más información etnográfica sobre Turbaco y Matarapa véase 329-338.

<sup>45</sup> López de Gómara menciona que Jerónimo de Aguilar llevaba un libro de horas en el momento de su rescate, años más tarde, en Yucatán (1979a: 25).

Conforme al relato de Gonzalo Fernández de Oviedo, el cacique ya sabía del ataque hispano y los esperaba con quinientos guerreros pintados y armados con resorteras, lanzas, macanas y arpones. Pero aquello, según Las Casas, no fue una batalla: “Hicieron los españoles allí increíble matanza, no perdonando mujeres ni niños chicos ni grandes” (Casas 2: 396). La masacre fue seguida por el saqueo, durante el cual encontraron “el cuerpo de Juan de la Cosa, que estaba reatado a un árbol, como un erizo asietado, y porque de la hierba ponzoñosa debía estar hinchado y disforme y con algunas espantosas fealdades cayó tanto miedo en los españoles, que no hubo hombre que aquella noche allí osase quedar” (Casas 2: 396). Los colonizadores de Veragua debieron descolgar el cuerpo de De la Cosa y procurar un funeral cristiano para el ilustre navegante. Acaso el diácono Aguilar oró por el ánima del piloto colombino, así como por las de sus compañeros, e inquirirse para sus adentros ¿destino similar correré si llegó a caer en manos de naturales?

La venganza de Nicuesa y Hojeda había sido consumada. El gobernador de Nueva Andalucía debió agradecer a su contraparte el auxilio tan generosamente brindado, sobre todo porque habían sostenido amargas disputas por límites jurisdiccionales con anterioridad. Sin desear dilatar más su estancia, los barcos de Nicuesa dejaron las playas de Cartagena al día siguiente.<sup>46</sup>

Tiempo después la armada colonizadora de la provincia de Veragua arribó a su gobernación y desembarcó en una bahía, donde desembocaba un río, que recibió el nombre de Puerto Misas.<sup>47</sup> Ante los hispanos se extendía una tierra desconocida rebosante de altos árboles de gran follaje. La lluvia era abundante, las plantas, llenas de vida, eran enormes y con un verdor profundo.<sup>48</sup>

<sup>46</sup> El “defensor de los indios”, al relatar lo anterior, se preguntó: “¿Qué injuria hicieron los del pueblo de Calamar a Hojeda y a Juan de la Cosa y a los que consigo llevaron? ¿Qué padres o parientes les mataron? ¿Qué testimonios les levantaron o qué culpas otras contra ellos cometieron, estando en sus tierras o casas pacíficos? [...] ¿Si mereció Diego de Nicuesa premio ante Dios, en ayudar a Hojeda para ir a vengar la muerte de Juan de la Cosa y a su muerta compañía, y si tuvo algún título justo y derecho natural que a ejercer aquella venganza la obligase o excusase?” (Casas 2: 396-397).

<sup>47</sup> Fernández de Oviedo mencionó que en su bahía desembocaba el río Pito, seguramente Romoli se basó en este dato para identificar dicha bahía como la de Anachukuna, provincia de San Blas de la República de Panamá. Véase Fernández de Oviedo III: 175; Romoli 83; “Anachukuna” web.

<sup>48</sup> El istmo panameño es la porción más angosta del istmo centroamericano. Lo atraviesa un sistema montañoso de oeste a este, cuyas principales elevaciones alcanzan los 4 000 metros,

Jerónimo de Aguilar debió contemplar aquellas playas, saborear las aguas del río que desembocaba en la bahía y reflexionar, tras los incidentes de Cartagena, sobre los retos que le deparaba Veragua a los colonizadores. Mientras tanto, el gobernador

viendo que los tiempos no abonanzaban, acordó con los pilotos e con las otras personas de su armada de quien le pareció que debía tomar su parecer, de dejar en aquel puerto todos los navíos e gente, excepto una carabela e un bergantín, en la cual él con sesenta hombres, y en el bergantín Lope de Olano, vizcaíno, su capitán, con otros treinta hombres, se partieron del puerto de Misas. E quedó por su teniente e capitán, con hasta otros quinientos e cincuenta hombres, un hidalgo, pariente del mismo Nicuesa, que se llamaba Cueto, con el cual y con los que allí quedaron, quedó concertado que le esperase allí, porque él iba con algunos de los pilotos que había primero llevado a aquella costa el Almirante viejo, don Cristóbal Colom, cuando descubrió a Veragua, que era Diego Martín e otros, e desde que hobiesen hallado a Veragua, que el mismo Diego de Nicuesa o el capitán Lope de Olano, que con él iba, volvieran en el bergantín a llamarlos a todos, y quedaría allí la carabela con la gente que entreambos navíos llevaban.<sup>49</sup>

Nicuesa y su capitán general partieron rumbo al occidente en una nao y un bergantín tripulados por veteranos del cuarto viaje colombino. Como otro de tantos misterios, es imposible saber en qué barco permaneció Jerónimo de Aguilar, por lo que es preciso conocer el destino de cada una de las naves de la escuadra de Veragua. Dos meses después de la partida de Nicuesa y Olano, el comando del grueso de la armada comenzó a preocuparse por su prolongada ausencia, y el teniente Cueto salió en su búsqueda a bordo del bergantín res-

y que divide la región en tres zonas: las tierras bajas caribeñas, la cordillera y las tierras bajas del Pacífico. Para más información sobre las características geográficas de Panamá véase Casimir Morales 23-32. Por otra parte, el bosque tropical lluvioso panameño, que todavía se extiende de lo largo del istmo hasta la laguna de Chiriquí, debió ser mucho más rico y diverso en aquella época (Johnson 45).

<sup>49</sup> Estas palabras de Fernández de Oviedo son fundamentales pues aclaran varias situaciones: la flota se había enfrentado a un mal tiempo (era la temporada de huracanes), que no parecía terminar; la solución ante esto fue mandar una avanzada para explorar esas costas apenas conocidas; fue una decisión colectiva tomada junto con los pilotos y otras personas de autoridad; en la avanzada iría el propio gobernador y su capitán general; la flota los esperaría en un puerto seguro hasta que los bergantines regresaran a darles aviso de la localización de Veragua (Fernández de Oviedo III: 175).

tante. El teniente tan sólo encontró una carta de Nicuesa, clavada a un árbol y junto a unas señales, en la Islas de los Nísperos, en el golfo de San Blas (al oriente de Panamá) donde el gobernador asentaba que la avanzada había pasado por ahí y estaba bien (Fernández de Oviedo III: 125).

Sin embargo, la vanguardia no regresaba y los hombres de autoridad de la armada decidieron que la flota entera partiera para localizar tanto al gobernador como el río Veragua. La escuadra arribó al Portobelo colombino y de ahí pasó al río Lagartos o Chagres, donde las autoridades de la expedición acordaron, “viendo la perdición de todos y que no hallaban a su gobernador ni venía nueva dél, de descargar parte de las cajas y hacer una defensa o palizada donde su real estuviese fuerte, y dentro de aquella hacer algunos buhíos, e que desde allí fuera un piloto, llamado Pedro de Umbría, a buscar al gobernador en un bergantín” (176).<sup>50</sup>

Pedro de Umbría, piloto veterano del cuarto viaje colombino, encontró al capitán general Lope de Olano y juntos emprendieron el regreso al Chagres. Cuando el teniente Cueto y otras personas de autoridad de la expedición le preguntaron a Olano cuál era el paradero del gobernador, éste les respondía entre llantos: “Señores no me lo mentéis más, que me acabaréis de matar. Dando a entender con sus lágrimas que el Nicuesa e los demás que con él iban, eran muertos” (176). La funesta noticia fue compensada por la buena nueva de que el bergantín había encontrado el río Belén, llave de la provincia de Veragua, y la armada entera levó anclas para dirigirse a él.

El río Belén se reveló de difícil navegación desde el primer momento. Su entrada estaba cerrada por una barra de arena de tan poco calado que tan sólo podían incursionar los bergantines cuando el tiempo era favorable. El desembarco fue muy arduo dado que la playa abierta era batida por las marejadas (Romoli 85).<sup>51</sup> Pedro de Umbría pereció junto con once compañeros al explorar en un bote el mejor sitio para tocar tierra, mientras que Olano casi perdió la vida cuando se dirigía a la playa en un batel. Sin embargo, fue posible rea-

<sup>50</sup> Esa “perdición” se debía a la broma, un pequeño gusano caribeño que se introducía en los tablones de los cascos de las naves para nutrirse de su madera. Para una descripción de la época sobre ella véase Fernández de Oviedo II: 418.

<sup>51</sup> La costa caribeña de Panamá ofrece contados puertos y playas para el refugio de una nave debido a sus corales y al poco descenso de las mareas. A lo cual debemos sumar los peligros ocasionados por las constantes lluvias, los ciclones y las violentas descargas de los ríos en temporada de lluvia (Casimir Morales 27).



lizar el desembarco, tras el cual las carabelas, atacadas por la broma, fueron encalladas cerca de la costa para aprovechar su madera en la construcción de una torre y una nueva nao.<sup>52</sup> Los marineros se dieron a la tarea de construir la nave mientras el resto de los pobladores levantaron sus chozas cerca de la playa e iniciaron la siembra de sus sementeras sobre un suelo gris, arcilloso y deslavado por las lluvias. Ante ellos se extendía una pequeña planicie poblada por un bosque tropical lluvioso (Casimir Morales 28).

Olano fue elegido gobernador y decidió emprender una expedición, en la cual comandaría alrededor de treientos hombres, al cercano río Veragua, la región más aurífera de todo el país conforme a la experiencia colombina (Fernández de Oviedo III: 176). Los bergantines siguieron la costa hasta encontrar dicho río, después lo remontaron hasta que la selva se transformó en tierras cultivadas y pueblos de agricultores.<sup>53</sup>

Los expedicionarios esperaban ser bien recibidos por el señor de Veragua pero éste salió a su encuentro acompañado de sus mejores guerreros, armados con arcos, dardos y lanzas.<sup>54</sup> Al parecer, era la primera vez que los hispanos entraban en contacto con alguno de los pueblos indígenas que entonces poblaban esa región.<sup>55</sup> Ante ellos estaban aquellas personas vestidas de algodón, tatuadas y cargadas de ornamentos de oro, hueso, caracol y piedras finas (Lothrop 1963 4: 254).<sup>56</sup> Como el río se interponía entre los contendientes,

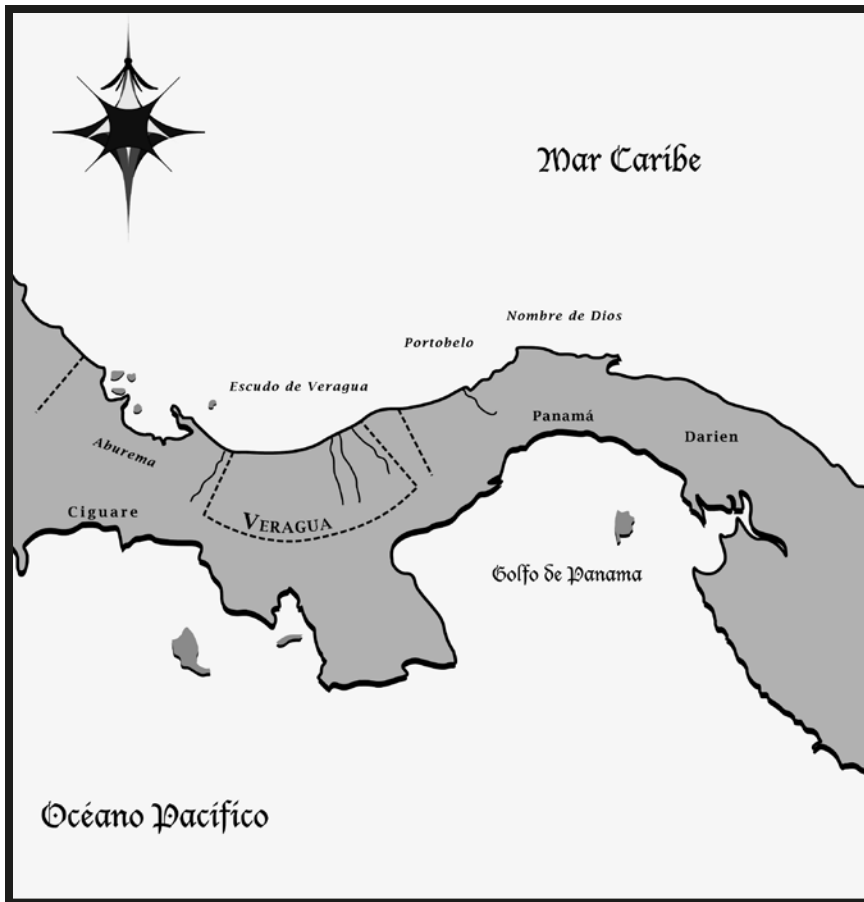
<sup>52</sup> La sombra del cuarto viaje colombino se proyecta sobre esta decisión. El Almirante Viejo eligió la desembocadura del río Belén para establecer una colonia desde la cual explorar la región de Veragua. Muy probablemente el nuevo asentamiento se parecía al colombiano con sus “casas de madera, cubiertas de hojas de palma” y su “tienda y alhóndiga, en la que se puso mucha pólvora, artillería, bastimentos y otras cosas para el sustento de los pobladores, las más necesarias como vino, bizcochos, aceite, vinagre, quesos y muchas legumbres” (H. Colón 304).

<sup>53</sup> Los pueblos agrícolas panameños, existían desde el 1 000 a. C. y se ubicaban en llanuras aluviales, valles bien irrigados y márgenes de ríos. Para más información sobre el desarrollo cultural prehispánico de Panamá véase Fonseca y Cooke 238-250.

<sup>54</sup> Los chibchas de Veragua no guardaban un buen recuerdo de aquellos extraños visitantes. Colón había atacado y quemado su pueblo, justificándose con el argumento de un probable ataque indígena a su flamante fundación de Santa María de Belén. También había apresado a su señor y robado todo lo posible (Ortwin 205-208).

<sup>55</sup> En Panamá vivían cerca de un millón de indígenas en aquel momento (Torres 51).

<sup>56</sup> Uno de los adornos más impresionantes eran las diademas de oro con la figura de águila de alas abiertas y pico largo y encorvado (Casimir de Brizuela 47).



MAPA 2. El istmo panameño era habitado a inicios del siglo XVI por una gran diversidad de pueblos pertenecientes, en su mayoría, a la tradición del Área Intermedia.

sus respectivos comandantes pudieron renunciar a la batalla con dignidad.<sup>57</sup> La expedición tomó como avanzada un bohío perteneciente al señor vera-

<sup>57</sup> Un cacique, aparentemente indefenso, podía convocar un gran ejército gracias al sistema de organización social y político panameño. Éste comprendía los siguientes niveles: familia-linaje-poblados-subtribus-tribus-cacicazgos-señoríos. Era un sistema basado en el parentesco, que se extendía a grandes grupos de familiares cercanos y lejanos, consanguíneos

güense como premio de consolación; sin embargo los invasores debieron sentirse un poco incómodos durante las primeras noches, pues la fortaleza estaba adornada con ciento veinte cabezas humanas (Fernández de Oviedo III: 176-177). El gobernador permaneció en ella cuatro días y después regresó a Belén. Por su parte, la avanzada se mantuvo durante ocho meses con muchas dificultades (176-177).

Los colonos no se encontraban nada bien cuando arribó su gobernador, pues una tormenta había destruido sus casas y sementeras. Lo último fue la mayor desgracia, pues los obligaba a depender exclusivamente de las ya escasas provisiones traídas desde La Española y de los alimentos del país. Al principio los expedicionarios debieron de cazar venados cola blanca, tapires, armadillos y conejos; de igual modo, muy probablemente, recolectaron los frutos del nance, el algarrobo y la palmera corozo pacora (Casimir Morales 28). Pero cuando los animales evitaron los territorios cercanos al asentamiento hispano y los frutos de la tierra se agotaron, los colonos debieron comer insectos, raíces, hierbas, lagartos e iguanas para sobrevivir (Asenjo 43).

Muy pronto el hambre llegó a ser tal que “acabando de parir una yegua que allí tenían, como lobos hambrientos arremetieron a comer las pears que echó con el hijo” (Casas 2: 420). Para empeorar la situación, no paraba de llover y aparecieron enfermedades que no tardaron en cobrar sus primeras víctimas. El dominico Las Casas supo que muchos de aquellos desdichados murieron “de llagas que se les hacían de los muchos mosquitos que había” (419). Lo más desalentador era enterrar a los muertos porque “experimentaron que en ocho días eran comidos los cuerpos, como si hubiera cincuenta años que los hubieran enterrado, lo cual tomaban por mala señal, entendiendo que aun el arenal se daba prisa en acabarlos” (419). Olano trató de remediar la situación organizando un sistema de tasación de las raciones y trasladando la colonia a un sitio más alto, pero las condiciones iban de mal en peor.

Un día, entre tantas desgracias, alguno de los colonos “desde la alta roca que servía de atalaya, mirando hacia occidente, gritó: ¡Velas, velas! Y a medida que el viento las acercaba, vio que era una lancha que venía a todo

---

o políticos. Se partía de un ancestro común para formar cada nivel e integrarlos a todos (Fonseca y Cooke 256-257).

trapo” (Anglería 1964 1: 223). Cuando los infelices pobladores, llenos de emoción, se acercaron a la playa para conocer la identidad de aquellos osados marineros se llevaron una gran sorpresa pues se trataba de Ribero y cuatro compañeros más, todos tripulantes de la carabela de Nicuesa.

Rivero y sus compañeros, tras recibir alimento y agua, les explicaron que el gobernador estaba vivo, que se encontraba atrapado en una isla al occidente y que ellos habían partido en aquella barca para buscar al resto de la expedición. Todo mundo quedó asombrado: ¡Nicuesa estaba vivo!, no había perecido como lo había dado a entender el capitán general y ahora gobernador, quien no tardó en mandar un bergantín guiado por Ribero al rescate de su superior.

Para conocer la suerte de Nicuesa es preciso regresar al momento cuando la avanzada partió de Puerto Misas para buscar la provincia aurífera colombina. La carabela y el bergantín siguieron la inhóspita costa panameña hasta llegar al río Veragua, donde el piloto de la nave de Olano, lleno de júbilo, le avisó a toda la expedición que por fin habían llegado a Veragua. Desde su carabela Diego de Nicuesa le respondió que

no sabía lo que decía ni podía ser, porque él tenía una carta e relación de los puertos de aquesta costa y señas dellos hasta llegar al río Veragua; la cual relación decía que le había dado el Adelantado don Bartolomé Colom para su aviso (el cual Adelantado era hermano del Almirante e gran hombre de la mar, e se había hallado con él en aquel descubrimiento primero), por la cual carta, Nicuesa no se hallaba tan adelante como Veragua, a su estimación (Fernández de Oviedo III: 176).

Los veteranos del cuarto viaje reconocieron el paisaje e insistieron que aquella era la tierra de las riquezas fantásticas, pero el gobernador se mantuvo firme en su punto (Romoli 84). El piloto del bergantín incluso “decía e certificaba al Lope de Olano que si no se hallase ser verdad que aquella era Veragua, que le cortasen la cabeza” (Fernández de Oviedo III: 176). Pero ningún argumento de la tripulación hizo dudar al gobernador de la veracidad de sus cartas, por lo que la expedición siguió de largo.<sup>58</sup>

<sup>58</sup> Alfredo Castellero duda de la veracidad de la carta dada por Bartolomé Colón a Diego de Nicuesa. Castellero hace un interesante análisis sobre la situación política de la familia Colón en aquel momento e insinúa que Bartolomé creó, con todo su oficio y aprovechando

No está claro lo ocurrido posteriormente, según Fernández de Oviedo: “La noche siguiente a esta disputa, pareciole a este mal capitán que el gobernador iba perdido, mandó al piloto e marineros que volviesen por la mesma derrota que habían llevado, e no fuesen tras el farol de la carabela del gobernador” (176). El mal capitán no era el piloto sino el mismo Olano. Las Casas cuenta por su parte que

una noche, por huir de los peligros que padescen los navíos andando de noche cerca de tierra, y el remedio general es hacerse a la mar, tomólo para sí también Nicuesa, y en anocheciendo, apartóse de la tierra con su carabela, estimando, como se debía estimar, que lo seguía con los dos bergantines Lope de Olano; pero no lo hizo así, antes, cerca de una isleta estuvo aquella noche (como dicen los marineros), al reparo. Aquello dijeron que hizo por miedo de la tormenta, y algunos y el mismo Nicuesa tuvieron sospecha que por alzarse con el armada y gobernación lo hizo Lope de Olano; alguna presunción se pudo tener de esto contra él, porque fue uno de los que anduvieron en esta isla con Francisco Roldán contra el Almirante alzados, de los cuales arriba, en el libro I, escribimos largo e yo sé que fue dellos uno Lope de Olano (Casas 2: 418).

Es sorprendente como dos escritores que en vida tuvieron puntos de vista tan distintos sobre la colonización española en América coinciden en algo: sospechar de Olano, cuyos antecedentes colombinos también levantan sospechas contra él.<sup>59</sup>

La embarcación de Diego de Nicuesa continuó hacia el occidente, y en algún punto indeterminado de la costa centroamericana creyó encontrar el río buscado.<sup>60</sup> Lo remontó durante varios días hasta comprender que no era Veragua pero cuando trató de salir se dio cuenta de que “se le cerró de arena la boca al río” (Fernández de Oviedo III: 177).

su reputación, una carta falsa para que Nicuesa no se instalará en las fabulosas tierras que descubriera junto con su hermano y a las que tenía derecho exclusivo su familia (58-62).

<sup>59</sup> Castellero tampoco perdona al capitán de Veragua y hace un interesante estudio sobre los motivos que lo llevaron a no poner gran empeño en buscar a su jefe (62-64).

<sup>60</sup> Kathleen Romoli piensa que pudo llegar hasta el cabo Gracias a Dios en el norte de Nicaragua. Ortwin también pensó en la Costa de los Mosquitos nicaragüense. Ambos se basan en un dato de Pedro Mártir según el cual el río en cuestión era el San Mateo, en el Cabo Gracias a Dios, y que se encontraba a 130 millas de Veragua véase Romoli 86; Ortwin 264; Anglería 1964 1: 223.

Los exploradores pasaron quince angustiosos días en la desembocadura del caudal hasta que “vino una creciente de las lluvias de tierra adentro, que rompió aquel cerramiento de la boca del río, e fue tan grande el ímpetu del agua, que hizo romper las amarras de las ánconas de la carabela, e dio con ella al través” (177).<sup>61</sup> La crecida fue una total sorpresa, los tripulantes se salvaron gracias al valor de un marinero que saltó al río con una sogá y la amarró a un árbol de la ribera para que sus compañeros pasaran a tierra (Casas 2: 420).

Tras recuperarse del susto, los expedicionarios buscaron por la costa cualquier cosa útil que el mar no hubiera devorado y hallaron, para su fortuna, un barril con aceite, otro con harina, una vela (con la cual hicieron mochilas, zapatos y camisas) y el bote pesquero de la nave y, así provistos, emprendieron la marcha hacia oriente para buscar al resto de la armada. La mayoría de los sobrevivientes caminaron por la costa, mientras que cuatro marineros a bordo del batel los seguían y auxiliaban cuando había que pasar algún río, ciénaga, marisma o bahía.

Para los náufragos la marcha fue pesadísima, particularmente cuando se acabaron las provisiones. En algún momento encontraron una bahía en cuyo extremo oriental había una isla, a la que llegaron en la barca.<sup>62</sup> En ella saciaron su hambre comiendo mariscos, lagartos, insectos, hierbas, raíces, hojas y palmitos... hasta acabar con todos los mantenimientos de la isla. Tras lo cual les vino “gran desmayo y cuasi estuvieron en total desesperación de remedio” (421). El ambiente debió de ser de pesimismo extremo pues Diego Ribero, veterano del cuarto viaje colombino, y sus tres compañeros decidieron robar, una noche, el bote y buscar al grueso de la armada ellos solos.

A la mañana siguiente el resto de los sobrevivientes descubrió la fuga de los marinos. El agravamiento de las circunstancias los hizo salir de su letargo.

---

<sup>61</sup> Cristóbal Colón también se enfrentó a estas crecidas repentinas durante su cuarto viaje; su hijo Hernando lo rememora así: “Estando nosotros muy contentos y seguros el martes 24 de Enero, de repente creció el río Belén tanto que: sin poder evitarlo ni echar los cables a tierra, dio la violencia del agua a la Capitana con tanta fuerza que rompió una de sus dos anclas, y la echo con tanto ímpetu sobre la nave Gallega, que de golpe le rompió la contramesana, luego, abordándose la una con la otra corrieron con tanta furia de aquí para allá que estuvieron en peligro de perecer con toda la armada” (H. Colón 302).

<sup>62</sup> Aquella era la Isla Escudo de Veragua, en el golfo de los Mosquitos panameño. Pensaron que era la otra punta de una bahía inmensa. Si venían desde la Costa de los Mosquitos ¡habían caminado más de 500 km!

Construyeron una barca en la cual Gonzalo de Badajoz y otros dos hombres se propusieron surcar las dos leguas que los separaban de la costa. Pero no lo lograron, pues a una legua de distancia la barca naufragó y, con ella, las últimas esperanzas de los españoles, quienes sumidos en “el dolor, la tristeza, caimiento de espíritu, amargura y perdimiento de toda esperanza [...] andaban como personas sin juicio, a un cabo y a otro, dando alaridos, pidiendo a Dios misericordia, que se doliese de sus desventuradas vidas y también de sus animas” (421). La situación no mejoró, por el contrario se agravó cada vez más, como refiere el padre Las Casas: “Estuvieron en aquella isla muchos días, y, según entendí, más de tres meses, muriéndose de ellos cada día de pura hambre y sed y de las hierbas que comían y del agua salobre, y los que quedaban vivos andaban ya a gatas paciendo las hierbas y comiendo crudo el marisco” (421).

¿Seguirían vivos el gobernador y sus hombres cuando el bergantín guiado por Ribero llegó a la isla Escudo? Sí y, de hecho, recibieron con lágrimas a sus salvadores quienes los hallaron demacrados y “llenos de unas gusaneras que se les habían hecho en las gargantas e otras partes de la persona” (Fernández de Oviedo III: 179). Los del barco les dieron palmitos y agua dulce para que se repusieran poco a poco. El bergantín también encontró a Badajoz y a sus compañeros en la costa; quienes contaron cómo tras el naufragio habían llegado a un río cercano donde un grupo de pescadores indígenas, que iban de paso, se compadeció de ellos y les regaló bollos de maíz y pescado.<sup>63</sup>

Cuentan que el primer acto del legítimo gobernador de la provincia más rica de Tierra Firme al llegar a las chozas de palma de la colonia del río Belén fue

prender a Lope de Olano a título y como a traidor, que lo había dejado en los peligros tan grandes de la mar y de tierra que había pasado, sin lo ir a buscar y socorrer en tanto tiempo, como era obligado por se alzar con la gobernación, de donde habían sucedido tan grandes daños; atribuyéndole las muertes de tantos como habían en ambas a dos partes (Casas 2: 422).<sup>64</sup>

<sup>63</sup> Aquellos pescadores indígenas se dirigían a los arrecifes de coral o a los manglares para pescar con red y anzuelo tortugas, mantis y varias especies de pescados (Fonseca y Cooke 251-252).

<sup>64</sup> Las acusaciones eran claras y la historiografía tanto del siglo XVI como de la actualidad le da la razón a Nicuesa.

Nicuesa deseaba ahorcar a Olano pero los ruegos de los colonos, a quienes el capitán general había pedido previamente que intercedieran por él, lo hicieron ser prudente y debió conformarse con encadenarlo para ejecutarlo después. Sin embargo el episodio, con todos los sufrimientos que implicó, trastornó el carácter del gobernador quien “hízose de aquí adelante muy impaciente, mal acondicionado, e inconvertible, y así trataba muy mal y con aspereza a los pocos que ya le quedaban” (423). Como se ha mencionado antes, es imposible saber en que barco había estado Jerónimo de Aguilar; pero de lo que no cabe la menor duda, es que su destino fue igualmente trágico al del resto de sus compañeros de infortunio. Sufrió hambre, ya fuera con Nicuesa o con Olano. Debió padecer alguna enfermedad y tal vez resultó herido por algún accidente. No importa que estuviera con Diego de Nicuesa o con Lope de Olano, su destino fue desafortunado.

A partir de la reunión de todos los hispanos, la suerte de Jerónimo de Aguilar quedaría ligada a las determinaciones de Diego de Nicuesa. La primera decisión importante del gobernador fue enfrentar el hambre enviando “a chicos y a grandes, enfermos y sanos, a la tierra adentro por ciénagas y aguas, por montes y valles, a saltar los pueblos de indios y sus labranzas, para traer a cuesta las cargas de la comida que hallaban, donde hacían y padecían intolerables males” (423). Los hispanos remontaron ríos, costearon playas y anduvieron por todo el país en partidas de saqueadores. Debieron de ser contingentes grandes porque tomar los pueblos indígenas no resultaba una tarea fácil, ya que concentraban poblaciones numerosas y se encontraban protegidos por empalizadas; además, las casas, redondas y de techos cónicos, estaban muy cerca las unas de las otras (Lothrop 254). En más de una ocasión alguno de los salteadores debió de buscar algún adorno de oro entre las cestas, la cerámica y la ropa o las camas de algodón de aquellas personas (255-256).

Los colonos demasiado débiles o enfermos debieron recibir con vítores el regreso de aquellas expediciones cargadas de pejibay, maíz, mandioca, papas dulces, pimientos, calabazas, frijoles, aguacate, frutos de palma y carne ahumada de diversos animales (pecarí, agutí, tepezcuintle, armadillo, perro, manatí y tortugas) (Fonseca y Cooke 250-251).<sup>65</sup> El joven diácono muy pro-

<sup>65</sup> El pejibay era la principal planta cultivada en el occidente de Panamá (Casimir de Brizuela 42).



bablemente empuñó un arma, como lo hicieran tantos hombres consagrados a Dios durante los años iniciales del avance hispano por América, y formó parte de aquellos contingentes que procuraban el sustento de la colonia.<sup>66</sup>

Sin embargo la Fortuna no siempre estuvo del lado español. Los indígenas de la región respondieron a la violencia incursionando contra el asiento hispano. Partidas de guerreros acecharon las inmediaciones de la colonia y más de un español fue herido o muerto por una de sus lanzas o flechas. Puede imaginarse el constante estado de alerta de Jerónimo de Aguilar, quien debió de observar con atención la profundidad de la selva para advertir algún nativo que siguiera sus movimientos.

Cuando las reservas de los poblados indígenas se agotaron, la situación volvió a ser absolutamente desesperada, al grado tal que “30 españoles que fueron a hacer los mismos saltos, padecieron rabiosa hambre y hallando un indio, que ellos o otros debieron haber muerto, estando ya hediendo, se lo comieron todo, y de aquella corrupción quedaron todos tan inficionados que ninguno escapó” (Casas 2: 423).

Ante tantas dificultades Diego de Nicuesa decidió cambiar el lugar del emplazamiento hispano y partió, comandando la avanzada, en la carabela hacia los puertos colombinos para encontrar un buen lugar donde asentarse. La expedición se entusiasmó al llegar a Portobelo, los veteranos del cuarto viaje recordaban que era un lugar lleno de comida y la tripulación bajó para buscar un poco. El Almirante Viejo lo llamó Portobelo “porque es muy grande, muy hermoso y poblado, y tiene alrededor mucha tierra cultivada” (H. Colón 295). Pero la alegría se transformó en tragedia cuando los habitantes de la bahía los atacaron y mataron a veinte compañeros. Los indígenas asentados cerca de la playa conocían el destino que les esperaba si permitían el desembarco de aquellos hombres.

<sup>66</sup> Numerosos religiosos seculares y regulares tomaron las armas en situaciones de vida o muerte. Montejo llevó muchos clérigos que empuñaron espadas durante la conquista de Yucatán. Infinidad de clérigos participaron en los combates de la frontera de Chile. El cabildo catedralicio de la ciudad de Panamá tomó las armas para defender su ciudad de ataques piratas. Finalmente, el prior de algún convento de Lima no dejó de ofrecer a las autoridades civiles de la ciudad el auxilio de ochenta religiosos ante un inminente ataque pirata (Bayle 62-65). Tampoco debe olvidarse que Bernal Díaz del Castillo dijo que Jerónimo de Aguilar había sido un buen soldado (791).

Los sobrevivientes reembarcaron y continuaron hacia el todavía más esperanzador Puerto de los Bastimentos, un lugar más pródigo que Portobelo conforme a los relatos de Colón, dado que sus “contornos e isletas estaban llenas de maizales” (295). Cuando la flota arribó, Nicuesa exclamó: “Paremos aquí en el Nombre de Dios” y a partir de entonces se conoció el puerto con ese nombre (Casas 2: 424). Tras unos días de desembarco y descanso, el gobernador dispuso construir un fuerte y envió expediciones a Portobelo para conseguir comida. Para ambas tareas, Nicuesa actuó con gran despotismo y sus hombres “blasfemaban dél y aborrecíanlo; teníanlo por enemigo cruel; ni en obras ni en palabras suyas hallaban una palabra de consuelo; iban a pedirle de comer, que morían de hambre, o a suplicalle que no los hiciese trabajar, porque no podían de descaecidos; respondíales: ‘Andá, íos al moridero’” (424-425).

Cinco meses después el gobernador envió por el resto de los colonos, quienes habían permanecido en Belén, al mando del capitán Alonso Núñez, para recoger una cosecha sembrada tiempo atrás. El retraso, debido al mal tiempo, puso en aprietos a los del primer establecimiento, pues no tardaron en consumir la cosecha y de nuevo sufrieron hambre; pero tuvieron la excelente idea de hacer pan de masa de palmito para aliviarla (424-425). Aguilar pudo formar parte de la expedición de avanzada o permanecer en Belén. Como clérigo, debió de asistir a los enfermos y moribundos, en uno u otro lugar.

Una vez reunidos todos sus hombres, el gobernador ordenó a Gonzalo de Badajoz que penetrara en el país al mando de veinte valientes para robar comida y capturar indígenas que serían mandados a La Española como esclavos en la carabela. No se sabe si Nicuesa reunió su cuadrilla de cautivos, pero sí que la carabela partió al mando de Cueto, quien debía regresar con bastimentos y entregar un juego de cartas para las autoridades de La Española y otro para el rey.<sup>67</sup> Tras su despedida la situación empeoró porque en respuesta a las incursiones hispanas los indígenas destruyeron sus sementeras

<sup>67</sup> La carta al rey se encuentra perdida. Se ha inferido su contenido de la respuesta real, donde el soberano procuraba reconocer los logros de Nicuesa y consolarlo por sus sufrimientos, pero en la cual también le extendía una crítica: “Si vos non apartados del navío en que íbados, no os acaecieron los trabajos que os acaecieron ni vos fuera necesario ejecutar la justicia en los que la efectuasteis, ni se perdiera el tiempo que se perdió, ni se posiera en riesgo el negocio en el riesgo que se a puesto de acabarse de perder del todo” (Altolaquirre XXI).

y se retiraron a otros territorios;<sup>68</sup> dejando nuevamente a los sobrevivientes de Veragua al borde de la inanición.

Sin embargo, un nuevo acontecimiento inesperado cambiaría la suerte de los habitantes de Nombre de Dios. Algún día de diciembre de 1510 los pobladores de la colonia divisaron una embarcación acercándose hacia su puerto. Era Rodrigo de Colmenares, teniente de Nicuesa, quien había retrasado su partida de La Española para reunir más hombres y bastimentos. Colmenares había salido de la isla en octubre de 1510 pero en lugar de dirigirse a Cartagena “fue a descubrir a una provincia que se dice Sierra Nevada, la más alta que se cree haver en el mundo” (Altolaguirre 150). Se detuvo a proveerse de agua en uno de sus ríos y ahí fue emboscado por un contingente de guerreros indígenas quienes mataron a cuarenta y seis de sus sesenta tripulantes.<sup>69</sup>

El teniente no venía solo, con él estaban Diego Corral, Diego de Albítez y Francisco Agüeros, procuradores del cabildo de Santa María la Antigua del Darién. Su presencia cambiaría radicalmente la suerte de Jerónimo de Aguilar y del resto de los desdichados pobladores de Veragua, por lo que es necesario hacer una digresión para aclarar la procedencia de estos hombres.

## URABÁ

La mermada expedición al mando de Alonso de Hojeda siguió su camino tras la masacre de la bahía de Cartagena. Por vientos contrarios se detuvo en la isla Fuerte, a treinta y cinco millas de la bahía calamarí, donde “llevóse cautivos a dos varones y siete mujeres de los indígenas; los demás escaparon. Allí consiguió 190 dracmas de oro, transformado en diversas alhajas” (Anglería 1964 1: 212). Tan sólo una semana después de abandonar la bahía

<sup>68</sup> Los indígenas de los alrededores de Nombre de Dios eran los chuchureyas, un grupo que vino del río San Juan, Nicaragua, y que hablaba una lengua “mexicana”. Fueron exterminados tras la conquista (Torres 53).

<sup>69</sup> En la Sierra Nevada de Santa Marta se distingue un área cultural que interactuó con la superárea cultural chibcha. En sus costas vivieron los tairona y los chimila durante el siglo xvi. Eran pueblos de agricultores, comerciantes y pescadores. Para más información sobre estos y otros pueblos de la Sierra Nevada de Santa Marta véase Oyuela web; Herrera web; Plazas web; Falchetti web.

la carabela y los dos bergantines doblaron la Punta Caribana y entraron al golfo de Urabá.<sup>70</sup>

Este último (al occidente de Colombia) está formado por una depresión entre las serranías de Abibe y del Darién, tiene una extensión de 80 kilómetros de largo y un ancho que varía entre los 15 y los 55 kilómetros. En sus costas existen varias bahías y desembocan numerosos ríos, de los cuales el principal es el río Atrato.<sup>71</sup> El paisaje de la región está formado por cuatro unidades fisiográficas y geomorfológicas: las playas y costas, las planicies aluviales, las colinas y los sistemas montañosos del interior. A lo largo de toda la región se extiende un bosque húmedo tropical donde viven hasta hoy venados, saínos, ñeques, osos cola de caballo, osos hormigueros, zorros, monos, pavos, guacamayas, loros y perdices entre otros muchos animales.

Los hispanos anclaron en la costa oriental del Golfo, instalaron un campamento provisional en las playas de arenas grises y de aguas fangosas e iniciaron el desembarco de comida, herramientas, armas y animales. Al finalizarlo el gobernador envió la carabela a La Española con el oro y los esclavos

<sup>70</sup> La región era vista como aurífera desde el viaje de Bastidas en 1502. Lo que los hombres de Hojeda ignoraban era la ausencia de minas y placeres de oro. El preciado metal tenía un origen muy distinto, como apunta Warwick Bray: “En 1502-1504 el Golfo de Urabá era el centro de una cadena comercial que unía el istmo con el mar Caribe y la región de la cordillera de Colombia. El sistema del río Tuira, en el este de Panamá, proveía rutas convenientes a Urabá y al río Atrato, que a su vez daba acceso al interior de Colombia. Los tributarios del río Atrato, y también el río León, habían sido desde siempre las rutas hacia el interior de Atioquia y del Valle del Cauca al gran centro minero de Buritica y al pueblo manufacturero de joyería de Dabeiba y, todavía más arriba en el Cauca, a la zona del Quimbaya, cuyo trabajo en el oro tuvo una mayor influencia en los estilos del Istmo después del 1 000 d. C. Al este de Urabá, sólo unas colinas bajas separaban al Golfo del río Sinú, y no había obstáculos reales para comunicarse a lo largo de todo el Caribe colombiano. El oro era el mayor artículo de comercio”. El mismo autor plantea cómo estas redes comerciales seguían por la Sierra Nevada de Santa Marta hasta los reinos Muisca de la cordillera oriental (305).

<sup>71</sup> En la margen oriental desembocan los ríos Currulao, Turbo, Caimán Nuevo, Caimán Viejo, el Bobal y Neclocí. En la misma margen se encuentran la bahía y punta de Turbo, así como las puntas de Caimán, el Predio, Punta Arenas, el cerro del Águila y la mismísima Punta Caribana. El delta del río Atrato, que desemboca en el mar por siete bocas, se encuentra en la margen occidental (Santos 13). Un excelente mapa de la región, con su hidrografía y sitios arqueológicos, se encuentra en la página del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (“Localización” web).



MAPA 3. Los entusiastas miembros de la expedición de Diego de Nicuesa vivieron todas las zozobras imaginables. Para la mayoría, la ilusión de riquezas inagotables se transformó en el sueño eterno.

obtenidos para solventar más bastimentos y solicitarle ayuda a un amigo llamado Bernardino de Talavera.<sup>72</sup>

<sup>72</sup> La carabela logró el tornaviaje, sus tripulantes informaron de la muerte de Juan de la Cosa y entregaron la carta a Talavera, pero esta nave no regresó a Urabá.

Los expedicionarios se dieron a la tarea de encontrar un buen asiento para fundar su villa y hallaron el lugar indicado sobre una colina cercana a la costa.<sup>73</sup> Los 148 colonizadores emprendieron la construcción del fuerte-colonia estipulado en las capitulaciones de Burgos que, por el momento, consistiría en una sólida fortaleza de madera y en treinta chozas para viviendas, todo rodeado por una empalizada.<sup>74</sup>

El trabajo, realizado bajo una temperatura promedio de veinticinco grados centígrados, debió interrumpirse frecuentemente por las fuertes lluvias<sup>75</sup> pero, finalmente, los colonos terminaron su asentamiento y lo llamaron San Sebastián,<sup>76</sup> en honor del mártir de las flechas paganas, a quien pidieron protección contra las saetas envenenadas de los habitantes de la región, los temibles urabá.<sup>77</sup>

<sup>73</sup> Las colinas son las últimas estribaciones de las serranías de Abibe y Darién, no sobrepasan los doscientos metros de altura. Por su parte, las montañas alcanzan alturas de dos mil metros (Santos 15).

<sup>74</sup> Maderas no faltaban, algunos de los principales árboles del bosque tropical húmedo de la región eran el cativo, la caoba, el cedro, el caracolí, el laurel, la ceiba colorada y la ceiba amarilla (Santos 15).

<sup>75</sup> En las costas de Urabá se da una pluviosidad de 2000 a 4000 mm mientras que en las montañas puede llegar hasta los 8000 mm. La temporada de lluvias va de abril a noviembre (Santos 14).

<sup>76</sup> Romoli sugiere que la fecha oficial de fundación de la colonia fue el 20 de enero de 1510, día del santo (67).

<sup>77</sup> Se desconoce la identidad étnica de los habitantes de la costa oriental del golfo de Urabá. Los españoles los veían a principios del siglo xvi como flecheros y caníbales y cuando emprendieron su conquista hacia 1530 los urabá habían sido desplazados o asimilados por los cueva que huían del ya sojuzgado oriente panameño. Desde el punto de vista arqueológico, en la región existió un gran complejo cultural, gestado hacia el 900 d.C., cuyo principal foco estaba en la margen oriental del Golfo. Se extendía, hacia el occidente, por las costas atlánticas de Panamá hasta el sitio de Puerto Escocés e incluso llegó a algunos sitios del golfo de San Miguel y del río Bayano en el Pacífico panameño; mientras que hacia el oriente se extendía hasta la desembocadura del río Sinú. Sus habitantes compartían una cultura material homogénea, un modo de producción similar y una organización política caciquil (Santos 80). Por su parte, Casimir considera que los habitantes del oriente del golfo de Urabá eran cunas (Casimir Morales 62). Son necesarias mayores investigaciones en el área para establecer la identidad étnica de los habitantes de la margen occidental del golfo de Urabá a principios del siglo xvi. Información detallada sobre la arqueología de la región, sus

Una vez erigido un asiento sólido, los conquistadores prepararon una incursión contra “un rey, señor de mucha gente, llamado Tirufi, el cual tenía mucho oro” (Casas 2: 398).<sup>78</sup> Pero el señor urabés estaba prevenido del ataque hispano y dispuso a sus guerreros, para la defensa de su gente, en las cercanías de su poblado principal.<sup>79</sup>

Los españoles, guiados por los cautivos de la tierra, anduvieron sigilosamente las doce millas que los separaban del pueblo indio. Al divisarlo, y tras la señal de su capitán, se lanzaron al ataque espada en mano, pero los indígenas “saliéronles a recibir despidiendo de sí, como si fuera lluvia, tantas venenosas flechas; de las cuales muchos de los de Hojeda heridos, y que luego rabiando morían” (Casas 2: 398). Tan organizada defensa hizo retroceder a los asaltantes e incluso los llevó a una retirada desordenada.

Pocos días después del fallido ataque los colonos realizaron un inventario de los alimentos almacenados y tuvieron la lúgubre expectativa de que en un plazo muy corto se quedarían sin provisiones. Para evitar el inminente desastre, el gobernador decidió realizar una nueva expedición militar contra otro pueblo cercano.

La suerte de los hispanos fue más triste en este nuevo lance dado que los indios, prevenidos una vez más, no los dejaron acercarse a su poblado y los acometieron en el camino, matando a varios con sus flechas envenenadas y obligándolos a huir hacia su fortaleza, hasta donde los persiguieron. Ahí “tenían harto los que en ella quedaron que hacer de enterrar los que

---

relaciones con otras culturas del Área Intermedia y excelentes mapas pueden encontrarse en la página del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (“Golfo de Urabá” web).

<sup>78</sup> Véase también Anglería 1964 1: 212.

<sup>79</sup> Los estudios arqueológicos contemporáneos, particularmente en el sitio llamado El Estorbo, muestran que a lo largo de las costas del golfo de Urabá existieron numerosos asentamientos. En ambas márgenes los sitios se encuentran a lo largo de los ríos y de las quebradas principales que descienden de las colinas al mar. La distribución espacial de la evidencia arqueológica muestra que no existieron pueblos nucleados sino poblados formados por viviendas dispersas en las terrazas y cimas de las colinas, en las terrazas de pie de monte y en las planicies no inundables. Esta distribución le permitía a los urabá beneficiarse de los diferentes ecosistemas: el mar, las ciénagas y los ríos para la recolección de moluscos y la pesca; las planicies y colinas de pie de monte para una agricultura cuyo principal cultivo era el maíz, y las zonas montañosas y boscosas para la cacería y la recolección (Santos 78).

morían y curar los que no venían tan maltratados, y pocos de los que con hierba venían escapaban” (399).

La situación de los habitantes de San Sebastián era absolutamente desesperada dado que habían realizado dos incursiones fallidas, los refuerzos del bachiller Enciso parecían nunca llegar, estaban completamente solos en una costa desconocida, la comida se agotaba rápidamente y los habitantes de la región estaban en pie de guerra. El miedo a las flechas envenenadas fue tal que los colonos no iban más allá de las cercanías de su asiento para buscar comida, la cual, la mayoría de las veces, consistía en yerbas y raíces que probaban “aun sin cognocer dellas si eran buenas o mataderas y malas, las cuales les corrompían los humores, que incurrieron en grandes enfermedades, de que murieron muchos” (399).

Comenzaba el mes de mayo de 1510 cuando la fortuna de los habitantes de San Sebastián mejoró y no precisamente debido a sus propios méritos. En la línea del horizonte, donde el mar se reúne con el cielo, el vigía divisó una nao. Poco después el gobernador recibió en las playas del golfo de Urabá a su amigo Bernardino de Talavera quien venía acompañado de setenta hombres dispuestos a compartir el destino de los habitantes de Tierra Firme.

Bernardino de Talavera contó cómo había vendido su barco poco antes de recibir la carta de Hojeda y cómo intentó deshacer el trato e incluso tomó la nave por la fuerza. Pero al fallar este plan decidió “hurtar un navío que estaba en el puerto de la punta del Tiburón, dos leguas del pueblo o villa de Salvatierra de la Çabana, al cabo occidental desta isla, que era de unos ginoveses, que cargaban de pan caçabi e de tocinos” (399).<sup>80</sup> Ni al gobernador ni a los colonos les importó el origen de la nave y de su preciada carga, recibieron a Talavera como a un héroe y le dieron la mejor bienvenida posible a sus acompañantes.<sup>81</sup>

Los hombres de Talavera, quienes esperaban una tierra próspera, pronto descubrieron una realidad muy diferente. Los indios realizaban frecuentes incursiones contra el asentamiento español y mataban a muchos, en medio de grandes sufrimientos, con sus flechas envenenadas. El propio gobernador

<sup>80</sup> El incansable defensor de los indios agrega que tanto Talavera como los setenta hombres bajo su mando, tenían deudas (399).

<sup>81</sup> Eso sí, debieron pagar con oro o esclavos tanto el cazabe como los tocinos (399).



corrió este peligro al caer en una emboscada indígena en la cual un guerrero urabá logró que una de sus flechas le traspasara un muslo. El capitán, para curarse, le ordenó al cirujano que le aplicase un hierro candente en toda la herida y cuando éste se negó, argumentando que el dolor lo mataría, Hojeda se volvió a él furioso:

—¡Haced lo que os he dicho! —gritó con terrible entereza—. Juro solemnemente a Dios que os mandaré colgar si no lo hacéis. El cirujano cambió de parecer. Negándose a que le ataran o sujetaran, el menudo gobernador permaneció sin exhalar una queja mientras le abrasaban profundamente la carne a un lado y otro de la pierna. Y así se curó (Romoli 68).

El sobrevivir tanto al mal como al remedio no le bastaron al gobernador para ganarse de nuevo a sus hombres quienes, hartos de tantas penalidades y viendo muy cercano el día en que se acabarían las provisiones de Talavera, comenzaron a murmurar contra Hojeda y a planear la apropiación de los bergantines y el regreso a La Española. Por su parte, Talavera se veía ante una situación similar dado que sus hombres preferían sufrir el castigo de las autoridades de la isla que los peligros de la vida en Tierra Firme. Los dos amigos conocían el sentir de sus hombres y convinieron una solución.

A principios de junio de 1510 el gobernador les anunció a los habitantes de San Sebastián que regresaría en la nave de Talavera a La Española para traer más bastimentos, reclutar más hombres y saber qué había pasado con el bachiller Enciso. Se comprometió a realizar todo ello en un plazo no mayor de cincuenta días y a que los colonos quedaran libres para hacer lo que juzgasen mejor en caso de no regresar en el tiempo estipulado. Incluso le entregó por escrito este acuerdo al teniente que se quedaría al mando, un soldado extremeño llamado Francisco Pizarro. Sin embargo la corriente del Caribe tenía preparado un destino muy distinto para Hojeda. La nave de Talavera fue llevada por el mar hasta la isla de Cuba, donde naufragó, conforme a lo dicho por el padre Las Casas, en la provincia de Xagua. Desde ahí, los sobrevivientes emprendieron una penosísima marcha por arenales y manglares hasta el lado oriental de la isla. El gobernador de Nueva Andalucía, además, tuvo que sufrir la afrenta de ser hecho prisionero por el capitán Talavera. Claro, era un prisionero a quien se le permitía ir espada en mano para

pelear contra los indígenas cubanos, quienes ya sabían qué clase de hombres merodeaban sus tierras, gracias a los refugiados de La Española. Finalmente, los sobrevivientes alcanzaron un pueblo de indios amigos en la costa oriental cubana, desde donde un español apellidado Ordaz fue llevado por una canoa indígena a Jamaica; ahí, Ordaz informó sobre el infortunio de sus compañeros al teniente Esquivel, quien mandó una carabela para rescatarlos. Hojeda regresó a La Española hasta principios de abril de 1511 y no volvió al golfo de Urabá nunca más.

Pero es preciso volver a los hombres que se quedaron en San Sebastián y que vivieron cada uno de esos cincuenta días como si fuera un siglo. Cuando el plazo expiró, el teniente Francisco Pizarro ordenó que se sacrificaran las únicas cuatro yeguas y que se hiciera tasajo con su carne. Después dispuso que los sesenta sobrevivientes se acomodaran lo mejor posible en los dos bergantines. Él sería capitán de uno de ellos, mientras que un hombre apellidado Valenzuela capitanearía la otra nave. Una vez todos a bordo, la carga bien dispuesta y los marinos listos, se levaron anclas.<sup>82</sup> Pero si la tierra fue ingrata con los hispanos, el mar no se mostró más benigno. Una tormenta sorprendió a las endebles embarcaciones cerca de la Isla Fuerte y en medio de los relámpagos los hombres de la nave de Pizarro vieron cómo al otro bergantín “una ballena u otro pece muy grande con la cola les hizo pedazos el timón” (Casas 2: 407). Después ya no lo vieron, pero hubo quienes afirmaron haber escuchado los desesperados gritos de los hombres al ahogarse.<sup>83</sup>

Tras la tragedia, el bergantín mandado por Pizarro siguió una lenta pero segura derrota por las costas colombianas. El 17 o 18 de septiembre de 1510, cuando los hispanos barloventaban poco más allá de la bahía de Cartagena, divisaron las velas de los barcos de Enciso:

<sup>82</sup> Sorprende cómo toda esta experiencia de los hispanos en Urabá guarda grandes similitudes con la experiencia previa de la expedición de Juan de la Cosa.

<sup>83</sup> La suerte de los tripulantes del bergantín de Valenzuela fue distinta aunque no mejor, dado que también fueron llevados por la corriente del Caribe a la isla de Cuba, donde naufragaron: “Durante la travesía habían muerto nueve hombres y los restantes cayeron combatiendo con los indios o fueron apresados como esclavos. Tres años más tarde Velázquez encontró a los únicos sobrevivientes, cautivos de un cacique, no lejos del sitio donde se fundaría La Habana”. Los sobrevivientes fueron dos mujeres casadas con indios cubanos y un hombre de nombre García Mejía (Romoli 69).

Locos de alegría con la idea de encontrar el auxilio y los bastimentos sin los cuales no habrían podido continuar su viaje con probabilidades de llegar sanos y salvos a la Hispaniola, viraron y siguieron a las dos naves hasta el puerto de Cartagena. Pero, como muy pronto verían, aquella alegría era prematura. Conocían los horrores de Urabá, que suponían haber dejado tras ellos para siempre, conocían los términos de las últimas disposiciones de Hojeda por las que ahora estaban libres de obligaciones con la concesión y su gobernador. ¡Pero aún no conocían al bachiller Enciso! (Romoli 70).

Fernández de Enciso afrontó la tenaz oposición de Diego Colón, al igual que Nicuesa y Hojeda, para levar anclas y dirigirse a Urabá. Una vez en la mar tuvo una travesía tranquila donde el mayor incidente fue descubrir a un polizón que se fugaba de La Española por deudas. El bachiller tuvo un arranque de furia y sentenció al infeliz a ser abandonado en una isla desierta pero un grupo de marineros, amigos del pasajero no previsto, intercedió por él y consiguió que el justicia mayor le permitiera sumarse a la expedición.

Es preciso volver al momento en el que los sobrevivientes de Urabá se encontraron con las naves del bachiller. Pizarro y algunos de sus compañeros abordaron la nave del justicia mayor para informarle sobre todo lo ocurrido en San Sebastián. En lugar de algún consuelo recibieron las palabras más amargas imaginables por parte del abogado, quien no creyó nada de lo dicho por el teniente y acusó a los hombres del bergantín de ser desertores y amenazó con echarles grilletes. Pizarro, como única respuesta, le mostró a Enciso el documento conforme al cual Hojeda liberaba a los sobrevivientes de San Sebastián de cualquier obligación si él o el propio letrado no arribaban al Golfo en el plazo de cincuenta días.

El bachiller, poco a poco, fue admitiendo el gran desastre sucedido, moderó sus palabras y se mostró más conciliador con los sobrevivientes. Pero, de cualquier modo, se negó a respetar el salvoconducto de Hojeda y, con un tono enérgico, le ordenó a los del bergantín que lo acompañaran a Urabá. Éstos protestaron y rogaron se les permitiera ir a La Española o, en su defecto, a Veragua. Ante la negativa del letrado, los sobrevivientes le ofrecieron todo el oro que poseían pero tampoco lograron convencerlo. El justicia mayor supo combinar palabras duras en las cuales ratificaba su autoridad sobre todos los expedicionarios hasta el regreso del gobernador con promesas tales como “que saltarían en tierra y harían esclavos para traer o enviar

a esta isla” (Casas 2: 408). Tras horas de discusión Pizarro y sus hombres, finalmente, accedieron a regresar al Golfo.<sup>84</sup> La navegación estuvo libre de cualquier incidente hasta el golfo de Urabá, donde

estaban ya a punto de entrar en el puerto, cuando el timonel que guiaba la nave la dirigió sobre un bajo y arenas de poco fondo; quedó el mísero bajel encaillado, y azotado por las olas, se abrió; perdióse todo lo que en él iba. ¡Desdichado espectáculo! De los víveres sólo se salvaron doce barriles de harina, unos cuantos quesos, y un poco de bizcocho; ahogáronse los animales, y los hombres, gracias al bergantín y al esquife, escaparon casi desnudos con parte de las armas (Anglería 1964 1: 216).<sup>85</sup>

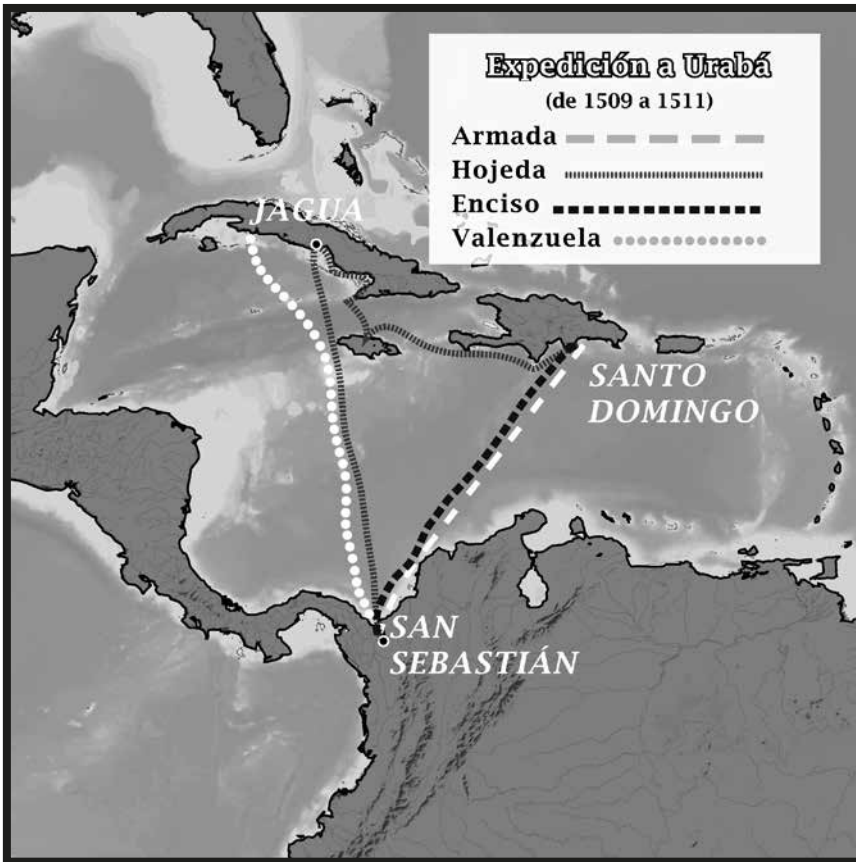
Para los veteranos de San Sebastián fue como despertar por un instante de una pesadilla para volver a sumergirse en ella. Una vez más en el golfo de Urabá, una vez más sin comida, una vez más ante las flechas envenenadas y de nuevo al borde de una muerte desdichada.

Tras sobreponerse al naufragio, los expedicionarios se dieron a las tareas de rescatar todo lo útil del barco y levantar un campamento en la playa. Inmediatamente después varios grupos, lo mejor armados posible, recorrieron el litoral en busca de comida y, para su buena suerte, descubrieron manadas de pecaríes deambulando por las llanuras aluviales; de igual modo encontraron palmeras de las cuales aprovecharon tanto los frutos como la raíz. Otro grupo de exploradores trajo noticias menos halagüeñas: los urabá habían quemado el fuerte, la empalizada y las chozas de San Sebastián. Pero sus ruinas ofrecían un mejor resguardo que el refugio de playa, por lo que los españoles no tardaron en trasladarse al asentamiento de la colina.

Pronto los pecaríes dejaron de visitar la costa y los palmares quedaron sin nada más que ofrecer. Enciso decidió organizar una incursión contra los habitantes del Golfo para robarles su comida. Los veteranos advirtieron sobre

<sup>84</sup> ¿Por qué Enciso insistió tanto en que aquellos treinta desafortunados lo acompañaran al Golfo? Kathleen Romoli sugiere que el bachiller necesitaba gente que conociera el terreno para hacer más fácil su empresa colonizadora. Además, si llegaban noticias sobre todos estos desastres a oídos de Diego Colón, pagaría el precio de su intromisión (Romoli 73-74).

<sup>85</sup> Romoli agrega que se rescataron setenta u ochenta espadas (74). Enciso nunca olvidó esos bancos de arena e incluso los mencionó en su obra *Suma geográfica*; al hablar sobre el golfo de Urabá advierte que en su entrada, “a la parte del este tiene unos bajos que entran más de dos leguas a la mar en través de la boca o entrada” (M. Fernández 51).



MAPA 4. La expedición de Alonso de Hojeda también vivió un sinfín de zozobras. Su mayor reto fue la resistencia de los habitantes de la costa oriental del golfo de Urabá.

los peligros de tal empresa y refirieron los resultados de las desgraciadas expediciones dirigidas por Hojeda. Pero la necesidad colectiva y la excesiva confianza del justicia mayor pudieron más que la prudencia.

El bachiller tomó una espada por primera vez en su vida para dirigir a los cien integrantes de la expedición militar. Los hombres mantuvieron la formación y el ánimo marcial hasta enfrentarse al primer grupo de guerreros urabá. Éstos “los atacaron sin temor alguno, traspasaron a varios con sus

saetas envenenadas, mataron a muchos, y después de vaciar sus aljabas, escaparon más veloces que el viento, pues son de rapidísimos pies, y provocaron a los nuestros con insultos oprobiosos” (217).

Después del descalabro, los ánimos se tornaron cada vez más sombríos en el campamento hispano por la falta de comida. Los hombres murmuraban que el justicia mayor era un pésimo capitán y que, como Hojeda, planeaba irse en uno de los bergantines junto con sus favoritos, e incluso “había quien decía que lo mejor sería adelantarse y marcharse ellos, dejándole morir en el sufrimiento que se negó a creer” (Romoli 75).

En este trance el letrado convocó a los expedicionarios a una asamblea para, entre todos, decidir lo mejor para la sobrevivencia colectiva. Uno a uno los aventureros fueron dando su parecer, cuando llegó el turno del polizón de la nave de Enciso, éste se expresó del siguiente modo:

Yo me acuerdo que los años pasados, viniendo por esta costa con Rodrigo de Bastidas a descubrir, entramos en este golfo, y a la parte del Occidente, a la mano derecha, según me parece, salimos en tierra y vimos un pueblo de la otra banda de un gran río, y muy fresca y abundante tierra de comida, y la gente della no ponía hierba en sus flechas (Casas 2: 411).

Aquellas palabras, pronunciadas por un hombre llamado Vasco Núñez de Balboa, devolvieron el aliento a los desesperanzados colonos, quienes decidieron emprender una última expedición militar lo antes posible.<sup>86</sup>

Enciso y Pizarro dispusieron a la mayor parte de los hombres en los bergantines mientras que setenta y cinco colonos se quedaron en la margen occidental al cuidado del campamento. Las pequeñas naves surcaron el golfo de Urabá y acercaron a los hombres a la región del Darién. Los expedicionarios saltaron a tierra, se dirigieron al principal pueblo del cacicazgo e instalaron un campamento en sus inmediaciones.

<sup>86</sup> Vasco Núñez de Balboa vio la luz en Jerez de los Caballeros, Extremadura, hacia 1475. Pertenecía a una familia de origen vasco. De niño fue paje de Pedro de Portocarrero, señor de Moguer, donde lo instruyeron para ser escudero. En 1501 partió hacia América con la expedición de Rodrigo de Bastidas. Se quedó en La Española, participó en el sojuzgamiento de los nativos de la isla y obtuvo tierras en Salvarrieta de la Sabana. En este lugar, cuya principal actividad económica era la cría de cerdos, Balboa contrajo numerosas deudas (Anderson 28-41).

Por su parte, el cacique del Darién, llamado Cemaco, envió a las mujeres y los niños del asentamiento principal a sitios secundarios y reunió quinientos guerreros para presentar batalla a los invasores de quienes ya tenía noticia.

Cuando el contingente hispano tuvo frente a sí a su contraparte indígena,

rodilla en tierra, el propio pretor y los demás pidieron suplicantes la victoria a Dios, y ofrecieron a la imagen de la Virgen bienaventurada que en Sevilla se venera bajo la advocación de Santa María la Antigua, ciertos presentes de oro y plata, así como enviar a uno de ellos en peregrinación, poner el nombre de Santa María la Antigua al pueblo que habitaran, y erigir un templo con la misma denominación (Anglería 1964 1: 218).<sup>87</sup>

Enseguida Enciso juró y pidió a todos jurar no darle la espalda al enemigo, después dio la orden para atacar. Los guerreros indígenas los recibieron con una lluvia de flechas, pero en esta ocasión los conquistadores no fueron presa del pánico y, protegidos tras sus rodelas, atacaron a sus contrincantes. Los guerreros indios, pintados de rojo, azul y amarillo, se defendieron con sus arcos, macanas, lanzas y lanza dardos, pero fue tal el ímpetu hispano que lograron desbaratar la defensa rival, matar a muchos guerreros y obligar al cacique y a unos cuantos de los suyos a huir.

Locos de alegría, pero cautelosos, los hispanos penetraron en el pueblo y conocieron la certeza de las palabras de Balboa dado que el Darién era un asentamiento de grandes casas circulares, cuyas paredes eran de madera y sus techos de palma. Al penetrar en el interior de aquellas viviendas, los conquistadores hallaron telares, altas tinajas para guardar agua, cerámica decorada

<sup>87</sup> La virgen de la Antigua es una pintura mural gótica realizada hacia el siglo XIV sobre uno de los pilares de ladrillo que sostenían la vieja mezquita mayor de Sevilla. Su culto se difundió a lo largo de la península ibérica durante el siglo XV, y alcanzó el cénit en la centuria posterior. Muchos conquistadores de América, devotos de la advocación mariana, se pusieron bajo su amparo, llevaron consigo copias de la imagen y prometieron divulgar la devoción por las nuevas tierras. Aquellos hombres también suplicaron la intercesión de la Antigua durante los trances difíciles ante los paganos del Nuevo Mundo porque creían en los milagros que había realizado para que los cristianos reconquistaran Sevilla de manos de los musulmanes en el siglo XIII. Por todo ello, no es de extrañar que los sobrevivientes de Urabá elevaran al cielo mandas en nombre de tan poderosa señora. Para más información sobre la virgen de la Antigua véase Medianero 365-380. Cabe señalar que existen numerosos espacios de culto dedicados a la virgen de la Antigua en América, incluso en la catedral de México. De igual modo, es imposible dejar de mencionar que, con el tiempo, la Antigua sería la patrona de Panamá.

para cocinar y una infinidad de canastillas llenas de plantas medicinales, cosméticos y utensilios de hueso, concha, piedra y madera (Romoli 132). Más de uno debió suspirar aliviado al recostarse en una hamaca o estera de algodón, o en un colchón de hojas de palma, zacate y hojas de bijao. También más de uno debió cambiar sus maltratados vestidos por la ropa de algodón teñido de aquellos naturales, adornada de las coloridas figuras de sus deidades.

Aquella noche fue tranquila, los heridos de flecha no murieron por ningún veneno y la mayor parte del contingente pudo descansar cómodamente en las casas indígenas mientras los guardias vigilaban los linderos del poblado. El hambre fue saciada con los bastimentos hallados en el pueblo: carne de venado, armadillo, iguana, pecarí, guaco, guanajo, pescado, cangrejo y moluscos; al igual que con vegetales como maíz, yuca dulce, frijol, habas, calabaza, ají dulce, caimito, anonas, aguacate y mamey (Casimir Morales 64).<sup>88</sup>

Al día siguiente los invasores recorrieron las inmediaciones del principal asentamiento del Darién y hallaron

algunos barrios o casas vacías de gente, por haber todas huido, pero llenas de vasos y otras alhajas de casa para el cotidiano servicio y de cosas hechas de algodón, como naguas para las mujeres, que son como medias faldillas, donde hobieron mucho algodón hilado y con pelo, y lo que más ellos deseaban y andaban a buscar con tantos peligros del ánimo y del cuerpo, muchas piezas de oro, que se ponían en los pechos y en las orejas, y en otras partes, joyas de diversas hechuras, que hasta 10 000 castellanos de oro fino pesarían (Casas 2: 412).<sup>89</sup>

<sup>88</sup> El bachiller Enciso también da una amplia relación de todos los alimentos que probó a lo largo de su estadía en el Darién. De su agrado fueron la carne de caimán, de iguana y de pavo de monte. También menciona que “ay grande abundancia de papagayos verdes, y ay unos grandes que son de muchos colores, azules y negros y verdes que son hermosos de mirar. Tienen buena carne sabrosa. Ay otros que son tan chiquitos como pájaros pequeños pardales que son verdes y muy lindos”. Igualmente menciona las grandes pesquerías y las palmeras que “llevan frutas tan grandes como huevos y unas amarillas y otras como rosadas” (Fernández de Enciso 52).

<sup>89</sup> Pedro Mártir de Anglería hace una acertadísima mención sobre la procedencia del oro de los cueva del Darién “consíguenlo a cambio de sus productos, porque su tierra, abundante en pan y en algodón, no es aurífera, y la que produce el oro u otros metales es en su mayor parte montañosa, pétrea y muy poco feraz” (Anglería 1: 219).



Los expedicionarios decidieron mudar su asiento a la aldea de Cemaco, tras disiparse el miedo a un contraataque indígena, dado que en ella había buenas casas, campos de cultivo ya trabajados y un futuro más esperanzador que entre los urabá.

Uno de los bergantines llevó la buena nueva al otro lado del Golfo y subió a bordo tanto a los setenta y cinco hispanos como a los efectos que guardaban. No conocemos con certeza el día de la ocupación del poblado, pero seguramente todo ocurrió a finales de octubre o principios de noviembre de 1510. Sobra decir que Balboa, hombre carismático, incrementó su prestigio y sus amigos tras los buenos resultados de la expedición.

Poco a poco los hispanos fueron conociendo la región y a sus habitantes: los cueva, el grupo lingüístico predominante en el oriente del istmo de Panamá a inicios del siglo XVI por sus más de doscientos mil hablantes; quienes estaban organizados en ochenta y seis cacicazgos a pesar de su unidad lingüística.<sup>90</sup> Se distribuían en un territorio atravesado por las sierras de San Blas y del Darién en la vertiente caribeña y por las sierras de Mahé, Pire y Los Sapos en la vertiente pacífica del istmo, todas con alturas entre los cuatrocientos y los dos mil metros; una tierra surcada por ríos de gran caudal como el Chagres, el Bayano, el Tuira y el Chucunaque.

Resueltas las necesidades básicas, renovado el ánimo colectivo, alimentadas las ambiciones personales, los conquistadores empezaban a ver con muy buenos ojos aquella tierra. Los españoles se integraron a la vida regional y la aldea continuó siendo visitada por comerciantes indígenas quienes intercambiaban productos, particularmente oro, con sus nuevos moradores.<sup>91</sup> Este comercio llevó al bachiller Enciso a promulgar un desatinado edicto que prohibía el tráfico particular del preciado metal so pena de muerte. Los colonos, indignados, decidieron que aquella sería la última arbitrariedad del justicia mayor.

A mediados de noviembre de 1510 la mayoría de los vecinos de la recién fundada villa de Santa María la Antigua del Darién se reunieron para elegir

<sup>90</sup> Se desconoce el origen de los cueva pero se ha postulado que arribaron al oriente de Panamá desde el norte de Sudamérica. Igualmente se ha sugerido que su lengua pertenecía a la familia chibcha, chochoe o que era una combinación de ambas. Para mayor información véase Casimir Morales 55-62.

<sup>91</sup> Podían venir tanto de territorios vecinos como de lugares lejanos dado que había un intenso comercio entre el oriente panameño, el caribe colombiano y el norte de los Andes (Bray 336).

a sus autoridades municipales. Tan sólo faltaban el bachiller Enciso y sus adeptos, a quienes, oportunamente, no se les notificó de la asamblea. Quedaron elegidos como alcaldes Vasco Núñez de Balboa y Benito Palazuelos; el tesorero sería el doctor Alberto, médico de Hojeda; Bartolomé Hurtado fue nombrado alguacil; finalmente se designaron como regidores a Diego Albitz, Martín de Zamudio, Esteban Barrantes y a Juan de Valdivia.

Enciso se opuso tenazmente al nuevo gobierno y argumentó que él tenía el mando de la expedición en ausencia de Hojeda. Mas el recién nombrado cabildo le respondió que la margen occidental del golfo de Urabá pertenecía a la gobernación de Veragua, por lo que ni Hojeda ni él tenían autoridad en aquellas tierras. También le pidieron al bachiller que mostrara los documentos que lo acreditaban como justicia mayor y éste debió admitir que estaban en el fondo del Golfo junto con los restos de su carabela. Los veteranos de San Sebastián, por su parte, mostraron nuevamente el documento conforme al cual Hojeda los liberaba de cualquier deber para con él o el bachiller en caso de vencerse el plazo de los cincuenta días antes aludidos.

El cabildo asumió la nueva autoridad de la colonia y ejecutó inmediatamente medidas como la apropiación de los bergantines para prevenir la fuga de Enciso y sus adeptos. Siguieron días tensos en los cuales los expedicionarios se dividieron en quienes eran solidarios con el bachiller, quienes apoyaban a los municipales y quienes simplemente creían que lo mejor para la sobrevivencia colectiva era buscar a Diego de Nicuesa y ponerse bajo su protección.

Fue precisamente en estos días de finales de noviembre de 1510 cuando los cañones de la nave de Rodrigo de Colmenares retumbaron en las aguas de Urabá. Colmenares había caminado sobre las ruinas de San Sebastián y deseaba saber qué había pasado con los españoles dirigidos por Hojeda. El teniente se ganó a la colonia repartiéndole comida y esperanzas, así inclinó la balanza hacia la facción que buscaba ponerse bajo la protección de Nicuesa y convenció al cabildo de mandar una comitiva a entrevistarse con su jefe.

## EL DARIÉN

La llegada de Colmenares a Nombre de Dios, con los procuradores de Santa María, provocó una conmoción de felicidad entre los sobrevivientes

de Veragua.<sup>92</sup> Los enviados del cabildo, por su parte, se llevaron una gran desilusión pues esperaban encontrar una próspera ciudad.

Los emisarios del Darién celebraron una comida con el gobernador. Se dice que aquella noche Nicuesa volvió a ser el gran cortesano de sus mocedades y que incluso cortó en el aire, con su espada, un pollo asado. Loco de alegría, el gobernador de Veragua prometió nombrar alcalde a Corral y alguacil mayor a Albitez y, también, exclamó que embargaría todo el oro de la colonia. Lo último no le gustó a los procuradores quienes se inquietaron todavía más tras recibir una advertencia de Olano: “¿Piensa que le han de recibir los de Hojeda como nosotros le recibimos, cuando venía perdido en Veragua?” (Casas 2: 427), pronunciada mientras molía palmitos en la plaza central de Nombre de Dios, encadenado por los tobillos.

La nave de Colmenares regresó al Darién unos días después, llevando consigo algunos enfermos del otro emplazamiento hispano de Tierra Firme. Los procuradores y los sobrevivientes contaron lo visto y vivido en Veragua, provocando la indignación en la colonia ante la posibilidad de perder el oro, por lo que todos sus integrantes acordaron no recibir a Nicuesa. Fernández de Oviedo cuenta que

en la iglesia de San Sebastián pusieron al pie del altar una manta o tapete en la tierra, e una almohada de cama y encima una cruz [...] e juraron allí solemnemente, sobre aquella cruz, que no recibirían a Diego de Nicuesa por gobernador [...] Este juramento hicieron primero ambos alcaldes, Vasco Núñez e Martín de Zamudio, e luego los regidores, e luego, de uno en uno, todos los que allí estaban; e asíntalo por auto, *in scriptis*, un secretario llamado Hernando de Argüello (III: 181).

El gobernador de Veragua llegó poco después y fue tratado fríamente hasta que, finalmente, los pobladores de Santa María le dijeron que no aceptaban recibirlo como gobernador y que, si quería, podía tomar un bergantín y regresar a Nombre de Dios o incluso ir a La Española. El gobernador de Veragua suplicó entre lágrimas ser recibido como un simple colono más, pero

<sup>92</sup> No se sabe con certeza cuantos hombres, de los 570 que salieron de Santo Domingo, sobrevivieron a las penalidades de Veragua. Colmenares habla de doscientos supervivientes, los demás murieron de hambre; Las Casas dice que no eran más de cien. Oviedo omite el dato. Véase Altolaquirre 151; Casas 2: 425.

sus ruegos no fueron oídos; se embarcó en la nave asignada junto con diecisiete hombres, en los primeros días de marzo de 1511, para nunca ser visto nuevamente.<sup>93</sup>

La situación política de Santa María era bastante compleja y sus habitantes expulsaron al bachiller Enciso a principios de abril de 1511.<sup>94</sup> Éste partió en un bergantín rumbo a La Española junto con los procuradores de la ciudad, Zamudio y Valdivia, quienes debían ganarse a las autoridades insulares para la causa del cabildo. Para ello llevaban el quinto real y un buen soborno para el tesorero real, Miguel de Pasamonte, gran autoridad de Indias.<sup>95</sup>

Todas estas noticias llegaron a Nombre de Dios cuando el primer barco de Santa María arribó a su puerto con provisiones. Atónito debió quedar Jerónimo de Aguilar, como el resto los colonos, al enterarse de la suerte de su gobernador. Es imposible saber si su corazón sintió gusto o tristeza al recibir la nueva.

Libres de su gobernador, los sobrevivientes de Veragua se organizaron para administrar las provisiones; Gonzalo de Badajoz y Alonso Núñez fueron los responsables de repartirlas equitativamente; pero, al parecer, fueron corruptos en tan delicada tarea y sus compañeros los prendieron. Tal vez este incidente motivó a Balboa a concertar el traslado de los sobrevivientes de Veragua a Santa María la Antigua del Darién. Rodrigo de Colmenares los recogió en los dos bergantines a mediados de 1511.<sup>96</sup>

<sup>93</sup> Pedro Mártir de Anglería, Fernández de Oviedo y Las Casas tratan de modo diferente este episodio. Pedro Mártir responsabiliza a Balboa y a Enciso por la expulsión de Nicuesa, Fernández de Oviedo acusa a Balboa de conspirar contra el gobernador de Veragua y Las Casas trata de exonerar a Balboa responsabilizando a Zamudio, otro alcalde de Santa María. Para una síntesis y crítica sobre estas versiones, véase Melón 306-311. De la suerte posterior de Diego de Nicuesa nada se sabe, en la época cundieron los rumores de que había naufragado y muerto en Cuba o muerto en Cartagena a manos del pueblo indígena al que antes había masacrado (Anderson 75).

<sup>94</sup> Para más información sobre este episodio véase Altolaguirre, Medina, Romoli o Anderson.

<sup>95</sup> El bergantín con los hombres del Darién fue llevado por las corrientes hacia el cacicazgo de Macaca, en el oriente de Cuba. Su señor recibió hospitalariamente a los navegantes, quienes, tras vivir días tranquilos entre los indígenas cubanos, partieron hacia La Española (Romoli 103).

<sup>96</sup> En enero de 1513, Vasco Núñez de Balboa le escribió al rey desde Santa María la Antigua del Darién para informarle sobre la situación de la colonia. En dicha misiva el descubridor del océano Pacífico rememora la situación de los sobrevivientes de Veragua al enterarse de su suerte:

Una vez más a bordo de una nave, una vez más dirigiéndose a una tierra prometida. Jerónimo de Aguilar contempló la verde costa por la que ya habían pasado hasta que los barcos entraron al golfo de Urabá, penetraron por un río de su margen occidental y remontaron aquel trazo azul que descendía de las nebulosas montañas. Fue un viaje corto, los bergantines se detuvieron en la rivera en el punto más cercano posible al pueblo del Darién. Jerónimo de Aguilar descendió de la nave, sus pies sintieron esa nueva tierra y caminó a través de la selva junto con sus compañeros veragüenses, guiados por los hispanos del Darién. Tras una breve caminata vislumbró el asentamiento indio-español en las faldas de unas colinas cubiertas por un prometedor maíz.

Jerónimo de Aguilar, junto a los otros sobrevivientes de Veragua, fue acogido hospitalmente por los sobrevivientes de la expedición de Hojeda y recibió albergue en casa de alguno de ellos, ahí intercambió impresiones sobre sus vivencias. Poco tiempo después, tal vez en agosto de 1511, se realizó un reparto de tierras en Santa María y Aguilar debió de recibir un solar idéntico al de los demás colonos, así lo refiere Vasco Núñez de Balboa:

Desde que a esta villa llegaron se les han hecho tan buena compañía como Vuestra Real Alteza me inbia a mandar, porque no habiendo ninguna diferencia para con ellos mas que si todos vinieramos aquí en un día; luego como aquí llegaron se les dio sus solares i sus tierras de labranza en muy buena parte i juntamente con los que a esta Villa vinieron conmigo a las ganas, porque las tierras e solares no estaban aun repartidas i llegaron al tiempo que alcanzaron parte de todo lo bueno que havia (Altolaquirre 13-14).

Tras varios días de conocer y adaptarse a la vida del Darién, Jerónimo de Aguilar debió pensar que era una gran ironía de la vida que el asentamiento

---

“De hambre se morían 5 o 6 cada día, i los Yndios les iban apocando” (Altolaquirre 13). La mayoría de los difuntos de la expedición de Nicuesa murieron por las condiciones adversas de la costa caribeña de Panamá, como apunta una autora contemporánea: “Este sector no presentó condiciones favorables para los asentamientos coloniales hispanos, debido al excesivo calor e insalubridad ocasionando el abandono de los mismos, salvo Portobelo, puerta caribeña de la comunicación interoceánica. En la actualidad los pocos poblados existentes no exceden los tres o cinco mil habitantes, excepto las ciudades cabeceras de Bocas del Toro y Colón, esta última en la entrada del canal de Panamá” (Casimir Morales 28). La misma autora señala que la costa del Pacífico ha sido la región más poblada de Panamá desde los tiempos precolombinos hasta la actualidad (28).

hispano más seguro y prospero de Tierra Firme no le debía nada a sus gobernadores.

Los españoles tuvieron mayores noticias sobre los señoríos indígenas vecinos y lejanos gracias a los comerciantes y a los cautivos. Así, supieron que no muy lejos, sobre la costa, se encontraba Careta, un señorío próspero donde abundaban el oro y la comida, la cual empezaba a escasear en el asentamiento español por la llegada de sus nuevos habitantes. Balboa decidió mandar un pequeño grupo de exploradores, comandado por Pizarro, para informarse sobre la mejor forma de llegar a dicho señorío. La partida caminó por ciénagas, ríos y espesas selvas. El paso por las ciénagas no estaba libre de peligros dado que en ellas moraban “lagartos grandes tan gruesos en el cuerpo como un becerro, que si veían algún otro animal o perro o puerco o hombre cerca del agua, salían del agua y arremetían a él” (Fernández de Enciso 104). Pero los hispanos no sufrieron el embate de un lagarto, sino de un contingente indígena que hirió a varios de sus integrantes. La escaramuza debió ocurrir cerca de Santa María pues Balboa, al mando de otra partida, fue por un hombre herido abandonado por Pizarro. Tras este desastre Balboa comenzó a planear una gran expedición que partiría en octubre del mismo año.

La fuerza expedicionaria estaba integrada por ciento treinta hombres embarcados en los dos bergantines. Los aventureros viajaron por mar veinte leguas hacia el occidente de Santa María. Después, caminaron tierra adentro hasta la aldea principal del señorío de Careta donde fueron recibidos amablemente por el señor Chima. El gobernante era una persona imponente, de cuerpo alto y robusto, cubierto por tatuajes de animales mientras sus orejas y nariz estaban horadadas para llevar adornos de oro.<sup>97</sup> Balboa le solicitó diplomáticamente comida y éste le repuso que no tenía por hallarse en guerra con su vecino, el señor Ponca; incluso llamó a dos españoles que llevaban año y medio con él para que dieran fe de sus palabras.<sup>98</sup> Pero los hispanos, hablando en su lengua materna, desmintieron lo dicho por su señor y le sugirieron a Balboa fingir la retirada y atacar el pueblo por la noche. El jefe

<sup>97</sup> Inferimos lo anterior de los datos etnohistóricos de Casimir de Brizuela 46.

<sup>98</sup> Pedro Mártir menciona que los dos españoles eran desertores de Nicuesa. Las Casas amplía la información y nos cuenta que uno de ellos se llamaba Juan Alonso y que era capitán guerrero de Chima. Caso similar al de Gonzalo Guerrero entre los mayas, de quien tendremos oportunidad de hablar más adelante. Ambos coinciden en que aprendieron la lengua cueva.

español les hizo caso, se despidió cortésmente de los principales indígenas y ordenó la retirada.

Por la noche el ejército invasor cayó sobre el pueblo y venció la precipitada defensa de los sorprendidos cueva, matando a muchos. El señor y su familia fueron capturados junto con otros indígenas y obligados a seguir a los captorres hacia su ciudad. Los cautivos debieron cargar la comida robada hasta la playa y subirla a los barcos. Ya en el Darién, Chimba negoció su libertad con Balboa, prometió una alianza militar y producir comida para los españoles. Cerró el trato entregando al hispano una de sus hijas, la joven Ayenesi.<sup>99</sup>

Un mes después, en noviembre de 1511, los españoles debieron cumplir su parte del trato con Chimba cuando éste solicitó su auxilio militar contra el señor Ponca. Vasco Núñez partió junto con ochenta hombres en un bergantín hacia las tierras de Careta, donde su aliado lo esperaba con sus guerreros. La aldea principal del señorío de Ponca estaba ubicada en las montañas del oeste de Careta y llegar a ella tomó dos días de difícil marcha. El enemigo de Chima, cuyos espías vigilaban con atentos ojos los movimientos de los invasores desde la espesura de la selva, decidió dejar el valor para otra ocasión y se retiró junto con la gente de la aldea principal a algún poblado secundario.

Cuando la fuerza combinada india-española llegó, no encontró a nadie. Los hispanos saquearon la aldea y se hicieron de muchas piezas de oro. A su retirada, el verde de los campos y el colorido del poblado se habían transformado en una negrura humeante.

Los combatientes fueron recibidos alegremente en Careta y los darieneses decidieron quedarse para descansar y gozar de los festejos indios, durante los cuales recibieron una grata sorpresa: el señor Comagre, uno de los más importantes de la región cueva, deseaba la amistad de aquellos desconocidos y los invitaba a sus dominios. Los españoles aceptaron el convite y se dirigieron, guiados por algunos caretanos, a esas nuevas tierras.

Tras un arduo camino de más de cien millas, los hispanos fueron recibidos en las afueras de la capital por el señor Comagre y su séquito, quienes vestían unas túnicas de algodón bordado y portaban adornos de oro, de los cuales el más imponente era una diadema dorada adornada con plumas. Los indígenas

<sup>99</sup> La doncella, como toda *epave*, llevaba una barra de oro para resaltar la firmeza de sus senos, y debió de estar engalanada con diversos collares (Casimir Morales 47). No sabemos cómo se llamó aquella chica, Ayenesi fue el nombre dado por varios estudiosos (García 203).

guiaron a sus huéspedes hacia una gran campiña en cuyo centro se hallaba un pueblo de más de diez mil personas. Las grandes casas distaban un poco unas de otras, dándole una mayor amplitud al asentamiento.<sup>100</sup>

El poblado principal del cacique Comagre era el lugar con más habitantes visto por los españoles en todo Panamá, pero lo que los dejó realmente asombrados fue el bohío del señor. De ciento cincuenta pasos de largo y ochenta de ancho, estaba construido con gruesas columnas de madera y tenía un segundo piso revestido de madera tallada. El interior se hallaba dividido en pasillos y estancias donde se guardaban comida y bienes de intercambio como cerámica, telas y objetos de lujo.<sup>101</sup> Comagre incluso les mostró un espacio donde preservaba las momias de sus antepasados, Pedro Mártir de Anglería brindó una descripción del recinto:

Habiendo penetrado en las estancias interiores del régulo, hallaron una habitación llena de cadáveres colgados, pendientes de cuerdas de algodón. Preguntándoles qué significaba tal superstición, contestaron que aquellos cadáveres eran los padres, abuelos y antepasados del cacique Comagro, de cuya conservación tenían ellos el mayor cuidado, por considerarlo como una religión. Cada uno de los muertos estaba cubierto con vestidos entretejidos de oro y piedras (Anglería 1964 1: 233-234).

Aquella noche Comagre deleitó a sus invitados con un banquete en el que los hispanos saborearon pescado, carne de venado y pecarí. La comida se sirvió en calabazas y en hojas, en el centro de las mesas había un cuenco de agua, un terroncito de sal y una copa de fibra trabajada con finura (Romoli 121). Los huéspedes saborearon bebidas de cacao, maíz y pejibay (Casimir de Brizuela 43). También tuvieron tiempo para admirar a las mujeres cueva:

Menudas, con grandes ojos, con largos y a menudo rizados cabellos, tenían hermosos y esbeltos cuerpos a los que dedicaban interminables cuidados. Se bañaban cinco o seis veces al día y empleaban horas y horas en peinarse con peines

<sup>100</sup> Las tierras del señorío de Comagre se extendían desde el Caribe hasta el río Bayona a través de la montaña, y por la costa desde la bahía Mazargandí hasta el Playon grande. Su capital se encontraba en la riviéra del Matumagandí, afluente del Bayano (Romoli 119).

<sup>101</sup> Entre la comida había maíz rojo, blanco, amarillo y púrpura; raíces de yuca y de arracacha; ajos, patatas naranjas; semillas de cacahuete y cápera; chiles verdes y colorados; cocos, piñas, anonas; carne de pecarí y de venado ahumada; pescado seco (Romoli 119).



de madera de macagua; se aplicaban ungüentos perfumados para mantener la piel tersa y sin manchas, y suprimían cualquier señal del vello en sus cuerpos mediante pinzas y depilatorios (Romoli 129-130).

Comagre les regaló a sus huéspedes setenta esclavos y finas piezas de oro antes de su partida. Por alguna razón, el capitán español decidió repartir el oro entre sus hombres ahí mismo. Se pesaron las piezas en la balanza ante el veedor, se reservó el quinto real, se fundieron las alhajas en lingotes y se repartió todo entre los hombres, quienes empezaron a pelear entre sí. Paquiaco, hijo del señor, se indignó ante aquel espectáculo, azotó la balanza y arrojó el oro por el piso. Sorprendidos, los españoles prestaron atención a Juan Alonso quien traducía las palabras del príncipe:

¿Qué es esto cristianos? ¿tan exigua cantidad de oro estimáis en tanto? Queréis no obstante transformar alhajas primorosamente trabajadas en barras informes. Si tanta hambre tenéis de oro, que por su culpa perturbáis a tantas gentes tranquilas, soportando calamidades y molestias, desterrados por el mundo de vuestra patria, yo os mostraré una región rebosante de oro, en la cual podréis saciar esa vuestra sed [...] Una vez cruzados esos montes (y señalaba con el dedo los australes), os será lícito contemplar otro mar surcado por veleros no menores que los vuestros [...] Todo aquel lado que mira al sur, desde las aguas vertientes de las montañas, produce oro en abundancia (Anglería 1964 1: 234-235).<sup>102</sup>

Los españoles guardaron silencio durante el discurso, pero después rompieron en un júbilo que debió desconcertar al joven quien, sin darse cuenta, les revelaba el camino al Mar del Sur y les aseguraba que en sus costas existían reinos de oro. Los hispanos partieron poco después hacia Santa María con

<sup>102</sup> Las piezas de oro eran, para los habitantes prehispánicos de Panamá, objetos simbólicos donde representaban figuras míticas, antropomorfas y zoomorfas, que explicaban el orden social y el derecho a la tierra. El oro era trabajado por toda Panamá y norte de Colombia, las mejores piezas eran colombianas y llegaban vía “intercambio cadena” a Panamá. Por otra parte, las palabras del joven príncipe (modificadas por la elocuencia angleriana) referentes a la navegación en el Pacífico no eran erróneas, había un sistema de intercambio desde el norte de América del Sur hasta Costa Rica. Véase Fonseca 268-269. Respecto a la distancia entre el océano Atlántico y el Caribe, debemos recordar que en Panamá va de entre 50 a 200 kms (Casimir Morales 24).

los esclavos cargando el preciado metal, dejando atrás al recién bautizado Carlos (Paquime) y a su padre.<sup>103</sup>

Los expedicionarios fueron recibidos con vítores por el resto de sus compañeros, quienes escucharon asombrados las noticias sobre los fantásticos países visitados. De nuevo, es difícil saber si Jerónimo de Aguilar participó en las incursiones. Fuera o no participe de ellas, debió sentir el mismo entusiasmo que el resto de los hispanos al ver, y tener en sus manos, las piezas de oro logradas en las correrías. Podemos darnos una idea sobre sus impresiones gracias a la carta de Balboa de 1513 al rey, en la cual se presenta una geografía humana y natural donde la realidad es transformada por el optimismo. Sobre la aventura a Comagre se cuenta que cerca hay una sierra donde moran

ciertos caciques que tienen oro en mucha cantidad en sus casas: dicen que los tienen todos aquellos caciques en las barbacoas como maíz, porque es tanto el oro que no lo quieren tener en cestas, dicen que todos los ríos de aquellas sierras que tienen oro, e que hai granos muy gordos en mucha cantidad [...] por el canto de aquellas sierras van unas tierras mui llanas, van la via de acá la parte de medio día, dicen los Yndios que esta la otra mar de alli tres jornadas: dicenme todos los Caciques e Yndios de aquella provincia de Comagre que hai tanto oro cogido en casa de los caciques de la otra mar que facen estar a todos fuera de sentido: dicen que hay por todos los ríos de la otra costa oro en mucha cantidad i en granos mui gordos... dicen que es mui buena gente de buena conversación la de la otra costa (Altolaquirre 19).

Paralelo al arribo de la expedición a la tierra de Comagre, Juan de Valdivia, uno de los enviados a Santo Domingo, regresó a Santa María con el bergantín cargado de bastimentos y, aún más importante, con una carta de Diego Colón donde reconocía al Cabildo y hacía de Balboa su teniente. También trajo la noticia de cómo el tesorero Pasamonte quedó encantado con sus obsequios y se negó a recibir a Enciso, quien, amargado, partió a España para continuar sus pleitos contra las autoridades elegidas de Santa María. Zamu-

<sup>103</sup> Los esclavos eran los cautivos de guerra, se les marcaba con un tatuaje especial y se les quitaba un diente que los caciques integraban a un gran collar (Casimir Morales 50).

dio había partido en el mismo barco con la intención de defender a sus compañeros.

Para los sobrevivientes de Urabá y Veragua el futuro por fin era prometedor, sólo había que superar una última desgracia: una tormenta había arrasado las sementeras de Santa María mientras Balboa y sus hombres entraron en las tierras indígenas. Las provisiones durarían poco, por lo que el nuevo “teniente” pronto le pidió a Valdivia que regresara a las Antillas para traer más comida.

Jerónimo de Aguilar formaría parte de la tripulación de la nave que partiría rumbo a La Española.<sup>104</sup> Acaso el joven diácono anhelaba regresar a la casa del licenciado Marcos de Aguilar y, de ella, a la de sus padres en Écija. Tal vez deseaba continuar con la aventura del Darién y quería regresar rumbo a La Española para facilitar la adquisición de los suministros necesarios, solicitando el auxilio de su pariente, el alcalde mayor. Probablemente Vasco Núñez estaba enterado del parentesco del clérigo con el funcionario real e instruyó a Jerónimo de Aguilar para que tornara. Bajo las circunstancias que fueran, el andaluz daría un nuevo paso decisivo en su destino.

## LA VÍBORA

Las esperanzas de los sobrevivientes del Darién estaban puestas en el bergantín comandado por Juan de Valdivia y piloteado por Francisco Niño.<sup>105</sup> Para asegurarle un buen viaje a sus tripulantes, los habitantes de Santa María celebraron una misa y todos quienes subirían a bordo se confesaron. Además de los preparativos espirituales, también se dispuso perfectamente la carga en la cubierta inferior del barco para evitar su desplazamiento durante la travesía y la pérdida de la nave.

<sup>104</sup> Cabe señalar que dos religiosos habían formado parte de la anterior navegación de Juan de Valdivia, uno de ellos era Juan Pérez de Zalduondo, quien tendría una prominente carrera en la Tierra Firme (Romoli 103).

<sup>105</sup> Valdivia, como capitán de la nave, ejercía solamente una autoridad militar, las cuestiones náuticas estaban en manos del piloto. Para más información sobre los pilotos españoles del siglo xvi véase Perez-Mallaina Bueno 84-86.

Valdivia llevaba consigo un juego de cartas con el que Balboa quería informar sus descubrimientos al Almirante Joven.<sup>106</sup> También tenía a su cargo el resguardo de los quince mil castellanos del quinto real, piezas de oro para el tesorero Pasamontes y el oro de muchos colonos, quienes le pidieron que lo enviara a sus familiares en España desde Santo Domingo. Partió en la mejor embarcación de la colonia entre el 11 y el 13 de enero de 1512.<sup>107</sup>

El piloto de la nave siguió una ruta similar a la del cuarto viaje colombiano para llegar a La Española: navegó cerca de la costa panameña hasta la Punta de Mármol y, una vez allí, condujo la embarcación hacia mar abierto para alcanzar la isla de Jamaica y, desde ahí, el puerto de Santo Domingo. Su experiencia, su ciencia y la Fortuna llevarían con bien al bergantín hasta el puerto destino.<sup>108</sup>

Durante la travesía, el paso del tiempo debió de ser marcado por las oraciones. Así, cuando el astro rey asomaba por el horizonte se debieron dar los buenos días: “Dios nos dé buen viaje; buen pasaje haga la nao, señor mestre y buena compañía, amén, así faza buen viaje, faza; muy buenos días dé Dios a vuestras mercedes, señores, de popa a proa” (G. Sánchez 147). Al ritmo de dichas plegarias, la tripulación, entre ellos Jerónimo de Aguilar, realizó los trabajos cotidianos para conducir la embarcación: revisar el estado de la nave, el cual debió estar muy lejos del óptimo; llevar el timón; manejar las jarcias; revisar los cables y, en dado caso, unir dos mediante complejos nudos; trepar hasta lo más alto del mástil y, finalmente, manipular la línea de sondeo. La última tarea era sumamente delicada porque la velocidad y la

<sup>106</sup> Balboa menciona al bergantín en su carta de 1513 “Asimismo escriví en un vergantín que de esta villa partió para la isla de la Española a hacer saber al Almirante cómo estábamos en mui estrecha necesidad” (Altolaquirre 13).

<sup>107</sup> Medina y Anderson plantean la primera fecha mientras que Romoli la segunda. Véase Anderson 111; Medina 62; Romoli 143.

<sup>108</sup> Sobre el piloto sólo se sabe que era natural de Moguer (J. L. Martínez 1991-1992 II: 232). ¿Sería algún sobreviviente de una de las dos expediciones? ¿Sería el mismo piloto que llevó a Valdivia en su primer viaje? Carecemos de respuestas a esas preguntas, pero sin lugar a dudas era un hombre de quien se esperaba la experiencia necesaria para reconocer los accidentes geográficos de la costa y los portentos que cielos y mares anunciaban. De igual modo, era un hombre versado en la ciencia náutica renacentista; capaz de usar los compases magnéticos y de leer los mapas portulanos; capaz de calcular la latitud al medir el ángulo formado por el sol con el horizonte al mediodía y de manejar el astrolabio, las tablas de declinación solar, y de realizar las operaciones aritméticas que implicaban (Perez-Mallaina 84).

predicción desplegadas al determinar la profundidad del agua y el tipo de fondo podían salvar la nave o causar su destrucción.<sup>109</sup>

El tiempo libre debió gastarse en conversaciones en las cuales lo usual era “hablar de cosas vanas, blasonar de sus personas, alabar a sus tierras y aun relatar vidas ajenas” (G. Sánchez 154). Puede imaginarse la emoción de los hombres del Darién, entre ellos Aguilar, al hablar sobre sus planes futuros, ya sea que desearan establecerse en La Española, volver a su patria o continuar con la aventura y regresar al Darién.<sup>110</sup> Igualmente, puede imaginárseles concentrados, respetuosos y hasta conmovidos durante una lectura colectiva de algún libro de horas,<sup>111</sup> dirigida por el joven clérigo de Écija; quien también debió repasar el suyo en solitario mientras contemplaba el horizonte.

Sin embargo todos a bordo debían permanecer atentos al mar dado que la ruta entre la villa de Tierra Firme y el principal puerto hispanoamericano de la época era poco conocida y muy peligrosa. El propio Almirante Viejo tuvo dificultades al recorrerla. Hernando Colón, quien acompañó a su padre en aquella travesía relata dicho itinerario desde la Punta de Mármol:

Tomamos la vía del norte con vientos y corrientes de la banda del Levante, porque procuramos siempre navegar con el viento que podíamos. Aunque todos los pilotos decían que ya habríamos pasado al Oriente de las islas de los Caribes, sin embargo, el Almirante temía no poder llegar a La Española, y esto se verificó; porque el miércoles, 10 del mismo mes de Mayo, dimos vista a dos islas muy pequeñas y bajas, llenas de tortugas, de las cuales estaba tan lleno todo aquel mar, que parecían escollos, por lo que se dio a estas islas el nombre de las Tortugas; pasando de largo la vía del Norte, el viernes siguiente, por la tarde, a treinta

<sup>109</sup> Para una relación de todos los trabajos realizados en una nave española del siglo xvi véase Pérez-Mallaina 63-75.

<sup>110</sup> También puede imaginárseles dedicándole horas a juegos de cartas similares al triunfo del basto, el cilindrón, la manilla, los cientos, el retoy y la primera. Todos ellos fueron juegos muy populares durante el siglo xvi. Claro, siempre y cuando alguno de ellos llevara una baraja. Para más información acerca de la forma en la cual los navegantes del siglo xvi pasaban su tiempo libre véase Pérez-Mallaina 153-164.

<sup>111</sup> Los libros de horas eran los más llevados por los marinos hispanos del siglo xvi. Uno de los más populares fue el *Libro de la oración y la meditación* de fray Luis de Granada. Los hombres de mar también disfrutaban de libros de caballería y de aventuras como *Orlando Furioso* y de colecciones de romances, versos y libros de canciones, que tenían la ventaja de poder ser recitados con el acompañamiento de una guitarra. Para más información sobre los libros preferidos por los marinos hispanos de la época véase Pérez-Mallaina 158-162.

leguas más adelante arribamos al Jardín de la Reina, que es una muchedumbre de isletas situadas al mediodía de la isla de Cuba (H. Colón 315).<sup>112</sup>

El relato revela cómo hasta el mejor capitán era llevado por los vientos y las corrientes hacia parajes insospechados. Las desgracias del Almirante no terminaron ahí, dado que, como se recordará, naufragó en las costas de Jamaica y debió mandar a varios de sus hombres en canoa a La Española para salvar la vida.

Los peligros de la ruta entre el Darién y las Antillas Mayores eran grandes. A los naufragios de Colón, Hojeda y Valenzuela antes mencionados se sumaron otros en los años posteriores a la navegación de la nave darienita. Aquí serán mencionados para conocer un poco más los peligros de la navegación caribeña a inicios del siglo xvi.

En 1513, un año después del viaje de la nave del piloto Alonso Niño, una nave partió de La Española al puerto del golfo de Urabá, pero el piloto erró en la ruta y una tormenta la hizo “dar al través” en la costa centroamericana. Toda la tripulación y los pasajeros sobrevivieron, los hombres de mar tomaron el batel y prometieron ir en busca de la ciudad rumbo al occidente mas nunca regresaron. Los náufragos, al comprender que los marinos no volverían, construyeron una barca con los restos de su nao y decidieron ir hacia el oriente. Siguieron la costa, no sin grandes esfuerzos, dado que “algunas veces la mar los metía dentro de sí más de lo que ellos querían, e con mucho trabajo volvían a la costa, deseosos de cualquier parte de ella. Otras veces les faltaba el comer e saltaban por las playas a buscar agua e mariscaban tomando caracoles e almejas o lo que hallaban” (Fernández de Oviedo V: 311). Fueron condiciones muy duras y tras diez meses errantes no quedaban sino catorce sobrevivientes muy flacos y enfermos.

Finalmente, los náufragos fueron rescatados en alta mar por un barco de la armada del gobernador Pedrarias Dávila que se dirigía a Castilla del Oro, en Panamá. Al regresar, entre cristianos contaron cómo su debilidad y desesperación llegó a ser tal que “echaron suertes, con juramento solemne de estar por ellas, e que a cualquier de ellos que le cupiese la suerte, lo matasen para comer, e que comido aquél, las echarían por otro, e que aquel tal que hobiese de padecer, tomase la muerte en paciencia, diciendo que más valía que uno

<sup>112</sup> Las Islas de las Tortugas actualmente son las Islas Caimán.

o dos muriesen que todos” (312). Incluso confesaron que en el momento del rescate ya habían realizado el fúnebre sorteo y cómo la fortuna había elegido a Álvaro de Aguilar, a quien la aparición de la nave hispana salvó de su triste hado (312).

Otro caso de naufragio en la misma ruta ocurrió en el año de 1519 cuando una carabela partió de la ciudad del golfo de Urabá rumbo a Santo Domingo y “dióle muy grande tormenta, e forzosamente corrió la vuelta de la isla Ferdinandina o de Cuba, e muchas veces se vieron sorbidos de las ondas de la Mar, e cuasi anegados e otras tantas la Madre de Dios los sacó de debajo del agua” (321). En medio de la tormenta los de a bordo “vieron diablos muy fieros y espantables puestos a proa e popa de la nao, e oyeron en el aire que decía uno de ellos: ‘Tuerce la vía; como que debiera el otro tal estar sobre el timón e gobernalle, dando estorbo a la salvación de aquella gente” (321). Conforme al relato, los diablos hicieron todo lo posible por hundir la nave mas no pudieron por la intercesión de la extremeña virgen de Guadalupe, gracias a la cual Dios hizo que una gran ola llevase la nao a las playas de Cuba y que encallara sin que ninguno de sus tripulantes sufriera daño.

Sin lugar a dudas la navegación en el Caribe era muy peligrosa en aquella época y los barcos estaban expuestos a grandes peligros tanto en las costas como en alta mar. En el derrotero del bergantín darienita abundaron los peligros del segundo tipo, particularmente los bancos de arena (llamados bajos en la época). Destacan los bancos Roncador, Serrana, Serranilla, Alicia y Bajo Nuevo pero, definitivamente, el principal peligro lo constituían Las Víboras.

El bajo Las Víboras o La Víbora es un largo banco de arena y coral, parcialmente cubierto con pasto de mar, ubicado a ochenta kilómetros al sur de Jamaica, tiene un área total de 8040 kilómetros, de las cuales 2400 tienen menos de veinte metros de profundidad.<sup>113</sup> Además comprende veinticuatro hectáreas de islas, cayos y rocas, entre las cuales destacan los Cayos de Pedro ubicados al este del banco (Cayo Noreste, Cayo Medio, Cayo Suroeste y Cayo Sur, todos de origen coralino); la roca Portland, la cima de dos picos

<sup>113</sup> En la actualidad es llamado Banco de Pedro. De acuerdo con Nathalie Zenny, autora jamaíquina, el nombre de La Víbora se debe a que “los arrecifes, rocas y bancos de arena la hacen parecer una enorme serpiente. Los arqueólogos estiman que hay más de 300 barcos hundidos en el Banco” (“Poscards” web).

submarinos; la roca Blower, a ocho kilómetros de la anterior y con seis centímetros sobre el nivel del mar, y la Roca Shannon, a quince kilómetros al este-sur-oeste de la roca Blower y con cinco centímetros sobre el nivel del mar (“Pedro Bank” web).

Según el relato de Pedro Mártir de Anglería fue precisamente La Víbora la responsable del hundimiento de la nave de los darienita:

A la vista de Jamaica, que está en el estado meridional de la Española y Cuba, un súbito remolino lo arrojó sobre unos bancos de arena, vados ocultos y voraces, a que los españoles llaman “víboras” con muy apropiado nombre, porque allí quédanse las naos sujetas, como los lagartos en la cola de aquellos reptiles, y se van a pique. Abrióse la carabela sin dar apenas tiempo a Valdivia y a 30 de sus compañeros a desembarcar en el bote (Anglería 1964 1: 417-418).<sup>114</sup>

Puede imaginarse al bergantín estrellándose contra alguno de los cayos o dando en el fondo del bajo, al casco, carcomido por la broma, ceder y a las cubiertas inferiores llenarse rápidamente de agua. Igualmente puede imaginarse a los hombres, presas del miedo, recogiendo lo que hubiera a la mano y bajando apresuradamente al batel, donde se acomodaron “los quen ella copieron” (J. L. Martínez 1991-1992 II: 232). Todas las fuentes coinciden en que los desventurados náufragos no tuvieron tiempo de llevar agua, comida, una vela o tan siquiera un remo a su barca salvadora, un simple batel, una embarcación menor y sin cubierta que tenía unos tablones cruzados que servían de bancos para los remeros. Por lo que se enfrentaron, totalmente indefensos, a un mar que los llevó a la deriva. Para Jerónimo de Aguilar comenzaba uno de los trances más difíciles de su vida.

Desde el momento en que los náufragos subieron al batel quedaron a merced de la corriente del Caribe. Esta corriente marina forma parte de la llamada Corriente del Golfo, a su vez parte del sistemas de corrientes del océano Atlántico; en ella:

el agua fluye al interior del mar Caribe en su mayor parte a través del pasaje de las islas de Granada, San Vicente y Santa Lucía en el sudeste. El agua continúa hacia el oeste como la Corriente del Caribe, la principal circulación de superficie en el

<sup>114</sup> López de Gómara sigue al lombardo pero no menciona ningún remolino y dice que eran veinte hombres los que entraron al batel (1979a 26).



mar Caribe. La corriente más fuerte en el Caribe se encuentra en el tercio sur del mar y pertenece a la Corriente del Caribe en esta área. Las velocidades más altas de superficie pueden alcanzar 70 cm/s frente a las costas de Venezuela y las Antillas Holandesas. También hay corrientes fuertes a lo largo de las costas panameñas y colombianas, pero hay poca corriente sobre la Planicie de Centroamérica, ya que la mayor parte de la corriente noroeste es llevada a través del suroeste de Jamaica. La corriente gira bruscamente hacia el oeste mientras cruza los bajos de las Islas Caimán y entra al Golfo de México como una corriente estrecha que abraza la península de Yucatán (“Surface” web).<sup>115</sup>

Los días en el batel debieron ser los más duros de la vida de los sobrevivientes del Darién dado que el sol y la falta de agua mermaron sus cuerpos y sus mentes.<sup>116</sup> En aquel peligroso trance, Jerónimo de Aguilar debió sentir cómo las fuerzas abandonaban su cuerpo, mientras su mente se sumía en un letargo del que regresaba a momentos para contemplar el inclemente sol y el interminable océano.

Una mirada a esos momentos de padecimientos físicos fue dada por Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, quien relató su experiencia en una barca que trataba de mantenerse a flote en las costas de Florida:

<sup>115</sup> Este fenómeno natural ya había sido observado a principios del siglo XVI y el mismo Pedro Mártir de Anglería apunta cómo en el Caribe la corriente es “perpetúa en dirección a Occidente” (Anglería 1964: 418).

<sup>116</sup> Los principales males que afectaron a los naufragos fueron la insolación y la deshidratación. La primera implica la presencia de cansancio, debilidad, vértigos, dolor de cabeza, náusea, vómitos, fiebre de hasta cuarenta grados centígrados, convulsiones, pérdida de conciencia y, en casos extremos, la muerte por colapso circulatorio; las insolaciones graves también pueden afectar los riñones y provocar lesiones cerebrales permanentes. Por su parte, los síntomas de la deshidratación son perceptibles después de haber perdido un dos por ciento del volumen de agua. Al perder alrededor de un cinco o un seis por ciento de agua, el individuo se muestra soñoliento, puede tener dolores de cabeza, presenta náuseas, padece hormigueo en algún miembro, no produce orina, presenta letargo y somnolencia, las frecuencias cardíaca y respiratoria aumentan y la temperatura corporal puede aumentar debido a una disminución de la sudoración. De un diez a un quince por ciento de pérdida, los músculos se vuelven espásticos, la piel se seca y se arruga, la vista se vuelve turbia y presentan delirios. Más de un quince por ciento de pérdida suele ser mortal. Un naufrago, sin agua, puede alcanzar la tercera fase de deshidratación entre tres y cinco días. Para más información sobre estos males véase “Trastornos” web.

Y con ser invierno, y el frío muy grande, y tantos días que padecimos hambre, con los golpes que de la mar habíamos recibido, otro día comenzó la gente mucho a desmayar, de tal manera, que cuando el sol se puso, todos los que en mi barca venían estaban caídos en ella unos sobre otros, tan cerca de la muerte que pocos había que tuviesen sentido, y entre todos ellos a esta hora, no había cinco que estuviesen de pie, y cuando vino la noche no quedamos sino el mestre y yo que pudiésemos mear la barca (36).

Mientras que una idea sobre lo visto por los náufragos en sus horas más oscuras es sugerida por Gonzalo Fernández de Oviedo, quien menciona: “Muchas veces he oído a hombres de la mar e a otras personas de crédito que han navegado e hallándose en naufragios e grandes tormentas, que han oído voces como humanas hablar en el aire, en los tiempos que más peligro tenían, e han visto cosas espantables e demonios” (V: 319).

Ante tan graves adversidades, Jerónimo de Aguilar y sus compañeros de infortunio debieron orar. Seguramente se encomendaron a la Virgen María y le rezaron de un modo similar al de esta plegaria, muy popular durante la primera mitad del siglo xvi:

Clara estrella de la mar  
 Dichosa puerta del cielo  
 Madre de nuestro consuelo  
 Virgen nacida sin parir  
 Reina bienaventurada  
 De todos consolación  
 En todo tiempo y sazón  
 Sed, pues sois nuestra abogada;  
 Mas por gracias singular,  
 Las rodillas por el suelo,  
 Pedimos vuestro consuelo  
 Mientras estamos en el mar  
 (G. Sánchez 163).

Los náufragos también debieron hacer votos parecidos a los de un manco que sobrevivió en el mar asido a una tabla y que tras ser rescatado contó “que siempre había tenido esperanza cierta en la gloriosa Virgen e Madre de

Dios que le había de socorrer, e se había votado a ella, y en su nombre a su sancta imagen del Antigua, que está en una capilla de la iglesia mayor de Sevilla, donde ha fecho muchos milagros” (Fernández de Oviedo V: 309).

Sin embargo la prueba fue demasiado dura para muchos de los sobrevivientes de las desgracias de Tierra Firme y como el autor de las *Décadas del Nuevo Mundo* señaló: “Siete de ellos murieron de hambre y fueron pastos de los peces” (Anglería 1964 2: 418). Mas la Fortuna tenía reservada una suerte distinta para los hombres del Darién dado que, transcurridos trece o catorce días de sufrimiento y agonía en alta mar, la misma corriente que los había alejado de tierras conocidas los llevó a una tierra desconocida.

#### XAMA-XAMANZAMA

Los náufragos debieron pensar que su dios había escuchado sus plegarias y sus mandas cuando divisaron una tenue línea costera hacia donde los conducía la corriente marina. De algún modo, encontraron las fuerzas para manipular el batel y alcanzar la costa. Al llegar a tierra, experimentaron el mayor júbilo de sus vidas. Seguramente cayeron de rodillas sobre la playa, lanzaron exclamaciones de alegría y oraron para agradecer la oportunidad de seguir con vida.

Los sobrevivientes del Darién no lo sabían, pero se encontraban en la punta de la península de Yucatán, y muy pronto conocieron a los habitantes de aquel país localizado en un mar inexplorado: los mayas de la costa oriental de Yucatán.<sup>117</sup> De acuerdo con la “Crónica de Chac Xulub Chen”, documento maya del siglo XVI, fueron “los nativos de Cozumel” los que acogieron

<sup>117</sup> Hernán Cortés señaló la punta de la península de Yucatán como la región adonde llegaron los náufragos (J. L. Martínez 1991-1992 II: 232). El dato es fidedigno pues la corriente del Caribe pasa exactamente por la punta de Yucatán, donde se transforma en la corriente del Canal de Yucatán. Esta información fue dada por Hernán Cortés en 1534 en una de las preguntas de su “Interrogatorio general...”, es decir, era una pregunta cuya información sería corroborada por los distintos convocados a contestarla. Este texto resulta de particular interés porque aporta muchos datos sobre el naufragio de Aguilar y las circunstancias de su vida en Yucatán. Por otra parte, la costa oriental de la península de Yucatán es una subárea cultural de las tierras bajas mayas, comprende novecientos kilómetros desde Cabo Catoche hasta el canal de Bacalar, Para más información sobre ella véase Maldonado 11-39; Martos.

a los infortunados.<sup>118</sup> Los gobernantes de la isla estaban ampliando su poder político por la región.<sup>119</sup> De hecho, el territorio de la punta de Yucatán tenía como *halach uinic* a un miembro del linaje cozumeleño de los Pat, el más importante de Ecab y Cozumel (Vargas 217, 220).<sup>120</sup>

Ahora bien, ¿cómo fue el primer encuentro entre mayas y españoles? La respuesta es dada por Hernán Cortés: “E cuando llegaron se había muerto más de la mitad por la mar e de sed, e de hambre, en la barca; e los que llegaron vivos, que sería hasta ocho o nueve, llegaron tales, que si los indios no los remediaron, no escapara ninguno” (J. L. Martínez 1991-1992 II: 232). Es decir, la deshidratación, la insolación y el hambre habían acabado con cerca de la mitad de los naufragos. Mientras que la salud de los sobrevivientes

<sup>118</sup> La crónica de Chac Xulub Chen es uno de los documentos mayas más importantes del siglo XVI. Fue redactada por Ah Nakuk Pech, miembro de una familia noble maya del occidente de la península. Se espera que pronto se realice una edición crítica de ella. En el presente trabajo se utilizó el trabajo del investigador norteamericano Daniel Garrison Brinton, uno de los más recurrentes en el ámbito académico. Las palabras de la crónica son las siguientes: “In former times no one saw Spanish foreigners, not until Jerónimo de Aguilar was captured by the natives of Cozumel” (Brinton 226-227) [“En tiempos precedentes nadie vio extranjeros españoles, no hasta que Jerónimo de Aguilar fue capturado por los nativos de Cozumel” (trad. del autor)].

<sup>119</sup> Ernesto Vargas ha planteado que el *cuchcabal* de Cozumel amplió el territorio bajo su dependencia a una región de la costa oriental cercana a la isla. De igual modo, ha propuesto que su influencia, mediante alianzas matrimoniales, llegaba hasta el puerto comercial de Tixchel, en Campeche, y Tipu, en Belice (221). El mismo investigador ha identificado la presencia de miembros de diversos linajes de la isla en los *cuchcabales* de la tierra firme: Pat en el pueblo de Cachi, al norte de la península, Ye en Kantunilkin, igualmente al norte, Ye en Pole, en la costa central del actual Quintana Roo; Pat en el *cuchcabal* de Couch; Chi y Pat en el pueblo de Chikindzonot, igualmente en Couch; Pat en Tulum (121, 124, 131, 222). Es preciso aclarar que tras la caída de Mayapán hacia 1450, los mayas yucatecos se organizaron políticamente en dieciséis entidades políticas llamadas *cuchcabales*. Dos de las principales definiciones de *cuchcabal* son las de Sergio Quezada y Tsubasa Okoshi. El primero entiende el concepto como “el espacio territorial gobernado por un poder que reside en un lugar determinado” (36). El segundo lo definió como “un territorio gobernado por una autoridad o por un dirigente político residente en un pueblo (= cabecera), donde habitan pueblos sujetos a ésta” (3: 281).

<sup>120</sup> El *halach uinic* era quien “obedecía las órdenes de otros señores y los representaba en sus pueblos respectivos, era el señor principal del *cuchcabal*” (Vargas 190). Más adelante se explicará la relación entre los *cuchcabales* de Ecab y Cozumel.

era tan delicada que hubieran muerto si los mayas no les prestaran auxilio conforme a sus saberes medicinales.

Posteriormente, con la salud ya restaurada, Jerónimo de Aguilar pasó a vivir con un sacerdote de la ciudad de Xamanzama (Tancah), cuyo nombre pudo haber sido Ah Kin Cutz o Kinich.<sup>121</sup> Muy probablemente se trataba de un prestigioso sacerdote del macroasentamiento Xama-Xamanzama, conocido actualmente como Tulum-Tancah, una de las principales ciudades de las tierras bajas mayas de aquella época.<sup>122</sup>

No está claro cómo sucedió el traslado del sobreviviente de Veragua a la gran ciudad costera. Las fuentes hispanas del siglo XVI lo explican mediante una fuga. Pedro Mártir de Anglería escribió que el gobernante, a cuyas tierras llegaron los naufragos, decidió sacrificar a Valdivia y a varios de sus compañeros para después compartir su carne con un círculo reducido de comensales. Aguilar y sus compañeros, quienes correrían pronto un destino similar, esca-

<sup>121</sup> El nombre del sacerdote, en caso de ser Ah Kin Cutz, puede ser traducido como gobernante-sacerdote (Vargas 222).

<sup>122</sup> El nombre de la ciudad y el primer nombre del sacerdote son dados por Francisco López de Gómara (1979a: 26). Pedro Sánchez de Aguilar también registró que Jerónimo de Aguilar vivió en Xamanzama, con un sacerdote llamado Kinich. Sánchez de Aguilar tal vez tuvo fuentes orales ya que era nieto de Fernando de Aguilar, conquistador de Yucatán oriundo de Écija, y además vivió en Valladolid, adscripción a la que pertenecía el pueblo colonial de Tzama (P. Sánchez). Ahora bien, Sánchez de Aguilar no registró el nombre prehispánico de Xamanzama para Tancah, sino el colonial de Xama o Tzama. La identificación de Tancah con la Tzama colonial, y con la Xamanzama prehispánica, fue realizada por Arthur G. Miller: “El sitio de Tancah es la Tzama (también escrito Zama, Çama y Sama) de los documentos coloniales”. Miller realizó un análisis de los documentos coloniales y los comparó con la topografía de la región para llegar a esta conclusión. Para más información véase Miller 77-78. Su propuesta ha sido corroborada por Ernesto Vargas, quien también identifica Xamanzama con Tancah (125-126). En resumen, el sitio se llamaba Xamanzama durante la época prehispánica, Tzama durante la colonia y actualmente es llamado Tancah. El que Jerónimo de Aguilar viviera en este asentamiento también puede apoyarse en el testimonio de Bernardino Vásquez de Tapia, otro de los capitanes de Cortés, quien había dado una idea sobre la localización del poblado donde vivió el naufrago del Darién: “Y venimos a la isla de Cozumel y la conquistamos y pacificamos. Y estando allí, se cobró Jerónimo de Aguilar, español que había mucho tiempo que estaba en Yucatán, *de la parte sur*, en poder de los indios, el cual hizo mucho provecho, por saber la lengua de aquella tierra” (28, las cursivas son mías). En la actualidad, Tsubasa Okoshi coincide en que Jerónimo de Aguilar vivió en Xama-Xamanzama (3: 282). María Flores Hernández y Manuel Eduardo Pérez Rivas también lo señalan (105-106). Ernesto Vargas, por su parte, considera probable que los naufragos del Darién estuvieran en Zama, es decir, Tulum (125).



MAPA 5. Los representantes del cabildo de Santa María la Antigua del Darién fueron de las primeras víctimas de los temibles bajos, arrecifes y rocas de La Víbora.

paron una noche a las tierras de otro señor, enemigo del primero (Anglería 1964 2: 417-418). Por su parte, Bernal Díaz del Castillo explicó que los “calacheonis”, con quienes llegaron los náufragos, los repartieron entre sí. Muchos murieron sacrificados y otros, por dolencias. El señor con quien terminó Aguilar planeaba sacrificarlo, pero el náufrago huyó y se refugió con otro gobernante (Díaz del Castillo 71).<sup>123</sup> Cabe mencionar que ambas versiones acaso

<sup>123</sup> Ambas versiones serán analizadas en la segunda parte de este libro.

pueden enlazarse con una frase de la crónica de Chac Xulub Chen, según la cual Aguilar “was eaten by An Naum Ah Pat at Cuzamil in the year 1517” (Brinton 226-227) [“Fue comido por An Naum Pat en Cozumel en el año de 1517” (trad. del autor)].<sup>124</sup>

<sup>124</sup> Brinton tradujo la frase del maya al inglés. Héctor Pérez Martínez, destacado político mexicano de la primera mitad del siglo xx, apasionado y acucioso investigador del pasado nacional, realizó una traducción diferente, conforme a la cual Aguilar “tuvo por suegro a Ah Naum Ah Pot, en Cozumel, en 1517”. “Historia y crónica de Chac Xulub Chen” (S. Molina 30). Pérez Martínez explicó que la diferencia en su traducción se debía a considerar que la palabra *hantabi*, del texto en maya, derivaba de *hantab*, la cual significa tomar o tener por suegro al varón (46). El entusiasta indagador aclaró en la presentación de su trabajo que realizó una traducción interpretativa y además contó para su trabajo con alguna edición del *Calepino maya de Motul* y con la ayuda de Antonio Médez Bolio y Alfredo Barrera Vásquez. Aunque la traducción de Pérez Martínez es atractiva, en el presente estudio se prefirió la realizada por Brinton, pues el *Diccionario maya Cordemex* contiene la entrada *Hanta'bil*, mucho más cercana al *Hantabi* de la crónica. *Hanta'bil* significa “que ha sido, ha de ser o debe ser comido” (Barrera 179). Acaso, en la traducción de Brinton podría cambiarse el “fue comido” por “debía ser comido”, pues Aguilar no sufrió este destino, como se verá más adelante. La elección de Brinton también se debió a la amable ayuda de dos lingüistas a quienes se consultó, Alejandro Curiel y Manuel Xool K. Los antropólogos transcribieron la oración de la crónica consignada por Pérez Martínez a dos posibles frases bajo el sistema contemporáneo. A continuación, dieron las tres siguientes traducciones: “Así, en la región del viento del poniente, a Aguilar, se lo comió el señor Ah Naum Ah Pot de Cusamil en el año de 1517”; “Así, en la región occidental de la tierra de Aguilar, se lo comió el señor Ah Naum Ah Pot de Cusamil en el año de 1517”; “Así, entonces cocieron el chile cuando Aguilar estaba borracho y se lo comió Ah Naum Ah Pot de Cusamil en el año de 1517”. Por otra parte, la traducción de Brinton tiene un problema. El norteamericano anotó en el texto en maya que el señor que comió, o debía comer, a Aguilar era Ah Naum Ah Pot, pero en la traducción al inglés registró a An Naum Ah Pat. El problema radica en que los linajes de los Poot y los Pat son registrados para la isla de Cozumel (Vargas 218). Además, existen registros históricos de un gobernante cozumeño llamado Naum Pat. Se sabe que Montejo se reunió en 1528, en el asentamiento de la costa central de Quintana Roo de Mochí, con Naum Pat, señor de Cozumel que asistía a la boda de su hermana con un gobernante local (220). El personaje no es secundario, de acuerdo con Ernesto Vargas, Naum Pat pudo ser el *halach uinic* de Cozumel y estaba realizando una serie de alianzas con las ciudades de la costa central de Quintana Roo para conformar un *cuchcabal* mayor (221). De ser correcto el registro del linaje Pat en la traducción al inglés de Brinton, se abren muchas interrogantes. ¿Por qué el redactor de la crónica anotó que este personaje se comió, o debía comerse, a Aguilar?, ¿era un dato certero? o ¿estaban confundiendo al Naum Pat de Cozumel con el *halach uinic* Pat de Ecab con quien

Las explicaciones del traslado de Aguilar por una fuga ante un sacrificio, y hasta un acto de canibalismo, son plausibles. Los mayas peninsulares del posclásico terminal practicaban los sacrificios humanos.<sup>125</sup> El caso de la antropofagia ritual es controversial, dado que algunas fuentes del siglo XVI la afirman mientras otras la niegan.<sup>126</sup> Sin embargo, los especialistas contemporáneos la admiten con ciertas reservas.<sup>127</sup> Acaso la marcha angleriana, por el territorio densamente poblado que mediaba entre Cabo Catoche y Tulum, resulta menos probable.<sup>128</sup> La versión de Bernal Díaz del Castillo abre

---

seguramente llegaron los náufragos? Todas estas interrogantes refuerzan la necesidad de una edición crítica de la crónica.

<sup>125</sup> Los redactores de las relaciones histórico-geográficas de Yucatán lo registran, así como fray Diego de Landa. De igual modo, se cuenta con los restos óseos de las víctimas del cenote de Chichén Itza. Para más información véase Garza; Landa; Anda web. Martha Ilia Nájera Coronado realizó un extenso estudio sobre el sacrificio humano entre los mayas en *El don de la sangre en el equilibrio cósmico. El sacrificio y el autosacrificio sangriento entre los mayas*.

<sup>126</sup> Fray Diego de Landa registró que los mayas peninsulares del posclásico terminal practicaban la antropofagia (129). Fray Diego López de Cogolludo, cronista franciscano del siglo XVII, también lo mencionó, aunque reconoció basarse en las historias generales del siglo XVI (180). Fray Bartolomé de las Casas negó categóricamente que los mayas tuvieran dicha práctica en su *Historia de Las Indias*, asunto que será analizado en la segunda parte de este libro (3: 427). Varios redactores de las relaciones histórico-geográficas de la provincia de Yucatán también lo negaron explícitamente, asesorados para este delicado asunto por Gaspar Antonio Xiu, señor de Mani, descendiente del gran gobernante Tutul Xiu y considerado por sus contemporáneos un experto en las costumbres mayas previas a la conquista. Son siete las relaciones que negaron la práctica del canibalismo en tiempos anteriores a la invasión cristiana: “Relación de la ciudad de Mérida”, “Relación de Tabi y Chunchuhub”, “Relación de Sinanche y Egum”, “Relación de Citilcum y Cabiche”, “Relación de Kizil y Siltilpech”, “Relación de Izamal y Santa María”, “Relación de Muxuppipp” (Garza I: 72, 165, 124, 183, 200, 306, 377, respectivamente).

<sup>127</sup> Martha Ilia Nájera acepta la antropofagia ritual en las tierras bajas mayas durante el posclásico terminal en su estudio sobre el sacrificio entre los mayas. Ernesto Vargas también la acepta para interpretar ciertos huesos que formaban parte de una tumba-osario de Tulum. Ambos coincidieron, en comunicaciones personales, que debió ser una práctica restringida a ciertos grupos, en ciertos lugares y en ciertos momentos. Para más información véase Nájera 206-214; Vargas y Santillán 113-134.

<sup>128</sup> En aquel territorio se ha calculado que vivían cerca de ochenta mil personas a principios del siglo XVI. Vargas *apud* Benavides y Andrews, *op.cit.*, p. 117. La región más poblada era la comprendida entre Xamanhá y Tulum (Goñi 25). Hoy en día, la continuidad de los



la posibilidad de que Aguilar hubiera sido trasladado a un lugar más cercano a Xama-Xamanzama, a donde huyera al tener noticias de los planes de su amo.

El suceso no se agota con lo narrado por las fuentes hispanas. Es posible plantear una explicación del traslado de Aguilar a Xama-Xamanzama que resulte alternativa a los dramáticos escapes, partiendo de la crónica de Chac Xulub Chen. Ésta señala, como ya se mencionó, que fueron los habitantes de Cozumel quienes aprehendieron a Aguilar y sus compañeros: “Y ésta, a saber, fue la causa de que se conocieran en la comarca, porque terminaron por caminar todos por la tierra”. Los linajes de Cozumel estaban ampliando su poder político y su presencia en toda la península a inicios del siglo XVI.<sup>129</sup> Un miembro del linaje cozumeño de los Pat era el *halach uinic* de Ecab, por lo que probablemente los señores de Cozumel repartieran a los naufragos por los diferentes *cuchcabales* donde hubiera miembros de sus familias. Así, Aguilar habría terminado en Xama-Xamanzama, donde vivía otro miembro del linaje de los Pat.<sup>130</sup>

Fuera mediante una dramática huida, o por una mesurada transacción de dones entre potentados indígenas, el diácono andaluz terminó en uno de los principales asentamientos de la costa oriental de Yucatán. La gran ciudad de Xama-Xamanzama llevaba cerca de siglo y medio de esplendor cuando Jerónimo de Aguilar llegó a ella.<sup>131</sup> El macroasentamiento, particularmente Xama, era uno de los puertos comerciales más importante en el circuito marítimo que unía a Xicalango, en el golfo de México, con Nito, en el golfo de

---

vestigios de las zonas habitacionales entre Cancún y Tulum es tan extensa que los arqueólogos encuentran difícil precisar los límites entre los diferentes sitios (Flores 92).

<sup>129</sup> Flores y Pérez han propuesto, con base en Roys, que el apellido Pat también estaba presente en Maní, Soruta y Cupul (107).

<sup>130</sup> Sin embargo, las explicaciones del repartimiento de los señores de Cozumel y de la fuga no son mutuamente excluyentes. Cabe recordar que Bernal Díaz del Castillo apuntó que los señores con quienes llegaron los naufragos los repartieron entre sí. Esos señores pudieran ser los de Cozumel. Aguilar luego pudo caer en manos de un *halach uinic* que deseara sacrificarlo y haber huido a Xama-Xamanzama.

<sup>131</sup> Para Miller es una época en la cual se introdujeron nuevas formas en la cerámica, la arquitectura y la iconografía de los murales. Miller concluyó, tras un análisis iconográfico de los murales de Tancha y Tulum, así como un estudio de la arquitectura de Tulum, que la región fue invadida por personas con una tradición cultural particular después de 1400 (72-73).

Honduras (Miller 75-76). Además, el lugar, en su conjunto, era un centro religioso importante.<sup>132</sup>

No se conoce a ciencia cierta el papel de Xama-Xamanzama en la costa oriental, como tampoco se ha clarificado con precisión la organización política del *cuchcabal* de Ecab, del cual formaba parte. Esta “provincia” se extendía desde Cabo Catoche hasta Tulum y desde las playas del Caribe hasta los *cuchcabales* de los Tases y Chikinchel. Comprendía aproximadamente diez mil kilómetros en los cuales se ha calculado que vivían cerca de ochenta mil personas a principios del siglo XVI.

Tsubasa Okoshi planteó que el *cuchcabal* de Ecab estaba organizado como una serie de cacicazgos independientes unidos políticamente por un linaje predominante (282-283). Ernesto Vargas propuso que la región se subdividía en tres zonas de influencia. El pueblo cabecera de Ecab dominaba con relativa firmeza los asentamientos nororientales de Conil, Cachi, Kantunilkin y el Meco.<sup>133</sup> El *cuchcabal* de Cozumel extendía su influjo, mediante alianzas matrimoniales, en las ciudades costeras de Mochi, Bolona (Playa del Carmen), Pole (Xcaret) y, probablemente, Tulum (Vargas 217-221).<sup>134</sup> El macroasentamiento Tulum-Tanchah era un *batabil* independiente que dominaba el espacio comprendido entre Xelhá y la bahía de la Ascensión. Acaso fue gobernado por el linaje Tzama de Cozumel, hasta ser conquistado por el *cuchcabal* de Cochuah al final del posclásico tardío (222-223).<sup>135</sup> Finalmente, María Flo-

<sup>132</sup> Su cercanía es tal que, cuando Lothrop recorrió la zona a principios del siglo XX, pudo ir de un sitio a otro en menos de una hora (Lothrop 1924: 120). Para una descripción de Tulum véase Vargas; Ruz.

<sup>133</sup> Ernesto Vargas abundó en las relaciones entre los habitantes de los cinco asentamientos: “Lo que se observa en esta región al momento de la conquista española fue que eran pueblos políticamente independientes entre sí, que mantenían un lazo económico y, probablemente, religioso; aunque reconocen un lugar central como cabecera” (217).

<sup>134</sup> Como ya se aludió, el artífice de las alianzas era Naum Pat, muy probable *halach uinic* de Cozumel al momento de la primera entrada de Montejo (220).

<sup>135</sup> Vargas sostiene que los gobernantes de Cochuah deseaban conquistar Tulum para tener un gran puerto (224). Por otra parte, el *Diccionario maya Cordemex* corrobora que Tzama, palabra relacionada con los toponímicos Sama y Xaman Sama, era el nombre de un linaje de Cozumel (Barrera 934). En otro orden de ideas, es preciso aclarar que el *batabil* era una jurisdicción bajo el dominio de un *batab*, quien ejercía las funciones de administrador, impartidor de justicia y jefe militar (Quezada 1997: 42).

res Hernández y Manuel Eduardo Pérez Rivas, quienes coinciden con la mayoría de los planteamientos de Okoshi y Vargas, enfatizan la complejidad étnica de la región. Sugieren que Xelhá era un *batabil* independiente (Flores y Pérez 109) y dudan que Cochuah hubiera conquistado Tulum (107-108).

Donde existen mayores certezas es en la organización interior del macroasentamiento. Xamanzama estaba subordinado a Xama, su potente vecino del sur;<sup>136</sup> aunque era el sitio más antiguo, había sido habitado desde el preclásico tardío e integrado a circuitos comerciales de larga distancia de productos de lujo desde el Clásico.<sup>137</sup> Contaba con abundantes fuentes de agua dulce, amplios campos de cultivo y exuberantes recursos marinos. La ciudad, además, estaba ubicada cerca de una bahía segura a la que se podía acceder fácilmente a través de la barra de coral.

La casa del sacerdote maya a quien serviría el diácono cristiano probablemente se localizaba en el oriente del pequeño poblado, cerca de sus templos. La vivienda debió de ser grande, tal vez de figura ovalada o rectangular, asentada firmemente sobre una plataforma de piedra, de techo de palma y paredes recubiertas con “embarro”.<sup>138</sup> La casa pudo hallarse en el centro de un solar mayor, delimitado por un pequeño muro de canto (Sanders 209). El naufrago debió instalarse en la vivienda del sacerdote, o en algún caserío cercano donde vivían sus sirvientes.

Los días iniciales de Jerónimo de Aguilar en Xamanzama debieron ser muy difíciles. En primera instancia, el hispano debió realizar un gran esfuerzo para aprender la lengua de aquellos naturales y poder comunicarse. Además, seguramente vivió momentos de profunda tristeza, al verse solo, incapaz de regresar con cualquier hueste hispana, en un país extraño del cual

<sup>136</sup> Tanto Miller cómo Ernesto Vargas han postulado que durante el posclásico tardío Xama dominaba a Xamanzama. William T. Sanders también realizó amplias investigaciones en Tanchah y concluyó, tras un minucioso análisis de cerámica, que el sitio había sido ocupado desde Tulum (Sanders 169).

<sup>137</sup> Se ha encontrado cerámica del complejo Cienaga, así como restos de pescado y de tortuga del preclásico. La cerámica de la época clásica muestra sus vínculos con Tabasco, Campeche, Belice y Cobá (Miller 61-63).

<sup>138</sup> Las casas mayas de Tzama fueron descritas por Juan Darreygosa, encomendero del pueblo indígena a finales del siglo xvi: “Son hechas de madera todas ellas y cubiertas con una cobija de palma que áca se llama guano, y embarradas alrededor con lodo tejido con varas, y esta madera se halla luego junto a las casas o pueblos” (Garza 2: 148).

solamente sabía que estaba al occidente de Jamaica y tan lejos del Darién, de los hombres y mujeres con quienes había tejido los poderosos lazos tanto de la supervivencia colectiva como de los sueños de un futuro mejor gracias al oro de los cueva. A ello debieron de sumarse la extrañeza y el rechazo hacia las costumbres del pueblo con el que vivía.

Sin embargo, Aguilar también debió de vivir momentos de alegría por el simple hecho de estar vivo y de haber escapado de la muerte en Veragua, el mar Caribe y en manos de los indios de aquellas nuevas tierras. Su alma seguramente se deleitó con la lectura de su libro de horas, que había resistido todas las penalidades sufridas en las tierras y los mares de Las Indias.<sup>139</sup> Su repaso, indudablemente, permitió a Jerónimo de Aguilar vivir en un tiempo cristiano. Si Aguilar estaba lejos de cualquier espacio sacralizado por el cristianismo, la dimensión donde podía recrear las fibras más íntimas de su identidad fue la temporal.

Con el tiempo, el sobreviviente de Veragua fue comprendiendo la lengua y el modo de vida del pueblo con quien vivía, y supo servir eficazmente al sacerdote maya. Bernal Díaz del Castillo tuvo el cuidado de registrar los trabajos que el náufrago refirió haber hecho para el gobernante con quien vivió: “Y el Aguilar dixo que como le tenían como esclavo que no sabía sino de servir de traer leña y agua, y en cavar los maizales, que no había salido sino hasta cuatro leguas; que le llevaron con una carga, y que no la pudo llevar e cayó malo dello” (71).<sup>140</sup> La tarea de “cavar los maizales” corresponde a un tipo de servidumbre reconstruida por Robert M. Carmack para los quichés de Guatemala.<sup>141</sup> El soldado-cronista también apuntó que Jerónimo de Agui-

<sup>139</sup> Bernal Díaz del Castillo refirió que Jerónimo de Aguilar traía, en el momento de su reencuentro con los hispanos, unas horas muy viejas, atadas en el interior de una manta española igualmente vieja (70). Por su parte, Francisco López de Gómara anotó que una de las primeras preguntas de Jerónimo de Aguilar al unirse a los hispanos fue si era miércoles, dado que tenía unas horas que leía y deseaba saber si no había errado en la cuenta de los días (1979a: 25).

<sup>140</sup> El mismo autor señaló que el pueblo al que Aguilar llevó la carga estaba cerca de Punta Mujeres (72). Muy probablemente fuera la gran ciudad del Meco, un centro comercial y religioso, que servía de puerto para peregrinar a Isla Mujeres (Vargas 216-217). De ser así, el *tameme* habría recorrido prácticamente todo el *cuchcabal* de Ecab.

<sup>141</sup> Carmack describió todas las tareas realizadas por estas mujeres y estos hombres (268-270). También apuntó que probablemente se eligieran a los cargadores de entre ellos (269).

lar apareció “tresquilado a manera de indio esclavo” (Díaz del Castillo 70). El *Diccionario maya Cordemex* define la palabra *h-k'os* como: “Criado que tiene el pelo cortado” (Barrera 414). Todo lo cual sugiere que Jerónimo de Aguilar vivió entre los mayas en una categoría social de servidumbre.<sup>142</sup>

Aunque el joven clérigo debió realizar pesados y tal vez hasta arriesgados trabajos para sobrevivir en Veragua, y aunque probablemente el trabajo manual no le fuera ajeno en su natal Écija, no cabe duda de que las faenas a realizar para satisfacer al sacerdote maya debieron resultarle muy poco placenteras. Pero lo penoso de la experiencia de la servidumbre no hizo al náufrago cristiano indiferente a la cultura del pueblo con el cual vivió. Por el contrario, Jerónimo de Aguilar aprendió, y mucho, sobre sus costumbres y su tierra. Francisco López de Gómara escribió en su *Historia de Indias* que Francisco de Montejo decidió conquistar la península por la información que le había dado el andaluz (1979b: 77). Los redactores de la relación histórico-geográfica de Mérida también refirieron que el adelantado de Yucatán “tomó documento” del náufrago (Garza 1: 66).<sup>143</sup> Por lo que puede concluirse que Aguilar superó el rechazo, y hasta el horror, inicial ante la cultura maya y llegó a tener un conocimiento general sobre aquel mundo.<sup>144</sup>

Acaso en primera instancia, como hombre devoto, Aguilar sintió curiosidad por la religión de aquellos paganos, amén de servir a uno de sus sacerdotes.

<sup>142</sup> Vagas propone que los mayas de la costa oriental del posclásico terminal distinguían entre siervos y esclavos. Los primeros tendrían una posición social similar a la de los vasallos, cuyas obligaciones describe en *Tulum. Organización político-territorial* (198-199).

<sup>143</sup> Es cierto que Bernal Díaz del Castillo apuntó que Jerónimo de Aguilar no sabía nada sobre Yucatán porque había sido un esclavo que nunca había salido del pueblo donde vivió (70). Pero nos inclinamos por las palabras del clérigo de Soria y de los redactores de la relación de Mérida porque, como se verá más adelante, Aguilar demostró un conocimiento de la cultura mesoamericana durante la conquista para el cual no era necesario realizar largas travesías.

<sup>144</sup> Inclusive cabe la posibilidad de que Aguilar hubiera realizado algún tipo de alteración corporal conforme a las prácticas de los mayas. Dorantes de Carranza así lo sugiere: “99. Casa de Gerónimo de Aguilar, que se juntó a Cortés en Acuzamil por orden milagrosa, intérprete y la principal lengua que sirvió en la conquista. Pareció rayada la cara, narices y orejas horadadas” (176). Aunque la idea es tentadora y pertenece al reino de lo pausable, lo más probable es que Dorantes confundiera a Jerónimo de Aguilar con el otro náufrago, el que se quedó a vivir con los mayas, del cual se hablara más adelante.

En primer lugar, debió ubicar los lugares de culto de la ciudad.<sup>145</sup> Posteriormente, el diácono cristiano probablemente aprendió que las deidades protectoras de la ciudad eran una sierpe con plumas llamada Kukulkán,<sup>146</sup> a quien se le rendía culto, entre otros lugares, en un cenote situado en las inmediaciones de la urbe,<sup>147</sup> y una matrona llamada Ix Chel. La segunda era la divinidad de la Luna, de los alumbramientos y de la medicina; deidad asociada a las fuerzas generadoras y regeneradoras de la naturaleza, vinculada particularmente a la tierra, al agua y al maíz, era la principal deidad de la costa oriental.<sup>148</sup> Los mayas la veían como una mujer de cabello largo, recogido y peinado con una raya en medio, quien dejaba sus senos descubiertos, vestía una falda y portaba orejeras y collar de jade (Sotelo 146-148). Su principal santuario se encontraba en la isla de Cozumel, adonde acudían en peregrinación hombres y mujeres de todo el país para pedirle favores.<sup>149</sup> Aguilar, en un principio, tal vez la consideró un remedo diabólico de la Virgen María, pero con el tiempo quizá fue testigo de la eficacia de los rezos, las mandas y las penitencias que se le dedicaban.

Es imposible conocer los detalles de la vida de Aguilar en Xamanzama, pero tal vez elevara al cielo una plegaria no muy diferente a la siguiente:

En Vos, Virgen dulcísima María,  
entre Dios y los hombres medianera,  
de nuestro mar incierto cierta guía,  
Virgen entre las vírgenes primera;

<sup>145</sup> Se ha calculado que en Tanchah vivían de dos mil a tres mil personas, y se identificó un área residencial de dos kilómetros cuadrados (Sanders 212). Para una descripción general de sitio véase Lothrop 1924: 120-133. Para un análisis sobre sus murales véase Miller 50-60.

<sup>146</sup> Miller apuntó que el culto a Kukulkán era muy importante en la ciudad (97).

<sup>147</sup> Se encontró un símbolo de Venus grabado en una de las paredes del cenote. Para más información sobre él véase Miller 87-90.

<sup>148</sup> Para más información sobre la deidad véase Paxton 49-61.

<sup>149</sup> Landa apuntó sobre la importancia de Cozumel: “Y que tenían a Cuzmil y el pozo de Chicheniza en tanta veneración como nosotros las romerías a Jerusalén y Roma y así los iban a visitar y a ofrecer dones, principalmente a Cuzmil, como nosotros a los lugares santos, y cuando no iban enviaban siempre sus ofrendas. Y los que iban tenían también la costumbre de entrar en los templos derrelictos cuando pasaban por ellos a orar y quemar copal” (126). En la isla de Cozumel había diversos asentamientos, Sabloff planteó que el principal, donde se encontraba el altar de Ix Chel, era San Gervasio (43).

en Vos, Virgen y Madre; en Vos confía  
 mi alma, que sin Vos en nadie espera,  
 que me habréis de sacar con vuestras manos  
 de dura servidumbre de paganos  
 (M. Cervantes web).

Pasaría mucho tiempo para que el deseo de Aguilar de contemplar una armada en la costa oriental de Yucatán, región que se mantuvo oculta a los colonizadores hispanos del circuncaribe durante varios años, se viera realizado.

#### ¡DIOS Y SANTA MARÍA Y SEVILLA!

Mientras Jerónimo de Aguilar vivía entre los mayas, los españoles continuaron con su expansión por el Caribe y Centroamérica. En 1512, el mismo año que el bergantín de Valdivia naufragó frente a las costas jamaicanas, Diego Velázquez, uno de los hombres más ricos de La Española, conquistó la isla de Cuba. Para 1515, tras difundirse por el Caribe la noticia del oro cubano, ya existían ocho villas en la isla, incluyendo Santiago de Cuba, capital y residencia del gobierno.

Muy pronto los colonos de Cuba realizaron incursiones a las Bahamas, las Guanajas (en el golfo de Honduras) y Panamá para capturar la mano de obra indígena que ya escaseaba en su isla.<sup>150</sup> En 1516, tres vecinos ricos de la villa

<sup>150</sup> Las Bahamas, llamadas las Lucayas en la época, quedaron deshabitadas y para 1513 sus residentes originales prácticamente habían desaparecido. Por otra parte, se tiene noticias de dos expediciones esclavistas de españoles asentados en Cuba contra los habitantes de las islas de la Bahía de Honduras, llamadas las Guanajas en la época. Lo que se sabe acerca de la primera incursión es que un navío y un bergantín asaltaron las islas. La nave mayor reunió la cuadrilla de cautivos que requería y regresó a Santiago de Cuba, mientras que los tripulantes del bergantín se quedaron para capturar más indios. En algún momento indeterminado, cuando la mayoría de los hispanos recorrían las sendas de alguna de las islas, los indígenas cautivos forzaron la escotilla, tomaron el barco y fueron capaces de conducirlo rumbo a su isla. La expedición del año siguiente (1516), encontró los restos de aquel bergantín en una de las islas. Prosiguió su viaje hasta la isla de Utila, donde la mayoría de los hispanos descendió; oportunidad que los indígenas sometidos, encerrados bajo la cubierta de la menor de las carabelas, aprovecharon para salir y apoderarse de la nave. Sin embargo, los españoles regresaron a tiempo al barco y los redujeron nuevamente a la servidumbre tras vencerlos en una cruenta

de Sancti Spiritu, Francisco Hernández de Córdova, Lope Ochoa y Cristóbal Morantes, decidieron organizar una expedición marítima de esta naturaleza a las islas Guanajas. El gobernador se asoció con ellos y la expedición partió el primero de febrero de 1517. La armada, compuesta por cuatro buques y cien hombres, estaba al mando de Francisco Hernández de Córdova, mientras que el experimentado piloto Antón de Alaminos gobernó todo lo referente a las artes marítimas.

Sin embargo, la escuadra hispana se desvió de su destino debido, en palabras de uno de sus participantes, a “una tormenta que duró dos días con sus noches. Y fue tal qu’ estuvimos para nos perder” (Díaz del Castillo 10). Cuando la tempestad cesó, los tripulantes tuvieron ante sí un litoral desconocido, en el cual vislumbraron una ciudad tan grande que la nombraron Gran Cairo (León 1992: 18). Su sorpresa fue todavía mayor cuando un grupo de indígenas, ricamente ataviados, se acercó a sus naves, a bordo de una flotilla de canoas.

Los nativos invitaron a los hispanos, mediante señales, a desembarcar y visitar su poblado. El comando de la flota determinó que un grupo armado explorara la tierra. Los elegidos, en lugar de ser agasajados con una bienvenida acogedora, fueron sorprendidos por guerreros emboscados. El contingente rechazó el ataque gracias a sus armas de fuego, cuyo estruendo atemorizó a los atacantes y provocó su huida. Con el valor redoblado, los aventureros penetraron en el asentamiento, llegaron hasta los templos y osaron tomar algunas piezas de oro consagradas a las divinidades de aquellos misteriosos hombres. Al regresar a sus naves, también llevaron consigo a dos naturales de aquella tierra, a quienes se bautizaría posteriormente con los nombres de Melchor y Julián.

Los hombres de la armada se vieron obligados a realizar un nuevo desembarco, ahora en las tierras donde algún día se erigiría la ciudad de Campeche, debido a la gran necesidad de agua. Los habitantes de los poblados de la costa fueron hospitalarios, les permitieron cargar agua e incluso los invitaron al asentamiento principal. Ahí, los aventureros presenciaron una ceremonia: “Los sacerdotes hicieron formar una gran pila de leña y le prendieron fuego, gesto con el cual dieron a entender a los extranjeros su propósito de combatir-

---

batalla. Las dos naves regresaron a La Habana con cuatrocientos indígenas, entre hombres y mujeres (Ortwin 320).



los si al terminar de arder la hoguera no habían regresado a los navíos” (20). Cuando los indígenas comenzaron a tañer sus atabales y a prepararse para la batalla, los hispanos comprendieron que la hospitalidad de sus anfitriones tenía un límite y prefirieron regresar a sus barcos. Ahora, al partir, uno de los miembros de la expedición reflexionaba sobre las implicaciones de una palabra que los naturales pronunciaban cada vez que se dirigían a ellos: “castilan”. ¿Acaso habría castellanos en aquella misteriosa tierra? (Díaz del Castillo 13).

La necesidad de agua obligó a los hombres de la armada a realizar un nuevo desembarco, en esta ocasión en las inmediaciones de un poblado llamado Champotón. Los mayas les permitieron levantar un campamento de playa y cargar agua, pero también los combatieron organizada y decididamente, al grado de desbaratar su defensa y obligarlos a una retirada desordenada en el cual muchos fueron heridos y muertos.

La experiencia de Hernández de Córdova y el oro obtenido en el rescate, alentó al gobernador de Cuba para organizar una segunda empresa hacia las tierras recién descubiertas. En esta ocasión el capitán sería Juan de Grijalva y el piloto general volvería a ser Antón de Alaminos.

La armada diviso el país descubierta por Hernández de Córdova el tres de mayo de 1518; una torre blanca en la inmensidad azul anunció al principal santuario del área maya: la isla de Cozumel, en cuyas playas el capitán general tomó posesión de las nuevas tierras en nombre de la reina doña Juana y del rey don Carlos. Los exploradores costearon la isla y visitaron uno de sus pueblos más importantes.<sup>151</sup> Allí fueron recibidos amablemente por la población e, incluso, entraron a un templo, donde poco después

entró un Indio acompañado de otros tres, los cuales quedaron guardando la puerta, y puso dentro un tiesto con algunos perfumes muy olorosos, que parecían estoraque. Este Indio era hombre anciano; traía cortados los dedos de los pies, e incensaba mucho a aquellos ídolos que estaban dentro de la torre, diciendo en alta voz un canto casi de un tenor, y a lo que pudimos entender crémos que llamaba a aquellos sus ídolos. Dieron al capitán y a otros de los nuestros unas cañas largas de un palmo, que quemándolas despedían muy suave olor (Díaz web).<sup>152</sup>

<sup>151</sup> Probablemente se tratara de San Gervasio, uno de los asentamientos más importantes de Cozumel.

<sup>152</sup> Los guanines eran aleaciones de oro y cobre hechos en la Región Intermedia. Llegaban al área maya vía intercambio cadena.

Los expedicionarios también preguntaron, a través de sus lenguas, Melchor y Julián, si los habitantes de Cozumel tenían oro, a lo que “dijeron que sí, e traían unos guanines que se ponen en las orejas e unas patenas redondas de guanín, e dijeron que no tenía otro oro sino aquello” (Díaz web).

Durante su estancia en la isla, los expedicionarios encontraron una indígena jamaiquina, “moza y de buen ver” conforme a Bernal Díaz del Castillo. El soldado cronista y varios compañeros, quienes entendían la lengua de Jamaica, admirados por la presencia de la mujer en aquellas nuevas tierras le pidieron que relatara su historia, y ella “dixo que avría que dio al través con una canoa grande, en que ivan a pezcar desde la isla de Xamaica a unas isletas diez indios jamaicanos, y que la corriente les echó a aquella tierra, y mataron a su marido y a todos los más indios jamaicanos, sus compañeros, y que luego los sacrificaron a los ídolos” (Díaz del Castillo 28).

Satisfechas todas las curiosidades sobre aquella isla y con una nueva tripulante a bordo, la expedición zarpó rumbo al sur. Antón de Alaminos quería recorrer aquellas costas para comprobar su teoría sobre la insularidad de las tierras recién descubiertas. Debió ser un espectáculo sin paralelo para los expedicionarios pues, como se mencionó en el apartado anterior, toda la región estaba densamente poblada por sinnúmero de asentamientos continuos y el tráfico marítimo era sumamente intenso. El afamado *Itinerario de la Armada* describió la visión de la costa de Yucatán:

*Viernes a 7 de Mayo comenzó a descubrirse la isla de Yucatán.* Este día nos partimos de esta isla llamada Santa Cruz, y pasamos a la isla de Yucatán atravesando quince millas de golfo. Llegando a la costa vimos tres pueblos grandes que estaban separados cerca de dos millas uno de otro, y se veían en ellos muchas casas de piedra y torres muy grandes, y muchas casas de paja. Quisiéramos entrar en estos lugares si el capitán nos lo hubiese permitido; mas habiéndonoslo negado, corrimos el día y la noche por esta costa, y al día siguiente, cerca de ponerse el sol, vimos muy lejos un pueblo o aldea tan grande, que la ciudad de Sevilla no podría parecer mayor ni mejor, y se veía en él una torre muy grande. Por la costa andaban muchos indios con dos banderas que alzaban y bajaban, haciéndonos señal de que nos acercásemos; pero el capitán no quiso. Este día llegamos hasta una playa que estaba junto a una torre, la más alta que habíamos visto, y se divisaba un pueblo muy grande; por la tierra había muchos ríos. Descubrimos una

entrada ancha rodeada de maderos, hecha por pescadores, donde bajó a tierra el capitán, y en toda esta tierra no encontramos por donde seguir costeano ni pasar adelante; por lo cual hicimos vela y tornamos a salir por donde habíamos entrado (Díaz web).

La expedición siguió la costa hasta la bahía de Chetumal donde, ante el peligro de encallar, se realizó un consejo para decidir la ruta a seguir. Los pilotos optaron por regresar a Cozumel para, desde ahí, continuar con el trayecto seguido por la armada previa. Fue así como las naves españolas siguieron una vez más la costa oriental de Yucatán hasta Cozumel y bordearon la península hacia el golfo de México.

Los visitantes no pasaron inadvertidos para los mayas de la región, quienes desarrollaron estrategias para ponerse en contacto con ellos. El que partieran canoas hacia las naves para conocer a los extraños visitantes, el que se realizaran invitaciones a conocer los pueblos, el que los pueblos se avisaran entre sí de la llegada de los desconocidos por señales de humo, el que los saludaran desde la costa con fogatas y con banderas, invitándolos a visitar sus poblados, incluso el que no dudaran en hacerles la guerra... todo ello habla de la conciencia de la humanidad de sus visitantes.

Pero, ante todo, de que la noticia de su presencia había corrido por toda el área. No puede olvidarse cómo la costa oriental estaba unida por lazos económicos y político-parentales.

La expedición de Grijalva, con toda su larga travesía por el golfo de México y el trueque que realizó, alentó al gobernador de Cuba a organizar una tercera expedición. El nuevo capitán sería Hernán Cortés, quien en sus "Instrucciones" recibió de Velázquez una misión inusual:

Después que con el dicho Juan de Grijalva envié la dicha armada, he sido informado de muy cierto, por un indio de los de la dicha isla de Yucatán, Santa María de los Remedios, cómo en poder de ciertos caciques principales dellas están seis cristianos cautivos e se sirven dellos en sus haciendas, que los tomaron muchos días a la una carabela que con tiempo por allí dizque aportó pérdida, que se cree que alguno del dellos debe ser Nicuesa, capitán que el católico rey don Fernando de gloriosa memoria, mandó ir a Tierra Firme, e redimirlos sería grandísimo servicio de Dios nuestro señor e de sus Altezas (J. L. Martínez 1991-1992 I: 47-48).

Los cautivos fueron mencionados en otro punto de las “Instrucciones”:

Iréis por costa de la dicha isla de Yucatán, Santa María de los Remedios, en la cual están en poder de ciertos caciques principales della seis cristianos, según y como Melchor, indio natural de la dicha isla que vos lleváis, dice y os dirá, e trabajaréis por todas las vías y maneras e mañas que se pudiere por haber a los dichos cristianos por rescate o por amor o por cualquier otra vía donde no intervenga detrimento dellos ni de los españoles que lleváis ni de los indios, e porque dicho Melchor, indio natural de la dicha isla que con vos lleváis, conoce a los caciques que lo tienen cautivos, haréis que el dicho Melchor sea de todos muy bien tratado (53).

Melchor había sido capturado durante la expedición de Hernández de Córdoba en un poblado grande del norte de la costa oriental, la región a donde llegaron los náufragos. Sorprende toda la información que Velázquez obtuvo sobre los españoles en tierras mayas: su número (seis), los caciques con quienes se encontraban (no especificados), las labores a las que se dedicaban (“se sirven de ellos en sus haciendas”) y la forma en la que habían llegado (una carabela). También sorprende cómo reaparece el nombre de Nicuesa, a quien el destino de los náufragos estaba ligado; aunque fuera muy probablemente una suposición del gobernador de Cuba, basada en su conocimiento de los hechos del Darién.

El capitán general de la nueva expedición no olvidó la misión al llegar a tierras mayas. Una de las primeras cosas hechas por Cortés durante su estancia en Cozumel fue preguntarle a los señores con quienes tuvo trato por los castellanos que vivían en Yucatán. Éstos respondieron “que avían conocido ciertos españoles y davan señas de ellos, y que en la tierra adentro, andadura de dos soles estaban, y los tenían por esclavos unos caçiques, y que allí en Coçumel avía indios mercaderes que les hablaron pocos días avía” (Díaz del Castillo 65). El jefe de la expedición decidió enviar dos bergantines al mando de Diego de Ordaz, con veinte ballesteros y escopeteros, guiados por dos comerciantes mayas de la isla Santuario para buscar a los náufragos. Les entregó a los naturales objetos para el rescate, unas cuentas verdes,<sup>153</sup> para

<sup>153</sup> Cortés procedió como un capitán militar en el contexto mediterráneo, donde los líderes de expediciones bélicas en territorios infieles podían efectuar la redención de cautivos. Inclusive mandó unas cuentas verdes como rescate del cautivo, es decir, como el pago por su

los señores con quienes se encontraran los españoles y una carta dirigida a éstos donde, según una versión, se leía:

Señores y hermanos: aquí en Coçumel e sabido qu'estáís en poder de un caçique detenido, y os pido por merced que luego os vengáis aquí a Coçumel, que para ello enbió un navío con soldados si los oviéredes menester y rescate para dar a esos indios con quien estáís. Y lleba el navío de plazo ocho días para os aguardar. Veníos con toda brevedad. De mí seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo en esta isla con quinientos soldados y onze navíos. En ellos boy, mediante Dios, la vía de un pueblo que se dize Tavasco o Potonchan (Díaz del Castillo 65-66).<sup>154</sup>

Según la relación de Bernal Díaz del Castillo, los bergantines recibieron la orden de anclar frente a Cabo Catoche y esperar ahí durante ocho días el regreso de los mensajeros nativos con los españoles rescatados. Los marineros y soldados se enfrentaron al mal tiempo hasta agotarse el plazo fijado, por lo que decidieron regresar a Cozumel. Desalentado, el comandante ordenó la partida de la armada, pero tras unas cuantas millas náuticas la flota debió regresar a la isla, dado que una nave comenzó a hacer agua.

El sábado 12 de marzo de 1519 la flota estaba nuevamente lista para zarpar, pero el mal tiempo obligó al desembarco. Al día siguiente, primer domingo de cuaresma, exactamente al medio día, mientras todo mundo comía, se divisó en el azulado horizonte una canoa que avanzaba a gran velocidad hacia la costa. Una corazonada animó al capitán extremeño a mandar a Andrés de Tapia para inquirir la identidad de aquellos desconocidos.

Tapia y sus compañeros anduvieron sigilosamente hacia la playa donde la canoa tomó tierra. Después, se acercaron a los navegantes, todos indígenas, con las espadas desenvainadas para capturarlos.<sup>155</sup> Al verlos venir así, la mayoría de los indios intentó huir a su barca (Yáñez 30). Uno de ellos, el

---

libertad. El recurrir al auxilio de comerciantes locales también tiene un precedente mediterráneo dado que los comerciantes judíos medievales de la península ibérica eran especialistas en redimir cautivos cristianos de las costas del Magreb y viceversa, gracias a su red de contactos. Se abundará en el cautiverio mediterráneo en el apartado "Un mar de cautivos".

<sup>154</sup> La otra versión, muy similar, es dada por Landa (91).

<sup>155</sup> No se conoce con exactitud el número de indígenas que acompañó a Jerónimo de Aguilar en la barca. Bernal Díaz del Castillo escribió que Aguilar utilizó las cuentas verdes enviadas como rescate para alquilar una canoa grande con seis remeros (69). Por su parte, Andrés de Tapia escribió que Aguilar era acompañado por dos indios (Yáñez 30). Por otra

cual cargaba un arco, una flecha y una especie de bolsa de tela, tranquilizó a sus compañeros y luego caminó al encuentro de la patrulla hispana mientras pronunciaba palabras que para Tapia resultaron incomprensibles.<sup>156</sup>

Repentinamente, salió del pecho de aquel hombre un grito que heló la sangre de los castellanos: “Dios y Santa María y Sevilla” (Díaz del Castillo 70). Inmediatamente, preguntó en un castellano que a todas luces le resultaba difícil recordar: “Señores, ¿sois cristianos e cuyos vasallos?”

Muchos años después, Andrés de Tapia recordó la respuesta que le dio a aquel hombre desnudo, moreno y trasquilado como sirviente indígena, que no era sino uno de los náufragos de los que tenía noticia: “Dijimos que sí, y del rey de Castilla éramos vasallos, é alegróse é rogónos que diésemos gracias a Dios, y él así lo hizo con muchas lágrimas” (Yáñez 30).

Al terminar la emotiva oración, “Andrés de Tapia se allegó a él y le ayudó a levantar, y le abrazó, y lo mismo hicieron los otros españoles. Él dijo a los tres indios que le siguiesen, y vínose con aquellos españoles hablando y preguntando cosas hasta donde Cortés estaba” (López de Gómara 1979a: 26).

Jerónimo de Aguilar arribó al campamento de la armada y debió pasar inadvertido en un primer momento. Se dice que el conquistador de México no reconoció a su compatriota cuando lo tuvo frente a sí, que preguntó por el español y que Aguilar, tras acucillarse a la manera indígena ante él, pronunció sólo dos palabras: “Yo soy” (Díaz del Castillo 70). También se cuenta que Cortés le ofreció su propio capote al reconocerlo, tras lo cual lo invitó a sentarse a su lado para conocer su historia.

El náufrago debió hablar poco, haciendo un esfuerzo por explicarse en español, sobre todas sus experiencias en el Nuevo Mundo: los sufrimientos con Nicuesa, las aventuras en el Darién, el naufragio y, finalmente, la vida entre los mayas. Debió hablar sobre el destino de sus compañeros.<sup>157</sup>

---

parte, López de Gómara registró el gesto intimidante de Tapia y sus compañeros, así como la intención de capturar a los navegantes (1979a: 25).

<sup>156</sup> Conforme a lo escrito por Hernán Cortés en una de las preguntas de su juicio de residencia, Jerónimo de Aguilar no acertaba a hablar en español cuando se encontró con Tapia (J. L. Martínez 1991-1992 II: 231). El mismo Cortés mencionó el arco y las flechas (231). Bernal Díaz del Castillo, por su parte, registró la especie de bolsa de tela (70).

<sup>157</sup> No se conoce con precisión el número de los náufragos vivos en Yucatán al momento del arribo de la armada cortesiana. Las primeras fuentes del siglo XVI registraron que varios náufragos estaban vivos en 1519. En un momento posterior de la misma centuria se redujo el

También debió explicar que no pudo reunirse antes con la expedición porque fue a buscar a un amigo a una población distante, llamada Chetumal, un marinero del puerto de Palos que se había casado con la hija del cacique del lugar:

Y como le leyó las cartas, el Gonçalo Guerrero le respondió: “Hermano Aguilar, yo soy casado y tengo tres hijos, y tiéненme por caçique y capitán quando ay guerras; íos vos con Dios, que yo tengo labrada la cara y oradadas las orejas. ¿Qué dirán de mí desque me vean esos españoles ir desta manera? E ya veís estos mis hijitos quán bonicos son. Por vida vuestra, que me deís desas cuentas verdes que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las enbían de mi tierra” (66).<sup>158</sup>

---

número de supervivientes a dos. Las mismas fuentes también explicaron de modos divergentes los motivos de sus muertes: muerte natural, asesinato, enfermedad, explotación, sacrificio humano y antropofagia ritual. Para más información véase “1. Instrucciones de Diego Velázquez a Hernán Cortés” (J. L. Martínez 1991-1992 I: 53); “Primera carta-relación de la Justicia y Regimiento de la Rica Villa de la Vera Cruz a la reina Doña Juana y al emperador Carlos V, su hijo—. 10 de junio de 1519” (Cortés 417); Fernández de Oviedo IV: 9; “121. Interrogatorio general presentado por Hernando Cortés” (J. L. Martínez 1991-1992 II: 230); “Relación de Andrés de Tapia” (Yañez 31); López de Gómara 1979a: 26; Díaz del Castillo 71. Tal vez algún día la arqueología y la antropología física aporten indicios para conocer el número y destino de los compañeros de infortunio de Aguilar. Un ejemplo de corroboración de un pasaje de la conquista por arqueólogos y antropólogos físicos es el trabajo de Miguel Botella e Inmaculada Alemán. Varias fuentes del siglo xvi señalaban que los acolhuas de Zultepec (en los límites del Estado de México y Tlaxcala) emboscaron a un contingente de 50 españoles y 200 tlaxcaltecas que se dirigían a Tenochtitlán durante el verano de 1520. Se refería que muchos habían sido sacrificados en el sitio, sacándoles el corazón. Después, sus cráneos cocidos y desollados habían sido empalizados en un tzompantli que había delante de uno de los templos, mientras las pieles de las caras fueron expuestas en el interior de los templos. Botella y Alemán estudiaron alrededor de 850 huesos humanos, procedentes de un basurero prehispánico de Zultepec correspondiente a la época del suceso. Descubrieron marcas de desollamiento, descarnamiento, cocción y hasta mordeduras humanas (190-200).

<sup>158</sup> Anthony P. Andrews señala que la navegación segura era factible desde Tulum hasta Chetumal (20). Por otra parte, la relación de Tzama brinda información muy precisa sobre las distancias náuticas desde Xamanzama hasta Cozumel e Isla Mujeres: “Del dicho puerto de Zama [Tzama] a la isla de Cozumel hay 18 leguas y se corre nordeste-sudeste, y de la dicha Isla de Cozumel, isla de Mujeres, que es en esta misma costa, se corre de nordeste a suroeste, hay doce leguas” (Garza II: 148). El mismo Andrews aclara que la navegación entre Cancún y Tulum era más difícil, dado que había tramos en los cuales era necesario salir a mar abierto; de igual modo, el paso por los arrecifes era peligroso (20).

Tras referir todo ello, Aguilar debió sacar con sumo cuidado de la bolsa de tela que llevaba consigo su libro de horas, su posesión más valiosa en todos esos años de peregrinaje por el Nuevo Mundo.<sup>159</sup> Cortés debió escuchar con interés todo aquel relato e invitar al náufrago a unirse a su expedición. Aguilar aceptó la invitación. Indudablemente todas las experiencias en el Nuevo Mundo le habían dado una honda conciencia de su capacidad de supervivencia. Todos los padecimientos previos debían ser para, tras esta nueva aventura, alcanzar la tan deseada Fortuna en el Nuevo Mundo.<sup>160</sup>

### CONQUISTADOR

Jerónimo de Aguilar se integró a la hueste cortesiana y realizó trabajos de un gran valor durante el avance de los invasores por Mesoamérica. Todos tuvieron como denominador común una gran habilidad para la comunicación. Ante todo, Aguilar fue intérprete frente a diversos embajadores, dignatarios

<sup>159</sup> Aguilar pudo ser el orgulloso propietario de un libro ilustrado producido en serie, o de un libro impreso, como el libro de horas editado por la imprenta de Pedro Hagenbach en Toledo hacia 1505 (Colomer web).

<sup>160</sup> En el momento de su rescate, Aguilar desplegó un auténtico discurso identitario. Para empezar, su grito, al vislumbrar a Tapia, fue una verdadera síntesis idiosincrática: “Dios y Santa María y Sevilla”. Era la autoidentificación como cristiano y andaluz, cómo súbdito de la corona de Castilla y de la Reina del Cielo. También el acto de compartir un momento de oración junto a Tapia y quienes lo acompañaban constituía el celebrar una práctica, callada durante años, pero que definía lo más profundo de su cultura. El contar la propia vida, hablar de la madre, indudablemente uno de los seres queridos más entrañables, y mostrar el libro de horas, tesoro que encerraba toda una civilización, fueron otras maneras en las cuales Jerónimo de Aguilar comunicaba su pertenencia y particularidad dentro del mundo cristiano. Aguilar recibió a cambio lo más valioso que puede tenerse en el juego de las identidades: reconocimiento, no como sinónimo de honores, sino como un modo de existir públicamente, de ser apreciado como semejante y distinto. Debe atenderse el concepto de identidad planteado por el sociólogo Gilberto Giménez Montiel del siguiente modo: “En la escala individual, la identidad puede ser definida como un proceso subjetivo y frecuentemente autorreflexivo por el que los sujetos individuales definen sus diferencias con respecto a otros sujetos mediante la autoasignación de un repertorio de atributos culturales generalmente valorizados y relativamente estables en el tiempo”. En la identidad se conjugan elementos que identifican al individuo con diferentes grupos sociales, pero también se ponen en juego atributos que el sujeto juzga como propios. Entre los últimos destacan las personas valiosas para cada individuo, los objetos entrañables y la biografía particular” (22).



y soberanos.<sup>161</sup> También efectuó una labor de propaganda al comunicar a los diversos pueblos indígenas con los que se encontraban los conquistadores el origen, la fe y la misión de aquellos misteriosos hombres. Además, instruyó a diversos mensajeros indígenas para que llevaran recados a sus señores; claro, en varias ocasiones el propio Aguilar, cumplió esta labor. Finalmente, el andaluz fue informante en momentos cruciales de la conquista. De todas estas labores, la mayoría realizadas junto a una indígena que pronto fue incorporada a la expedición de conquista.

Jerónimo de Aguilar debió desarrollar estas habilidades durante sus años de formación eclesiástica en Écija. Aguilar seguramente cultivó la habilidad de la traducción, íntimamente relacionada con la interpretación, para leer los textos eclesiásticos, todos en latín. De igual modo, muy probablemente desarrolló habilidades para la argumentación y la persuasión, bases de la propaganda, al realizar catequesis. También debió tener las bases para la formulación de mensajes diplomáticos y para obtener información importante.

El naufrago rescatado se mostró desde el principio como un elemento valioso de la hueste. A su dominio de uno de los idiomas mesoamericanos se sumaron su iniciativa personal y su conocimiento de las costumbres indígenas. El primer ejemplo de ello ocurrió cuando la armada hispana se internó en la desembocadura del Grijalva donde una de las primeras tareas del andaluz fue interpretarle “el requerimiento” a una flota de canoas indígenas que no permitía a los hispanos acercarse a buen puerto y “que nos dexasen tomar agua y comprar de comer a trueco de nuestro rescate” (Díaz del Castillo 75).

Aguilar nuevamente tuvo un papel destacado en las negociaciones de paz que siguieron a la batalla de Centla porque él, personalmente, instruyó a los dos mensajeros indios que enviaron con los caciques locales “y les dixo Aguilar muchas palabras bien sabrosas, y de alagos, y que les queremos tener por hermanos y que no oviesen miedo, y que lo pasado de aquella guerra que ellos tenían la culpa, y que llamasen a todos los caçiques de todos los pueblos, que les queremos hablar” (84-85). Cuando los caciques del río mandaron unos esclavos con la cara tiznada de negro, Aguilar, quien conocía las costumbres mayas en la guerra, se enojó y les dijo “que cómo venían de aquella manera prietas las caras, que más venían de guerra que para traer pazes, y que luego fuesen a los caçiques y les dixesen que si querían paz, como se las ofrecíamos,

<sup>161</sup> Para abundar sobre la interpretación véase “Interpretation” (Asher 1731-1737).

que viniesen señores a tratar della, como se usa” (85). La medida fue eficaz pues al día siguiente fueron cuarenta gobernantes indios y el andaluz fue el intérprete de Cortés durante todas las negociaciones de paz.

Posteriormente, cuando los caciques regresaron con los regalos de paz, Aguilar volvió a ser el intérprete, pero esta vez para explicar “cómo éramos cristianos y adorávamos en un solo Dios verdadero” (87). El intérprete también ayudó a fray Bartolomé de Olmedo, dinámico capellán mercedario de la hueste cortesiana, a darle su primera lección de cristianismo a las veinte mujeres que los caciques les regalaron a sus vencedores (88). Una de ellas, a quien llamaron Marina, sabía maya chontal y náhuatl, por lo que posteriormente, al internarse en territorios donde el segundo era la lengua franca, se unió al andaluz en la tarea de la interpretación. La relación entre la indígena y el hispano debió ser estrecha. Ambos habían experimentado la servidumbre entre los mayas. Ambos se sumaron a la aventura cortesiana con el firme objetivo de alcanzar fortuna. Pero lo más importante es que debieron hablar mucho entre sí, cada uno explicándole al otro los pormenores de su mundo, para realizar eficazmente su trabajo conjunto.

La primera prueba de la pareja de intérpretes sucedió sobre las playas de Chalchicueyecanoc cuando una embajada de Moctezuma fue al encuentro de los españoles. La joven le traducía a Jerónimo de Aguilar las palabras del embajador del náhuatl al maya y éste se las interpretaba a Cortés del maya al español.

Los lenguas también ayudaron al capitán general a comunicarse con los totonacas, a enterarse cómo los mexicas tenían enemigos en aquellas tierras y a realizar la alianza hispano-totonaca (114). Posteriormente, durante el camino a Tlaxcala, Aguilar y Marina tuvieron un papel de divulgadores de la misión castellana, dado que a través de ellos se difundían “las cosas tocantes a nuestra santa fe, y como éramos vasallos del enperador don Carlos, e que nos enbió para quitar que no aya más sacrificijos de hombres, ni se robasen unos a otros” (142).

Sin embargo, antes de iniciar el avance hacia el altiplano central mexicano, Jerónimo de Aguilar le solicitó a los procuradores que envió Hernán Cortés y el cabildo de la Villa Rica de la Vera Cruz a la península ibérica, que hicieran llegar a su familia, en Écija, la buena nueva de hallarse vivo. Portocarrero y Montejo no olvidaron el encargo. En Sevilla se encontraron con el licenciado Marcos de Aguilar, quien había pasado a la península ibérica, en noviembre

de 1519. Los procuradores le informaron “cómo el dicho Jerónimo de Aguilar era vivo que lo habían hallado en aquella tierra donde había estado cativo siete años e mas tiempo e que le dijeron que había servido mucho a sus altezas en aquella jornada”.<sup>162</sup> Marcos de Aguilar debió de hablar con la familia del sobreviviente. Sus parientes sintieron el mayor alivio de sus vidas, dado que años atrás había cundido el rumor de que el bergantín de los aventureros del Darién había zozobrado en la costas de Cuba, cuyos naturales habían entregado los cuerpos de los hispanos a feroces caníbales (Anglería 1964 1: 250).

Una vez encargada tan valiosa tarea, Aguilar se entregó a sus trabajos. En Tlaxcala, en el pueblo de Teuacingo, los intérpretes tuvieron la responsabilidad de instruirle mensajes de paz a los indios que capturaron y de mandarlos con sus señores para que transmitieran sus palabras: “Y doña Marina y Aguilar les alagaron y dieron cuentas, y les dixeron que no fuesen más locos, e que viniesen de paz, que nosotros les queremos ayudar y tener por hermanos” (Díaz del Castillo 155).

Los intérpretes fueron mejorando su trabajo conjunto, en especial al traducir y dar discursos sobre la fe cristiana. Así lo comenta Bernal Díaz del Castillo con motivo de la entrega de las cinco doncellas dadas por los caciques tlaxcaltecas durante las negociaciones de paz: “Y se les dixo muchas otras cosas tocantes a nuestra santa fee, y verdaderamente fueron muy bien declaradas, porque doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, estaban ya tan expertos en ello que se lo davan a entender muy bien” (184).

Aguilar y Marina trabajaron como excelentes *lenguas* ante las embajadas indígenas. Así sucedió en Cholula, cuando fueron intérpretes de Cortés frente a una nueva embajada de Moctezuma cuya misión era disuadir a los invasores de que prosiguieran su marcha a la capital mexicana (199). El mismo papel de mediadores, pero ahora ante otros indios aliados, sucedió cuando los indígenas de Zempoala pidieron regresar a su tierra por el temor a morir si continuaban rumbo a Tenochtitlán (203).

Cuando los españoles ya estaban instalados en la ciudad, la pareja de intérpretes cumplió la tarea de ser mensajeros ante el *tlatoani*. La primera ocasión sucedió cuando el capitán general quiso conocer el Templo Mayor: “Y para ello enbió por mensajero a Gerónimo de Aguilar e a doña Marina” (234).

<sup>162</sup> Así lo declaró Marcos de Aguilar en la probanza realizada por Juan de Aguilar (“Méritos y servicios” web).

La segunda oportunidad tuvo lugar cuando la misma pareja visitó a Moctezuma para informarle de la construcción de una iglesia pequeña en los aposentos destinados a los españoles (242-243).

Una tarea más delicada para nuestro personaje fue ser el intérprete durante el acto por medio del cual Moctezuma aceptaba la soberanía del emperador Carlos V. Años después, durante el juicio de residencia a Cortés, Andrés de Tapia rememoró el pasaje del siguiente modo:

Este testigo se halló presente al tiempo que el dicho Montezuma hizo el dicho razonamiento a mucha gente de los naturales, y que decían que todos eran señores y que así como la pregunta lo dice fue el dicho razonamiento según el intérprete, que era Aguilar, lo dijo y aclaró en lengua española, y que este testigo entendía a la sazón alguna cosa de la lengua y por razón de algunas palabras que entendió de dicho razonamiento cree que fue así como el dicho intérprete lo dijo, y vido este testigo que el dicho Montezuma dio la obediencia y su señorío a su Majestad (J. L. Martínez 1991-1992 II: 351).

El naufrago del Darién repitió su labor de informante confidencial para Cortés durante un momento sumamente difícil. Cuando los españoles decidieron apresar al *tlatoani*, una de las razones fue que “dos indios tascaltecas, nuestros amigos, dixeran secretamente a Geronimo de Aguilar, nuestra lengua, que no les parecía bien la voluntad de los mexicanos de dos días atrás” (Díaz del Castillo 245). Una vez que Moctezuma fue apresado, Aguilar participó en el interrogatorio al que sometió Cortés al gran señor de aquellas tierras cuyo fin era averiguar la localización de las minas de oro (271).

Poco tiempo después, Aguilar destacó durante la crisis provocada por la llegada de la armada de Pánfilo de Narváez. Primero, transmitió a Moctezuma la solicitud cortesiana de manera que los guerreros mexicas prestaran su auxilio en la captura de un hispano, apellidado Pinedo, que emprendió la fuga para reunirse con el contingente de conquistadores rivales (J. L. Martínez 1991-1992 II: 68).<sup>163</sup> Después, tras la batalla entre los dos bandos hispanos en las tierras del golfo de México, Aguilar vio “preso al dicho Narváez e quebrado un ojo” (69) y presencié cómo Alonso Dávila lo despojaba de las provisiones que le otorgaban el gobierno de las nuevas tierras:

<sup>163</sup> Aguilar declaró que los indios de Tepeaca dijeron haber matado al español y ofrecieron mostrar su cuerpo a Cortés. El conquistador no deseó verlo para evitar desviarse de su camino y pidió a Aguilar que instruyese a los indios para enterrar al español.

E vido cómo el dicho Alonso Dávila entró en el aposento donde estaba el dicho Narváez y el dicho Narváez dijo que qué mandaba y el dicho Alonso Dávila le dijo que le mostrase unas escrituras que traía de Diego Velázquez, e quel dicho Narváez dijo que no traía escrituras ningunas e quel dicho Alonso Dávila se allegó al dicho Narváez e por fuerza le sacó del seno ciertos papeles, que no sabe este testigo que eran más de cuanto el dicho Narváez dijo que le fuesen testigos de cómo le tomaban las provisiones de su Majestad qué traía, e quel Alonso Dávila dijo que no eran más que unas cartas mensajeras (69-70).

Tiempo después Aguilar y Marina tuvieron a su cargo la delicada tarea de traducir a Cortés, del náhuatl, las palabras de Moctezuma por medio de las cuales éste les comunicó cómo sus capitanes y sus sacerdotes le pedían darle guerra a los invasores (Díaz del Castillo 285).

Una vez que los españoles abandonaron México-Tenochtitlán, expulsados por los guerreros mexicas, los intérpretes volvieron a su papel de mediadores para la celebración de alianzas. Así sucedió cuando la hueste se acercó a Texcoco y unos embajadores de la ciudad se dirigieron con los lenguas para presentarles sus ofrendas de paz (395). Los traductores también ayudaron a Cortés a celebrar una alianza al hablar con los hijos del señor de Chalco (404). En el mismo lugar mandaron a unos prisioneros mexicas para comunicarle a Cuauhtémoc que no les hiciera guerra, al final (405).

Finalmente, cuando la guerra hubo terminado, y las ruinas de la capital mexica humeaban, Aguilar y Marina trasladaron las palabras que Cuauhtémoc pronunció ante Cortés en el momento de su captura: “Ya e hecho lo que soy obligado en defensa de mi çibdad y vasallos, y no puedo más, y pues vengo por fuerça y preso ante tu persona y poder, toma ese puñal que tienes en la çinta y mátame luego con él” (507).

Las andanzas de Jerónimo de Aguilar por el altiplano central mexicano no terminaron con la conquista de Tenochtitlán. El joven que había llegado a La Española, recorrió el istmo panameño, sobrevivió al naufragio en las costas de Jamaica y permaneció siete años entre los mayas de Yucatán, se afanó por lograr una recompensa a tan arduo peregrinar por aquellas nuevas tierras.

El intérprete acompañó a Pedro de Alvarado en su marcha a Tututepec a inicios de 1522.<sup>164</sup> Pero regresó al altiplano junto al lugarteniente de Cortés,

<sup>164</sup> La participación de Aguilar en esta marcha es muy interesante. Hugh Thomas, plantea que Hernán Cortés envió a sus lugartenientes a realizar nuevas conquistas para que tuvieran

cuando estaban en el pueblo de Cuexco, debido a la llegada de Cristóbal de Tapia a las playas del golfo de México. Tapia era el veedor de La Española y sería el nuevo gobernador de las tierras conquistadas por instrucción de la corona. Aguilar llegó a la casa de Cortés en Coyoacán y decidió sumarse al contingente hispano para hacerle frente al oficial real que deseaba arrebatar lo ganado con tanto esfuerzo. Pero retrasó unos días su salida y durante la marcha a la costa se encontró con otros conquistadores que le informaron sobre la expulsión de Tapia (J. L. Martínez 1991-1992 II: 70).

El andaluz se enlistó en una nueva expedición apenas regresó de su anterior marcha. Cortés deseaba conquistar la Huasteca, y así adelantarse a Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, que también había incursionado en la región del Pánuco. Jerónimo de Aguilar formó parte del contingente militar que partió hacia aquellas tierras, linderos de Mesoamérica, pero no llegó a ellas, dado que detuvo su marcha en Otumba. Regresó con Hernán Cortés durante la marcha de vuelta del ejército de conquistadores a la ciudad de Tenochtitlán (70).

En aquellos años, Aguilar obtuvo el nombramiento cortesiano como regidor de Segura de la Frontera, cargo que fue confirmado por la corona en 1523 (Grungberg 2001: 25).<sup>165</sup> Aguilar también recibió, de manos de Cortés, la encomienda de “ciertos pueblos de Indios de calidad” (“Méritos, servicios” web). A finales de 1525, Aguilar igualmente recibió un solar en la ciudad de México.

El año de 1525 marca un nuevo giro en el destino de Jerónimo de Aguilar dado que el naufrago del Darién formó parte del bando, comandado por Gonzalo de Salazar y Peralmúdez Chirino, que intentó arrebatarle el gobierno de la Nueva España a Hernán Cortés. El caudillo había emprendido una marcha épica rumbo al golfo de Honduras para prender a Cristóbal de Olid, lugarteniente encargado de la conquista de la región que se había confederado con Diego Velázquez para alzarse con la gobernación. La militancia de Aguilar en este bando fue expresada durante el juicio de residencia Cortés,

---

la oportunidad de enriquecerse y, así, evitar una rebelión entre sus propios allegados (604). Probablemente Aguilar no había corrido con la suerte que su ambición reclamaba.

<sup>165</sup> Esto debió de ser posterior a la fundación de la villa. Dado que Aguilar no figura como uno de los primeros regidores de Segura de la Frontera, establecida en septiembre de 1520 (Thomas 484, 819).

específicamente en la pregunta 289 del “Interrogatorio general presentado por Hernando Cortés para el examen de los testigos de su descargo”, fechado en enero de 1534. La pregunta versaba del siguiente modo:

Si saben que Gerónimo de Aguilar, de ocho e nueve años a esta parte, ha sido capital enemigo del dicho don Hernando Cortés, e muy íntimo amigo de los dichos Gonzalo de Salazar e Peramíldez, enemigos del dicho don Hernando Cortés; e si sabe que se confederó y alió con los dichos Gonzalo de Salazar e Peramíldez, e los siguió en el levantamiento que ficieron con esta tierra en con la gobernación della, contra el dicho don Hernando Cortés, al tiempo que fue al cabo de Honduras; e si saben ques hombre de baja suerte e manera, e habido de lengua e intérprete de los indios (J. L. Martínez 1991-1992 II: 289).<sup>166</sup>

Muchos veteranos de la conquista, quienes consideraron haber recibido una recompensa injusta a sus méritos, siguieron a Salazar y Chirino durante su rebelión. Los más destacados fueron Bernandino Vázquez de Tapia, Gonzalo Mejía, Cristóbal de Hojeda, Juan de Burgos, Francisco Verdugo, Antonio de Carvajal, Francisco de Orduña y Bernandino de Santa Clara.

A pesar de toda su determinación, los rebeldes fueron derrotados por los leales a Cortés, quienes eran guiados por Andrés de Tapia y Pedro de Alvarado, en una batalla entre españoles librada en la ciudad de México a finales de 1525. De algún modo, Jerónimo de Aguilar logró escapar al castigo de sus antiguos compañeros de armas. Salazar y Chirino no corrieron con la misma suerte y fueron condenados a permanecer presos en unas jaulas de madera, a la vista de todos.

Hernán Cortés hizo su triunfal reaparición en la trastornada Nueva España a inicios de 1526, para afrontar nuevos problemas. A mediados del mismo

<sup>166</sup> La enemistad de Aguilar contra Cortés se repite en otra pregunta del juicio: “Si saben que con la dicha enemistad e odio que los dichos Nuño de Guzmán e licenciados Matienzo y Delgadillo ternían al dicho marqués, en la pesquita secreta que contra él tomaban, buscaron los testigos más enemigos quel dicho marqués ternía, e que más mal le querían [...] Gerónimo de Aguilar, e García del Pilar, e Lope de Samaniego, e Gonzalo de Salazar, e Hernando Pérez de Bocanegra, eran enemigos capitales del dicho marqués, e que le ternían odio y enemistad mucha; e por tales eran habidos y tenidos, y era así notorio y público en esta Nueva España; e si saben que los susodichos eran muy amigos de Gonzalo de Salazar e Peralmúdez Chirino, e le siguieron e favorecieron al tiempo que se levantaron con esta Nueva España, e contra el dicho marqués, questaba en la provincia de cabo de Honduras” (298).

año desembarcó en las playas de Veracruz el licenciado Ponce de León, a quien se le había confiado la misión de realizar el juicio de residencia Cortés y quien portaba poderes para gobernar las nuevas tierras. Pero el licenciado Ponce no pudo hacer ni una ni otra cosa, murió en julio de 1526, tras haber probado unas natillas y un requesón que, para sus detractores, habían sido envenenados por instrucción del conquistador extremeño.

Las tareas de realizar el juicio de residencia y gobernar la Nueva España quedaron en manos de un miembro de la comitiva de Ponce de León: un andaluz llamado Marcos de Aguilar. El otrora oficial real sevillano y alcalde mayor de Diego Colón debió encontrarse con su pariente, el antiguo diácono Jerónimo de Aguilar. Para ambos debió ser un momento sumamente emotivo, tras diecisiete años de no verse. Muy probablemente hablaron sobre el derrotero de sus vidas, sobre su natal Écija y sobre el destino de los miembros de su familia. También debieron de hablar sobre la situación política de la Nueva España y muy probablemente Jerónimo de Aguilar se allegó al bando político de su pariente. El licenciado Aguilar no asumió el gobierno oficial de la Nueva España pese a contar con la documentación y la experiencia necesaria. En lugar de ello, prefirió realizar actos de gobierno, paralelos a los de Hernán Cortés, hasta el momento de su muerte, sucedida en marzo de 1527.

Dos años después, el sobreviviente de Veragua volvió a ponerse públicamente en contra de Cortés durante el juicio de residencia del extremeño, iniciado a principios de 1529, dado que declaró contra el líder de la conquista de la Nueva España. Aguilar respondió a varias preguntas de los “Cargos que resultan contra Hernando Cortés”. Una de las más importantes versaba sobre la falta de cumplimiento de las provisiones reales. El andaluz dijo que Cortés no había cumplido las provisiones que traían Narváez, Cristóbal de Tapia y hasta Francisco de Garay, para gobernar la Nueva España. También habló sobre la vida privada del extremeño:

Dijo queste testigo tiene al dicho don Fernando Cortés por persona que en lo público parecía ser temeroso de Dios e buen cristiano pero que en lo secreto este testigo oyó decir públicamente a muchas personas que se echó carnalmente con Marina la Lengua e hubo en ella un fijo e que asimismo se echó carnalmente con una sobrina suya, que no se acuerda como se llama, que cree que se llama doña Catalina, e asimismo sabe e vido este testigo quel dicho don Fernando Cortés tenía en su casa muchas fijas de señores, que todas o las más dellas eran primas e



parientas dentro del cuarto grado, e oyo decir públicamente a muchas personas que no se acuerda que se echaba con ellas o con las más dellas e que al tiempo quel dicho don Fernando Cortés entro en esta ciudad la primera vez, Motezuma le dio una fija suya por mujer, que se decía doña Ana, e que ha oído decir públicamente que se echó con otra hermana de la dicha doña Ana; e asimismo ha oído decir este testigo a Juana Martín, mujer de Bernabé de Porras, que le dijo una mujer de Castilla: “Mirad cuán mal hombre es éste que se ha echado conmigo e con mi fija” (J. L. Martínez 1991-1992 II: 71).<sup>167</sup>

Jerónimo de Aguilar no solamente figuró como testigo del proceso judicial. El cargo diecisiete de los “Cargos que resultan contra Hernando Cortés” versaba sobre una determinación cortesiana que le había afectado. La acusación planteaba que Cortés había encubierto una provisión de regimiento perpetuo que vino a favor de Jerónimo de Aguilar, “la cual el dicho Hernando Cortés encobrió y tovo, porque no quería que hobiese regidores perpetuos, por mejor facer e complir todas las cosas a su voluntad; e la dicha provisión no ha aparecido hasta agora” (108).

No esta clara la existencia de la provisión. García de Llerena, uno de los testigos citados por Hernán Cortés en 1534 para declarar a su favor, afirmó que el extremeño nunca tuvo la provisión en sus manos. Declaró que de haber sido así, hubiera aparecido en el inventario de los documentos cortesianos mandado a hacer por Estrada, cuando éste decomisó el archivo del conquistador, resguardado por Rodrigo de Paz, su secretario (160).

Jerónimo de Aguilar también se unió a quienes presentaron una demanda privada contra el antiguo jefe de los conquistadores. En su caso fue por una suma de dinero debida por el conquistador, por un hato de puercos y ciertos servicios que le había hecho en Honduras (Pacheco 153-154). Lo segundo debió de ser una acusación falsa, si se atiende a la pregunta del interrogatorio cortesiano, a responderse por numerosos conquistadores, conforme a la cual Aguilar participó en la rebelión de Salazar y Chirino. También cabe la posibilidad de que el andaluz acompañara a la expedición que se dirigía hacia el sur hasta un momento determinado, cuando decidió regresar al altiplano

<sup>167</sup> Aguilar agregó haber escuchado decir que Cortés había matado a su mujer y era el autor intelectual de la muerte de Luis Ponce (71).

central. Inclusive cabe la posibilidad de que el lugar de su retorno fuera Coatzacoalcos y que regresara con los conjurados.

Jerónimo de Aguilar también se presentó, como testigo de descargo, en el juicio de residencia de Pedro de Alvarado. Dio sus declaraciones el 19 de junio de 1519, junto a Alonso de Ojeda (Vallejo 1: 187). Es una gran sorpresa su defensa de Alvarado, pues se esperaría que habiendo declarado contra Hernán Cortés también lo hubiera hecho contra uno de sus principales lugartenientes. Pero, al parecer, el andaluz guardaba una buena relación con el Adelantado de Guatemala.

El escrito de descargos y el interrogatorio habían sido presentados por Juan Ortega, en nombre de Pedro de Alvarado, el 4 de junio de 1529. En un lapso corto, entre el jueves 10 de junio y el viernes 25 de junio, presentaron sus descargos alrededor de treinta testigos. Se desconocen las respuestas particulares de Jerónimo de Aguilar, pero debieron confirmar lo planteado en las preguntas del interrogatorio, cuyos propósitos eran demostrar que Alvarado no había sido un capitán cruel con los indígenas y que siempre había cumplido el pago del quinto real (188-190). Jerónimo de Aguilar se desvanece tras su participación en los juicios de residencia de Hernán Cortés y Pedro de Alvarado. Se sabe que formó una familia con Elvira Toznenitzin, “hija de un principal de Topoyanco, provincia de Tlaxcala, llamado don Alonso Cauhuitmotzin y de doña Francisca Acatlmina, su mujer” (Dorantes 127). Los cónyuges tuvieron un hijo y una hija, de quienes descendieron Miguel Doria y Andrés de Rosas. Se desconocen el momento y las circunstancias de la unión del andaluz y la tlaxcalteca. Topoyanco era una provincia de Tlaxcala gobernada por Tecpanecatl en el momento de la irrupción hispana en Mesoamérica. Sus guerreros participaron en la conquista de Tenochtitlán.<sup>168</sup> Acaso durante aquellos años Jerónimo de Aguilar conociera a Elvira Toznenitzin. Su belleza, o la posición de sus padres, llevaron al diácono a renunciar a la posibilidad de continuar con su carrera eclesiástica, de haber mantenido hasta aquel momento el interés por seguir con ella. La familia formada por Elvira y Jerónimo logró su sostén gracias a los pueblos otorgados por Hernán

<sup>168</sup> Bernal Díaz del Castillo menciona la participación de los guerreros de Topoyanco en varios momentos de la conquista (156, 179, 181, 492, 493).

Cortés años atrás.<sup>169</sup> La salud del otrora clérigo que llegó cargado de ilusiones a la isla La Española fue menguando poco a poco debido a una enfermedad degenerativa que a principios del siglo *xvi* era incurable: la sífilis.<sup>170</sup> Se desconoce cuándo y con quién contrajo la mortal enfermedad, pero de lo que no cabe duda es que el mal mermó poco a poco su vida hasta extinguirla.<sup>171</sup> Se ignora el momento exacto de la muerte de Jerónimo de Aguilar, pero debió ocurrir entre 1529 y 1531.<sup>172</sup>

Muchos años después, en 1584, la hija del aventurero del Nuevo Mundo, Luisa de Aguilar, le envió una probanza de méritos al rey en la cual solicitaba una pensión para ella y sus seis hijos. La mujer dijo ser hija legítima de Jerónimo de Aguilar, aunque guardó silencio sobre la identidad de su madre y declaró vivir en la pobreza, dado que las encomiendas del conquistador habían regresado a la corona tras su muerte. Las palabras de uno de los testigos citados dan cuenta de la memoria que había quedado del aventurero del Nuevo Mundo:

Anduvo en la conquista toma pacificación desta dicha ciudad de México y de otras partes de esta Nueva España y demás dello sirvió de intérprete de lenguas

<sup>169</sup> Grunberg sostiene que Jerónimo de Aguilar también recibió en 1526, de parte de Estrada, la encomienda de los pueblos de Malila y Molango, en Meztlán, así como Sochi-coatlan (2001: 25). Sin embargo, no se ha podido localizar la fuente de esta noticia.

<sup>170</sup> Bernal Díaz del Castillo atribuyó la muerte del ecijano al mal de bubas (791). Acaso, debido a la enfermedad, Aguilar le otorgó poderes a H. Sánchez de Ortigosa para el cobro de 115 pesos en 1528 (Grunberg 2001: 25).

<sup>171</sup> La sífilis es una enfermedad degenerativa de transmisión sexual. Su primera manifestación son chancros, unas enormes úlceras que atacan principalmente los genitales. Aparecen durante unas semanas y luego desaparecen. De seis a ocho meses después aparecen ampulas en el pecho, la cara y la espalda. También se padece fiebre, dolor de garganta y de articulaciones, pérdida de peso, caída de cabello y falta de apetito. Tras esta segunda etapa, la enfermedad puede permanecer latente, inclusive durante años. La tercera etapa de la sífilis es terminal. La bacteria puede atacar el corazón, dañar el cerebro o lesionar la médula espinal (“Sífilis” web).

<sup>172</sup> Grunberg encontró un documento en el Archivo General de Indias, en la sección Patronato, conforme al cual las encomiendas de Jerónimo de Aguilar regresaron a la corona por la ausencia de un heredero legítimo, en 1531. Lo cual implica que el conquistador debió morir antes de esa fecha (2001: 25).

de Indias porque cuando dizque el marqués Don Fernando Cortés vino a conquistar esta tierra, halló en ella al dicho Gerónimo de Aguilar mediante el cual a oydo decir este testigo que en muchas partes de esta dicha Nueva España los naturales della se dieron de paz por lo que el dicho Gerónimo de Aguilar les decía y aconsejaba por saber su lengua (“Méritos, servicios” web).

## LOS CAUTIVERIOS

### UN MAR DE CAUTIVOS

Doña Beatriz Quintero, vecina de esta ciudad, mujer legítima de José Agustín Pardo, cautivo, ante mí pareció, dijo que como consta de esta certificación que presentó y juró, el dicho mi marido consta de soldado artillero de la Compañía de artilleros con sueldo, que es capitán don Chendron O'Brien y como tal fue nombrado para la escolta con otros artilleros para la saetería de bastimentos y presidiarios que en el mes de enero pasado de este año salió de esta ciudad para Melilla y es así que habiendo salido de este puerto padecieron tormenta y corriendo el mal temporal dieron al través en tierra de moros que fueron aprehendidos (Torreblanca 44).

El artillero José Agustín Pardo no fue el único cristiano arrojado a tierras musulmanas por un desastre marino. Se sabe de muchos casos similares ocurridos a lo largo de la Baja Edad Media y del siglo xvi. Las víctimas de naufragios que caían en poder de moros se transformaban en cautivos; una representación social fuertemente arraigada en el mundo mediterráneo del siglo xvi que estaba presente en todas las esferas de la vida cotidiana.<sup>1</sup>

Los autores que trataron la experiencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas formaban parte de este mundo y, la mayoría, interpretó la vivencia del

<sup>1</sup> Las representaciones sociales son marcos de representaciones de lo real y de orientación para la acción. Tienen diversos grados de complejidad, desde una simple imagen hasta un conjunto interrelacionado de ideas y creencias. Las fuentes de la representación social son la experiencia vivida, las matrices culturales y las ideologías. Las representaciones sociales también definen la identidad y la especificidad de los grupos. Para más información sobre ellas véase Giménez 14-15.

náufrago andaluz como un cautiverio similar al experimentado por los cristianos entre musulmanes. El objetivo de este apartado es conocer las características de dicha representación social para, en los apartados ulteriores, analizar este aspecto de la interpretación de los cronistas.

El cautivo era el cristiano capturado por un musulmán en mar o tierra —como resultado de una batalla, un asalto pirata, un desafortunado naufragio, una razia en la costa o el interior del país cristiano—, quien era trasladado a un reino musulmán, principalmente Granada, Marruecos y Argel y vendido al estado o a un particular. Además esperaba que sus familiares, amigos, la corona o alguna orden redentora pagara el rescate necesario para su liberación; mientras tanto su destino dependía de su situación social, aptitudes, personalidad, apariencia, edad y sexo. Todos, desde el humilde jornalero hasta el prominente clérigo, compartían la falta de libertad y una condición servil.

El mundo mediterráneo de los siglos xv y xvi se caracterizó por el constante enfrentamiento entre cristianos y musulmanes que marcó la vida cotidiana, las mentalidades y las relaciones políticas, económicas y sociales de la época. Algunos de los principales procesos históricos fueron las guerras de los Reyes Católicos contra Granada, las conquistas hispanas en el norte de África, el ascenso de Argel y Salé como importantes puertos piratas y el gran enfrentamiento entre los imperios español y otomano.

En este contexto, la mayoría de los cautivos cristianos que se encontraban en el norte de África durante el siglo xvi fueron oficiales, sargentos, cabos y soldados de los ejércitos españoles que por mar y tierra combatían al turco y sus aliados (J. A. Martínez 142).<sup>2</sup> Eran seguidos por la gente del mar, es decir, pescadores, marinos, pilotos, armadores y mercaderes de toda Europa.<sup>3</sup> También eran numerosos los habitantes y trabajadores de las ciudades y campos costeros de Portugal, España, Francia y la península itálica<sup>4</sup> capturados

<sup>2</sup> Muchos fueron capturados en las rutas marítimas que unían la península ibérica con las posesiones hispanas del norte de África y la península itálica.

<sup>3</sup> Podían venir de los lejanos puertos de Zelanda, Plymouth y Hamburgo (Bennassar y Bennassar 169).

<sup>4</sup> El 74.67% de los cautivos españoles liberados entre 1523 y 1692 habían nacido fundamentalmente en el litoral (J. A. Martínez 140). Los trabajadores más codiciados eran aquellos

durante las temibles razias; al respecto, es preciso atender la advertencia de un cautivo español en Argel:

V.s.R<sup>a</sup> ha de saber que Darguet arraez salio de africa con treynta y cinco velas de Remo, armado de cristianos en que tray(a) tres mil Cautivos a la Cadena y llego a esta ciudad de argel con veynte y çinco navios, y los otros diez se avian apartado con temporal. Y estuuo aquí veynte días, donde le dieron todas las cosas que avia menester. Y estando aquí el Rey pregonó guerra contra cristianos por toda esta berueria. Y darguet arraez, se fue a la costa de (es)paña. Y el Rey mando luego armar una galera bastarda y con ella otros siete navios, y los enbio a Robar la Costa de (Es)paña. Y agora arma otros tantos para enbiarlos a Robar. La guerra se pregono a veynte y seis de abril pasado. Es tanta la voluntad que tiene el rrey y los suyos de haçer el arte de Corsarios, y son tantos los navios que aquí se armaron que beata la madre que se hallara con sus hijos ni nadie de la Costa de la mar de españa (174-175).

Los cautivos de las razias eran una parte preciada del botín de los corsarios. Por lo general se determinaba el precio de su rescate durante la misma travesía conforme a su edad, sexo, profesión y aspecto físico.<sup>5</sup> Al arribar al puerto, eran llevados al palacio del gobernador, quien elegía para sí a uno de cada ocho, generalmente los más calificados. Los demás eran trasladados al mercado de esclavos local para realizar la venta a particulares.<sup>6</sup>

Los cautivos elegidos por el soberano musulmán tenían varios destinos: unos eran tomados por él mismo para ser sus pajes y eran bien tratados; otros se destinaban a los cuarteles para encargarse de la limpieza y el cuidado de la milicia; unos más, *los de rescate*, cuyo pago llegaría pronto, eran bien tratados, limitándose sus tareas cotidianas a transportar agua, piedras y leña; algunos más se transformaban en *los de puertas*, cautivos que todavía no reunían el dinero necesario para regresar a casa y que ejercían su profesión en la ciudad, y finalmente, *los del común*, sujetos cuyo rescate se veía lejano llegar y que eran usados en las obras públicas, en la extracción de coral en las playas de Safi, Mogador y Marrakech, en la recolección de caña de azúcar, en el pas-

---

cuyos oficios estaban estrechamente vinculados a la construcción y el mantenimiento de naves de guerra, tales como carpinteros y calafates (142).

<sup>5</sup> Los precios más elevados les correspondían a los nobles, los militares de alta graduación, las mujeres y los niños (J. A. Martínez 144).

<sup>6</sup> Torreblanca explica los detalles de esas ventas (46).

toreo en las montañas, en el desbrozo de acequias, en la minería del oro, la plata, el hierro y el cobre en las montañas del Atlas, en la producción de leña y en la boga en las galeras.<sup>7</sup>

La suerte de quienes eran adquiridos por particulares podía discurrir, esencialmente, por dos caminos: quienes eran comprados por sus señores para los trabajos de sus casas, fincas, jardines, casas de campo y posesiones agrícolas;<sup>8</sup> y quienes eran adquiridos por *tagarines*, moros expulsados de España, que comerciaban con los cristianos como lo podían hacer con cualquier otra mercancía.<sup>9</sup>

El rescate de cautivos, es decir la compra de su libertad, fue un asunto en primer término individual, pero se transformó en una empresa colectiva con el paso del tiempo. El propio prisionero podía trabajar para reunir el dinero necesario que lo liberara. También el sirviente y su dueño podían llegar a un pacto para terminar el cautiverio mediante el compromiso de enviar al antiguo amo el dinero acordado en un plazo no mayor a un año.<sup>10</sup> De igual modo, familiares y amigos podían reunir la suma necesaria para la liberación y llevarla al país musulmán donde se encontrara el infortunado. Otros medios importantes eran el intercambio de bienes o de cautivos musulmanes para lograr la libertad de los cristianos.

Sin embargo, lo más usual era la participación de otros actores sociales para lograr la liberación de cautivos. En los siglos XIII y XIV fueron de gran importancia los comerciantes judíos que aprovechaban sus contactos en ambas márgenes del Mediterráneo para liberar tanto a cautivos cristianos

<sup>7</sup> Sin lugar a dudas el último era el destino más temido por los cautivos debido a las altas probabilidades de morir por la desnutrición, las enfermedades, la sed, los castigos corporales y los peligros inherentes a la navegación (tempestades y batallas navales). Muchos cautivos, inclusive, hacían su testamento antes de unirse a la chusma (J. A. Martínez 65).

<sup>8</sup> Algunos tendrían la buena fortuna, particularmente las mujeres, de ser simples sirvientes domésticos dedicados a las tareas del hogar como cocinar, lavar ropa, comprar en el mercado o educar a los hijos del amo (J. A. Martínez 66).

<sup>9</sup> Se especializaban en comprar cautivos costosos, como religiosos y nobles. Incluso varios *tagarines* se asociaban para comprar cautivos de costo muy elevado por lo que, después, su redención era muy difícil (Torreblanca 47).

<sup>10</sup> Para más información sobre esos pactos entre cautivo y amo musulmán véase J. A. Martínez 120.



como musulmanes.<sup>11</sup> De igual importancia fueron los rescatadores profesionales, llamados alfaqueques en Castilla y *exeas* en Aragón. Eran elegidos por los concejos expoliados y doce electores designados por el monarca, para ser enviados a los países musulmanes por los vecinos de las localidades afectadas (J. A. Martínez 79). Otros liberadores menos conocidos eran los capitanes de armadas o ejércitos cristianos en mares y tierras musulmanas, quienes también procuraban rescatar cautivos cristianos.

Otros actores sociales involucrados en la liberación de cautivos eran las órdenes religiosas de caballeros combatientes como las de Calatrava, Alcántara, Santiago y Montjoy; las cuales reunían dinero, fundaban hospitales y mantenían pequeñas cofradías consagradas a la salvación de los cristianos cautivos (Heers 232). Pero, sin lugar a dudas, las principales órdenes religiosas dedicadas al rescate de cautivos en el ámbito ibérico fueron la orden de la Santísima Trinidad, fundada en Francia en 1198 por san Juan de Mata y san Félix de Valois y la orden de Nuestra Señora de la Merced fundada en Barcelona en 1218 por san Pedro Nolasco.<sup>12</sup>

Por otra parte, es necesario subrayar que cautiverio y servidumbre eran dos condiciones estrechamente ligadas en el mundo ibérico, así:

Cuando el rey Pedro el ceremonioso de Aragón da órdenes, entre 1367 y 1386, relativas a los musulmanes de sus tierras del reino de Valencia y de las islas Baleares, raramente emplea otra palabra que no sea la de *cautivo*. En Barcelona, en los últimos decenios del siglo XV, los notarios ponen casi siempre en boca de los amos las palabras: *serva et captiva mea, servís et captivus meus*; en lengua vulgar, para el vulgo, el esclavo es el *catiau* (24).

Durante el siglo xv los cristianos de la península ibérica se expandieron por mar y tierra trayendo, como consecuencia, un gran número de cautivos para el trabajo servil.<sup>13</sup> Las guerras contra Granada proveyeron un fuerte

<sup>11</sup> La mayoría eran judíos catalanes, mallorquines o norafricanos y las principales ciudades donde operaban eran Mallorca, Barcelona, Tremencén y Túnez (J. A. Martínez 78).

<sup>12</sup> Para más información sobre la actividad de las órdenes redentoras véase J. A. Martínez 80; para una descripción de una procesión de cautivos redimidos véase Torreblanca 81.

<sup>13</sup> Heers amplía la información sobre la intrincada relación entre el cautiverio y la condición servil: "En todo el Occidente (y más aún en los pueblos expuestos a las incursiones de los enemigos de su fe empeñados en una reconquista) el esclavo es antes que nada un prisionero".

contingente de cautivos, la mayoría destinados al trabajo agrícola.<sup>14</sup> También fueron numerosos los cautivos llevados a los reinos cristianos de la península ibérica tras los ataques de corsarios cristianos a barcos y costas musulmanas de Granada, Marruecos y Argel.<sup>15</sup> Menos numerosos, pero igualmente importantes, fueron los sirvientes de Génova, Cerdeña, Córcega e incluso Grecia que podían encontrarse en Aragón a lo largo del siglo xv; cristianos cautivos hechos, la mayoría, durante una “guerra justa”.<sup>16</sup>

La expansión atlántica de los reinos ibéricos del siglo xv también trajo numerosos esclavos de tierras lejanas. Los guanches de las Islas Canarias eran esclavos muy abundantes en Andalucía hacia 1450. También fueron creciendo a lo largo de la centuria las ventas de habitantes de África ecuatorial en los mercados de esclavos de Sevilla, Córdoba, Málaga y Granada (163-164).

La principal característica de la servidumbre rural en los ámbitos aragonés y castellano durante el siglo xv fue la segregación y el aislamiento que dificultaban la integración social (157). Los cautivos trabajaban las grandes posesiones agrícolas de sus señores, ya fuera en plantíos tradicionales o en los nuevos cultivos comerciales como la caña de azúcar (ampliamente extendida en Valencia y el Algarbe) y la morera para la cría del gusano de seda. Los sirvientes también se dedicaban a explotar las salinas de Andalucía.

La condición de los sirvientes domésticos era distinta dado que estaba marcada por una mayor asimilación. Los hombres se integraban al ámbito cotidiano como ayudantes del amo en su taller o en su tienda. También

---

nero, un cautivo, un hombre arrancado de su medio por la violencia y la victoria, alejado de los suyos, trasplantado a otras tierras para el servicio de los vencedores [...] los prisioneros proporcionaban contingentes apreciables de mano de obra rural, artesanal o doméstica” (24).

<sup>14</sup> Por ejemplo, tras la conquista de Málaga en 1487, se vendieron en Sevilla más de 3 000 cautivos procedentes de la ciudad y de los pueblos circunvecinos (Heers 28).

<sup>15</sup> Al igual que los corsarios musulmanes, tras un abordaje o *razia* exitosa, los piratas cristianos se presentaban en algún puerto musulmán e invitaban a las autoridades locales a pagar el rescate de los cautivos recién hechos. Por otro lado, los cautivos musulmanes en tierras cristianas trabajaban para reunir el dinero necesario de su liberación. Incluso, en el reino de Valencia durante el siglo xv, el virrey les concedía a ciertos esclavos musulmanes una licencia para ir a los pueblos habitados por moros libres para mendigar el precio de su libertad. Al igual que con los cristianos, había comerciantes musulmanes que incursionaban en los reinos cristianos con el dinero del rescate enviado por familiares y amigos (Heers 226).

<sup>16</sup> Para más información al respecto véase Heers 43-49, y 63-89. Muchos de estos cautivos eran llevados por tratantes italianos desde Grecia y los Balcanes.

eran utilizados para el cultivo de pequeños huertos y el cuidado de jardines. Otra forma de trabajo servil en el ámbito urbano eran las prestaciones domésticas que se caracterizaban por una amplia diversidad de formas entre sus dos polos opuestos: la libertad y la esclavitud.

Los autores que trataron la experiencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas estaban inmersos en este contexto. Para todos ellos la vivencia del náufrago entre los mayas fue, ante todo, cautiverio y servidumbre, similar al sufrido por cristianos entre infieles. Pero, antes de continuar, es muy importante señalar que la representación historiográfica del cautiverio de Jerónimo de Aguilar fue precedida por su representación social como cautivo. Incluso, antes de conocerse la identidad de los españoles náufragos que vivían en la península de Yucatán, ya se les llamaba cautivos. Así, es preciso mencionar nuevamente las *Instrucciones...* de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, para Hernán Cortés, por ejemplo, cabe destacar estos elementos:

Después que con el dicho Juan de Grijalva envié la dicha armada, he sido informado de muy cierto, por un indio de los de la dicha isla de Yucatán, Santa María de los Remedios, cómo *en poder* de ciertos caciques principales dellas están seis cristianos *cautivos e se sirven dellos en sus haciendas, que los tomaron* muchos días a la una carabela que con tiempo por allí dizque aportó pérdida, que se cree que alguno de ellos debe ser Nicuesa, capitán que el católico rey don Fernando de gloriosa memoria, mandó ir a Tierra Firme, e *redimirlos* sería grandísimo servicio de Dios nuestro señor e de su Alteza (J. L. Martínez 1991-1992 I: 47-48, las cursivas son mías).

Diego Velázquez es el primero en interpretar la experiencia de los náufragos como cautiverio y servidumbre, como si se tratara de náufragos cristianos que terminaran en un reino musulmán. También es el primero en poner énfasis en su redención.

El cabildo de la Villa Rica de la Vera Cruz también realizó la representación social de los náufragos como cautivos en su famosa carta al emperador Carlos V, fechada el 10 de julio de 1519.<sup>17</sup> En ella se repitió constantemente que los cristianos de Yucatán vivían en *prisión y cautiverio*. Cortés consideró

<sup>17</sup> La carta del cabildo ha sido utilizada para sustituir la primera carta-relación que Hernán Cortés le envió al emperador, la cual no ha sido encontrada hasta la actualidad.

que “haría mucho servicio a Dios y a vuestra majestad en trabajar que saliesen de la *prisión y cautiverio* en que estaban” (Cortés 14, las cursivas son mías). El celo del capitán por rescatar a los españoles fue tal que: “luego quisiera ir con toda la flota con su persona a los *redimir*” (14, las cursivas son mías). Pero la flota no partió hacia la costa, poco conocida y peligrosa en aquel momento, y el capitán prefirió, como en el Mediterráneo, pedir la intercesión de comerciantes locales para la redención de los cautivos. Incluso les dio ciertas cuentas de cristal verde para que pagaran su rescate. Esta carta pone un especial énfasis en la determinación cortesiana de redimir a los cautivos. Señala todas las medidas que tomó y cómo, gracias a la intercesión de la Providencia Divina, se logró el suceso redentor.

Finalmente, cuando la noticia de la reaparición de Aguilar llegó a Écija y su hermano realizó una probanza para certificar su parentesco, en el resumen del documento se escribió que el andaluz estuvo “cativo siete años”. Lo cual muestra cómo su familia y su comunidad interpretó la experiencia del naufragio empleando las representaciones sociales propias del mundo Mediterráneo de su momento (“Méritos y servicios” web).

Los hombres que redactaron estos documentos realizaron una primera labor interpretativa que transformó la categoría social maya en la cual había vivido Jerónimo de Aguilar, muy probablemente un *h-k'os*, en un cautiverio cristiano. Indudablemente Aguilar había vivido en una condición social servil entre los mayas y así debió comunicarlo a sus compañeros, pero ésta no era ni el cautiverio maya, cuyo destino era el sacrificio humano, ni el cautiverio cristiano.<sup>18</sup> La sutil operación facilitaría que los historiadores del siglo xvi relacionaran la experiencia aguilariana con una serie de circunstancias, imágenes y representaciones del mundo mediterráneo, no del mesoamericano.

#### POR RUTAS DISTINTAS: PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA Y GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO

Los dos primeros autores del siglo xvi en investigar la experiencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas, dentro de sus historias generales del Nuevo Mundo, fue-

<sup>18</sup> Las características del cautiverio maya del periodo Clásico fueron analizadas por L. Schele y M. E. Miller (209-228).

ron Pedro Mártir de Anglería y Gonzalo Fernández de Oviedo. Las diferencias entre los relatos de estos escritores contemporáneos son muy interesantes dado que revelan rutas distintas del quehacer historiográfico.

Pedro Mártir de Anglería fue un humanista italiano que formó parte de la corte de los Reyes Católicos como eclesiástico, preceptor, diplomático, integrante del Consejo de Indias y consejero real.<sup>19</sup> Por su cultura, su gusto por la antigüedad clásica y sus cualidades personales, tuvo el afecto de las principales dignidades eclesiásticas y mundanas de España e Italia. El lombardo siempre prefirió estar en los espacios donde se tomaban las grandes decisiones de su época:

Porque no hay nada más contrario a mi carácter que vivir donde el aire está en silencio, donde siempre he de hacer lo mismo, lo más opuesto a la naturaleza que se deleita en la variedad; donde no esté hirviendo la olla del mundo; donde se me pasen por alto los acontecimientos que tienen lugar en todo el ámbito de la tierra.

Esta conciencia de la trascendencia de los sucesos de su tiempo y la necesidad de comunicarlos llevaron al humanista milanés a cultivar el género epistolar, donde el tema americano fue, según se sucedían los descubrimientos, tornándose predominante.<sup>20</sup> Nuestro autor consideró tan fascinantes y trascendentes los sucesos allende los mares que decidió ir más lejos y emprender la escritura de una obra de carácter histórico. Así lo apuntó: “He comenzado a escribir unos libros acerca del descubrimiento de una cosa tan grande. Si vivo no omitiré nada digno de memoria” (168).

Así, desde 1493 hasta el año de su muerte, ocurrida en 1525, el humanista se dedicó a la redacción de sus *Décadas del Nuevo Mundo*. Una obra desarrollada conforme las noticias procedentes de las tierras recién descubiertas y que tuvo momentos en los que parecía concluida.<sup>21</sup>

<sup>19</sup> Algunas de las tareas desempeñadas por el milanés fueron embajador ante el sultán de Egipto, mediador entre Fernando de Aragón y Felipe el Hermoso y representante del arzobispado de Granada ante la corona. Para una extensa biografía sobre el personaje véase León 2012c: 169-170, 171, 173.

<sup>20</sup> Antonello Gerbi sintetiza perfectamente la razón de ello: “El mundo Nuevo es para Pedro Mártir casi lo que el Mesías fue para los primeros judíos que se hicieron cristianos: corroboración de las antiguas profecías y promesa de vida futura” (68).

<sup>21</sup> La primera década fue publicada en 1511 sin licencia del autor. La segunda fue escrita en 1514 y la tercera fue redactada entre 1515 y 1516. Con estos trabajos, y la década oceánica

Pedro Mártir escribió por placer y para dar placer a sus lectores. Por tanto, el criterio de selección de los temas fue ante todo estético, censurando, en la medida de lo posible, lo violento y lo cruel.<sup>22</sup> Por otro lado, la forma predilecta del lombardo para informarse sobre lo que ocurría más allá del océano fue por medio de testimonios de quienes volvían del mismo. El propio autor explica las razones de su elección:

Apoyándome yo en el ejemplo de Aristóteles y de nuestro Plinio, me atreveré a dar cuenta y consignar por escrito lo que no vacilan en afirmar de viva voz hombres de suma autoridad: pues ni Aristóteles escribió de la naturaleza de los animales lo que él hubiera visto, sino únicamente lo que le contó Alejandro Macedonio, a quien con muchísimo gusto envié a investigar esas cosas, ni tampoco Plinio anotó veintidós mil cosas notables sino apoyándose en lo que otros habían dicho y escrito (Gerbi 67).

La actitud general de Pedro Mártir frente a los habitantes de América fue positiva. Describió a los indígenas de las Antillas, “viviendo en la Edad de Oro, desnudos, sin pesos, ni medidas, sin el mortífero dinero, sin leyes, sin jueces calumniosos, sin libros, contentándose con la naturaleza, viven sin solicitud alguna del porvenir” (Anglería 1990: 74).<sup>23</sup> Por otro lado, los con-

---

original y corregida, se preparó la edición del libro *De orbe novo Decades*, publicado en Alcalá, con licencia del autor, en 1516. La obra parecía terminada pero las maravillosas noticias de las tierras descubiertas por Hernán Cortés motivaron al lombardo a componer, durante 1520, la cuarta década. Mártir redactó las *Décadas* quinta, sexta y séptima entre 1521 y 1524, mientras que la octava vio su conclusión en 1525. En 1530, tras la muerte del autor, se editaron, por primera vez, las ocho *Décadas*, en Alcalá de Henares, con el título *De Orbe Novo*. Para más información sobre la escritura y las ediciones de las *Décadas* véase León 2012c: 184-185. La misma autora describe la estructura del libro: “Las *Décadas del Nuevo Mundo*, desde el punto de vista formal, son el resultado del agrupamiento de ocho opúsculos constituidos por diez libros cada uno; cuyo orden más elemental, aunque no seguido con rigor, es el cronológico. Poseen la apariencia y la arquitectura interna del epistolario, su concepción y realización siguen siendo las de ese género” (186).

<sup>22</sup> Pedro Mártir de Anglería “se deleita al describir la variedad de la naturaleza, la curiosidad de las costumbres de los nativos y los encuentros entre europeos e indígenas cuando ocurren en un ambiente cordial y generan en ambos grupos admiración ante lo desconocido” (León 2012c: 191). También debemos tener en cuenta que este autor escribió para los círculos cortesanos españoles e italianos.

<sup>23</sup> Las sociedades americanas son para Anglería “el sueño de los poetas antiguos, como la realización de un estado ideal, intacto, en que la naturaleza es única norma, y la espontanei-

quistadores le parecieron dominados por el egoísmo, la codicia y la crueldad. La sujeción de las nuevas tierras fue una empresa que ameritó su censura (Salas 56-60). Lo único loable de toda la empresa hispana eran los grandes descubrimientos geográficos y los momentos en los que los contactos con los indígenas eran pacíficos.

Con dicho panorama intelectual, y con el conocimiento previo de las características de los pueblos indígenas que habitaban el litoral sudamericano y centroamericano, Pedro Mártir escribió sobre la experiencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas en el libro VI de la cuarta *Década*, redactada en 1520, donde abordó, otorgándole igual importancia, dos temas: la interacción de la armada cortesiana con los habitantes de Cozumel y el “rescate” de Jerónimo de Aguilar. El autor mencionó sus fuentes, orales, para el primer tema: “Preguntados por mí el piloto Alaminos, Francisco Montejo y Portocarrero” (Anglería 1964 1: 416),<sup>24</sup> las cuales, seguramente, también lo fueron para el segundo tema del libro. Las palabras del historiador milanés llegadas hasta nuestros días dicen lo siguiente:

En mis anteriores *Décadas* hice mención de cierto noble llamado Valdivia, enviado a la Española por los darienenses, moradores del golfo de Urabá en el supuesto continente, para exponer al virrey, al almirante Colón y al Consejo Real, a quienes competía el remedio de aquellas tierras, la carencia de todas cosas que les afligía. Con funestos auspicios acometió su empresa el infeliz Valdivia; a la vista de Jamaica, que está en el estado meridional de la Española y Cuba, un súbito remolino lo arrojó sobre unos bancos de arena, vados ocultos y voraces, a

---

dad abroga la ley” (Gerbi 71). Un mundo donde reina el comunismo de bienes y donde cada individuo está iluminado por la cordura y el valor personal.

<sup>24</sup> El lombardo trató intimadamente a los procuradores de la Villa Rica, junto con Juan Ribero, secretario de Cortés, cuando arribaron a la corte en 1520, cargados con los presentes mandados por Cortés para ganarse el favor real. Los procuradores arribaron al puerto hispano de Sanlúcar en octubre de 1519. Pero lograron una entrevista ante Carlos V y su corte hasta marzo de 1520. Igualmente, dieron sus declaraciones sobre la actuación de Cortés ante la corte a finales de abril de 1520. La confrontación entre los enviados de Cortés y el del gobernador de Cuba fue muy sonada durante el invierno de 1519 y la primavera de 1520. Episodios como la intervención de Fonseca para que los oficiales de la Casa de Contratación retuvieran la nave de los procuradores y todo su contenido, incluido el tesoro para el rey, despertaron el interés de la nobleza española. Pedro Mártir debió tratar a los enviados de Cortés a principios de 1520. Para más información véase J. L. Martínez 1992: 179-201.

los que los españoles llaman “víboras” con muy apropiado nombre, porque allí quédense las naos sujetas, como los lagartos en las colas de aquellos reptiles, y se van a pique. Abrióse la carabela sin dar apenas tiempo a Valdivia y a 30 de sus compañeros a desembarcar en el bote. Los desgraciados, carentes de vela y de remos, viéronse arrastrados por la corriente marina, que, allí, según dijimos en las *Décadas*, es perpetua en dirección a occidente. Así anduvieron errantes por tiempo de trece días, sin saber a donde iban, ni encontrar en parte alguna cosa que comer. Siete de ellos murieron de hambre y fueron pasto de los peces. Los supervivientes abordaron la isla de Yucatán, desfallecidos de necesidad y vinieron a dar en poder de un cruel reyesuelo que asesinó a Valdivia y a algunos de los suyos, los inmoló luego a sus zemes y se los comió por fin, convidando a sus amigos. Esto lo hacen sólo con los enemigos o los huéspedes que con ellos llegan, absteniéndose, por lo demás de la carne humana. A nuestro Jerónimo de Aguilar, y a sus seis compañeros los reservaron para sacrificarlos a los tres días; pero ellos, rompiendo de noche sus ligaduras, escaparon de las manos del sanguinario cacique y se refugiaron suplicantes en los dominios de otro, que era enemigo suyo, el cual los acogió, pero como esclavos.

Pena da oír lo que aconteció a la madre de este Aguilar; la pobre mujer, así que entendió la desgracia de su hijo, enloqueció de dolor, aunque sólo se le dijo veladamente que éste había caído en poder de antropófagos, y cada vez que la infeliz ve carnes asadas, o metidas en el asador, llena de gritos su casa exclamando: “Ved ahí pedazos de mi hijo; ved en mí la más desgraciada de todas las mujeres” (Anglería 1964 1: 417-418).

De todo lo anterior se desprenden varias observaciones. Ante todo, Pedro Mártir de Anglería, gracias a sus testigos, identificó a Jerónimo de Aguilar como uno de los sobrevivientes del bergantín del Darién. Lo cual implica que indagó el origen de los naufragos y que tuvo la capacidad de relacionarlos, por estar escribiendo una historia general del Nuevo Mundo, con los conquistadores de un área cuya historia había abordado en su *Década* segunda.

El relato angleriano del naufragio guarda cierta similitud con el de la pregunta 51 del “Interrogatorio general presentado por Hernando Cortés para el examen de los testigos de su descargo” de 1534, pues parte del juicio de residencia del conquistador de la Nueva España, donde se anota:

E deste español se sopo [se refieren a Jerónimo de Aguilar], cómo él y otros se habían perdido atravesando desde la Tierra Firme a las islas, en unos bajos que



se llaman las Víboras, cerca de la isla de Jamaica, en un navío de un Francisco Niño, piloto, natural de Moguer; e que en la barca se habían metido los que ella copieron, y el tiempo les había traído a la punta de Yucatán; e cuando llegaron se había muerto más de la mitad por la mar, e de sed, e de hambre, en la barca (J. L. Martínez 1991-1992 II: 231-232).

Anglería tuvo la información certera del lugar del naufragio: el bajo de Las Víboras, hoy llamado bajo de Pedro, al sur de Jamaica. De igual modo, supo que un número de esos españoles subió a un batel y que llegaron a Yucatán. Pero anotó varias cosas muy diferentes: consideró que fueron treinta los que abordaron el pequeño bote; consignó que la mitad murieron en alta mar y fijó en trece los días del infortunio. A diferencia de la pregunta, no mencionó el nombre del piloto ni el lugar exacto de arribo de los náufragos a Yucatán. También atribuyó el desastre a un sorpresivo remolino, un recurso usado frecuentemente por el autor para explicar tragedias náuticas o desvíos en rutas; como al inicio del propio libro VI, donde atribuyó un cambio en la ruta de la armada cortesiana a otro remolino. Las diferencias probablemente se deban a la información verbal de los procuradores.

Tras referir el naufragio, Pedro Mártir de Anglería apuntó que algunos de los sobrevivientes del Darién fueron sacrificados y sus cuerpos objeto de canibalismo; aunque aclaró que los mayas sólo practicaban la antropofagia cuando se trataba de cautivos de guerra y náufragos. Inclusive refirió que la madre de Aguilar tuvo noticias de esto y sufría severas crisis cada vez que veía trozos de carne asada. Todo esto requiere un mayor análisis.

Primero, el relato de la locura de madre resulta muy extraño. Es preciso recordar que los procuradores le habían comunicado al licenciado Marcos de Aguilar que “el dicho Jerónimo de Aguilar era vivo que lo habían hallado en aquella tierra donde había estado cautivo siete años e más tiempo e que le dijeron que había servido mucho a sus altezas en aquella jornada” (“Méritos y servicios” web). El licenciado llevó esta noticia a la casa de la familia de Jerónimo de Aguilar a finales de 1521. Por tanto, ¿cómo es posible que la madre del náufrago se exaltase al ver carne asada, como si su hijo hubiera muerto y hubiera sido devorado por los naturales de aquellas distantes tierras, al enterarse de esta buena nueva? La extraña noticia de la locura de la madre de Jerónimo de Aguilar está relacionada con una versión anterior de la suerte de los

náufragos del Darién; escrita en la *Década* segunda, donde Anglería abordó la navegación de Rodrigo de Colmenares desde el Darién hacia La Española:

Elegido, Colmenares, hombre soltero, como compañero de Caicedo, se embarcaron ambos en un bergantín, pues ya no había otro barco mayor, el 29 de noviembre de 1512 de nuestra redención. Acometidos en el camino por varias tempestades, la fuerza de los vientos los echó a la costa occidental de aquella gran isla, largo tiempo tenida por continente, y que en la primera *Década* dijimos llamarse Cuba. Sufrían ya extrema necesidad, por el mucho tiempo transcurrido, pues hacía ya tres meses que se habían separado de sus compañeros. Viéronse pues, precisados a tomar tierra para recibir auxilio de los indígenas, si en alguna parte los hallaban.

Por casualidad desembarcaron en la misma playa donde Valdivia, destrozado por las tempestades, había tocado tierra. ¡Oh desdichados darienenses, esperad a Valdivia, como enviado para socorro de vuestras miserias! ¡Esperadlo! Los indígenas de Cuba lo mataron al arribar con todos sus compañeros, sin dejar uno, y abandonaron en el litoral la destrozada carabela que los había conducido; sobre unas tablas de la embarcación que medio enterradas en la arena estaban, lloraron los nuestros a Valdivia y a los suyos. No apareció cadáver alguno: piensan que lo arrojaron al mar o se lo darían frescos a los caníbales para que se los comiesen, dado que estas tribus incursionaban frecuentemente en aquellas regiones para devorar a los hombres (Anglería 1964 1: 250).

Colmenares difundió en 1512 la noticia de que Valdivia y sus compañeros naufragaron en Cuba, fueron asesinados por los naturales y entregados sus cadáveres a los caníbales que merodeaban por la isla. La nueva debió llegar a Écija poco después, como una fúnebre certeza del triste destino de Aguilar, causando la exaltación de la madre del diácono cada vez que contemplaba carne asada.<sup>25</sup> De algún modo, Anglería se enteró del dolor y los lamentos de la madre andaluza y los integró en su historia, pero en un momento de la narración desfasado, cuando el hijo había aparecido sano y salvo.

<sup>25</sup> Imagen relacionada con la antropofagia alimentaria de los caribes. El mismo Pedro Mártir los describe al relatar cómo Cristóbal Colón recorrió un pueblo canibal en la isla de Guadalupe, descubriendo “en sus cocinas trozos de carne humana cocida, con otras de papagayo y de pato, clavadas en asadores para asarlas. Buscando los lugares más íntimos y apartados de sus moradas tropezaron con huesos de piernas y brazos humanos, que se supo conservan con gran cuidado para fabricar puntas de flecha” (Anglería 1964 1: 115).

La inclusión de la noticia de la locura de la madre de Aguilar en el pasaje del rescate del náufrago plantea un cuestionamiento. En 1520, cuando redactaba la cuarta *Década*, Anglería descubrió, gracias a sus fuentes orales, el verdadero lugar y las circunstancias del naufragio de Valdivia. ¿Acaso adaptó la historia previa del canibalismo antillano a los pobladores de las tierras recién descubiertas? Esta duda surge por dos razones. Primero, como se mencionará más adelante, ninguno de los soldados cronistas escribió que Aguilar hubiera corrido el peligro de ser devorado por los mayas. Segundo, la estructura narrativa del asesinato, la inmolación y el canibalismo contra Valdivia y sus compañeros entre los mayas es muy similar a la de la primera noticia del destino de Valdivia y los suyos en las costas de Cuba; donde primero fueron asesinados por los indígenas, luego entregados sus cuerpos a los caníbales, quienes, finalmente, disfrutaron la carne de los hispanos. Parece que Anglería hubiera actualizado una historia previa con los nuevos datos.

La historia también resulta extraña si se toma en cuenta que en 1519, un año antes de redactar la cuarta *Década*, el prolífico escritor milanés no registró ninguna referencia a la antropofagia entre los mayas en una de sus afamadas cartas sobre el Nuevo Mundo, la cual daba cuenta de las últimas noticias acerca de las recién descubiertas tierras de Cozumela, Yucatán y Olloa. En su comunicación, Anglería expresó que los habitantes de las nuevas tierras practicaban el sacrificio humano, pero no refirió ninguna noticia sobre la antropofagia (Anglería 1990: 104). Una forma de averiguar la cuestión es analizar las visiones de Pedro Mártir de Anglería sobre la antropofagia en el Nuevo Mundo, tema que lo fascinó y del que procuró conocer todo lo posible. Pedro Mártir distinguió dos tipos de pueblos antropófagos en sus primeras cinco *Décadas*. En las primeras tres habló en diferentes pasajes sobre los caníbales, un pueblo originario de la costa oriental del golfo de Urabá<sup>26</sup> que

<sup>26</sup> Sobre los habitantes de la costa oriental del golfo de Urabá, el lombardo refiere: “Hallaron los nuestros todos estos pueblos llenos de gente que se dedica a la caza de hombres, y si les falta enemigo con quien guerrear vuelven su crueldad contra sí mismo, destruyéndose o poniéndose en fuga. Así vino a caer plaga tan grande sobre los míseros habitantes del continente y las islas” (1964 1: 381). Como hemos mencionado antes, los habitantes de la costa oriental del golfo de Urabá resistieron todos los intentos hispanos por conquistarlos y fueron acusados de ser caníbales. Anglería adoptó este juicio negativo sobre ellos y, por alguna razón desconocida, hace de esta la tierra de origen de esta supuesta única nación.

vivía a lo largo del litoral americano,<sup>27</sup> desde el río Atrato hasta la Boca del Dragón, y en la isla de Guadalupe.<sup>28</sup> Los caníbales eran un pueblo feroz y sin ley, cazador de personas que “han consumido en sus banquetes a miles de hombres. Encontraron los nuestros innumeradas islas paradisíacas, incontables regiones elíseas, arrasadas por aquellos miserables” (Anglería 1964 1: 335). Practican un canibalismo alimentario en el que:

A los niños que capturan los castran, como hacemos nosotros con los pollos o los cerdos que criamos más gordos y tiernos para nuestro regalo, y así que están grandes y bien cebados se los comen; en cambio cuando, caen en sus manos individuos de edad madura les dan muerte y los descuartizan: los intestinos y las extremidades de los miembros los devoran frescos, y los miembros mismos los conservan en sal para otra ocasión (107).

El segundo tipo de antropofagia era practicada por los pueblos revelados al mundo por los hispanos de la isla Fernandina, tratados en las *Décadas* cuarta y quinta. Eran pueblos con leyes, comercio, religión y gobierno, que ingieren la carne de los seres humanos cuya vida habían, primero, ofrendado a sus dioses. Pedro Mártir escribió sobre ellos en los siguientes términos:

<sup>27</sup> Pedro Mártir escribió: “Toda la región del golfo que se extiende por esa parte desde el cabo que se adentra en el mar, los bordes receptores de las aguas del mismo, hasta la Boca del Dragón y Paria, se designa enteramente con el nombre común de Caribana, por encontrarse en todo ese espacio los caribes, que toman su nombre del de la comarca” (1964 1: 381). El milanés adoptó, con reservas, el prejuicio de que los habitantes de las costas de Colombia y Venezuela eran caníbales, a pesar de que las descripciones etnográficas de esos pueblos, hechas previamente, no mencionan que practicaran esa costumbre. La contradicción refleja cómo la obra fue construida poco a poco, a veces faltándole unidad. Hubiera sido fantástico que Pedro Mártir hubiera hecho un trabajo de edición global. Finalmente, el lombardo confundió a los calamarí con caníbales: “Por los muchachos salvados supieron que a La Cosa y los demás habían sido descuartizados por sus matadores y comidos finalmente, pues se cree que los caraimarenses traen su origen de los caribes o caníbales, devoradores de carne humana” (1964 1: 212).

<sup>28</sup> Los caníbales también viven en las montañas que separan el territorio del cacique Comagre del otro mar; así lo explica Paquime durante su famoso discurso. En el mismo orden de ideas, el autor describe a los caníbales de Guadalupe: “Son intratables, no toleran huéspedes y se precisa gran esfuerzo para debelarlos. Ambos sexos pueden mucho con sus flechas envenenadas. Cuando los hombres marchan fuera, son las mujeres quienes defienden virilmente su derecho contra extraños agresores” (Anglería 1964 1: 374).

He dicho en otra ocasión, si no recuerdo mal, que no sacrifican a sus víctimas abriéndoles la garganta, sino que les meten una espada por las costillas próximas al corazón y les arrancan esta víscera en vida, concientes los míseros de su desdichada suerte. Untan los labios de sus dioses con la sangre de junto al corazón y luego queman éste, creyendo aplacar así el odio de aquéllos. Los sacerdotes han persuadido al pueblo de semejante prodigio. Muchos se preguntarán, y con razón, qué hacen de los restantes miembros y de las carnes de las infelices víctimas. ¡Oh asco inexplicable! ¡Oh repugnante náusea! Como los judíos en tiempos de la ley antigua se comían los corderos del sacrificio, así hace esta gente con sus víctimas humanas, de las que tiran tan sólo los pies, las manos y las entrañas (2: 480-481).

Pedro Mártir de Anglería comprendió el contexto religioso de la práctica al comparar el tratamiento de la carne humana del sacrificado con el tratamiento de la carne de los corderos sacrificados por los judíos. La antropofagia de los caribes, tratados en las tres primeras *Décadas*, y la práctica de los habitantes de México, abordada en las *Décadas* cuarta y quinta, son disímiles. Una era alimentaria, la otra era religiosa. No sólo este rasgo cultural era distinto, los pueblos eran muy diferentes. Con este panorama de la geografía humana angleriana de la antropofagia americana, es preciso abordar el canibalismo maya. Existe un problema al realizar esta tarea, dado que la única mención en las primeras cinco *Décadas* de antropofagia entre los mayas es, precisamente, la de Valdivia y sus compañeros del Darién. Por lo que es preciso revisar, nuevamente, el tratamiento del tema:

Vinieron a dar en poder de un cruel reyezuelo que asesinó a Valdivia y a algunos de los suyos, los inmoló luego a sus zemes y se los comió por fin, convidando a sus amigos. Esto lo hacen sólo con los enemigos o los huéspedes que con ellos llegan, absteniéndose, por lo demás de la carne humana (1: 418).

La costumbre de los habitantes de la isla de Yucatán tenía un carácter original, era ocasional dado que se practicaba solamente con los cautivos de guerra o visitantes accidentales. Tenía un carácter parecido a lo practicado por los “mexicanos” dado que la carne era comida tras un ritual de sacrificio.<sup>29</sup>

<sup>29</sup> Coincide con lo descrito sobre los habitantes de México tanto en la misma *Década* cuarta como en la quinta. Aunque no menciona la forma en la que se realizó el sacrificio y la palabra *asesinaron* denota un proceder distinto.

Pero guardaba una similitud con las costumbres de los caribes, para quienes la carne humana era un alimento, pues se realizaba un convite con los restos de la víctima. En su descripción, el carácter ritual y alimenticio de la práctica parecen estar equilibrados.

La costumbre de los habitantes de la isla de Yucatán difería, en la geografía humana angleriana, de la práctica del sacrificio humano entre los habitantes de la cercana isla de Cozumel, quienes tan sólo sacrificaban niños y perros, los segundos a falta de los primeros, y se abstendrían del consumo de su carne. Los niños no provenían de la isla de Cozumel, tenían un origen distinto:

Preguntados por mí el piloto Alaminos, Francisco de Montejo y Portocarrero, que fueron los embajadores encargados de traer al rey los regalos, acerca del sitio de dónde proceden los niños de ambos sexos para sus sacrificios, me respondieron que se los procuran de las islas vecinas ya comprándolos ya permutándolos por oro u otras mercancías (1: 416).

Cabe la posibilidad de que la descripción de la práctica descrita por Anglería en realidad sea la representación de una forma específica de canibalismo donde se conjugaron elementos “mexicanos” y caribes, propia de los habitantes de una isla, conforme a la geografía física angleriana de 1520, situada entre las Antillas y las tierras “mexicanas”. Los pobladores de la isla de Yucatán resultarían personas, para Anglería, culturalmente cercanos a los habitantes de las Antillas y a los de las tierras septentrionales. No en balde escribí que el cacique con quien se refugió Jerónimo de Aguilar se llamaba Taxmaro, nombre antillano.<sup>30</sup>

Finalmente, Anglería explicó que Aguilar y sus compañeros escaparon de las tierras del cacique que había sacrificado a sus amigos y habían logrado alcanzar los dominios de otro señor, que los acogió como esclavos. Previamente, el lombardo se había referido a los hispanos de Yucatán como *cautivos* (1: 417). Por lo que la experiencia del naufragio del Darién tras su dramático escape fue, para Pedro Mártir, cautiverio y esclavitud, similar a la mediterránea. Su atención estaría centrada en la antropofagia, peligro del cautivo en tierras del Nuevo Mundo.

Como conclusión, puede decirse que la versión angleriana contiene fragmentos verosímiles, la mención del sitio y las circunstancias del naufragio;

<sup>30</sup> Arqueólogo. Tomás Pérez Suárez (UNAM, IIFL), comunicación personal.

elementos de versiones anteriores sobre el naufragio, la locura de la madre de Aguilar, y elementos en los cuales bien podría estar relacionando culturalmente a los mayas con otros grupos caribeños y mesoamericanos que practicaban el canibalismo.

Por su parte, Gonzalo Fernández de Oviedo es uno de los principales historiadores del descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo. Hombre de ideales caballerescos, siempre preocupado por informar a los gobernantes sobre la naturaleza y los sucesos de las nuevas tierras, tuvo una vida azarosa y trágica: joven hidalgo itinerante en las cortes de las península ibérica e itálica,<sup>31</sup> funcionario público tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo,<sup>32</sup> hombre perseguido por la desgracia y el luto familiar, colono y comerciante de esclavos indígenas en Nicaragua, cronista oficial de Indias en 1532, colono establecido en Santo Domingo como alcaide de la fortaleza de la ciudad,<sup>33</sup> escritor prolífico<sup>34</sup> y lector familiarizado con la cultura clásica para quien Plinio fue un gran maestro. Una justa valoración sobre su obra, al momento de su muerte, señala:

Con el viejo hidalgo desaparecían anhelos no satisfechos de una grandeza esquiva, pero el escritor prolífico bien podía retirarse de esta vida orgulloso de la copiosa herencia de su pluma, que acometió con estudiada caligrafía y audacia de

<sup>31</sup> Fernández de Oviedo formó parte de las cortes de los Reyes Católicos, del duque de Milán, del cardenal Giovanni Borgia y del rey Federico de Nápoles. En sus años italianos desarrolló el gusto por los estudios de carácter científico y literario. Para más información véase León 2012.

<sup>32</sup> Gonzalo Fernández se desempeñó como escribano público en Madrid; en el Darién presidió las escribanías de minas y del crimen, era el custodio del hierro para marcar a los esclavos, fue veedor de las fundiciones del Darién e, incluso, fue teniente de gobernador. También aspiró a las gobernaturas de Santa Marta y Cartagena.

<sup>33</sup> Oficio que le permitió entrevistar a capitanes y pilotos que paraban en Santo Domingo a entregar sus informes a la Audiencia Real.

<sup>34</sup> Entre sus obras se encuentran: *Catálogo real de Castilla; Libro del muy esforzado e invencible caballero de Fortuna, propiamente llamado don Claribalte*, novela de caballería; *Sumario de la natural historia de Las Indias*; la *Historia general y natural de Las Indias*; los *Oficios de la casa real de Castilla o libro de la cámara del príncipe don Juan*; el *Libro del blasón*; las *Batallas y Quincuagenas*; las *Quincuagenas de los generosos e ilustres e no menos famosos reyes, príncipes, duques, marqueses y condes e caballeros e personas notables de España*; la *Relación de lo sucedido durante la prisión del rey Francisco de Francia*. Fue reconocido internacionalmente como una autoridad sobre los temas indios tras publicar en 1526 el *Sumario de la natural historia de Las Indias*.

aficionado un vasto horizonte temático: informes, memoriales y cartas oficiales y muchas veces oficiosas, traducciones de textos de diversa índole, novela, tratados sobre moral, heráldica y genealogía real, hasta la historia natural y la crónica, sin detenerse siquiera en las fronteras entre la prosa y el verso (León 2012a: 207).

La más grande obra del autor fue, sin lugar a duda, la *Historia general y natural de Las Indias*. Fernández de Oviedo comenzó a trabajar en ella en 1520 y le dio continuidad hasta 1549, cuando concluyó el libro L. Editó la primera parte, conformada por diecinueve libros, en Sevilla, el 30 de septiembre de 1535.<sup>35</sup> La publicación del resto de la obra no pudo lograrse en el siglo XVI debido a la decidida oposición de fray Bartolomé de las Casas, dificultades económicas del propio autor y circunstancias tales como ataques piratas a Santo Domingo.<sup>36</sup> Así, la primera edición íntegra de la *Historia general y natural* corrió a cargo de José Amador de los Ríos, de la Real Academia de la Historia, en Madrid, entre 1851 y 1855.<sup>37</sup>

Fernández de Oviedo, a diferencia de Pedro Mártir de Anglería, consideró que el género histórico brindaba un aprendizaje para la vida. El autor recurrió a Diódoro de Sículo para afirmar que “la historia sola, con palabras iguales, a los hechos, trae consigo la verdadera utilidad, exaltando lo honesto y conculcando e hollando el vicio (o lo que es loable e sí deshonesto); e finalmente, por la experiencia que la historia pone de los tiempos pasados, venimos a perfecto vivir” (232).

La principal fuente utilizada por el autor para la investigación de su obra fue la experiencia personal: “Yo no tengo necesidad deseo, pues no escribo de autoridad de algún historiador o poeta, sino como testigo de vista, en la mayor parte” (Fernández de Oviedo I: 13). También utilizó las relaciones y los documentos escritos por los protagonistas de los hechos de su interés, siendo la calidad social o la reputación honorable de sus testigos su criterio

<sup>35</sup> Fue reimpresa en 1547 en Salamanca.

<sup>36</sup> En el siglo XVI tan sólo se pudo editar hasta el *Libro XX de la segunda parte de la General historia... que trata del estrecho de Magallanes*, publicado por el impresor de su majestad Francisco Fernández de Córdoba en Valladolid en 1557. La sección dedicada a la conquista de México quedó inédita.

<sup>37</sup> Sin embargo nuestro autor siempre acarició la idea de realizar la publicación de su obra íntegra. Para mayor información sobre el proceso de redacción de la obra véase Carrillo 107-142.



para establecer una crítica de fuentes cuyo objetivo era la veracidad. La misma meta lo llevó a confrontar los testimonios de varios testigos:

No escribo de autoridad de algún historiador o poeta, sino como testigo de vista, en la mayor parte, de cuanto tratare, y lo que yo no hobiere visto, dirélo por relación de personas fidedignas, no dando en cosa alguna crédito a un solo testigo, sino a muchos, en aquellas cosas que por mi persona no hobiere experimentado (18).<sup>38</sup>

Las fuentes de Gonzalo Fernández sobre la Nueva España fueron diversas. Las primeras datan de 1520, cuando el autor trató simultáneamente tanto al clérigo Benito Martín, antiguo conocido ahora al servicio de Diego Velázquez,<sup>39</sup> como a Francisco de Montejo, Portocarrero y Alaminos. En 1523 Fernández de Oviedo fue recibido por Velázquez en Cuba quien le permitió ver sus documentos, incluyendo una copia de las instrucciones que el gobernador le diera a Hernán Cortés. El autor también conoció las “Cartas de Relación” de Hernán Cortés hacia 1524 e incluso, en 1525, pudo leer el original de la carta, llevada a la corte por Diego de Soto.

La conquista cortesiana de la Nueva España provocó respeto y admiración en Fernández de Oviedo, quien comparó a Cortés con Julio César. El cronista indiano consideró la conquista del imperio mexica como la más grande epopeya bélica de toda la historia, mayor que las grandes batallas de la antigüedad. Un logro con un gran general al mando pero en el cual también merecían reconocimiento los capitanes, los soldados y hasta los amigos confederados, es decir, los pueblos mesoamericanos aliados a los españoles.

En otro orden de ideas, estrechamente ligado al anterior, Fernández de Oviedo tuvo un concepto muy claro respecto a los indígenas y a la relación entre españoles e indios:

Oviedo nunca rebasó su convicción de la superioridad moral y hasta física del europeo sobre el indígena. Con base en esta creencia, justificó la conquista como una obra de la providencia y un castigo para los abominables vicios de esta gente

<sup>38</sup> Gonzalo Fernández aprendió a confrontar varios testimonios de Pedro Mártir de Anglería, a quien conoció personalmente, y de la propia experiencia en el Darién. Nuestro autor también entrevistó a diversos testigos y protagonistas de los hechos tratados en su obra.

<sup>39</sup> Después del descubrimiento de Yucatán, Benito Martín viajó a España para presentar ante la corona la petición del gobernador de Cuba de adelantamiento sobre las tierras recién encontradas.

“salvaje y bestial”, idólatra, sacrificadora de hombres, antropófaga, sodomita, lujuriosa, haragana, inconstante, mentirosa, ingrata, incapaz de aceptar ni las verdades del cristianismo ni las bondades de la colonización (León 2012a: 222).<sup>40</sup>

Sin embargo, al igual que Anglería, fue un crítico de la codicia española, de la que ni los propios frailes estaban exentos. La única conquista intachable fue la ya mencionada realizada por Cortés.

Con todas estas ideas, Gonzalo Fernández de Oviedo relató la experiencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas en el capítulo primero del Libro XXXIII, parte dedicada a la conquista de la Nueva España. El breve capítulo tenía la función de una introducción a la conquista del imperio mexica, materia para la cual el autor declaró haber seguido lo escrito por el extremeño en sus cartas al emperador. Pero antes de entrar en el asunto, Fernández abordó sintéticamente varios temas en el capítulo I: estableció la vinculación entre este tema y el libro donde narró el descubrimiento de Yucatán; dio una relación de los capitanes que pasaron con Cortés; refirió el rescate de Aguilar y la incorporación a la hueste de la Malinche; trató la llegada a Cempoala y el “dar al través con las naves”; describió la ciudad de Cempoala y los regalos dados por sus habitantes a Cortés; contó el envío de regalos y procuradores ante el emperador y, finalmente, abordó la estancia de la armada cortesiana en Jalapa y en Castilblanco, donde su cacique, Olintecle, les informó sobre el imperio de Moctezuma.

Las palabras de Fernández de Oviedo llegadas hasta nuestros días respecto de la experiencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas son las siguientes, iniciando con una valoración del papel de Aguilar como lengua:

En lo que sirvió mucho una o dos lenguas que la fortuna e buena ventura suya le acarrearón; porque cuando llegó a Cozumel, llevaba relación, en la instrucción que le dio Diego Velázquez, que había siete cristianos en poder de los indios (que habían escapado de un navío que algún tiempo antes había dado al través en la costa de Yucatán), uno de los cuales se decía Aguilar. E aquéste, como supo que había cristianos en la tierra, se fue a Cortés, habiendo siete años que estaba allá; pero los otros seis, como estaban casados con indias, e con sus vicios, e tenían hijos en ellas, apartados de la fe católica, vivían ya como indios, e no quisieron

<sup>40</sup> Su experiencia en el Nuevo Mundo, particularmente las vivencias del Darién, lo llevaron a tener juicios muy negativos sobre los naturales de las nuevas tierras.

reducirse a la fe ni venir a la compañía de los españoles. Bien es de creer que los tales no podían ser sino vil casta e viles heréticos (Fernández de Oviedo IV: 9).

Gonzalo Fernández tuvo como fuente las “Instrucciones...” de Velázquez para el asunto, así lo declaró y así se advierte en el tratamiento de dos cuestiones. La primera es el origen de los naufragos. En las “Instrucciones...” se lee: “Una carabela que con tiempo por allí dizque aportó pérdida, que se cree que alguno del dellos debe ser Nicuesa” (J. L. Martínez 1991-1992 I: 47-48). Mientras que Gonzalo Fernández habló de un navío que había naufragado en las costas de Yucatán. La segunda es el número de españoles vivos en Yucatán en 1519.<sup>41</sup> En el documento de Velázquez se habló de seis mientras que Oviedo anotó el cercano número de siete.

También tuvo como fuente la “Carta del cabildo de la Villa Rica de la Vera Cruz” porque en ella se mencionó el tiempo que los hispanos habían vivido en Yucatán. Durante la estancia en Cozumel, “supo el capitán que unos españoles estaban siete años había cautivos en el Yucatán” (Cortés 13).

A diferencia de Pedro Mártir, Fernández de Oviedo no relacionó a los naufragos de Yucatán con los del bergantín de Valdivia. Esta diferencia se debe a que Oviedo no trató en detalle la historia del Darién en la época de Vasco Núñez de Balboa. Así lo declaró en el Capítulo dos del Libro XIX, donde abordó la historia de Castilla del Oro: “Más porque sería cansancio decirse los trabajos y necesidades y hambres en aquellos principios estos primeros conquistadores padecieron, diré solamente la entrada que Vasco Núñez hizo, cuando descubrió el río de Sanct Joan, en este capítulo, y en el siguiente diré cómo descubrió la mar del sur” (Fernández de Oviedo III: 208-209).

A diferencia de Pedro Mártir, Oviedo no refirió la noticia de que varios hispanos hubieran sido víctimas de sacrificio y antropofagia. El cronista se había entrevistado con los procuradores del cabildo de la Villa Rica y con Alaminos. Con el segundo habló extensamente sobre las navegaciones por la península de Yucatán. Pero no consta que hubiera indagado con aquellos testigos la suerte de Aguilar y sus compañeros en aquellas tierras. De hecho, parece que no le otorgó trascendencia a las vivencias del intérprete entre aquellos naturales, lo único importante era su rescate.

<sup>41</sup> Simplemente el hablar de más de dos españoles vivos en Yucatán en 1519 es muestra de que las “Instrucciones...” de Velázquez y la “Carta del cabildo de la Villa Rica de la Vera Cruz” fueron las fuentes para este pasaje.

Finalmente, es muy interesante la noticia sobre los seis cristianos que vivían en Yucatán en el momento del arribo de la armada hispana. Oviedo sabía de ellos y precisó su número gracias a la lectura de las “Instrucciones...” de Velázquez. Oviedo explicó que aquellos náufragos no regresaron con los españoles por estar integrados social y culturalmente a los naturales. Lo primero porque los seis se habían casado y tenían hijos, y lo segundo porque *vivían como indios*.

Ahora bien, para Gonzalo Fernández la integración social y cultural implicaba una degradación moral de los españoles, quienes compartían los *vicios* de los indios. También implicaba algo más profundo y grave, los cristianos eran apóstatas, estaban “apartados de la fe católica” y ya no querían “reducirse a la fe ni venir a la compañía de los españoles”. La única explicación que el autor encontró para que sus compatriotas hubieran renunciado a su fe, a la salvación eterna de su ánima y hayan decidido vivir entre paganos, es que eran hombres de una condición religioso-moral dudosa, “de vil casta e viles heréticos”. Es decir, hombres que no podían considerarse cristianos viejos, o que habían tenido antecedentes de herejía, quienes se integraron fácilmente a una sociedad pagana por tener ideas equivocadas de la doctrina cristiana.

Una de las ideas capitales en todo este juicio de Oviedo sobre los españoles que se quedaron a vivir entre los mayas es la unión a una mujer pagana o infiel interpretada como una renuncia a la propia religión y una integración total a su mundo. Representación relacionada con el contexto mediterráneo de enfrentamiento entre musulmanes y cristianos. Como apuntaron Bartolomé y Lucile Bennassar en *Los cristianos de Alá*:

“El demonio lo tentaba de noche y se le aparecía en figura de muger y le decía que fuese con ella y tendría libertad” confesaba un cautivo a sus compañeros. En las representaciones mentales de los renegados la imagen de la mujer se asocia a menudo a la idea de libertad. Es natural pues, cuando sus amos deseaban la conversión de un esclavo y su *integración* a la sociedad musulmana vinculaban las promesas de libertad a las de matrimonio, y así, echaban al cautivo en brazos de su hija, de su sobrina, de una renegada o de una “mora” de su casa. Los lazos familiares e incluso los amistosos remplazaban entonces a los vínculos de dependencia (Bennasar y Bennasar 469; las cursivas son mías).

Gonzalo Fernández escribió en este contexto y extrapoló la creencia mediterránea sobre el matrimonio-asimilación al Nuevo Mundo. Cabe rea-

lizar una última observación. La carta del cabildo de la Villa Rica de la Vera Cruz había explicado de un modo muy diferente las razones por las cuales los cristianos de Yucatán no se reunieron con la armada hispana. Conforme al documento, Aguilar refirió “que los otros españoles que con él se perdieron en aquella carabela que dio al través, estaban muy derramados por la tierra, la cual nos dijo que era muy grande y que era imposible poderlos recoger sin estar y gastar mucho tiempo en ello” (Cortés 16). La noticia llevó al líder de los hispanos a tomar una determinación:

Pues como el capitán Fernando Cortés viese que se iban acabando los bastimentos de la Armada, y que la gente padecería mucha necesidad de hambre si dilatase y esperase ahí más tiempo, y que no habría efecto el propósito de su viaje, y determinó comparecer de los que en su compañía venían, de se partir, y luego se partió dejando aquella isla de Cozumel (16).

La explicación de Oviedo le atribuía a los propios naufragos, apóstatas, la responsabilidad de no haberse reunido con la armada cortesiana. Mientras que la carta del cabildo parece ser una decisión colectiva tomada por los de la armada al estimar la prolongada demora que implicaba la realización de las redenciones. Acaso Oviedo quería disculpar al capitán Cortés por no haberse esforzado en redimir a los otros cristianos, o tal vez atendió a otra fuente, no identificada, que refería la historia que estimó más verosímil.

Es muy curioso cómo Pedro Mártir de Anglería y Fernández de Oviedo, autores contemporáneos, construyeron versiones muy diferentes de un mismo hecho. El peso del tema dentro de la obra, el interés que le despertó a cada autor y la elección de las fuentes fueron los factores determinantes en esta diferenciación de relatos. Las vicisitudes de la edición de las obras de cada uno hicieron que la noticia de la suerte de Aguilar entre los mayas corriera por el camino marcado por el escritor lombardo.

#### LOS ENIGMAS DE FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA

Francisco López de Gómara fue uno de los principales historiadores del siglo XVI. Su obra *Historia de Las Indias y conquista de México* fue ampliamente leída a mediados de la centuria y despertó tanto la admiración como las críticas de los más disímiles personajes. Francisco López también se interesó por

la suerte del naufragio de Veragua entre los mayas de Yucatán, realizó una investigación sobre el tema y la expuso en un par de capítulos de su obra. El presente apartado trata la versión gomariana de la experiencia de Aguilar entre los mayas, así como de sus críticos y seguidores.

Francisco López de Gómara, natural de la Villa de Soria, gozó una vida muy activa. Fue un eclesiástico que durante su juventud viajó y estudió a lo largo de las penínsulas itálica e ibérica.<sup>42</sup> Estuvo al servicio del embajador español ante la república de Venecia<sup>43</sup> y participó en la expedición de Carlos V contra la Argel del corsario renegado Hayreddin Barbarroja.

Tras todas estas vivencias, Francisco López se estableció en Valladolid y hacia 1545 inició la escritura simultánea de dos obras estrechamente ligadas, *La historia de las Indias y conquista de México* y la *Choronica de los muy nombrados Omich y Haradín Barbarrojas*, cuyos temas abordaban dos preocupaciones de la España imperial: la conquista de los habitantes del Nuevo Mundo y la guerra por el dominio del Mediterráneo contra los infieles.<sup>44</sup>

La *Historia de Las Indias y conquista de México* fue la única obra que López de Gómara logró publicar, en 1552, durante su vida;<sup>45</sup> gozó de una

<sup>42</sup> Para más información véase León 2012b.

<sup>43</sup> El embajador, Diego Hurtado de Mendoza, inició a Francisco López en la política imperial y en el *problema otomano*, uno de los temas que lo fascinarían a lo largo de su vida.

<sup>44</sup> Las obras fueron concebidas siguiendo el modelo de las *Vidas paralelas* de Plutarco (Jiménez 214). Además, “en esos momentos uno de los estilos dominantes, entre la erudición italiana, era un tipo de biografía en la que se persiguen los rasgos característicos de los personajes eminentes” (Carreras 26). Cabe destacar que, tras finalizar la escritura de *La conquista de México*, Francisco López realizó, en tan sólo un año, la *Historia de Las Indias*, concebida como el marco general introductorio para su *Historia de la conquista de México*. Desde el punto de vista formal, son dos apartados compuestos por el autor para leerse en conjunto (León 2012b: 255).

<sup>45</sup> El impresor Agustín Millán y el propio autor realizaron la primera edición en Zaragoza a finales 1552. A principios de 1553 se realizó una reimpresión en la misma ciudad, ahora financiada por el comerciante de libros Miguel Çapila. Guillermo de Millis reeditó el libro, sin el consentimiento del autor, en Medina del Campo, bajo el título *Hispania Victrix* a mediados del mismo año. El éxito de la obra gomariana en otras regiones de Europa fue inmediato. Las ediciones italianas son de 1556, 1557, 1560, 1564, 1565, 1566, 1573, 1576 y 1599. La primera versión francesa se publicó en 1568 y la primera edición en inglés apareció en 1578. Para una relación exhaustiva sobre las ediciones de la *Historia de Las Indias y de la conquista de México*, véase Wagner I: 50-56.

gran popularidad y de innumerables ediciones en Europa a pesar de la prohibición para su impresión, venta y posesión en Castilla.<sup>46</sup>

Gómara fue un historiador<sup>47</sup> deseoso de indagar la verdad de los hechos; conocía el saber de los antiguos<sup>48</sup> (gracias a su dominio del latín) y también de los modernos.<sup>49</sup> Sentía un gran orgullo por las empresas de descubrimiento y conquista emprendidas por su nación, actos providenciales que acrecentaban la ecumene cristiana y le daban beneficios morales y materiales a los pobladores del Nuevo Mundo.<sup>50</sup>

<sup>46</sup> Cuatro obras de Francisco López han logrado llegar hasta el siglo XXI: la *Choronica de los muy nombrados Omich y Haradin Barbarrojas y Guerras de mar de nuestros tiempos*, que describen las luchas entre cristianos y sarracenos por el dominio del Mediterráneo; la *Historia de Las Indias y conquista de México* y *Anales del Emperador Carlos V*, que abarcan de 1550 a 1556. Nora Edith Jiménez hace hincapié en que las obras abordan la historia del imperio de Carlos V en sus frentes mediterráneo, americano y europeo (Jiménez 150). La autora sugiere que las descripciones de Gómara sobre un poder imperial en expansión están inspiradas en las lecturas de Polibio (178).

<sup>47</sup> León expone las ideas de Gómara sobre el oficio de historiador: “Para López de Gómara la función del historiador resulta imprescindible, porque éste conoce, entiende, explica y difunde lo notable que ocurre en el mundo. Sin su concurso no hay hazaña, por grandiosa que sea, que logre trascender al olvido, que es la muerte para la posteridad. Por la fragilidad de la memoria, los hombres de acción necesitan a los de letras, a los escritores fidedignos que unen a su capacidad de comprender la importancia de los sucesos, el arte para consignar y recrear esas proezas, en un proceso que les permite, de manera simultánea, inmortalizarse a sí mismos. La honra y la fama que los primeros pueden alcanzar por su osadía, los segundos las consiguen por la pluma, con lo que ambos logran encarnar el ideal renacentista” (León 2012b: 265).

<sup>48</sup> Entre los autores clásicos con los que Francisco López estaba familiarizado, figuran Ptolomeo, Plutarco, Estrabón, Aristóteles, Pitágoras, Plinio, Mela, Séneca, Herodoto, Tucídides y Catón (Jiménez 134). El principal modelo de Gómara para describir costumbres de otros pueblos fue Herodoto, pues conocía bien “Melpómene”, el libro IV de las *Historias*, donde el autor griego describe a los escitas, el pueblo más alejado del mundo antiguo. Melpómene habla sobre antropofagia, guerras crueles y sacrificios humanos (Jiménez 238-245).

<sup>49</sup> Como Antonio de Guevara, Bernaldo del Busto, Jerónimo de Zurita, Cristóbal Calvete de Estrella, Juan Páez de Castro, Paolo Giovio, Pietro Bembo, Giustiniani y Guazzo, Arnoul le Ferrón y Paulo Emilio. Tampoco podemos dejar de mencionar a Francisco Cervantes de Salazar y Juan Ginés de Sepúlveda, figuras con quienes cultivó una estrecha amistad (Jiménez 166).

<sup>50</sup> López de Gómara compartía las ideas de Juan Ginés de Sepúlveda sobre la conquista de América. El soriano pensaba que el gran beneficio de la conquista para los habitantes del Nuevo Mundo era una aculturación en todos los órdenes: material, religiosa, política y económica (Roa 73).

Con este hilo interpretativo, su intención al escribir sobre la conquista de México fue perpetuar las hazañas cortesianas: “Permanezca pues el nombre y memoria de quien conquistó tanta tierra, convirtió tantas personas, derribó tantos dioses, excusó tanto sacrificio y comida de hombres. No encubra el olvido la prisión de Moteczuma, rey poderosísimo; la toma de México, ciudad fortísima, ni su reedificación, que fue grandísima” (López de Gómara 1979a: 4). Así, el eje de los 252 capítulos que conforman la obra fue la biografía del capitán extremeño.<sup>51</sup>

Entre las fuentes del autor se encontraron las *Décadas* de Pedro Mártir de Anglería, los escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo, las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés,<sup>52</sup> las relaciones de Pedro de Alvarado y de Andrés de Tapia,<sup>53</sup> los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, los relatos de Américo Vespucio y, probablemente, la *Suma de Geografía* de Martín Fernández de Enciso. También tuvo la oportunidad de recabar información oral del cosmógrafo Pedro Ruiz de Villegas y, sobre todo, del propio Hernán Cortés.

Su estilo es uno de los más agradables de los autores indios del siglo xvi. Gustaba realizar semblanzas donde sintetizaba los principales rasgos físicos, psicológicos y biográficos de los personajes prominentes del descubrimiento y conquista de América. También tenía un gran talento para poner elocuentes discursos tanto en los labios de hispanos como de naturales.

<sup>51</sup> León explicó la razón del énfasis en la individualidad: “Para López de Gómara, sin que su pensamiento deje de manifestar un trasfondo providencialista, el hombre es el sujeto de la Historia, pero lo es sólo en la medida en que responde a los ideales del Renacimiento: ansioso de gloria inmortal y dueño de enfrentar los mayores riesgos para conseguir sus fines. Es el individuo que anda por el mundo en busca de *honra y provecho*, es decir, de riqueza y fama, aunque siempre la honra resulta para el autor más importante, porque otorga trascendencia. El mundo se abre a los audaces, a aquellos que toman en sus manos el destino y enfrentan la vida como un reto, los que destacan no sólo por una alcurnia que les venga de nacimiento, sino porque se han logrado imponer al anonimato a fuerza de realizar hechos notables de amplia significación” (2012b: 261-262).

<sup>52</sup> El autor también menciona al conquistador entre los historiadores de Indias. En cuanto a las cartas, para cuando escribe Gómara, se habían publicado la segunda (Sevilla, 1522; Zaragoza, 1523), la tercera (Sevilla, 1523) y la cuarta (Toledo, 1525; Valencia, 1526), pero desde 1527 se había prohibido su circulación (J. L. Martínez 1992: 858-860).

<sup>53</sup> Gurría señaló la manera en que Gómara utilizó información de la relación de Andrés de Tapia (342-351).



Éstas, entre otras razones, hicieron de su obra sobre la conquista de América y de México la más divulgada del siglo xvi. Dentro de este gran estudio sobre la influencia hispana en el Nuevo Mundo, Gómara trató la experiencia del naufrago español entre los mayas, al final del capítulo llamado “Venida de Jerónimo de Aguilar a Fernando Cortés”. Esto, junto al apartado anterior, “Que los de Acazamil dieron nuevas a Cortés de Jerónimo de Aguilar”, conforma una parte considerable de la “Conquista de México”, donde se abordó el rescate y cautiverio del sobreviviente de Veragua. El soriano le atribuyó a Jerónimo de Aguilar un discurso en el que el rescatado contó su desventura:

Señor, yo me llamo Jerónimo de Aguilar, y soy de Écija, y perdíme de esta manera: Que estando en la guerra del Darién, y en las pasiones y desventuras de Diego de Nicuesa y de Vasco Núñez Balboa, acompañé a Valdivia, que vino en una pequeña carabela a Santo Domingo, a dar cuenta de lo que allí pasaba, al almirante y gobernador, y por gente y vitualla y a traer veinte mil ducados del rey, el año de 1511, y ya que llegamos a Jamaica se perdió la carabela en los bajos que llaman de las Víboras, y con dificultad entramos en el batel hasta veinte hombres, sin vela, sin agua, sin pan y con ruin aparejo de remos, y así anduvimos trece o catorce días y al cabo echónos la corriente, que allí es grande y recia, y siempre va tras el sol a esta tierra, a una provincia que dicen Maya. En el camino se murieron de hambre siete, y aun creo que ocho. A Valdivia y otros cuantos sacrificó a sus ídolos un malvado cacique, a cuyo poder venimos, y después se lo comió, haciendo fiesta y plato de ellos a otros indios. Yo y otros seis quedamos en caponera a engordar para otro banquete y ofrenda, y por huir de tan abominable muerte, rompimos la prisión y echamos a huir por unos montes, y quiso Dios que topamos con otro cacique enemigo de aquél, y hombre humano, que se dice Aquincuz, señor de Xamanzana; el cual nos amparó y dejó las vidas con servidumbre, y no tardó a morir. Después acá he yo estado con Taxmar, que le sucedió. Poco a poco se murieron los otros cinco españoles nuestros compañeros, y no hay sino yo y un Gonzalo Guerrero, marinero, que está con Nachancan, señor de Chetemal, el cual se casó con una rica señora de aquella tierra, en quien tiene hijos, y es capitán de Nachancán, y muy estimado por las victorias que le gana en las guerras que tiene con su comarcas. Yo le envié la carta de vuestra merced, y a rogar que se viniese, pues había tan buena coyuntura y aparejo. Mas él no quiso, creo que de vergüenza, por tener horadadas las narices, picadas las orejas, pintado el rostro y manos a fuer de aquella tierra y gente, o por vicio de la mujer y amor de los hijos.

Gran temor y admiración puso en los oyentes este cuento de Jerónimo de Aguilar, con decir que allí en aquella tierra comían y sacrificaban hombres, y por la desventura que él y sus compañeros habían pasado; pero daban gracias a Dios por verle libre de gente tan inhumana y bárbara [...] No dejaré de decir cómo enloqueció su madre de Jerónimo de Aguilar, cuando oyó que su hijo estaba cautivo en poder de gente que comían hombres, y siempre de allí adelante daba voces en viendo carne asada o espetada, gritando: “¡Desventurada de mí! éste es mi hijo y mi bien” (López de Gómara 1979a: 26-27).

La principal fuente de Gómara para el tratamiento del tema fueron las *Décadas* de Pedro Mártir de Anglería, aunque el soriano transformó en discurso autobiográfico, seguramente por la influencia de la historiografía clásica, lo que en el lombardo era una relación en tercera persona. Resulta claro cómo Gómara extrajo del autor milanés la estructura del relato y la información para los temas. A continuación, se comentarán varios fragmentos de la versión gomariana.

El clérigo añadió con gran originalidad, al principio, una relación sobre los antecedentes de Aguilar en el Darién:

Señor, yo me llamo Jerónimo de Aguilar, y soy de Écija, y perdíme de esta manera: Que estando en la guerra del Darién, y en las pasiones y desventuras de Diego de Nicuesa y de Vasco Núñez Balboa, acompañé a Valdivia, que vino en una pequeña carabela a Santo Domingo, a dar cuenta de lo que allí pasaba, al almirante y gobernador, y por gente y vitualla y a traer veinte mil ducados del rey, el año de 1511 (26).

Gómara, tras señalar la tierra de origen de Aguilar, resumió en una línea las expediciones de Balboa por el istmo panameño y la expedición a Veragua de Diego de Nicuesa; su intención era relacionar este pasaje con los capítulos LVI, “Veragua y Nombre de Dios”, y LXI, “Guerras del golfo de Úraba que hizo Vasco Núñez de Balboa”, de la *Historia de general de Las Indias*, donde abordó esas expediciones. Por otro lado, la idea de una *pequeña carabela* era cercana a la realidad del bergantín.

El motivo del viaje de “dar cuenta de lo que allí passava al Almirante” indica correctamente que la intención de Valdivia era informar sobre la situación de los moradores del Darién; los otros tres motivos del viaje también era exactos. Francisco López, a continuación, sintetizó el relato angleriano del naufragio:

Y ya que llegamos a Jamaica, se perdió la carabela en los bajos que llaman de las Víboras, y con dificultad entramos en el batel hasta veinte hombres, sin vela, sin agua, sin pan y con ruin aparejo de remos, y así anduvimos trece o catorce días y al cabo echónos la corriente, que allí es grande y recia, y siempre va tras el sol a esta tierra, a una provincia que se dice Maya (26).

Pedro Mártir lo había escrito del siguiente modo:

A la vista de Jamaica [...] un súbito remolino lo arrojó sobre unos bancos de arena, vados ocultos y voraces, a los que los españoles llaman “víboras” [...] Abrióse la carabela sin dar apenas a Valdivia y a 30 de sus compañeros a desembarcar en el bote. Los desgraciados, carentes de vela y de remos, viéronse arrastrados por la corriente marina, que, allí, según dijimos en las *Décadas*, es perpetua en dirección a occidente. Así anduvieron errantes por tiempo de trece días, sin saber a donde iban, ni encontrar en parte alguna cosa que comer. Siete de ellos murieron de hambre y fueron pasto de los peces. Los supervivientes abordaron la isla de Yucatán (Anglería 1964 1: 417-418).

Resulta evidente cómo López extrajo los datos fundamentales del relato angleriano y modificó las cantidades. Mártir habló de treinta hombres en el batel, López los redujo a veinte. Pedro Mártir fijó en trece los días de duración del infortunio en alta mar. Gómara, como para eludir la traslación del pasaje del lombardo, habló de trece o catorce. El milanés contó a siete muertos en alta mar mientras que Francisco López dijo que fueron siete u ocho. Gómara también varió el nombre de la tierra a la cual llegaron los naufragos. Mientras que el autor lombardo habló de la isla de Yucatán, Gómara hizo referencia a la provincia de Maya, aunque en el resto de la obra habló de Yucatán. El nombre Maya fue tomado del mismo autor lombardo quien habló de una provincia de Maya o Maia en su segunda *Década* al describir las tierras occidentales del golfo de Honduras de las que tuvo noticias Cristóbal Colón durante su cuarto viaje. Anglería también menciona la provincia de Maya, en la cuarta *Década*, como una provincia del occidente de Yucatán.

El tratamiento del sacrificio de Valdivia también fue tomado de Anglería. López apuntó: “A Valdivia y otros cuantos sacrificó a sus ídolos un malvado cacique, a cuyo poder venimos, y después se los comió, haciendo fiesta y plato de ellos a otros indios”. Mientras que Pedro Mártir había escrito: “Vinieron a dar en poder de un cruel reyezuelo que asesinó a Valdivia y a algunos de

los suyos, los inmoló luego a sus zemes y se los comió por fin, convidando a sus amigos. Esto lo hacen sólo con los enemigos o los huéspedes que con ellos llegan, absteniéndose, por lo demás de la carne humana”. La síntesis de Gómara tuvo dos consecuencias. En primera instancia, la dimensión religiosa de la práctica cultural, la cual había sido aclarada por Anglería, quedó en un segundo plano al introducir las palabras “haciendo fiesta, y plato de ellos a otros indios” (Jiménez 269-270).<sup>54</sup> Además, en la síntesis se omitió la aclaración angleriana sobre el canibalismo ocasional entre los mayas, acto que no puede pasar inadvertido si se atienden las siguientes palabras:

Mucho del esfuerzo de comprensión de Pedro Mártir, muchos de sus comentarios que nos ayudan a explicar el comportamiento indígena, mucha de la información de ambiente se pierden en el resumen de Gómara, que se hace en pro de la exaltación de la empresa conquistadora [...]

En el caso de los indígenas, el resumen y la traducción de términos implican a menudo deformar, aumentar, mal entender la cultura indígena, desprestigiarla, desproveerla de su contenido original (269-270).

Francisco López mencionó la antropofagia entre los mayas en dos ocasiones más. La primera figura en capítulo XI, “Que los de Acuzimil dieron nuevas a Cortés del Jerónimo de Aguilar”, cuando el capitán hispano quiere que algunos naturales le lleven cartas a los españoles cautivos y éstos se niegan por “miedo de quien los tenía, que era gran señor y cruel, y tal que, que sabiendo la embajada, mandaría matar y comer a quien la llevase” (López de Gómara 1979a: 24). La segunda mención ocurre en el capítulo XIII, “Cómo derribó Cortés a los ídolos en Acazamil”, cuando el extremeño da un discurso donde explica que “la guerra y la gente con armas es para quitar a estos indios los ídolos, los ritos bestiales y sacrificios abominables que tienen de sangre y comida

<sup>54</sup> También se trató de una extrapolación de la práctica mexicana en la cual, conforme a Gómara, “Los dueños de los esclavos se llevaban sus cuerpos sacrificados, con que hacían plato a todos sus amigos” (1979a: 351). Al final de la obra, el autor trata extensivamente las fiestas mexicas y describe tanto los sacrificios humanos como la antropofagia ritual. Véase los capítulos: CCXXVI, “De los esclavos”; CCCXXXII, “Desollamiento de los hombres”; CCCXXXIII, “Sacrificio de los hombres”; CCXXXIV, “Otros sacrificios de hombres”, y finalmente en el capítulo CCXXXV, “De una fiesta gradísima”.

de hombres, que derechamente es contra Dios y natura” (27).<sup>55</sup> Sin embargo, Francisco López no mencionó nada sobre la antropofagia entre los habitantes de Cozumel en los capítulos donde los describe y donde habló sobre su religión, a diferencia del amplio tratamiento del tema realizado para los mexicas. Esta falta de información etnográfica detallada sugiere que se trató de una generalización donde el autor igualó a los mayas de la península con los habitantes del centro de México.

Muy ligado a este pasaje, está el relato del escape de Aguilar, igualmente tomado de Pedro Mártir. El clérigo de Soria apuntó:

Yo y otros seis quedamos en caponera a engordar para otro banquete y ofrenda, y por huir de tan abominable muerte, rompimos la prisión y echamos a huir por unos montes, y quiso Dios que topamos con otro cacique enemigo de aquél, y hombre humano, que se dice Aquincuz, señor de Xamanzana; el cual nos amparó y dejó las vidas con servidumbre, y no tardó a morir. Después acá he yo estado con Taxmar, que le sucedió (26).

Pedro Mártir de Anglería había escrito:

A nuestro Jerónimo de Aguilar, y a sus seis compañeros los reservaron para sacrificarlos a los tres días; pero ellos, rompiendo de noche sus ligaduras, escaparon de las manos del sanguinario cacique y se refugiaron suplicantes en los dominios de otro, que era enemigo suyo, el cual los acogió, pero como esclavos (Anglería 1964 1: 417-418).

En el resumen gomariano se pierde el plazo fijado por Anglería para el próximo banquete de “tres días”. Un detalle curioso es cómo Gómara contó que Aguilar y sus compañeros quedaron en “caponera a engordar para otro banquete y ofrenda”. Orden en el cual, nuevamente, se pierde el sentido ritual

<sup>55</sup> Hay que resaltar que no se trata de información etnográfica amplia, sino de un discurso relacionado con las ideas del soriano sobre el sentido de la conquista. El pensamiento de Gómara sobre la conquista de la Nueva España fue claramente expresado en unas palabras sobre Cortés en las primeras líneas del capítulo CCXXXIX, “De la conversión”: “Dichosos los conquistadores y dichosos los predicadores; aquellos en allanar la tierra, éstos en cristianar la gente! ¡Felicidad grandísima de nuestros reyes en cuyo nombre tanto bien se hizo! ¡Qué fama, qué loa será la de Cortés! Él quitó los ídolos, él predicó, él vedó los sacrificios y tragazón de hombres” (López de Gómara 1979a: 362).

del sacrificio y de la posterior ingestión de la carne humana, reconocido por Pedro Mártir. En su lugar parece que la intención del cacique es, simplemente, tener una gran comida, y que se trata, por tanto, de un acto de canibalismo.

Debe señalarse que la engorda de seres humanos en caponera con fines de antropofagia fue una generalización de Gómara aplicada a distintos pueblos americanos. Así, al hablar sobre los indios de Santa Marta, en el Caribe colombiano, mencionó: “Caponan los niños porque enternezcan para comer; son éstos de Santa Marta, caribes; comen carne humana, fresca y cecinada” (López de Gómara 1979b: 110).

De igual modo, al hablar sobre los habitantes de Cumaná, mencionó que “comen los enemigos que matan y prenden, o esclavos que compran; si están flacos, engórdanlos en caponera, que así hacen en muchos cabos” (124). La misma Nora Edith Jiménez advirtió que Gómara abundó en la antropofagia americana y que “generaliza, asimilando las costumbres de algunos indios a todos los de la región” (Jiménez 252). Tampoco debe olvidarse que para el autor, la antropofagia era un pecado, realizado por el desconocimiento de Dios.

El tema de la antropofagia entre los mayas plantea un último problema si se atiende lo escrito por Francisco López en el capítulo LIV “Costumbres de Yucatán” de la *Historia general de Las Indias*:

Son los de Yucatán esforzados, pelean con honda, vara, lanza, arco con dos aljabas de saetas de libiza, pez, rodela, casco de palo y corazas de algodón. Tíñense de colorado o negro la cara, brazos y cuerpo, si van sin armas o sin vestidos, y pónense grandes plumajes, que parecen bien. No dan batalla, sino hacen primero grandes cumplimientos y ceremonias; hiéndense las orejas, hácese coronas sobre la frente, que parecen calvos, y tréznanse los cabellos, que traen largos, al color drillo. Retájanse, aunque no todos, y ni hurtan *ni comen carne de hombre*, aunque los sacrifican, que no es poco, según usanza de indios (1979b: 78, las cursivas son mías).

¿Por qué Gómara relató un pasaje de antropofagia entre los mayas en la *Historia de la conquista de México* y en la *Historia general de Indias* afirmó que los naturales de aquella tierra no realizaban esa práctica? La respuesta más simple es que el autor cambió sus ideas sobre los habitantes de la península de Yucatán de una parte de la obra a la otra. Así, en un principio pensaba,

por las razones y las fuentes que fueran, que los habitantes de Yucatán practicaban la antropofagia. Pero en un segundo momento su idea cambió, la escribió en la *Historia general de Indias* más no rectificó el dato en la *Historia de la conquista de México*. Para Gómara, la antropofagia maya no era un tema trascendente dentro de su obra.

Las interpretaciones del soriano no desacreditan los asombrosos datos, por su verosimilitud, que aportó. Gómara mencionó los nombres del señor y del señorío donde se amparó Aguilar: Aquincuz y Xamançama; es decir, Ah Kin Kuz (sacerdote gobernante) y Xamanzama (frente a donde sale el sol), nombre prehispánico de Tancah, asentamiento vecino a Tulum. Francisco López tuvo un gran cuidado por conocer y divulgar los nombres indígenas, tanto de personajes como lugares. Un autor contemporáneo ha identificado el uso de fuentes cartográficas de la Casa de Contratación de Sevilla en la obra de Gómara y señaló que “la relación entre el texto de Gómara y las características formales de los mapas portulanos es obvia. Aquí, la toponimia de las cartas regresa a sus orígenes en una descripción verbal punto a punto de la línea costera” (Padrón 57). Por otra parte, el llamado biógrafo de Cortés mantuvo el nombre antillano del cacique Taxmaro mencionado por Pedro Mártir. Pareciera que tuvo dos fuentes de información sobre el nombre del cacique y que trató de conciliarlas diciendo que uno fue el primer cacique dueño de Aguilar, a cuya muerte el segundo heredó la posesión del cautivo.

Francisco López también explicó lo sucedido con el resto de los supervivientes, a diferencia de Pedro Mártir: “Poco a poco se murieron los otros cinco españoles, nuestros compañeros” (López de Gómara 1979a: 26).<sup>56</sup> Inmediatamente después, mencionó a otro español vivo:

Y no hay sino yo y un Gonzalo Guerrero, marinero, que está con Nachancan, señor de Chetemal, el cual se casó con una rica señora de aquella tierra, en quien tiene hijos, y es capitán de Nachancán, y muy estimado por las victorias que le gana en las guerras que tiene con su comarcas. Yo le envié la carta de vuestra merced, y a rogar que se viniese, pues había tan buena coyuntura y aparejo. Mas él no quiso, creo que de vergüenza, por tener horadadas las narices, picadas las orejas, pintado el rostro y manos a fuer de aquella tierra y gente, o por vicio de la mujer y amor de los hijos (26).

<sup>56</sup> ¿Acaso tomó el número de españoles supervivientes de Oviedo, quien menciona que eran siete españoles, y nuevamente varió las cantidades?

La fuente más probable sobre el otro español debió ser Andrés de Tapia, quien mencionó en su *Relación* que “otro español había tomado por mujer a una señora india, e que a los demás los indios les habían muerto; e que él sintió del otro su compañero que no quería venir, por otras veces que le había hablado, diciendo que tenía horadadas las narices y orejas e pintado el rostro y las manos, e por esto no lo llamó cuando se vino” (Yáñez 31). El orden de la decoración corporal es el mismo en el fragmento de Tapia y en el de Gómara, quien solamente introdujo la variante “picadas las orejas”. También es similar el tratamiento dado a la mujer con quien se casó el español dado que tan sólo se añadió la palabra “rica”. Este uso de la Probanza de Tapia fue pasado por alto por Jorge Gurría Lacroix, quien ya había señalado la semejanza con el pasaje en el cual el propio Andrés de Tapia se encontró con Aguilar y con los indígenas que lo acompañaban en las playas de Cozumel (345). Otra fuente probable para el pasaje es la información escrita o verbal de Hernán Cortés. En la ya mencionada pregunta 51 del “Interrogatorio general presentado por Hernando Cortés...”, escrito en 1534, hay un fragmento donde se habla del otro español: “Un Morales, el cual no había querido venir, porque ternía ya horadadas las orejas, y estaba pintado como indio, e casado con una india, e ternía hijos con ella” (J. L. Martínez 1991-1992 2: 232). Gonzalo Fernández de Oviedo también debió de ser una fuente para la noticia. Así se deduce de uno de los motivos por los cuales Guerrero no regresó con los españoles: “por vicio de la mujer”, acaso la manera en la cual López de Gómara sintetizó el alegato del llamado “Plinio del Nuevo Mundo” contra los hispanos que continuaron viviendo entre los mayas. Finalmente, Gómara asombró por la precisión de dos datos verosímiles sobre el otro español: el nombre de Nachancam y el nombre del *cuchcabal* de Chetumal. Sin lugar a dudas tuvo una fuente, no identificada, que le proporcionó esos datos.

Por otro lado, Gómara formuló un juicio muy duro respecto a los mayas, los llamó “gente tan inhumana y bárbara”. Estas ideas, como ya se vio, no son definitivas pues el autor definió una postura muy distinta en la *Historia general de Las Indias*.

También debe señalarse que Francisco López sintetizó la noticia angleriana sobre la locura de la madre de Jerónimo de Aguilar, la cual ya fue analizada en el apartado correspondiente a Pedro Mártir. Es curioso cómo eligió incluir esta imagen que refuerza la interpretación de una antropofagia alimentaria.



Finalmente, es importante señalar que López de Gómara trató la experiencia de Jerónimo de Aguilar con los caciques Ah Kin Kutz y Taxmaro como servidumbre y cautiverio, una condición caracterizada por la falta de libertad y la obligación de trabajar para otro. Es una clara muestra de cómo cautiverio y servidumbre constituían, para los hombres del mundo Mediterráneo del siglo xvi, una misma experiencia. El clérigo conoció bien las características de dicha condición social porque el padre de uno de sus mejores amigos fue hecho cautivo y vivió en el norte de África durante varios años. Además, Gómara formó parte de la desafortunada invasión del puerto pirata de Argel comandada por el emperador Carlos V, cuya principal misión era liberar a los cristianos. Finalmente, al igual que Pedro Mártir de Anglería, abundó en el canibalismo como riesgo del cautivo en tierras americanas.

Como conclusión, puede decirse que Francisco López de Gómara realizó una de las más ricas recreaciones del cautiverio de Jerónimo de Aguilar entre los mayas del siglo xvi. Recogió lo escrito por el cabildo de la Villa Rica de la Vera Cruz y por Pedro Mártir de Anglería para confrontarlo con la Relación de Tapia, con lo escrito por Fernández de Oviedo y con alguna o algunas otras fuentes no identificadas.<sup>57</sup> Su versión es de un gran valor, fue producto de un genuino interés por el tema y apuntó datos fidedignos como los lugares donde residieron Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero. Claro, cabe señalar que enfatizó el carácter alimentario de la antropofagia maya recreada por Anglería.

La versión de Francisco López sobre la experiencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas sufrió las críticas de dos personajes del siglo xvi. El primero fue el conquistador Bernal Díaz del Castillo, quien en su *Historia verdadera de la conquista de México*<sup>58</sup> escribió que el español que arribó en una canoa a Cozumel

<sup>57</sup> Francisco Cervantes de Salazar afirma que la fuente de Gómara para el rescate de Aguilar fue Motolinía: “Y porque pretendo no callar otras opiniones, escribe Motolinía, a quien siguió Gómara, que el primer domingo de Cuaresma que Cortés y su gente habían oído misa para partirse de Cozumel, vinieron a decirle cómo una canoa atravesaba y venía a la vela de Yucatán” (114). Sin embargo, no aparece en las obras de Motolinía que han llegado hasta nuestros días ninguno de los datos más originales de Francisco López.

<sup>58</sup> Hasta nuestros días han llegado tres textos de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*: el manuscrito Guatemala; el manuscrito Remón, enviado a España en 1575, perdido como tal pero conservado gracias a la primera edición de Madrid de 1632; el manus-

dixo, aunque no bien pronuçiada, que se dezia Geronimo de Aguilar y que era natural de Eçixa, y que tenia Órdenes de Evangelio. Que avía ocho años que se avía perdido él y otros quinze hombres y dos mugeres, que ivan desde el Darién a la isla de Santo Domingo, quando ovo unas diferencias y pleitos de un Ensiso y Baldibia. Y dixo que llebavan diez mil peso de oro y los proçesos de los unos contra los otros, y qu'el navío en que ivan dio en los Alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus conpañeros y dos mugeres, creyendo tomar la isla de Cuba o a Xamaica, y que las corrientes eran muy grandes, que les hechó en aquella tierra, y que los calacheonis de aquella comarca los repartieron entre sí, e que avían sacrificado a los ídolos muchos de sus conpañeros, y dellos se abían muerto de dolencia. Y las mugeres, que poco tiempo pasado avía, que de trabajo también se murieron porque las hazían moler; e que a él que le tenían para sacrificar, y una noche se huyó y se fue [a] aquel caçique con quien estava.

Ya no se me acuerda el nombre que allí le nonbro, y que no avían quedado de todos sino él e un Gonçalo Guerrero. Y dixo que le fue a llamar y no quiso venir. Y Cortés dio muchas graçias a Dios por todo, y le dixo que d'el sería bien mirado y gratificado, y le preguntó por la tierra y pueblos. Y el Aguilar dixo que como le tenían por esclavo que no sabía sino servir de traer leña y agua, y en cavar los maizales, que no avía salido sino hasta quatro leguas; que le llevaron con una carga, y que no la pudo llevar e cayó malo dello, e que a entendido que ay muchos pueblos.

Y luego le pregunto por el Gonçalo Guerrero, y dixo qu' estava casado y tenía tres hijos, e que tenía labrada la cara ora[da]das las orejas y el bezo de abajo, y que era hombre de la mar, de Palos, y que los indios le tienen por esforzado [...]. Y desta manera que e dicho se ovo Aguilar y no de otra como lo escribe el coronista Gómara, y no me maravillo pues diz que es por nuevas (71).

Díaz del Castillo escribió para relatar la experiencia verdadera de Aguilar entre los mayas. La intención del antiguo soldado era difundir la verdad, la cual sabía por ser un protagonista de la conquista, a diferencia de Gómara quien se informó “por nuevas”. Sin embargo su relato no debe ser tomado como una revelación; contiene datos muy interesantes por su verosimilitud,

---

crita Alegría, una copia del manuscrito Guatemala mandada hacer por Francisco Díaz del Castillo, hijo mayor del conquistador. Se ha fijado la fecha de 1568 como la de término de la escritura de la obra. Sobre el inicio de su redacción, Alonso de Zurita, oidor de la Audiencia de Guatemala entre 1553 y 1557 da cuenta de que Bernal trabajaba en su obra por aquellos años.

pero también cae en errores. Además, le debe mucho al relato gomariano, sobre todo en cuestiones estructurales.

Bernal Díaz realizó dos planteamientos interesantes. Primero, mencionó a dos mujeres que viajaron de regreso a Santo Domingo. Es una proposición muy verosímil dado que entre los sobrevivientes de Veragua por lo menos se encontraba una mujer y es muy probable que alguna formara parte de la tripulación del bergantín. Por otra parte, del Castillo propuso que los señores indígenas *repartieron entre sí* a los náufragos, planteamiento interesante. Muy probablemente el gobernante a cuyo territorio arribó la barca consideró a los extraños hombres una especie de bien de lujo y obsequió varios náufragos a otros caciques como una forma de estrechar lazos políticos. Finalmente, el soldado cronista fue el único en registrar las tareas que Aguilar realizó para su cacique, siendo la única fuente para atisbar la posición social que ocupó el andaluz en la sociedad mesoamericana.

Ahora bien, el cronista también apuntó varios datos erróneos. En primera instancia, hizo de Juan de Valdivia, emisario de Vasco Núñez de Balboa, el protagonista de un supuesto conflicto con Fernández de Enciso. Incluso afirmó que en la nave del Darién venía el proceso entre ambos. De igual modo, otro equívoco cometido por el cronista fue fijar el lugar del naufragio del bergantín del Darién en el arrecife de los Alacranes, el cual se encuentra 130 kilómetros al norte del actual municipio de Progreso, Yucatán.<sup>59</sup> Es prácticamente imposible que éste haya sido el sitio del desastre dado que la corriente del canal de Yucatán hubiera llevado la nave hacia el golfo de México y no a Cabo Catoche. Una omisión más, igualmente importante, fue la mención de la deriva del batel en alta mar, así como las muertes y enfermedades que sufrieron los náufragos durante ella.<sup>60</sup> Al faltar tal pasaje, pareciera que todos los náufragos perecieron en Yucatán, debido al sacrificio o la esclavitud maya.

<sup>59</sup> Hoy en día es un Área Natural Protegida de gran importancia biológica e histórica. Datos generales sobre su importancia biológica pueden consultarse en la página web del Instituto Nacional de Ecología. Su importancia histórica se debe a los restos de las embarcaciones que han naufragado en sus aguas desde el siglo XVI. El propio Gonzalo Fernández de Oviedo trató ampliamente el naufragio del licenciado Zuazo, quien venía a la Nueva España para arbitrar la disputa entre Garay y Cortés.

<sup>60</sup> La muerte de las mujeres por moler maíz es poco probable si se consideran los horrores que sobrevivieron previamente. Ahora bien, sí son probables las muertes por sacrificio (aunque puede tratarse de un resumen de Gómara) o por “dolencias”, es decir, por enfermedades.

Finalmente, el cronista anotó que Aguilar vivió ocho años entre los mayas, dato que contradice lo escrito por los integrantes del cabildo de la Villa Rica de la Vera Cruz, Fernández de Oviedo y la probanza de Juan de Aguilar.

En otro orden de ideas, el conquistador tomó varios datos de Gómara. Las cifras del quinto real y la idea de que los del bergantín traían los procesos de unos españoles del Darién contra otros son datos extraídos de Gómara. De igual modo, la idea de que Aguilar escapó de un cacique que lo quería sacrificar también es tomada de Francisco López. Finalmente, la forma en la que se describen las alteraciones corporales de Guerrero también hace referencia al relato de Francisco López.

Es imposible finalizar la revisión de lo escrito por Bernal Díaz del Castillo sin destacar que el cronista no mencionó ningún episodio de antropofagia entre los mayas. Es un silencio muy importante dado que el conquistador coincidió —con Hernán Cortés, Andrés de Tapia, Bernardino Vázquez de Tapia, Francisco de Aguilar y los integrantes del cabildo de la Villa Rica de La Vera Cruz— en que los naufragos del Darién no fueron víctimas de canibalismo. No debe olvidarse que todos ellos conocieron personalmente a Jerónimo y convivieron con él, lo cual reduce la probabilidad de que el pasaje angleriano de canibalismo hubiera sucedido.

La versión gomariana sobre la antropofagia practicada por los mayas también fue criticada por el incansable defensor de los indios, fray Bartolomé de las Casas. El dominico trató brevemente el tema en el capítulo 42 de su *Historia de Indias*.<sup>61</sup> Cuenta que el español rescatado en Yucatán

dijo llamarse Jerónimo de Aguilar, natural de Ecija. Comenzó a contar su *pérdida y cautiverio*, e dijo que salido del Darién con Valdivia, enviado por Vasco Núñez de Baboia a esta isla Española, él y otros con él en una carabela, se perdieron en los bajos y peñas de Jamaica, que llaman las Víboras, que fue lo que en el cap. 42

<sup>61</sup> Las Casas trabajó en la *Historia de Indias* desde 1527; el manuscrito lo acompañó a lo largo de todas sus travesías tanto por el Viejo como por el Nuevo Mundo. A partir de 1547 comenzó a dedicarle mayor empeño. Tras su muerte, el manuscrito fue entregado al Consejo de Indias para la consulta de sus integrantes y difundido en unas cuantas copias. La primera edición se hizo en el siglo XIX. Las Casas deseaba que se publicara cuarenta años después de su muerte, así lo manifestó en una carta de 1559 a los dominicos de San Gregorio, custodios del manuscrito: “Y pasados aquellos cuarenta años, si vieren que conviene para el bien de los indios y de España, la pueden mandar escribir para gloria de Dios y manifestación de la verdad principalmente” (Casas 1: 17).

tocamos; metiéronse veinte hombres en el batel, sin agua y ninguna cosa de bastimentos; muriéronse los 10 o 12 de hambre y sed en el camino. Y echólos la corriente a cabo de quince días en la costa de Yucatán, y aportaron al señorío de cierto señor o cacique, que según Gómara dice que había dicho que algunos sacrificó dellos a sus ídolos y los comió y otros guardó para los sacrificar, pero que se huyeron y aportaron a tierra y señorío de otro señor que los guardó y conservó sin hacelles mal alguno, antes siempre los tractó bien, sirviéndose dellos humanamente (Casas 3: 230-231, las cursivas son mías).

Es curioso, fray Bartolomé no mencionó los nombres de los señores y señoríos indígenas donde vivió Jerónimo de Aguilar. Tampoco dio cuenta del otro español, Gonzalo Guerrero, de quien Gómara dio mucha información. Mucho menos habló sobre un remolino como el responsable del hundimiento de la nave, sino de los bajos y las peñas de las Víboras, datos que muestran el conocimiento de la geografía del Bajo de Pedro. El dominico coincidió con el soriano en que subieron al batel veinte hombres pero, a diferencia de él, consideró que en la deriva en alta mar murieron más de la mitad de los naufragos, unos diez o doce. También sugirió, como fraile que busca exaltar las virtudes indígenas, que el cacique con quien vivió Jerónimo se sirvió *humanamente* de él. Ahora bien, el pasaje le permitió al dominico externar una acertada crítica a Francisco López de Gómara:

Esto de sacrificar hombres y comerlos, como dice Gómara, yo creo que no es verdad, porque siempre oí que en aquel reino de Yucatán ni hobo sacrificios de hombres, ni se supo qué cosa era comer carne humana, [y decirlo Gómara, como ni lo vido ni lo oyó sino de boca de Cortés, su amo y que le daba de comer, tiene poca autoridad, como sea en su favor y en excusa de sus maldades], sino que esto es lenguaje de los españoles y de los que escriben sus horribles hazañas, infamar todas estas universas naciones para excusar las violencias, crueldades, robos y matanzas que les han hecho, y cada día y hoy les hacen, y por esto Gómara dice en su *Historia* que la guerra y la gente con armas es el camino verdadero para quitar los ídolos y los sacrificios y otros pecados a los indios, y con esto, dice él, más fácilmente y más presto y mejor reciben y oyen y creen a los predicadores y toman el Evangelio y el bautismo de su propio grado y voluntad. Harto poco sabe Gómara de la predicación del Evangelio y del fructo que en estas partes han hecho las tiranías y estragos con armas, las cuales han obrado en estas gentes tanto, que si no son los que Dios ha querido dellas, contra todo poder y saber

humano, por la predicación de los buenos religiosos alumbrar, los demás no estiman de nuestro verdadero Dios sino que es malo, injusto y abominable, pues tan inicuos hombres envía a que los aflijan y destruyan con tan nunca oídos otros tales daños y males (230-231).

Fray Bartolomé de las Casas advirtió la dimensión política de la atribución de canibalismo a los mayas y la criticó como parte de la defensa de su propuesta de relación entre los habitantes del Nuevo y Viejo Mundo. Ante todo, consideró falso que los mayas de Yucatán realizaran sacrificios humanos y fueran antropófagos, dado que él había escuchado de diferentes fuentes que no lo hacen.<sup>62</sup> También desacreditó al soriano diciendo que no estaba escribiendo sino lo que Cortés le decía, es decir, que carecía de una independencia de criterio para construir una verdad y no hacía sino divulgar las ideas y opiniones de un conquistador. Cortés, por su parte, solamente quería vilipendiar a los pueblos indígenas para justificar los crímenes que les había infligido. Todo lo anterior le dio pie al dominico para criticar las ideas de ciertos sectores de la época sobre la guerra como forma de facilitar la evangelización.

Lo curioso de la versión de fray Bartolomé de las Casas es que, pese a discrepar severamente con Gómara respecto a la atribución de las prácticas del sacrificio humano y la antropofagia ritual entre los mayas, menciona que la experiencia de Aguilar fue de “cautiverio”.

A pesar de las críticas hechas al pasaje en particular, y de las prohibiciones que pesaron sobre la obra, la versión historiográfica sobre el cautiverio de Jerónimo de Aguilar escrita por Francisco López de Gómara fue la más popular del siglo xvi. Uno de sus seguidores fue Alonso de Zorita, quien apuntó en su *Relación de algunos de las muchas cosas notables...* que el español rescatado en Cozumel

dijo que se llamaba Gerónimo de Aguilar y que era natural de Ecija y que yendo en una carabela a Sancto Domingo el año de mil quinientos once se perdió en los bajos que llaman de las Bíboras y que en el batel se salvaron él y otros veinte y que anduvieron catorce días por la mar y que la corrieron que es allí muy recia los echó en aquella tierra y que andando por la mar se murieron los ocho de

<sup>62</sup> Al igual que Fernández de Oviedo, tanto Bernal Díaz como Fray Bartolomé de las Casas aluden a la experiencia personal como fuente de verdad.

hambre y que otros cinco sacrificó un cacique a sus ídolos y se los comieron en un banquete que hizo el cacique y que a él y a otros siete los guardaron para el otro banquete y que rompieron la prisión y se fueron al monte y que allí los halló otro cacique y los tomó para servirse de ellos y que después murieron los cinco de ellos, y el otro se casó con una india rica y que tenía en ella hijos y que le envió la carta que Cortés les escribió porque estaba en otra provincia rogándole que se viniese y no quiso y que lo debió de hacer por tener allí mujer e hijos y la cara y manos pintadas y las orejas y narices horadadas como los indios (Zorita 2: 452).

Otro escritor que siguió la relación gomariana fue fray Diego de Landa, quien anotó las desgracias de Aguilar en Yucatán:

Que los primeros españoles que llegaron a Yucatán, según se dice, fueron Gerónimo de Aguilar, natural de Écija, y sus compañeros, los cuales, el año de 1511, en el desbarato del Darién por las revueltas entre Diego de Nicuesa y Vasco Núñez de Balboa, siguieron a Valdivia que venía en una carabela a Santo Domingo, a dar cuenta al almirante y gobernador de lo que pasaba, y a traer 20 mil ducados del rey, y que esta carabela, llegando a Jamaica, dio en los bajos que llaman de Víboras donde se perdió, no escapando sino 20 hombres que con Valdivia entraron en un batel sin velas y con unos ruines remos y sin mantenimiento alguno anduvieron trece días por la mar. Después de muertos de hambre casi la mitad, llegaron a la costa de Yucatán, a una provincia llamada de la Maya...

Que esta pobre gente vino a manos de un mal cacique, el cual sacrificó a Valdivia y a otros cuatro a sus ídolos y después hizo banquetes [con la carne] de ellos a la gente, y que dejó para engordar a Aguilar y a Guerrero y a otros cinco o seis, los cuales quebraron la prisión y huyeron por unos montes. Y que aportaron a otro señor enemigo del primero y más piadoso, el cual se sirvió de ellos como de esclavos (Landa 88).

La versión gomariana no solamente sería retomada por historiadores posteriores, numerosos devotos de Caliope también atenderían sus palabras.

#### JERÓNIMO DE AGUILAR EN LA POESÍA DEL SIGLO DE ORO

El relato de las vivencias de Jerónimo de Aguilar entre los mayas escrito por Francisco López de Gómara se difundió en el momento exacto en el que los lectores hispanos tenían un gran gusto por la literatura de cautiverio. En el presente apartado se abordarán las recreaciones poéticas de la versión goma-

riana, que constituyen el primer tránsito de Jerónimo de Aguilar de personaje historiográfico a personaje literario.

El tema del cautiverio había sido ampliamente tratado por griegos y bizantinos, quienes desarrollaron una trama convencional que giraba en torno al amor cruzado entre una pareja de cautivos y sus amos. El máximo exponente griego fue Heliodoro, cuya *Historia etiópica*, del siglo III, tuvo una gran influencia en la literatura hispana e italiana del siglo XVI.<sup>63</sup>

El cautiverio también fue tratado por autores de la península itálica. Varios cuentos del *Decamerón* de Boccaccio eran historias de cautivos. Autores posteriores como Giovanni Battista Cinthio (1506-1573), Sebastiano Erizzo (1525-1585) y Mateo Bandello (1480-1561) crearon novelas cuya trama eran las aventuras de cautivos. Todos ellos fueron conocidos e, incluso, adaptados por autores españoles (Camamis 25-30).

La novela hispana de cautivos, de inspiración bizantina, tuvo su momento de auge entre 1545 y 1585. Algunas de las obras más importantes fueron la *Comedia Armelina* de Lope de Rueda (1545), la *Comedia llamada de los cautivos* de un autor anónimo de mediados de siglo, *Los amores de Clarco y Florisea* de Alonso Núñez Reinoso (1552), la *Selva de aventuras* de Jerónimo de Contreras (1565) y la *Patraña Novela* de Timoneda (1576).<sup>64</sup>

En la misma época también lograron mucha popularidad los romances de cautivos inspirados en la realidad mediterránea. Algunos de los más difundidos fueron *El cautivo* de Salinas, *El forzado Dragnet* de Luis Guzmán o el *Sitio o destrucción de Rodas*; todos ellos subrayaban el ansia de libertad, así como la fortaleza moral y física, de sus protagonistas.<sup>65</sup>

El relato del cautiverio de Jerónimo de Aguilar entre los mayas escrito por Gómara se insertó, precisamente, en este proceso de la literatura de cautiverio hispana, cuyos modelos clásicos fueron cediendo ante la necesidad de nuevas formas literarias que expresaran la realidad del siglo XVI. Proceso que culminó con la obras de Miguel de Cervantes Saavedra (*Los baños*, *Los tratos*, *La gran sultana*, *El amante liberal*, *La española inglesa*, *El Persiles*, *El gallardo*

<sup>63</sup> Otros autores clásicos leídos en el siglo XVI fueron: Aquiles de Tacio con *Los amores de Leucipe y Clitofonte*; Jenofonte de Éfeso con *Los amores de Abrocomo y Anthia*; Plauto con *El persa*, y finalmente, Séneca con *Hércules sobre el Eta*. Para más información véase Camamis 13-18.

<sup>64</sup> Para más información véase Camamis 31-39.

<sup>65</sup> Para más información véase Camamis 46-49.



*español* y *El cautivo*). El valor de la obra cervantina al hablar sobre el cautiverio fue sintetizado acertadamente del siguiente modo:

Todas estas obras dramáticas juntas formarían, con sus escenas de aguda observación de la realidad circundante, un inmenso y abigarrado retablo de la vida del cautiverio de su tiempo: una auténtica *summa* teatral en que mar y tierra, monte y playa, mazmorra y alcoba, desierto y ciudad, Argel y Constantinopla serían los escenarios sucesivos de ese gran compendio dramático del múltiple vivir de los cautivos, tan entrañablemente compartido por el héroe de Argel (54).

Tras este panorama literario, es preciso decir que la suerte de Aguilar entre los mayas, tal como la relató Gómara, se transformó en un poderoso testimonio de la experiencia de un cristiano cautivo entre nativos del Nuevo Mundo. Su historia no pasaría inadvertida entre los escritores de la época quienes, por el contrario, se interesaron en ella y la recrearon literariamente.

Tres poetas de la segunda mitad del siglo XVI, dos criollos y un hispano, trataron el cautiverio de Jerónimo de Aguilar. Pero antes de revisar su obra es importante aclarar que Gómara facilitó la traslación del “cautiverio” de Aguilar a la literatura al transformar el tratamiento en tercera persona de Pedro Mártir de Anglería en un discurso autobiográfico declarado por el propio náufrago. El soriano realizó este cambio para atenerse a modelos clásicos pero, curiosamente, muchos romances de cautivos eran escritos en primera persona. Así, en el *Romancero general* de Durán, un cautivo cuenta su historia:

Mi padre era de Ronda  
Y mi madre de Antequera;  
Captiváronme los moros  
Entre la paz y la guerra,  
Y lleváronme a vender  
A Vélez de la Gomara  
(Camamis 40).

Sin lugar a duda, el relato en primera persona creaba un efecto dramático mayor, dado que hacía más vívido lo contado y creaba una relación psicológica muy estrecha entre el personaje y el lector. Era un recurso literario parecido a lo que en la pintura de la época era poner en primer plano, y con la mirada en el espectador, al personaje principal de la escena.

La conquista de México fue recreada por varios autores del siglo xvi en extensos poemas épicos. En tres de ellos se encuentran menciones de la experiencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas que siguen la versión de Francisco López de Gómara. Se trata de un poema épico de Francisco de Terrazas que permaneció inédito hasta el siglo xx, del *Peregrino Indiano* de Francisco de Saavedra y Guzmán, y de un poema de Luis Zapata.

Uno de los primeros poetas novohispanos siguió al humanista de Soria cuando describió el pasaje del rescate de Aguilar en sus poemas épicos sobre la conquista de México. Fue Francisco de Terrazas,<sup>66</sup> poeta criollo que escribió *Nuevo Mundo y Conquista*.<sup>67</sup> La obra fue sumamente conocida entre los lectores novohispanos aunque permaneció inconclusa e inédita. Uno de los fragmentos divulgados a principios del siglo xvii por Dorantes de Carranza fue, precisamente, el de la experiencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas. El poeta novohispano le atribuyó al sobreviviente de Veragua un discurso donde narró sus vivencias:

En Ecija nací, y a Dios pluguiera  
que en Ecija también me sepultara,  
y el juvenil hervor no me trajera  
do tanta desventura me hallara;  
en casa de mis padres me estuviera  
y con mi suerte allí me contentara:  
que no me ha sido el cielo tan avaro  
que no me diese un padre rico y claro.

El año de once fue la suerte dura  
que para la Española dimos vela,  
y al triste fin, al fin tan sin ventura,  
nos lleva una pequeña carabela.  
Llegando a Jamaica, muy segura  
destar cerca del corte de la tela,

<sup>66</sup> Hijo de Francisco de Terrazas, uno de los integrantes de la hueste cortesiana; mayordomo de Cortés, alcalde ordinario de México y dueño de extensas posesiones agrícolas. Nuestro poeta debió nacer poco antes de 1549, en 1571 vivía en Tulancingo y en 1577 aparecieron cinco sonetos suyos en el cancionero *Flores de varia poesía* (Terrazas X). Probablemente el padre del poeta conociera a Jerónimo de Aguilar.

<sup>67</sup> Muy probablemente la fecha de inicio de la escritura del poema sea 1569 (Terrazas XVI).

en los bajos de víboras caímos  
do el oro y nave, y todo perdimos.

Como aventado ciervo va corriendo,  
espesas matas y árboles saltando  
que del ruido sólo va huyendo  
a la cubierta red enderezando,  
así nosotros con buen tiempo yendo,  
incautos nuestro mal no recelando,  
primero nos hallamos ya perdidos  
que fuésemos del daño ya prevenidos.

Digo que vimos la infeliz tierra  
del malvado cacique Canebato,  
que si crueldad, que si maldad se encierra  
en el reino infernal de cabo a cabo  
la suma, el colmo della en paz y guerra  
se vio en aqueste solo por el cabo,  
horrenda catadura, monstruosa,  
ronca la voz, bravísima, espantosa.

La cara negra y colorada a vetas,  
gruesísimo xipiata por extremo,  
difícil peso para dos carretas,  
debió ser su figura Polifemo;  
de tizne y sangre entrambas manos prietas,  
bisojo que aún soñarlo ahora temo;  
los dientes y la boca como grana,  
corriendo siempre della sangre humana.

Venimos a poder del monstruo fiero,  
a la inhumana, a la bestial presencia,  
cuál simplésico va al lobo el cordero  
pensando que su madre lo aquerencia,  
que en los dientes se ve del carnicero,  
pagando con la vida la inocencia:  
al sacrificio así fuimos llevados  
creyendo que era a ser muy regalados.

Al triste de Valdivia echó las manos  
para cenarlo luego el primer día,

que ya con unos golpes muy livianos  
en vano su morir entretenía,  
ya con promesas, ya con ruegos vanos,  
porque con la flaqueza no tenía  
más de sólo el sentir para sentirlo,  
sin fuerza ni poder de resistirlo.

Como al pollo llevar suele el milano,  
que apenas se rebulle y se menea,  
así el flaco Valdivia clama en vano,  
forceja en sus brazos y pernea.  
Echólo en un tajón de piedra llano,  
con tosco pedernal en él golpea,  
sacóle el corazón vivo del pecho  
y ofrenda a los demonios de él ha hecho.  
¡Oh buen Valdivia, que tu muerte esquivas  
y el alma a Dios ofreces juntamente!  
Si ya en tu voluntad víctima viva  
te haces de tu Dios omnipotente,  
¿qué demonio podrá ser que reciba  
tu noble corazón dado en presente?  
Mal quitarán ministros del infierno  
el sacrificio hecho a Dios eterno.

Del casi vivo pecho palpitando  
la sangre Canebato había bebido,  
cuando su cuerpo vi descuartizado  
en pequeños pedazos repartido:  
mas porque está un banquete aparejado  
y aquesta colación muy breve ha sido,  
en otros cuatro hizo aquel malvado  
pasar lo mismo que Valdivia había pasado.

Como en el rastro vemos los carneros  
que uno a uno se van disminuyendo,  
y al ojo y voluntad de los jiferos  
éste y aquél y este otro van asiendo;  
así los miserables compañeros  
vimos llevar al sacrificio horrendo,

donde los cinco de ellos acabaron  
y en cebo a esos otros siete nos guardaron.

Una jaula de vigas nos hicieron  
de grosor indecible y de grandeza,  
y a cebo como puercos nos pusieron  
en tanto que duró nuestra flaqueza.  
¡Oh cuánta mayor hambre padecieron  
por excusar un fin de tal crudeza!  
Pues toda la cuitada compañía  
por no morir, de hambre se moría.

El tiempo de una fiesta se llegaba,  
que suele ser de treinta en treinta soles,  
la cual muy más solemne se esperaba  
con plato de los tristes españoles.  
El bárbaro instrumento resonaba  
de rayos, huesos, gaitas, caracoles,  
y aquello se entendía, sin experiencia,  
que fue notificarnos la sentencia.

Dos cuchillos guardamos escondidos,  
que no sé cómo no nos los hallaron,  
pues cuando en la prisión fuimos metidos  
sin que quedase cosa nos cataron.  
Los maderos más bajos escondidos  
con ellos a gastarse comenzaron,  
como el que un monte de grandeza inmensa  
a puñados de tierra acabar piensa.

El instrumento boto, chico y malo  
con que se fabricaba la salida,  
la gran dureza de aquel grueso palo  
y la menguada fuerza enflaquecida;  
tan gran valor, tan breve el intervalo,  
quitaban la esperanza de la vida,  
que si por no perderla se ayunaba,  
para poder salvarla nos dañaba.

Mas tanto hizo el miedo de la muerte  
que ya, ya a los alcances nos venía,

que hubimos de romper la jaula fuerte  
casi dos horas antes de ser día;  
cuando del largo baile nuestra suerte  
a todos ya cansados los tenía  
de nuestra libertad muy descuidados,  
en vino y grave sueño sepultados.

Del maldito estalaje nos libramos,  
salimos del lugar sin guía ninguna,  
y con la luz escasa caminamos  
del émulo del sol y de la luna,  
hasta dar en un monte donde esperamos,  
no la salud, no próspera fortuna  
sino tan solamente procurando  
poder morir tan siquiera peleando.  
Y allá en la furia ardiente de la siesta,  
habiendo sin parar gran tierra andado  
topamos al bajar de una cuesta  
un pequeño escuadrón bien ordenado.  
La poca gente de Aquincuz es esta  
con Canebato el fiero enemistado,  
señor de un pueblo dicho Xamanzana,  
tratable gente y algo más humana.

Dijera de sus tratos y costumbres,  
cómo hubimos la gracia de esta gente,  
puesto que en cautiverio y servidumbre,  
sin esperar más bien perpetuamente.  
más ya Calixto puesto en la alta cumbre  
trastorna la cabeza al occidente,  
y la callada noche se resfría  
y a los ojos el dulce sueño envía.

Las guerras que acabamos y vencimos  
en tiempos de Aquincuz, que fue muy breve,  
y de Taxmar su hijo, a quien servimos  
espacio de ocho años o de nueve,  
la mísera miseria que sufrimos  
el alma a revolverla no se atreve;

basta saber que en fin nos acabamos  
y que otro solamente y yo quedamos.

En Chetumal reside ora Guerrero,  
que así se llama el otro que ha quedado,  
del grande Nachancán es compañero  
y con hermana suya está casado;  
está muy rico y era marinero,  
ahora es capitán muy afamado,  
cargado está de hijos, y hase puesto  
al uso de la tierra el cuerpo y gesto.

Bajadas trae las manos y la cara,  
orejas y narices horadadas;  
bien pudiera venir si le agradara,  
que a él también las cartas le fueron dadas.  
No sé si de vergüenza el venir para,  
o porque allá raíces tiene echadas;  
así se queda, y solo yo he venido  
porque está ya en indio convertido.

Los ánimos de todos los oyentes  
dejó de un miedo helado casi llenos,  
los pelos erizados en las frentes,  
los corazones muertos en los senos,  
viendo que van a donde se comen gentes,  
a donde de piedad son tan ajenos,  
do no valen palabras ni razones,  
regalos, ni promesas, ni otros dones

(Terrazas 67-74).

Es innegable que en cuanto Francisco de Terrazas leyó a Gómara, quedó cautivado con su tratamiento de la experiencia de los naufragos con el primer cacique e ideó una versión dramática. En ella equiparó al cacique, que sumergió su rostro en el pecho de Valdivia para saborear su sangre fresca, con el cíclope Polifemo, describió una amplia jaula de madera donde los cautivos fueron arrojados, e imaginó una fuga ingeniosa y desesperada, la cual se facilitó gracias a un par de cuchillos jamás mencionados en obra historiográfica alguna. También cabe destacar cómo fijó un plazo de treinta días entre el

momento del sacrificio de Valdivia y el momento en que Aguilar y sus compañeros perderían sus corazones. De igual modo, Terrazas ideó una finalidad para estos sacrificios: una fiesta con un gran baile para los dioses de aquellos naturales. Finalmente, cabe señalar, que tras ser recibidos por Aquincuz, los españoles pelearon en sus guerras. Sus innovaciones no carecen de originalidad, y acaso son fruto de relatos orales que se contaban en su época.

El poeta siguió en el resto del relato a Francisco López, incluso repitió los nombres de los señores y señoríos donde vivieron los hispanos. Claro, inventó el nombre de Canabato para referirse al primer y cruel cacique que cerca estuvo de probar la carne de Jerónimo.

El relato de Terrazas es la traslación al verso de la versión gomariana sobre la experiencia de Aguilar entre los mayas. Cabe destacar cómo, al inicio del fragmento que describe la suerte de Aguilar entre los mayas, el poeta criollo realizó una importante interpretación sobre el sentido de aquella desventura:

Escoge a Cortés, Dios, por instrumento  
para librar su pueblo del profundo,  
que lleve al prometido salvamento  
no sólo un pueblo: todo el Nuevo Mundo.  
Tuvo Moisés de lengua impedimento,  
también lo tiene aquí el Moisés segundo:  
al uno proveyó de Aarón, su hermano,  
para el otro guardó vivo un cristiano.

¿Quién no crerá que de Él fue permitido  
que en tierra de enemigos se perdiese  
uno que estando entre ellos oprimido  
su lengua y sus secretos entendiese;  
que Cortés, por el caso referido  
con tal peligro a Cozumel volviese,  
y que por la tormenta se tardase  
hasta que la canoa allí llegase?

(Terrazas 63-64).

Así, Terrazas acentuó la interpretación de la experiencia de Aguilar entre los mayas como un acto providencial, ya presente desde la carta de la Villa Rica. El naufrago del Darién fue interpretado como un instrumento



divino puesto en las manos de Hernán Cortés, quien estaba destinado a ganar para la cristiandad los pueblos indígenas.

Francisco de Terrazas es el primer autor en convertir a Jerónimo de Aguilar en un personaje literario, mas no el último. Su obra fue conocida por Antonio de Saavedra, otro poeta novohispano de origen criollo, quien escribió el *Peregrino indiano*, un poema épico sobre la conquista de México durante los dos meses de travesía marítima que separaban la Nueva España de la península ibérica.<sup>68</sup> Saavedra viajó a la corte en 1597 o 1598 para solicitarle al rey la restitución de varios privilegios perdidos. El poema fue leído por Lope de Vega y Vicente Espinel, cuyos elogios hicieron llegar el manuscrito hasta Felipe III.

El monarca lo turnó al cronista Antonio de Herrera para su aprobación y éste dictaminó, en 1598, “su valía histórica y el ingenio del autor, recomendándolo por ello a la impresión” (Saavedra 42).<sup>69</sup> Así, fue editado en las prensas de Pedro Madrigal en la villa de Madrid en 1599.

Conforme a la versión de Saavedra, el cristiano rescatado en las playas de Cozumel contó su ventura y desventura a Hernán Cortés, y a los miembros de la hueste, del siguiente modo:

Gerónimo Aguilar tengo por nombre,  
 En Ezija nací, que no deuiera,  
 El sin ventura y triste es mi renombre,  
 Seguido de fortuna cruel y fiera:  
 He sido della lastimado hombre,  
 Persigiome mi hado demanera,  
 Que no contento con cebar sus manos  
 Me sugetò a viuir entre tiranos.

Yo estaua en el Darien entretenido  
 Quando Bolboa, y Nicueça se encontraron,  
 Por grandes dissenssiones que han tenido,  
 Y toda aquella tierra alborotaron:

<sup>68</sup> Antonio de Saavedra nació hacia 1550 en el seno de una familia formada por Juan de Saavedra y una de las hijas de Alonso de Estrada. Se casó con una hija de Jorge de Alvarado. Fue visitador de la Real Audiencia en Tetzococ y corregidor de Zacatecas hacia 1585 (Saavedra 25).

<sup>69</sup> José Rubén Romero apuntó que Dorantes de Carranza y Francisco Javier Clavijero consideraron al *Peregrino indiano* una fuente historiográfica.

Yo por no verme en confusión metido  
 Vine quando a Valdibia despacharon,  
 Con vna carauela a la Española,  
 Y en ella me embarque viniendo sola.

Llegado a Xamaica nos perdimos  
 En el baxio de Biboras nombrado,  
 Al fin sacamos bien como pudimos  
 Vn barquillo muy mal adereçado:  
 Y en él veinte hombres solos nos metimos  
 Sin vela, agua, ni pan, ni otro recado,  
 Alli los ocho dellos acabaron  
 Con treze dias de hambre que passaron.

No quiero referir la desventura  
 De los que a nuestra vista se hundieron,  
 Ni el trance riguroso de amargura,  
 Que al punto de la muerte padecieron:  
 Pluguiera a Dios que alli nuestra ventura  
 Nos dexara donde ellos pues murieron  
 Sin ser víctima triste de vn tirano,  
 Para que no ceuara su cruel mano.

Lleunos la corriente y desventura  
 A una Isla que Maya se dezía  
 A donde por extremo de natura  
 Vn Cacique tirano alli viuía:  
 Matò á Valdibia, y cinco compañeros,  
 Que acertò el triste á ser de los primeros.

Delante de nosotros le tendieron  
 En vn tajón de mármol bien labrado,  
 Alli cien mil tajadas le hizieron,  
 El tierno corazón le han arrancado:  
 Con grande cerimonia le tuuieron,  
 La sangre primero le ha chupado,  
 Viuo se le comió aquel monstruo fiero,  
 Quera de sangre humana carnicero.

Metiónos a ceuar en caponera  
 A seys que alli quedamos solamente,

Aguardando la fiesta postrimera  
 En que hazer conbite a mucha gente:  
 Para darnos la muerte cruel y fiera  
 En ceuarnos andaua diligente,  
 Vn Indio de cuydado nos guardaua,  
 Y el nos via a menudo y visitaua.

Vna jaula nos hizo de maderos,  
 Canebato el Cacique tan maluado,  
 Para comernos como los primeros.  
 Regalandonos siempre con cuydado:  
 De nuestro daño oymos los agujeros,  
 De vn bayle que era entre ellos muy vsado  
 Que el día antes por costumbre auia  
 Quando este sacrificio se hacia

Quiso nuestra dichosa y buena suerte,  
 que dos botos cuchillos escondimos,  
 Aunque ya del horrendo monstruo fuerte.  
 Mirados mucho, y remirados fuymos:  
 Y viendo tan cercana nuestra muerte  
 Los maderos grosisimos rompimos,  
 Fuymonos por vn monte, y espessura  
 A donde nos guiaua la ventura.

Como vacas que van a la querencia  
 Donde sus tiernos hijos han dexado,  
 Que no hay quien baste a hazelles resistencia  
 Sin temer el pedrisco, sierra, o vado:  
 Tan faltos de vigor, y de paciencia  
 Yuamos, qual Dios sabe, en tal estado,  
 Mas ya la débil pluma, y voz cansada  
 De nueuo aliento esta necesitada

(Saavedra 123-125).

Saavedra concluyó con esta pausa, para generar suspenso en sus lectores, el canto segundo del poema. El discurso de Aguilar es retomado en el canto siguiente tras una larga digresión sobre el sentido providencialista de la empresa cortesiana:

Aguilar congojado y afligido  
 De le que alli le ofrece la memoria,  
 Prosiguio con suspiro enternecido,  
 Renouada su pena aquella gloria;  
 Que suele un corazòn està oprimido  
 De gozo entristezerse en la vitoria,  
 Y alentandose, assi prosigue el cuento,  
 Viendo que el gran Cortes le escucha atento.  
 Quatro cursos passamos sin que ouiesse  
 Cosa que fuesse algun mantenimiento,  
 Huuo alguno que el lodo se beuiesse,  
 Siruiendole las ramas de alimento:  
 Del enzino mas tierno que pudiesse,  
 Y este fue nuestro mísero sustento,  
 Desseando que ya la triste vida  
 Fuesse en fiera batalla bien venida.

Prendiónos Aquincuz Cacique honrado  
 Enemigo mortal de aquel tirano,  
 Y el nos dexo la vida, y con cuydado  
 No nos dexaua vn punto de la mano:  
 Murió porque era ya viejo cascado,  
 Mas no estaua ceuado en ceuo humano.  
 Sucedióle Taxmar libre de vicio,  
 Y ocho años nos tuuo en su seruicio.

Los quatro compañeros se murieron  
 De muerte natural, quedamos viuos  
 Yo y otro, a quien en mucho le tuuieron.  
 Dandole el trato no siéndole esquiuos:  
 Pues luego le librarón, y le dieron  
 Muger Cacica, bienes y cautiuos  
 Y tiene hijos della y es tenido  
 Querido, y estimado, y muy valido.

Luego le despachè la carta tuya,  
 Diziendole aguardaua en todo caso,  
 No se a que fin o causa lo atribuya,  
 Que no quiere mudarse de alli vn passo:

Respondiome, diciendo que me huya,  
 Y que me guarde no me tome el passo  
 Aquel traydor tirano y enemigo.  
 Y que me fuesse, y Dios fuesse conmigo.

No se si por estar habituado  
 Al uso de la tierra y exercicio.  
 O por tener el rostro muy rayado,  
 O por ser grato al mucho beneficio:  
 Tiene cinco o seys hijos, y es casado  
 Con vna hermana del señor propicio.  
 El era del Condado, y marinero,  
 Hombre necio, torpissimo y grossero.  
 Vnos a fiera pena les mouia  
 El largo proceder de desventuras,  
 Qual tímido y couarde se sentia,  
 Y a otros muda el color de sus figuras:  
 En otro tanto cada qual se via,  
 En muchas mas miserias y apreturas,  
 Dios sabe qual de aquellos se arrepiente,  
 En lo que el interior concibe y siente.

A todos estos lances me ha traydo  
 El hado adverso, y mísero destino,  
 Y doy gracias a Dios que ya he venido  
 En saluo de tan áspero camino:  
 Siempre amava mi ley y la he seguido  
 A Dios daua mil gracias, aunque indigno,  
 Tenia ya perdida la esperança,  
 Que en tanta desventura auria mudança

Que sentiria señor en estos lances,  
 Que passaria esta alma desdichada,  
 Entre tanto martirio y tales trances  
 Aguardando una muerte desastrada?  
 Dauame por momentos mil alcances,  
 Que ya quisiera verla ejecutada,  
 Mas Dios que mejor lo sabe y ordena  
 Ha querido librarne de la pena

(Saavedra 128-129).

Saavedra interpretó la experiencia de Aguilar entre los mayas como un “triste” hado comprendido por el propio náufrago. Mas el poeta va más allá, dado que advirtió el sentido oculto de esta tragedia: Dios la dispuso para poder realizar la empresa mayor de la conquista de México, interpretación providencialista de la tragedia de Jerónimo de Aguilar que fue inspirada en la lectura de Terrazas. El poeta criollo retomó lo escrito por Terrazas sobre la vivencia de los náufragos con el primer cacique. También imaginó los sufrimientos de los fugitivos durante su escape en la selva yucateca. El literato, a diferencia de Terrazas, no conservó los nombres de los señoríos donde vivieron Aguilar y Guerrero. En cambio, hizo un curioso comentario sobre Guerrero, tenía “muger Cacica, bienes y *cautiuos*” tratamiento que lo hace aparecer como un renegado, es decir un cristiano que apostató para adoptar la fe islámica. En cuanto a Jerónimo, el poema expresa claramente el ideal de la época sobre cómo debía ser la experiencia de un cristiano entre musulmanes o paganos: “Vivir y morir cristiano”,<sup>70</sup> es decir, mantener la fe en Jesucristo, no apostatar, por más difícil que fuera la vida entre los infieles y jamás perder la fe en un retorno a la comunidad cristiana.

Finalmente, Luis Zapata, poeta español de mediados del siglo xvi, también le dedicó unos versos a la experiencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas dentro de su poema épico sobre la conquista de México, impreso en Sevilla hacia 1566. Según el escritor, el náufrago del Darién contó:

A mí Aguilar me llaman, y de nombre  
 Hieronimo, y fui de Ecija mi amiga,  
 Bien dixé fui, que ya no soy sino hombre  
 De dolor y de afán y de fatiga:  
 Tuve ya en el Darién algún renombre,  
 Y algún bien, por quien tanto se fatiga,  
 En guerras de Nicuesa y de Balboa,  
 Quien no tiene agora más que esa canoa.  
 Acompañé a Valdivia, y fue en mal

Que a Sancto Domingo él venía á la vela,  
 Y en el mar de la Víboras dio, junto  
 De Jamaica, al través su carabela:

<sup>70</sup> Palabras expresadas por todo cautivo y renegado vuelto a la cristiandad, como ya se mencionó (Bennassar y Bennassar 508).

En el batel veinte hombres en tal punto  
 A gran afán entramos, y sin vela,  
 Sin agua y pan por ese mar fuemos,  
 Y con aún aparejo ruin de remos.

Así por el mar yendo en tal estado,  
 Con la muerte á los ojos a la clara,  
 Trece veces el que de Daphne amado  
 No fue, nos encubrió y mostró su cara:  
 De hambre, del batel no avituallado  
 Echamos muertos siete al agua clara:  
 Con nosotros al fin la gran corriente  
 De aquel mar dio aquí en Maya finalmente.

Donde Valdivia fue y tres compañeros  
 De un cacique cruel sacrificados  
 Y comidos después, que á otros tan fieros  
 Como a él tuvo en su mesa convidados:  
 Yo y otros seis, como animales fieros  
 A engordar nos pusieron encerrados:  
 Sacaron dos de nuestra compañía  
 Para comerlos, que allegó su día.

Más por huir de tan infame muerte  
 Como era ésta, los otros que quedamos  
 Una jaula de hierro gruesa y fuerte  
 En que estábamos juntos quebrantamos:  
 De la prisión así de aquesta suerte  
 Y de al fin ser comidos nos libramos:  
 Cual al mar, cual al monte, huyó exento,  
 Sin saber adonde íbamos sin tiento.

Yo en un limoso lago y de ovas lleno  
 Mientras que revolvía al poniente el día,  
 Me escondí como jabalí en el cieno,  
 De los que en mi demanda andar sentía:  
 Después que se tiñó oscuro el terreno  
 Me baxé al mar, donde por suerte mía  
 Esta canoa cogí en los varaderos  
 Y á estos indios tomé por compañeros.<sup>71</sup>

<sup>71</sup> Zapata ciado en Medina (64). El poema fue impreso en Valencia, en 1566. Medina cita los versos de otro poema español referentes a la experiencia de Aguilar entre los mayas,

Zapata leyó a Gómara para inspirarse en la escritura de sus versos dedicados a Jerónimo de Aguilar. Coincidió con los poetas novohispanos, al tratar la experiencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas, en abundar en los temas del sacrificio humano y el canibalismo. La noción temporal, tan clara en Terrazas, se pierde en Zapata y en su relato parece que todo ocurrió poco antes de la llegada de la armada cortesiana a Yucatán. Además, en su versión omite la parte del relato gomariano en que los fugitivos llegan a las tierras de Aquicuz. Por lo que en su texto, ampliamente difundido en España, los mayas son presentados solamente como feroces caníbales.

Definitivamente, la parte del sacrificio humano del relato angleriano-gomariano fascinó a los trovadores del siglo xvi. Sus obras hicieron que Jerónimo de Aguilar, como personaje literario, quedara profundamente ligado a este episodio de canibalismo.

Resta revisar el aporte de un autor de mediados de siglo, seguidor de Clío, quien aportaría nuevos elementos a la figura del cautivo. La veracidad no es su mayor virtud, pero su peso en el imaginario de la época, y posterior, será enorme.

#### FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR Y SU BUEN CAUTIVO

Francisco Cervantes de Salazar fue una de las principales figuras intelectuales de la Nueva España durante la segunda mitad del siglo xvi. Humanista y eclesiástico, escribió una historia de la conquista de México, donde se inte-

---

igualmente inspirados en lo dicho por Gómara. Forman parte del *Cortés valeroso*, escrito por Gabriel Lasso de la Vega y publicado en Madrid en 1585:

Un tirano cacique, á cuyas manos  
Las nuestras desarmadas se rindieron,  
Juntando otros caciques comarcanos,  
Cuatro hombres y á Valdivia se comieron:

Y á los demás los bárbaros ufanos  
En un jaulón estrecho nos metieron,  
Hecho de gruesos troncos de madera,  
Dispuestos para otra borrachera

(Medina 1: 65).



resó por el destino del naufrago ecijano entre los mayas y creó, al respecto, una ficción que ocupó varios capítulos de su obra.<sup>72</sup> En el presente apartado se estudiará la versión salazariana de la suerte de Aguilar en Yucatán, que será la consagración de Jerónimo de Aguilar como un personaje historiográfico ejemplar: *el buen cautivo cristiano*.

Cervantes de Salazar nació en Toledo hacia 1513; estudió en la facultad de Cánones de la Universidad de Salamanca; durante su juventud estuvo al servicio del cardenal Loaysa;<sup>73</sup> hacia 1550 se trasladó a la Nueva España; en 1553 obtuvo la cátedra de retórica en la recién erigida Universidad de México y posteriormente siguió la carrera eclesiástica, buscando un siempre esquivo alto cargo.<sup>74</sup>

En 1558 el cabildo de la ciudad de México le solicitó a la corona el nombramiento de Cervantes de Salazar como Cronista de la Nueva España y le concedió un salario, dado que venía trabajando en una historia de la conquista desde 1554: la *Crónica de la Nueva España*,<sup>75</sup> escrita a petición de los conquistadores y de sus descendientes, quienes deseaban dar una visión de la conquista de México distinta de la de Gómara.<sup>76</sup> Una versión en la cual

<sup>72</sup> La historia y la literatura han estado en una estrecha relación desde siempre. Sus límites en el siglo xvi no eran tan claros como hoy en día y las licencias de ficción eran mucho más usuales. Tampoco debe olvidarse que una corriente de la historiografía contemporánea ha señalado los íntimos vínculos entre historia y literatura, cuyo principal puente es la narración. Dos de los autores más destacados son Hayden White, con su afamada teoría de los tropos como formas de la explicación histórica, y Paul Ricoeur, filósofo de la narración que ha señalado el papel del relato en la epistemología de la historia. Para más información véase White 13-50; Ricoeur 83-181.

<sup>73</sup> Loaysa fue uno de los hombres más importantes del siglo xvi: confesor del emperador Carlos V, intermediario durante la guerra de los comuneros y protector de fray Bartolomé de las Casas. Para más información véase “Loaysa y Mendoza” web.

<sup>74</sup> Para más información sobre la vida y obra de Cervantes de Salazar véase Díez-Canedo.

<sup>75</sup> Antonio de Herrera utilizó el manuscrito de Salazar durante la redacción de su obra. Éste permaneció perdido hasta principios del siglo xx, cuando “apareció entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, anónimo, sin fecha, sin título, sin el final, sin el índice. Se identificó al autor por la referencia en el capítulo 2 del libro 4, donde se lee: “He descrito el interior y el exterior de la Ciudad de México en latín en ciertos diálogos que agregué a los de Don Luis Vives” (Díez-Canedo 361).

<sup>76</sup> Curiosamente, la obra le debe mucho a Gómara, tanto en estructura como en temas y en información (Díez-Canedo 354).

se valorara su participación, su valor, su arrojo y sus méritos, y no fuera una biografía de Cortés.

Entre las fuentes de Cervantes de Salazar, además de la obra de Gómara, se encuentran la *Geografía* de Juan Ote Durán, una historia de Motolinia y la *Relación* de Alonso de Ojeda; de las cuales tan sólo conocemos parte de la obra de Motolinia. El autor también le solicitó a varios conquistadores memoriales e informes. Entre quienes se los facilitaron destacan Diego Soria, paje de Cortés, y Francisco de Montañó, alférez de Pedro de Alvarado. Cervantes también conoció la parte publicada de la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo.<sup>77</sup>

Entre los recursos literarios del humanista se encontraron notables descripciones de batallas, anécdotas de tono picaresco, suspenso al final de los capítulos, grandes discursos dados tanto por españoles como por indígenas y una construcción de imágenes muy parecida a la que hacían los grandes pintores manieristas de las cortes católicas de la época.

Salazar realizó una presentación sintética de la Nueva España en el Libro I de la “Crónica”. En el capítulo xvi, titulado “De las condiciones e inclinaciones de los indios en general”, realizó un compendio de todos los “vicios” de los naturales de la Nueva España y, al final, concluyó:

Como dice Aristóteles, había hombres para gobierno, que llama, naturalmente libres, y otros, que eran los más, para sólo obedecer, que él mismo llama, naturalmente siervos, aunque los unos y los otros se pueden llamar bárbaros pues hacían tantas cosas contra ley natura, que aún hasta las bestias, con su natural instinto, guardan, pues adoraban a las piedras y animales que eran menos que ellos; sacrificaban a los que menos podían, procurando con otros lo que no querían para sí; frecuentaban el pecado de sodomía que entre los otros pecados, por su fealdad, se llama contra natura, y así, como dice San Pablo, Dios los traía en sentido reprobado, cegándoles el corazón, como al Faraón, para que por sus pecados viniesen a pecar aun contra la razón natural vedaba, hasta que Dios fuese servido, de inviar a los españoles a que, haciendo primero las diligencias debidas, como se verá en al conquista, les hiciesen justa guerra hasta traerlos a que por su voluntad oyesen y recibiesen el Evangelio (130).<sup>78</sup>

<sup>77</sup> Agustín Millares Carlo realizó un “Intento de identificación de los libros propiedad...” de Cervantes de Salazar. Para más información véase 67-107.

<sup>78</sup> El cronista mostró otra de sus ideas sobre la conquista en el capítulo XVIII, “De los sacrificios y agüeros de los indios”, donde planteó que el demonio, “si en alguna parte, con

El pasaje sintetiza las ideas de Cervantes sobre los naturales de la Nueva España y la conquista: los indígenas eran hombres de razón, pero que actuaban contra la ley natural, por ello los españoles les hicieron la guerra justa y, tras su conquista, iniciaron la enseñanza de la ley divina. Para Cervantes ésta era la regla general, mas reconocía que “no hay nación tan bárbara ni tan viciosa donde no haya algunos de buen entendimiento y virtuosos, y, por el contrario, tan política y bien enseñada, que en ella no haya hombres torpes y mal inclinados” (F. Cervantes 128). Aclaración que será importante tomar en cuenta para comprender el pasaje de las vivencias de Jerónimo de Aguilar entre los mayas.

Respecto a los mayas de la península de Yucatán, Cervantes no externó un juicio particular ni realizó una descripción etnográfica amplia. Pero las narraciones de las vicisitudes de las diversas armadas descubridoras omitieron detalles sobre el comportamiento tanto de los indígenas como de los hispanos y crearon un par de imágenes estereotípicas: la de unos mayas peninsulares belicosos que apenas ven descender a los españoles de sus bateles ya quieren hacerles la guerra, y la de unos mayas cozumeleños dispuestos a recibir amablemente a las diversas armadas de “descubrimiento y poblamiento”.

Con todas estas ideas sobre los habitantes de la Nueva España y sobre la conquista, el humanista trató la experiencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas en los capítulos XXVII a XXIX de su *Crónica de la Nueva España*. En el primero de estos apartados transcribió, con algunas modificaciones, la versión de Gómara: cambió el nombre del asentamiento donde vivió Aguilar del más atinado Xamanzama al inexistente Jamanconda; refirió que Aquincuz murió a los pocos días de encontrarse con los hispanos fugitivos; contó que Guerrero también tenía horadados los labios y explicó que sólo los valientes en aquella tierra podían tener labradas las manos y, finalmente, no transcribió la noticia de la locura de la madre de Jerónimo de Aguilar. Pero la historia no acaba ahí, Cervantes de Salazar apuntó en el capítulo XXVII, titulado “De la vida que Aguilar pasó con el señor a quien últimamente sirvió y de las cosas que en su servicio hizo”, las siguientes palabras:

---

cruelísima tiranía, sembró tan abominable error, fue en este Nuevo Mundo, adonde, como luego parecerá, a costa de los cuerpos y almas de sus ciegos moradores, ha hecho por muchos años miserable estrago, hasta que, con la venida de los españoles y religiosos que luego vinieron, fue Dios servido alumbrarlos y librarlos de tan insufrible tiranía” (131).

Dicen los que particularmente comunicaron a Aguilar, cuya relación sigo en lo que diré, que cuando vino a poder deste cacique, los primeros tres años le hizo servir con gran trabajo, porque le hacía traer a cuestras la leña, agua y pescado, y estos trabajos sufríalos Aguilar con alegre rostro por asegurar la vida, que tan amada es. Naturalmente estaba tan sujeto y obedecía con tanta humildad, que no sólo con presteza hacía lo que su señor le mandaba, pero lo que cualquier indio por pequeño que fuese, tanto, que aunque estuviese comiendo, si le mandaban algo, dexaba de comer por hacer el mandado. Con esta humildad ganó el corazón y voluntad de su señor y de todos los de su casa y tierra. Y porque es malo de conocer el corazón del hombre y el cacique era sabio y deseaba ocupar a Aguilar, como después hizo, en cosas de mucho tomo viendo que vivía tan castamente que aun los ojos no alzaba a las mujeres, procuró tentarle muchas veces, en especial una vez que le envió de noche a pescar a la mar, dándole por compañera una india muy hermosa, de edad de catorce años, la cual había sido industriada del señor para que provocase y atraxese a su amor a Aguilar; dióle una hamaca en que ambos durmiesen. Llegados a la costa, esperando tiempo para entrar a pescar, que había de ser antes que amaneciese, colgando la hamaca de dos árboles, la india se echó en ella y llamó a Aguilar para que durmiesen juntos; él fue tan sufrido, modesto y templado, que haciendo cerca del agua lumbre, se acostó sobre el arena; la india unas veces lo llamaba, otras le decía que no era hombre, porque quería más estar al frío que abrazado y abrigado con ella; él, aunque estuvo vacilando muchas veces, al cabo se determinó de vencer a su sensualidad y cumplir lo que a Dios había prometido, que era de no llegar a mujer infiel, por que le librase del captiverio en que estaba.

Vencida esta tentación y hecha la pesca por la mañana, se volvió a su señor, el cual en secreto, delante de otros principales, preguntó a la india si Aguilar había llegado a ella, la cual, como refirió lo que pasaba, el señor de ahí adelante tuvo en mucho a Aguilar, confiándole su mujer y casa, de donde fácilmente se entenderá cómo sola la virtud, aun cerca de las gentes bárbaras, ennoblece a los hombres. Hízose Aguilar de ahí adelante amar y temer, porque las cosas que del se confiaron tractó siempre con cordura, antes que viniese en tanta mudanza de fortuna. Decía que estando los indios embixados con sus arcos y flechas un día de fiesta, tirando a un perro que tenían colgado de muy alto, llegose un indio principal a Aguilar, que estaba mirándolo detrás de un seto de cañas, y asiéndole del brazo le dixo: “Aguilar, ¿qué te parece destes flecheros cuán certeros son, que el que tira al ojo da en el ojo, y el que tira a la boca da en la boca?; ¿qué te parece si poniéndote a ti allí, si te errarían?” Aguilar, con grande humildad, le respondió: “Señor, yo soy tu esclavo y podrás hacer de mí lo que quisieres; pero tú eres tan bueno que no querrás perder un esclavo como yo, que tan bien te servirá en lo que

mandares”. El indio después dixo a Aguilar que aposta le había enviado el cacique para saber, como ellos dicen, si su corazón era humilde (117-118).

El autor interrumpió su narración en este punto. Cabe realizar una observación. Es muy curioso cómo inició su recreación literaria con las palabras: “Dicen los que particularmente comunicaron a Aguilar, cuya relación sigo en lo que dire” (117). Lo cual indica cómo muy probablemente existían tradiciones orales sobre la experiencia de Aguilar entre los mayas o cómo ésta fue asimilada con la de otros náufragos.

Salazar retomó la historia de Aguilar en el capítulo XXIX, “Cómo Aguilar en servicio de su señor venció ciertas batallas”:

Estando Aguilar muy en gracia de su señor, ofrecióse una guerra con otro señor comarcano, la cual había sido en años atrás muy reñida y ninguno había sido vencedor, y así, durando los odios entre ellos, que suelen ser hasta beberse la sangre, tornando a ponerse en guerra, Aguilar le dixo: “Señor, yo sé que en esta guerra tienes razón y sabes de mí que en todo lo que se ha ofrescido, te he servido con todo cuidado; suplicóte me mandes dar las armas que para esta guerra son necesarias, que yo quiero emplear mi vida en tu servicio, y espero en mi Dios de salir con la victoria”. El cacique se holgó mucho, y le mandó dar rodela y macana, arco y flechas, con las cuales entró en la batalla, y como peleaba con ánimo español, aunque no estaba ejercitado en aquella manera de armas, delante de su señor hizo muchos campos y venciólos dichosamente. Señalóse y mostróse mucho en los recuentros, tanto que ya los enemigos le tenían gran miedo y perdieron mucho del ánimo en la batalla campal que después se dio, en la cual Aguilar fue la principal parte para que su señor venciese y subjectase a sus enemigos.

Vencida esta batalla, creciendo entre los indios comarcanos la envidia de los hechos de Aguilar, un cacique muy poderoso envió a decir a su señor que sacrificase luego a Aguilar, que estaban los dioses enojados del porque había vencido con ayuda de hombre extraño de su religión. El cacique respondió que no era razón dar tan mal pago a quien tan bien le había servido, y que debía de ser bueno el Dios de Aguilar, pues tan bien le ayudaba en defender la razón. Esta respuesta indignó tanto aquel señor, que vino con mucha gente, determinando con traición de matar a Aguilar y después de hacer esclavo a su señor, y así, ayudado y favorecido de otros señores comarcanos, vino con gran pujanza de gente, cierto que la victoria no se le podía ir de las manos.

Sabido esto por el señor de Aguilar, estuvo muy perplexo y aun temeroso del subceso; entró en consejo con los más principales; llamó a Aguilar para que diese su parecer; no faltaron entre los del consejo algunos que desconfiando de Agui-

lar, dixesen que era mejor matarle que venir a manos de enemigo que venía tan pujante. El señor reprehendió ásperamente a los que esto aconsejaban, y Aguilar se levantó con grande ánimo y dixo: “Señores, no temáis, que yo espero en mi Dios, pues tenéis justicia, que yo saldré con la victoria, y será desta manera que al tiempo que las haces se junten, yo me tenderé en el suelo entre las hierbas con algunos de los más valientes de vosotros, y luego nuestro ejército hará que huye, y nuestros enemigos con el alegría de la victoria y alcance, se derramarán e irán descuidados; e ya que los tengáis apartados de mí con gran ánimo, volveréis sobre ellos, que estonces yo los acometeré, por las espaldas; e así, cuando se vean de la una parte y de la otra cercados, por muchos que sean desmayarán, porque los enemigos cuando están turbados, mientras más son, más se estorban”.

Agradó mucho este consejo al señor y a todos los demás, y salieron luego al enemigo; Aguilar llevaba una rodela y una espada de Castilla en la mano; e ya que estaban a vista de los enemigos. Aguilar en alta voz, que de todos pudo ser oído, habló desta manera: “Señores, los enemigos están cerca; acordaos de lo concertado, que hoy os va ser esclavos o ser señores de toda la tierra”. Acabado de decir esto, se juntaron las haces con grande alarido: Aguilar con otros se tendió entre unos matorrales, y el ejército comenzó a huir y el de los enemigos a seguirle; Aguilar, cuando vio que era tiempo acometió con tanto esfuerzo que, matando e hiriendo en breve, hizo tanto estrago que luego de su parte se conoció la victoria porque los que iban delante, fingiendo que huían, cobraron tanto ánimo y revolieron sobre sus enemigos con tanto esfuerzo, que matando muchos dellos, pusieron los demás en huida. Prendieron a muchos principales, que después sacrificaron. Con esta victoria aseguró su tierra y estando el adelante no había hombre que osase acometerle. Esta y otras cosas que Aguilar hizo le pusieren en tanta gracia con su señor, que un día, amohinándose con un su hijo, heredero de la casa y estado, por no sé qué le había dicho, le dio un bofetón. El muchacho, llorando, se quejó a su padre, el cual mansamente dixo a Aguilar que de ahí adelante mirase mejor lo que hacía, porque si no tuviera respecto a sus buenos servicios, le mandara sacrificar. Aguilar le respondió con humildad que el muchacho le había dado causa y que a él le pesaba dello, y que de ahí adelante no le enojaría. El señor, volviendo adonde el hijo estaba, le mandó azotar, porque de ahí adelante no se atreviese a burlar con los hombres de más edad que él. Quedó con esto muy confuso Aguilar, aunque más favorecido y de todos tenido en más (118-120).

¡Qué contraste tan grande entre las escuetas palabras del cabildo de la Villa Rica de la Vera Cruz y todo lo expresado por el humanista toledano! Jerónimo de Aguilar, como personaje historiográfico, también transitó por otro largo periplo cuya culminación son estas palabras de Salazar.

Cervantes de Salazar realizó una recreación literaria de la experiencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas que, curiosamente, adoptó nuevamente el estilo narrativo en tercera persona. A diferencia de los poetas, el interés de Salazar se enfocó en los años vividos por el náufrago en Jamanconda. De igual modo, la antropofagia quedó desplazada como materia central en su relato. Su pregunta inicial fue ¿cómo vivió este hombre entre aquellos naturales? Su respuesta es, una historia de cautiverio ideal que ennobleció tanto a los mayas como al propio Aguilar.

La trama salazariana es muy sencilla, el cautivo pasó de ser un sirviente agrícola a un sirviente doméstico grandemente estimado por su señor ya que demostró tres virtudes conocidas y valoradas por aquellos indígenas: humildad, castidad y esfuerzo. Esta intención salazariana de exaltar las virtudes morales de un cristiano entre paganos puede tener su origen en los romances de cautivos españoles de la Edad Media o en las novelas de cautiverio contemporáneas. Por otra parte, Jerónimo de Aguilar parece vivir, como en dichas novelas, en un purgatorio terrenal donde purificaba su alma para recuperar la libertad.<sup>79</sup>

En un orden de ideas muy cercano, el cacique Taxmaro es presentado como un hombre sabio que reconoció las primeras manifestaciones de las virtudes del cautivo y que decidió someterlo a varias pruebas para comprobar su fortaleza moral.<sup>80</sup> Las primeras muestras de virtud del cautivo fueron las de humildad, es decir lealtad u obediencia:

Estaba tan sujeto y obedecía con tanta humildad, que no sólo con presteza hacía lo que su señor le mandaba, pero lo que cualquier indio por pequeño que fuese, tanto, que aunque estuviese comiendo, si le mandaban algo, dexaba de comer por hacer el mandado (F. Cervantes 117).

Taxmaro decidió poner a prueba, ante todo, la castidad del cristiano; para ello organizó una pesquería con una hermosa india moza, más el ecijano “aunque estuvo vacilando muchas veces, al cabo se determinó de vencer a su

<sup>79</sup> Para más información véase Camamis 36-39.

<sup>80</sup> Aunque Salazar había expresado ideas muy contundentes sobre los indígenas y sobre la conquista, dejó la puerta abierta a reconocer la virtud de algunos naturales. Esta posibilidad le permitió insertar esta historia de entendimiento entre cautivo y amo virtuoso.

sensualidad y cumplir lo que a Dios había prometido, que era de no llegar a mujer infiel, por que le liberase del cautiverio en que estaba” (F. Cervantes 118). Las vacilaciones del personaje reflejan un afán de Cervantes por presentarnos a un hombre de carne y hueso, con sus deseos, dudas y luchas internas.<sup>81</sup>

El pasaje también muestra cómo la relación sexual con una pagana, en condiciones de cautiverio, era considerada una manera de integración a su mundo; mientras que la castidad era una forma de mantenerse cristiano. Este *vivir cristiano* era indispensable para que Dios permitiera al cautivo volver entre sus semejantes. Lo anterior estaba estrechamente ligado con el contexto de los cautivos cristianos entre musulmanes. Muchos hombres y mujeres vivieron, en la realidad, situaciones como la recreada literariamente por Salazar. Se referirá un caso:

Pedro Gutiérrez Butrón se vio sumido en tentaciones contradictorias en casa de su amo en Fez después de ser apresado en la batalla de Alcazarquivir; su dueño y una renegada de la casa le urgían a adherirse al Islam en tanto que su capitán, también cautivo, lo conjuraba a que no lo hiciera; no obstante cedió a las insinuaciones de la joven renegada y reconoció haber tenido con ella “conversaciones deshonestas”. Ya lo tenemos, vestido de “moro”; seguramente ha pronunciado la fórmula de adhesión al Islam. Pero el capitán vigilaba y envió al joven un religioso que lo devolvió a la fe católica y lo ocultó cinco meses en su casa. Era urgente alejar al cautivo de las seductoras tentaciones de la casa de su señor y el religioso no se entretuvo en negociaciones de rescate (Bennassar y Bennassar 470-471).

<sup>81</sup> Tiempo después, Miguel de Cervantes Saavedra haría que uno de sus personajes literarios expresara este tipo de dudas. Aurelio, protagonista de *El trato de Argel*, también se vio tentado a rendirse en los brazos de su ama Zahara. Pero cuando ya estaba a punto de ingresar al aposento de su señora, se arrepintió:

¡Cerrar quiero con una! ¡Aurelio, paso,  
que no es de caballero lo que piensas,  
sino de mal cristiano, descuidado  
de lo que a Cristo y a su sangre debe! (web).

Por otra parte, el planteamiento de un señor indígena instruyendo a una joven moza para que sedujera a Aguilar está enmarcado en el contexto de las experiencias de los cautivos del norte de África, donde los amos musulmanes solían ofrecerle a una mujer de su casa para que el cautivo cristiano renegara.



El señor indígena le puso a Jerónimo de Aguilar una segunda prueba para conocer “si su corazón era humilde”, lo que en realidad era poner a prueba su lealtad. Montó un ejercicio de arquería para que los indios le pidieran al sirviente ser su blanco. Ahora no era el alma la que estaba amenazada, ni la esperanza de volver entre cristianos, ¡sino la propia vida! Aguilar supo comportarse ante la prueba y dio muestras, nuevamente, de una gran humildad —e inteligencia— al contestar: “Señor, yo soy tu esclavo y podrás hacer de mí lo que quisieres; pero tú eres tan bueno que no querrás perder un esclavo como yo, que tan bien te servirá en lo que mandares” (F. Cervantes 118). Debe recordarse que la lealtad era una de las principales expectativas que se tenían sobre el comportamiento de los sirvientes en las sociedades cristianas de la época; el sirviente le debía al amo “prometer estar con él, para su bienestar, así como cuidar de él, proteger su persona, sus bienes y su honor y no engañarlo en nada” (Heers 152).

El superar ambas pruebas le permitió al náufrago llegar a ser un criado doméstico de gran confianza para el cacique. La cercanía con su señor se acrecentó aún más al demostrar otra virtud: “Hízose Aguilar de ahí adelante amar y temer, porque las cosas que dél se confiaron tractó siempre con cordura” (152).

La Fortuna trajo las siguientes pruebas para el cautivo. La primera fue una guerra en la cual Aguilar decidió participar porque su señor *tenía la razón* en ella, es decir, entablaba una “guerra justa”. Jerónimo de Aguilar combatió con “ánimo español” y mostró ser un gran guerrero, al punto de ser “la principal parte para que su señor venciese y subjectase a sus enemigos” (F. Cervantes 119). Así, el cautivo dio su primera prueba de ser valiente y gran guerrero o, usando la palabra de la época, esforzado.

La segunda oportunidad de manifestar esta virtud, ahora como gran estratega, vino poco después cuando un cacique muy poderoso le pidió al señor de Aguilar que lo sacrificase porque los dioses estaban enojados dado que había ganado la guerra pasada por la valiosa participación del cautivo. La magistral respuesta de Taxmaro indignó al cacique vecino y lo determinó a hacer una gran guerra para “matar a Aguilar y después de hacer esclavo a su señor” (119).

Aguilar, durante el consejo con varios señores indios en el cual se decidirá el destino de todos, planteó una estrategia por la cual él mismo se expondría grandemente. Los naturales aceptaron la propuesta y se presentaron en

el campo de batalla. Antes de iniciar el combate el ecijano pronunció una arenga: “Señores, los enemigos están cerca; acordaos de lo concertado, que hoy os va ser esclavos o ser señores de toda la tierra” (119). El ejército de Jamonconda siguió la estrategia de Aguilar y el desenlace de la batalla fue favorable para ellos; por lo que Jerónimo dio muestras de ser un gran estratega, es decir, *esforzado*. Así el cautivo llegó a ser tan querido y valioso para el cacique que incluso disculpó el hecho de que abofeteara a su propio hijo.

Estas muestras de las virtudes morales y capacidad física del cautivo entre los mayas pueden estar relacionadas con los romances de cautivos del siglo XVI. Pero la trama salazariana expresó algo más profundo. Salazar realizó uno de los planteamientos del humanismo de la época en su recreación literaria de la experiencia de Aguilar en Xamanzama: el hombre es dueño de su destino mediante sus acciones. Queda claramente expresado por Cervantes, cuándo Aguilar superó la primera prueba, la de la seductora moza: “Fácilmente se entenderá cómo sola la virtud, aun cerca de las gentes bárbaras ennoblece a los hombres” (118). Ya no se trata de esos relatos de la Edad Media donde la intercesión de algún santo o de la propia Virgen le permitía al cautivo una fuga milagrosa para regresar con los suyos. Es el hombre, quien mantiene su fe, obra virtuosamente y, por ello, es valorado tanto por sus semejantes, incluso si son paganos, como por Dios quien, finalmente, le restituye su libertad.

El relato de Cervantes también planteó que puede haber un entendimiento entre cristianos y paganos del Nuevo Mundo, pues ambos comparten una razón natural. Así, cuando el cacique poderoso le pide a Taxmaro sacrificar a Jerónimo porque “estaban los dioses enojados dél porque había vencido con ayuda de hombre extraño de su religión. El cacique respondió que no era razón de dar tan mal pago a quien tan bien le había servido, y que debía ser bueno el Dios de Aguilar, pues tan bien le ayudaba en defender la razón” (119).

La recompensa de recuperar la libertad por mantenerse cristiano y obrar con virtud, así como el entendimiento entre hombres del Viejo y el Nuevo Mundo, son claramente expresadas por Cervantes de Salazar en las palabras con las cuales el cacique Taxmaro le restituye su libertad al cautivo:

Aguilar, grande ha sido tu bondad, tu humildad, fidelidad y esfuerzo con que en paz y en guerra me has siempre servido; digno eres de mayores mercedes que yo pueda hacer, y aunque por una parte me convida el amor que te tengo y la necesidad de tu compañía, por otra, este mismo amor, merecido por tus buenos servicios,

y lo que yo debo a señor, me fuerzan a que te dé libertad, que es la cosa que el cautivo más desea (112).

La versión de la experiencia de Jerónimo de Aguilar escrita por Cervantes de Salazar fue la más difundida durante los siglos xvii y xviii. A principios de la centuria Herrera y Tordecillas, Cronista Mayor de Indias, escribió la *Historia general de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*. Herrera conoció la obra de Gómara y tuvo en sus manos tanto el manuscrito de Cervantes de Salazar como el de Bernal Díaz del Castillo. De todos estos relatos, eligió y transcribió el del toledano de manera prácticamente íntegra; la única modificación que hizo fue excluir el pasaje en el que Aguilar reprendió al hijo del Taxmaro, mal ejemplo para los preceptores de los infantes hispanos de la época.

La elección de Herrera seguramente se debió al interés de inicios del siglo xvii por conocer todos los pormenores de la vida de los cautivos. No debe olvidarse que Diego de Haedo estaba componiendo por aquellos años su "Topografía e historia general de Argel", la principal obra sobre cautivos cristianos entre musulmanes, y que Miguel de Cervantes Saavedra había abordado el tema del cautiverio en varias de sus obras.

La ficción salazariana pudo ser vista por sus contemporáneos como un relato de hechos verdaderos, como una visión rica y verosímil de la vida de un cautivo cristiano en tierras de América. Autores posteriores, de los siglos xvii y xviii, como fray Juan de Torquemada, fray Diego López Cogolludo y Antonio de Solís, siguieron a Herrera y, a través de él, a Cervantes de Salazar.

El franciscano Juan de Torquemada escribió un comentario sobre la prueba de castidad de Aguilar que expresan las ideas de la época acerca la mujer y la sexualidad:

Caso grave y digno de gran consideración y donde fue necesaria la gracia de Dios, para haber de dejar de pecar por su santo amor sólo; porque como dice el Espíritu Santo por boca del *Eclesiastés*, es el corazón de la mujer una ancha y extendida red y un lazo de los cazadores, donde caen gentes de todo género, así chicos como grandes. Pero Aguilar, que (como después confesaba) había prometido a Dios lo contrario de lo que la mujer le persuadía, atendió más a su voto que a los ruegos y persuasiones de la india desvergonzada, advirtiendo (como dice el Espíritu Santo) que el que así es engañado y vencido de una mujer es como el buey o novillo que es llevado a la carnicería u como el pájaro que viendo el grano del trigo puesto en el lazo se abalanza a él con la codicia de comerle, no advirtiendo que le cogen la garganta en el hilo y con él le ahogan. Y haciendo esta consideración cristiana, Aguilar quiso ser antes motejado de cobarde, en la opinión

de esta mozuela, que de atrevido en el divino acatamiento de Dios, diciendo el sabio: el que ama a Dios huye de la mujer; pero el pecador fácilmente es engañado de ella (Torquemada 2: 48).

Por su parte, el también franciscano López de Cogolludo, cronista del siglo xvii, tuvo en sus manos tanto la historia de Bernal Díaz del Castillo como la escrita por Antonio de Herrera. López de Cogolludo, que escribió en Yucatán, le dio mayor peso a lo apuntado por Herrera y lo siguió en el relato de la experiencia de Aguilar entre los mayas. Como dato curioso, el fraile cambió el nombre de Taxmaro por Ahmay (23-26). López Cogolludo, a su vez fue revisado y seguido por el gran historiador yucateco del siglo xix, Juan Francisco Molina Solís, en su “Historia de Yucatán durante la dominación española”, puente que llevó la versión salazariana al siglo xx.

Otro historiador destacado que conoció el pasaje salazariano fue Antonio de Solís, cuya obra fue la historia de la conquista de México más leída del siglo xviii. Solís resumió la versión salazariana de las vivencias de Aguilar entre los mayas del siguiente modo:

Al principio le obligó a trabajar más de lo que alcanzaban sus fuerzas; pero después le hizo mejor tratamiento, pagado, al parecer, de su obediencia, y particularmente de su honestidad: para cuya experiencia le puso en algunas ocasiones, menos decentes en la narración, que admirables en su continencia: que no hay tan bárbaro entendimiento donde no se dexé conocer alguna inclinación á las virtudes. Dióle ocupación cerca de su persona, y en breves días tuvo su estimación y su confianza.

Muerto este cacique, le dexó recomendado á un hijo suyo, con quien se hizo el mismo lugar, y le favorecieron más las ocasiones de acreditarse; porque le movieron guerras los Caciques comarcanos, y en ella se debieron á su valor y consejo diferentes victorias: con que ya tenía el valimiento de su amo, y la veneración de todos, hallándose con tanta autoridad, que quando llegó la carta de Cortés, pudo fácilmente disponer su libertad, tratándola como recompensa de sus servicios, y ofrecer como dádiva suya las preeces que se le enviaron para su rescate (Solís 1: 86).

Resulta curioso el silencio guardado por Solís respecto a las pruebas superadas por Aguilar. Pero el historiador español no por ello dejó de expresar las ideas claves escritas por Cervantes de Salazar en el siglo xvi: el cautivo es dueño de su destino, obrando virtuosamente puede ser reconocido por su captor y, finalmente, recuperar su libertad.

## NUESTROS CAUTIVERIOS

DE CUENTOS MACABROS Y MEMORIAS BALDÍAS.

JERÓNIMO DE AGUILAR EN LA LITERATURA DEL SIGLO XX

Jerónimo de Aguilar fue recreado como un personaje literario a lo largo del siglo xx. Diversos autores de distintos tiempos, lugares y modos de pensar retomaron lo dicho por los cronistas, directa o indirectamente, y crearon ficciones donde respondieron a la pregunta ¿cómo fue la experiencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas? Sus diversas respuestas crearon un personaje de gran significado en la cultura mexicana contemporánea, donde se expresaban distintas visiones sobre los mundos indígena e hispano, así como sobre la conquista.

Cabe destacar que ninguno de los autores fue un historiador propiamente dicho. Eran profesionistas de otras disciplinas, la mayoría perteneciente a las ciencias políticas y sociales, específicamente al periodismo.

Prácticamente todos los novelistas de la centuria pasada trataron al naufrago del Darién como a un eclesiástico. Para unos era un clérigo de órdenes menores, mientras que para otros era un diácono, subdiácono o presbítero; tampoco faltó quien, de manera incorrecta, lo llamara fraile.

La mayoría de los autores atribuye al ecijano una actitud de reserva ante la cultura maya. El modo más claro en que lo expresaron fue subrayando una y otra vez el tema de la castidad expresado por Cervantes de Salazar. Lo que para el toledano había sido una manda de Aguilar para que la misericordia divina le permitiera reintegrarse con los suyos, similar a las promesas religiosas de los naufragos de los relatos del libro L de Fernández de Oviedo, fue transformada por los autores del siglo xx en el rasgo definitorio del personaje e, incluso, en el centro de casi todas las tramas.

Sin embargo, y esto es lo más interesante de los acercamientos, cada autor concibió a un Jerónimo de Aguilar literario muy diferente. Para unos era un hombre atormentado por una titánica lucha interior entre su vocación religiosa y el amor o el deseo hacia una joven y hermosa doncella maya. Otros autores lo presentaron como un intachable hombre religioso cuya fe, carisma, inteligencia, integridad moral y humildad le valieron el respeto y consideración de propios y extraños. Algún autor mostró a un desconcertante eclesiástico que no dudó en matar a sus semejantes mientras que otro lo vio cómo un asceta cristiano. Sin más preámbulo, se presenta una sintética relación de las novelas que han tratado a Jerónimo de Aguilar ya sea como personaje principal o secundario.

Jerónimo de Aguilar inició su vida literaria del siglo xx como un protagonista de la literatura yucateca, siendo el personaje principal de dos novelas. La primera es la obra *Rutas extraviadas: cuento macabro de ensayo mayista* de Benjamín López Martínez, publicado en 1949, relato fantástico donde la Atlántida, Lemuria, la legendaria Mú y el *Libro de la eternidad* son mencionados, por lo que la veracidad histórica queda descartada como la preocupación central del autor.

La novela de López Martínez se inicia cuando fray José, un fraile de la ciudad yucateca de Valladolid, es llamado una noche de tormenta por un anciano quien le pide lo acompañe para ayudar a su hija que está en trabajo de parto. Fray José es llevado en un petate mágico, digno de *Las mil y una noches*, hasta *Chetemal*, donde atiende el alumbramiento de la mujer de Gonzalo Guerrero;<sup>1</sup> el cual, en agradecimiento, le refiere una leyenda de amor: “De Jerónimo de Aguilar y de la Princesita Ix’ Zacpacal, prima de mi mujer X’Hail. El tunante huyó llevándose su secreto de herejía por haber amado a una mujer idólatra” (López Martínez 10).

En la imaginación del autor, los españoles venían de Cuba para buscar nuevas tierras, pero su expedición naufragó cerca de Yucatán; fueron capturados por antropófagos, conforme al relato angleriano-gomariano, y después consiguieron refugiarse en los dominios de un segundo cacique quien los regaló al señor de Chetumal. Una vez en aquella ciudad, fueron presentados

<sup>1</sup> Escena curiosa pues la atención de la maternidad en el Yucatán de la época pertenecía por entero a la esfera femenina.

ante el cacique y sus dos hermosas hijas, una de las cuales, llamada Ix' Zacpacal, se enamoró inmediatamente de Aguilar quien, por su parte:

Se sintió arrastrado por las miradas de enamoramiento de la princesita Ix' Zacpacal, atracción diabólica, tentadora, atracción maldita de mujer idólatra. Pero:

—¡Qué miradas lánguidas! ¡Qué cuerpo juncal! ¡Qué senos levantados como en sostenido suspiro! —pensó—. ¡Que mujer tan hermosa!... —y luego— ¡Tentación! ¡Tentación!

Principiaba aquel día en el alma de Jerónimo de Aguilar fiera lucha interior: la sentía aprisionada por el encanto de aquella mujer, y se agitaba, se revolvía y confundía. Era una lucha de sentimientos desconocidos que hundía su espíritu en la más grande de las desesperaciones humanas. “Aquella diabólica mujer es obra de Satanás”, pensaba (36).

Tanto Aguilar como Guerrero fueron puestos en libertad. El marino de Palos se transformó en capitán de guerra del señor de Chetumal y pronto desposó a X'Hail, la otra hija de Nachancan, construyó una casa en un amplio solar lleno de árboles frutales y vivió feliz. Mientras tanto, Jerónimo libraba una lucha interior:

Ni los ayunos, ni los martirios de la carne, ni las oraciones interminables, ni el cilicio —improvisado por su alma en pena perpetua—, habían logrado el tan anhelado olvido de la idólatra mujer.

¡Cuántas veces había pretendido sacarla de la odiada idolatría predicándola sobre la nueva religión! ¡Y cuántas había sentido perder la serenidad del alma durante sus sermones para caer en las tentaciones del pecado! Entonces huía como loco por la selva para buscar refugio en alguna cueva olvidada, en donde hacía largas y penosas penitencias que le ponían aun en peligro de morir (62).

Mientras el héroe de la novela vivía su debate interior, el sacerdote principal de Chetumal, pretendiente rechazado por la princesa Ix'Zacpacal, montó un ardid, por despecho, para perder a la doncella. Ante la llegada de expediciones navales de hombres blancos similares a los náufragos, y ante el anuncio del fin de los tiempos de los mayas, el sacerdote determinó que era necesario un sacrificio de un miembro de la casa real. La elegida fue Zacpacal quien, sin embargo, podía escapar de su destino si era desposada o si perdía su virginidad en una prueba de castidad.

Ante ello, Guerrero y su esposa le suplicaron al ecijano que aceptara el amor de la princesa, mas éste contestó: “El solo amor a la idólatra mujer es un pecado grave que amerita penitencia. ¡Ahora pensad en mi voto de castidad!” (65). Ante la negativa del ecijano, se realizó la prueba de pureza de Ix’ Zacpacal, ideada por el sacerdote. Aguilar y la princesa fueron mandados por el cacique a la costa con el pretexto de que el esclavo realizara una pesca para un banquete.

La pareja caminó sumida en un profundo silencio rumbo al mar. Ella, vestida de blanco y engalanada con sus mejores joyas. Él, con los instrumentos necesarios para la faena y su mente revuelta en confusos pensamientos. Al llegar frente al Caribe, descansaron bajo un árbol: “Ella le miraba de vez en cuando; luego se levantó y amarró una hamaca entre dos troncos, y le seguía mirando como esperando una interrogación. Él nada dijo; calladamente se levantó y se dedicó a cumplir con el mandato de Nahchancan” (68).<sup>2</sup>

Cuando Aguilar hubo terminado su tarea, la princesa se dirigió a la orilla del mar, se desnudó, nadó y jugó con las olas del mar. Aquella visión, simplemente, fue demasiado para el cautivo quien sintió el deseo más grande de su vida. Cayó de rodillas y comenzó a llorar y a orar al mismo tiempo. La doncella se acercó a consolarlo. Él la alejó y la llamó simultáneamente, confundido en extremo. La princesa le habló con palabras dulces sobre el amor y la belleza de la creación y el andaluz recobró la serenidad.

Ix’ Zacpacal condujo a su amado bajo un árbol y le ofreció de comer y beber. Aguilar estaba a punto de aceptar el refrigerio, ignorando que entre los mayas era una ceremonia para consagrar la unión entre un hombre y una mujer, cuando apareció el sacerdote principal de Chetumal, le advirtió sobre el significado del acto y puso una lanza sobre su pecho. Pero la princesa, en un acto de amor heroico, le arrebató al amante despechado el arma, lo amenazó con ella y logró que huyera. Una vez solos, el ecijano

comió del pan y bebió del pozol como lo hacen los maridos.

—He sellado nuestro pacto de amor tal y como vos lo hacéis en esta tierra!  
¡Sellémoslo tal y como nos lo hacemos allende el mar!

Y dio rienda suelta a todos los fuegos contenidos de su alma y de su cuerpo (73).

<sup>2</sup> Ésta y otras imágenes están inspiradas en la trama salazariana.



Al terminar, la felicidad de la pareja se vio interrumpida por una voz que venía de la luna y que le decía a Jerónimo de Aguilar en medio de siniestras carcajadas: “Mía es tu alma”. Aguilar reconoció la voz del ángel caído, “y como un loco huyó entre los matorrales, camino del bosque de cedros, ceibas y zapoteros, en el que se perdió como un alma en pena” (74).

El cautivo vagó por la selva, luchó mano a mano contra un jaguar al que venció y caminó hasta las cercanías del templo donde sacrificarían a la princesa. Silencioso, presenció el paso de todo el cortejo del sacrificio y vivió un debate interior cuando alcanzó a ver a su amada:

Una voz le decía: “¡Sálvala!”

Y otra voz:

—¡No! ¡Caerás en idolatría! ¡Arrepiéntete de tu pecado y ganarás el reino de los cielos!

Y otra:

—¡Esa mujer que amas, te ama; debes ser justo con ella, porque por tu amor prefiere morir antes que ser de algún Nacom o de algún príncipe maya!

—¡No! ¡Te perderás eternamente! —y sintió un escalofrío porque el temor al sufrimiento eterno era una cosa que le sacaba de la serenidad [...]

—¡Cobarde! ¡Asesino! Le gritaba la voz de la conciencia [...]

—¡Detente: es una mujer idólatra! ¡Recuerda: en España los herejes mueren en la hoguera! (74).

Aguilar no tuvo el valor para interrumpir la comitiva. En cambio, su alma se sumió en un desvarío donde hablaba, a orilla del mar, con su amada. Cuando regresó de su letargo, la noche siguiente al sacrificio, entró al templo para robar el corazón de su amada.

Al final de la novela, el cacique supo que su hija no era virgen cuando la sacrificó, que todo era una intriga del sacerdote y que Aguilar la había amado. El sacrificio había sido en balde y la *raza* maya vería sus días de protagonismo en la historia de Yucatán por terminar.

La novela de Benjamín López presenta a un Jerónimo de Aguilar indeciso hasta las últimas y fatales consecuencias. Es el primer autor en transformar la prueba de castidad en una historia de deseo donde, curiosamente, los papeles se invierten y es la mujer quien corteja al hombre.

El *Cuento macabro...* está íntimamente relacionado con otra novela yucateca, cuya segunda edición apareció en 1950: *Ocho años entre salvajes*, de

José Baltazar Pérez.<sup>3</sup> El autor también trató a Jerónimo de Aguilar como un hombre religioso y repitió la historia angleriana-gomarianiana del canibalismo e, íntegramente, la trama salazariana de las diferentes pruebas morales a las que se vio sometido el ecijano (es decir, la de ser blanco de expertos arqueros, la prueba de castidad, el ser un valiente soldado y un gran estratega). Historias que Baltazar Pérez leyó en la obra del historiador yucateco Molina Solís, como lo declaró en su obra.

Sin embargo, lo más interesante de la novela es una historia de amor. Conforme a la trama, una princesa de Chetumal, llamada X' Ek, se enamoró del íntegro hombre religioso y, ayudada por su madre, trató de ganar su amor. Aguilar, como todo un caballero maduro y respetuoso de los sentimientos de su joven enamorada, rechazó cortésmente su pasión y le explicó que era un hombre consagrado a su Dios y que ni siquiera contemplaba casarse con una mujer de su raza. La enamorada, como respuesta, pronunció las siguientes palabras: “Si no puedo ser compañera tuya, no lo seré de nadie. Permaneceré soltera toda mi vida, lo mismo que tú [...] ya que no tengo esperanza de ser la esposa de este extranjero, deseo conocer a su Dios para consagrarme enteramente a su amor, como él lo ha hecho” (Pérez 122).

Sin embargo, X' Ek nunca se recuperó físicamente del rechazo del cristiano y, por el contrario, su cuerpo fue presa de una misteriosa enfermedad. La agonizante princesa recibía en sus aposentos al *padre Aguilar* y, siempre al lado de su madre, escuchaba sus bienintencionados sermones. En uno de ellos, la doncella, tímidamente, interrumpió al hombre de Dios para preguntar:

¿Y crees que a mí no me considerará digna ese Gran Señor de entrar a esa divina gloria?

—Sí, hermana mía, sí podrás entrar porque ese Dios es tan bueno que tiene abiertas las puertas de su gloria para todos los que quieran entrar. Sólo los impíos que reniegan de Él, los malvados y criminales empedernidos, que no quieren pedirle el perdón de sus culpas, son los que no pueden entrar.

—¿Y qué debo de hacer, dímelo por caridad, para alcanzar tanta dicha?

—Crear en Él como creador de todo cuanto existe, esperar en su misericordia y bondad infinita y amarle con todo el corazón, y con toda el alma más que a todas las criaturas, y más que a todas las cosas de este mundo.

<sup>3</sup> Otras obras del autor son: *La venganza de X-Zazil: novela histórica yucateca* (1925), *El convento de monjas* (1948), *Milanes*, *La leyenda del tesoro*, *Leyendas yucatecas*, *Tempestad que amenaza* y *Don Antonio de Vozmediano*.

La madre escuchaba estas pláticas de Aguilar con la cabeza inclinada y vertiendo en silencio gruesas y abundantes lágrimas.

No cabía duda que su conciencia, lo mismo que la de su hija, había sido iluminada con la luz divina de la fe.

Aguilar había conseguido, con el constante ejemplo de sus virtudes y sus sencillas y elocuentes palabras, llenas de unción y de caridad, iluminar a aquellas almas entenebrecidas por las sombras de la idolatría y la superstición.

Preparó convenientemente aquellas dos criaturas para que ingresaran en el seno de la santa religión de Jesucristo, y cuando lo creyó conveniente les administró el santo bautismo, una noche que estaba completamente solo con ellas.

Con gran recogimiento recibieron este Sacramento las dos neófitas, imponiéndoles los nombres de *Ana* a la madre y *María* a la hija, explicándoles clara y concisamente antes, el origen de estos santos y venerables nombres (Pérez 160).<sup>4</sup>

Esta imagen, digna de una hagiografía, es una clara contraposición a la “caída en tentación” del naufrago que, para este autor, es un asceta.

Los autores yucatecos trataron a Jerónimo de Aguilar como a un héroe local. Sin embargo, sus obras también reflejaron prejuicios de la época. En primer lugar, trataron a la mujer maya como un objeto sexual o como una criatura que era necesario redimir. En segunda instancia, expresaron, sin mayor reparo, que la hora de los mayas como sujetos de la historia de Yucatán había terminado a principios del siglo xvi. Para ello, irónicamente, se valieron de una de las principales fuentes para la historia de los mayas de Yucatán: las profecías del *Chilam Balam*. Ambos autores también abundaron en prejuicios hispanistas y tuvieron una actitud ambivalente ante la cultura maya. En algunos pasajes expresaron un orgullo por el pasado de los mayas, pero el tenor de sus obras fue tratarlos como un pueblo decadente.

Veinticinco años después, Jerónimo de Aguilar volvió a figurar en la literatura, ahora en la novela *Gonzalo Guerrero: padre del mestizaje iberomexicano*, del periodista veracruzano Mario Aguirre Rosas.<sup>5</sup> Allí aparece como un

<sup>4</sup> Poco después la enamorada muere a causa de la misteriosa enfermedad.

<sup>5</sup> Sobre el autor, encontramos la noticia de su muerte en la edición del 4 de abril de 2007 del *Diario de México*: “Víctima de la diabetes murió anteayer el periodista Mario Aguirre Rosas y ayer fue sepultado en el panteón Jardines del Recuerdo. Mario Aguirre, oriundo de Coscomatepec, Veracruz, falleció a los 75 años de edad y sobreviven su esposa, la doctora Imelda Arvizú, seis hijos y una nieta. El periodista, egresado de la Escuela de Periodismo Carlos Septién García, prestó sus servicios como jefe de información de la Secretaría de Comuni-

personaje más entre los sobrevivientes del naufragio de la nave del Darién; es el primer Aguilar literario que no es tratado como un hombre de la Iglesia. Según el autor, los hispanos pudieron vivir en las tierras del segundo cacique, tras escapar del primer señor que sacrificó y saboreó la carne de varios de sus compañeros, gracias a que Aguilar “habló al ‘zajorín’ de Kukulkalmanja con el que hizo pacto de que si nos ponía en libertad enseñaríamos a él y a su gente el uso y manejo de las armas ‘malqief’ que así nos llamaban estos” (M. Aguirre 45). Conforme al desarrollo de la obra, el cacique les asignó una casa y mujeres a los cautivos. Gonzalo Guerrero decidió escapar, le confió su plan al ecijano y éste le respondió, en una simpática aunque inexacta versión de español del siglo XVI:

Si vos qereis qe os saquen el vuestro corazón adelante de una piedra yo no mas qe aqí donde me estoi estareme e si pluguiere a Dios enviar la ayuda qe qisiese e si no muerame yo aqí e no sacrificado e cayose e fuese con la su muguer q era mui buena moza e bebia e porfiaba a beber la esa bebida Balche e la Chicha e embriagabase mucho la su muguer (45).

Este atípico Jerónimo de Aguilar fue conocido por otro novelista y periodista de la ciudad de México, Eugenio Aguirre, quien publicó en 1980 su afamado *Gonzalo Guerrero*.<sup>6</sup> Sin embargo, Aguirre se apegó a la tradición his-

---

caciones, en la revista *La Nación*, órgano de difusión del PAN, y a los periódicos *Cine Mundial* y *El Universal* donde se inició y en el cual llegó a ser jefe de información. Mario Aguirre Rosas ganó un premio de periodismo y escribió el libro *Gonzalo de Guerrero, el padre del mestizaje en América*. Descanse en paz el amigo y periodista” (“Murió Mario Aguirre” web).

<sup>6</sup> Algunos datos sobre el autor, cuyo nombre completo, curiosamente, es Eugenio Aguirre Ramírez de Aguilar, son los siguientes: Nació en la Ciudad de México, en 1944. Obtuvo la licenciatura en derecho y ciencias sociales en 1971 en la Universidad Nacional Autónoma de México. También realizó una maestría en letras en la misma universidad. Ha ejercido la profesión de abogado en varias empresas pero también ha sido novelista, cuentista, ensayista, guionista de cine y editor de varias colecciones de literatura mexicana contemporánea. Ha publicado 38 libros, entre los que destacan: *Jesucristo Pérez, Pajar de imaginación, El caballero de las espadas, Gonzalo Guerrero, Valentín Gómez Farías, En el campo, Pájaros de fuego, Cuentos de tierra y asfalto, Segunda persona, El rumor que llegó del mar, Los niños de colores, Testamento del diablo, La suerte de la fea, Lotería del deseo, El guerrero del sur, El hombre baldío, El silencio de los pequeños secretos* y *Victoria*. Aguirre obtuvo la Gran Medalla de Plata de la Academia Internacional de Lutece de París en 1981 por su novela *Gonzalo Guerrero*. Para más información véase “Eugenio Aguirre” web; “Aguirre”

torioográfico-literaria de concebir al náufrago andaluz como a un eclesiástico. Aguilar es el personaje secundario más importante de su novela, desarrollado como un hombre de la Iglesia de gran carácter y carisma, sensible ante el dolor ajeno, capaz de tomar la iniciativa en momentos claves, y preparado para infundirle ánimos a sus compañeros en medio de las desgracias. Así, la primera mención de Aguilar ocurre durante la navegación rumbo a La Española, cuando Guerrero lo conoce:

Mucho me impresionó la entereza de aquel hombre, la bondad y derechura de su juicio; así que me acerqué a él y me presenté con una inclinación de cabeza. Sorprendido, me miró de arriba abajo y me dio su nombre con una serenidad y una clase que me hicieron sentir avergonzado. Jerónimo de Aguilar, natural de Ecija, viajaría con nosotros en calidad de capellán (35).<sup>7</sup>

La relación entre Aguilar y Guerrero llegó a ser tan estrecha que durante el infortunio en alta mar Guerrero sobrevivió gracias a que

el santo Jerónimo me había tomado bajo su protección y sus palabras y oraciones me sirvieron de sustento. Sin que nadie lo notase, me hacía tragar delgadísimas hostias que llevaba en un relicario que colgaba de su cuello, apendizando una cadenilla de oro. Estoy seguro de que gracias a ellas pude salvarme de la muerte que me rondaba con avidez (137).

Posteriormente, Eugenio Aguirre repitió la historia angleriana-gomariana de sacrificio y canibalismo con un primer grupo de mayas, así como el escape a las tierras del cacique Taxmaro. También repitió la idea salazariana de la castidad de Aguilar, en palabras de su Gonzalo Guerrero: “Por lo que respecta al padre Jerónimo es justo decir que no hay hombre más casto ni más apegado a sus votos de clérigo que él” (209).

Otro rasgo salazariano de Aguilar destacado por Aguirre es su fe en un inminente rescate. Así, cuando Guerrero le expresa sus dudas al capellán

23-24. La idea central de la novela sobre Gonzalo Guerrero es que la primera familia mestiza mexicana fue fruto del amor, no del ultraje.

<sup>7</sup> Eugenio Aguirre tenía una noción confusa sobre la situación de Jerónimo de Aguilar como supuesto hombre eclesiástico pues lo llama padre, diácono, subdiácono, presbítero, capellán...

respecto de la redención, Aguilar contesta: “—¡Calla, Gonzalo! ¿qué no veis que me lastimas? Dios me ha enfrentado a todo, ahora me envía esta prueba y yo, como simple mortal, debo acatar sus designios. Debo ser paciente y esperar que Él me rescate y me devuelva a su rebaño” (216). Curiosamente, Eugenio Aguirre repitió con estas palabras uno de los motivos de la literatura de cautivos del siglo xvi: el cautiverio como un purgatorio en vida del cual el cristiano saldrá expiando sus pecados y teniendo fe en su Señor.

Eugenio Aguirre también se inspiró en la prueba de castidad salazariana para escribir una versión personal, su Gonzalo Guerrero cuenta:

El padre Jerónimo fue trasladado a los aposentos de los señores principales y recluido en un recinto ricamente decorado y profusamente ahumado con copal y otras yerbas de efectos alucinantes y afrodisíacos. Me contó que durante tres días fue alimentado con manjares del mar y con carne de lagarto, verdadera exquisitez para estas gentes. Que luego fue visitado por bellísimas mujeres, de rasgos orientales y formas exóticas, a las que nunca había visto en la ciudad, que trataron de encender el fuego de sus entrañas. Cuando decidieron que ya se encontraba listo para celebrar las nupcias deseadas por su señor, hicieron venir a Ix Mucuy y se la ofrecieron totalmente desnuda, envuelta en gasas transparentes y perfumada con la más fragante y deliciosa pócima. Así los dejaron solos por tres días, durante los cuales les prodigaron con infinidad de viandas y mudaron los ropajes de la infanta y sus olorosos efluvios.

Pero, a pesar de todo, este monumental hombre resistió la tentación; como San Antonio recurrió a Dios, a sus plegarias y a las santas enseñanzas de la verdadera doctrina, y venció para gloria de Cristo y de su Iglesia.

Cuando Taxmar, los principales y el Ahaucán vinieron a darles los parabienes y a celebrar los esposales, se encontraron con que Ix Mucuy estaba intacta y que el esclavo se había portado como un señor. A partir de entonces y hasta donde yo he podido tener noticias, el santo varón se encargó del cuidado de la casa y de la familia del Halach Uinic de Xamanhá (228-229).<sup>8</sup>

El Jerónimo de Aguilar de Eugenio Aguirre es un hombre que comprende a los mayas y llega a sentir empatía con ellos pero que se mantiene cristiano, así se lo aconseja a Guerrero el día que se separaron: “—Recuerda, Gonzalo, que eres hijo de cristianos. Nunca permitas que tu fe flaquee. Pasarás muchas

<sup>8</sup> Pasaje digno de una novela orientalista. Resulta curioso cómo Aguirre retoma un motivo decimonónico al *orientalizar a los mayas*.

miserias, innumerables agonías; quizá hasta la gloria alcances; mas siempre serás miembro de la familia del Señor” (239).

La década de los años ochenta vio la publicación de una novela que, como en los años cincuenta, tenía a Jerónimo de Aguilar como personaje principal. Se trata de *El futuro fue ayer* (1988), del escritor español Torcuato Luca de Tena (1923-1999), quien vino a México en 1976 para dedicarse a la literatura tras una vida activa en el periodismo y la política española.<sup>9</sup> El Aguilar recreado por Luca de Tena es provocador, un clérigo de órdenes menores con una gran capacidad de adaptación a las circunstancias. Otros rasgos a destacarse de la novela son su amplia documentación, explicitada en una bibliografía al final de la obra, y una narración en primera persona bien lograda.

Luca de Tena, conocedor del tratamiento clásico del ecijano, crea imágenes deliberadamente provocadoras. La primera tiene lugar durante el cautiverio de los naufragos españoles con los primeros mayas que sacrifican a Valdivia y a varios compañeros (motivo tomado de la versión angleriana-gomariana). Aguilar y su compañero, encerrados en un palacio de Tulum, “tras mucho hablallo y meditallo concertamos, el Céspedes y yo, matar a nuestros guardianes, vestirnos con sus ropas, e ansí, disfrazados de mayas, mezclarnos con las multitudes” (Luca 40). Tras lograr matar a sus guardias, el compañero de Aguilar sufre un ataque de ansiedad:

—¡Deme Vuestra Merced la lanza, que, o he de matar a todos, o esta noche cenaré con Cristo!

No quise quitalle el placer de lo último; e como pensé que para tan gran banquete bastaba con sólo dos comensales, e que de no hacello, habría al menos tres, e yo no quería ser uno dellos, le dí una brusca lanzada en el cuello que le acalló para siempre (44).

El hispano huyó por la selva portando en una mano el arma homicida y en la otra un laúd que había sobrevivido al naufragio. Cerca del amanecer se acomodó en medio de la selva y tañó las cuerdas del instrumento musical. Al terminar se dio cuenta de cómo su interpretación había sido admirada desde el inicio por una pareja de mayas, abrazados sobre una roca. El matrimonio condujo al ecijano hasta su poblado, dependiente del señorío de Xel-Há.

<sup>9</sup> Para una referencia sobre el autor véase “Torcuato Luca” web.

Conforme a la trama, resultó que la pareja eran el cacique del poblado y su esposa, quienes desarrollaron una gran estima por el hombre extraño. Aguilar fue hecho esclavo, se le asignó una humilde vivienda y faenas como ir por agua al cenote del pueblo, acudir a cortar leña y transportar mercancías; trabajos mencionados por Bernal Díaz del Castillo.

La vida del cautivo pudo ser monótona de no ser porque su corazón advirtió a una mujer. Una adolescente cuyo cráneo no había sido deformado, cuyos dientes no fueron aserrados y cuyos ojos no habían sido torcidos, debido a que era una huérfana pobre. El Aguilar literario explica:

Dios, contra la voluntad de los hombres, la permitió no dexar de ser hermosa e con ello, el diablo, que nunca duerme, azuzó a que mis ojos, que no mi voluntad se prendasen della.

¡Ah, pecador de mí e cómo era linda la bellaca! Era algo oscura tirando a trigueña como las moriscas, e su nariz graciosa e pequeña, e sus ojos algo rasgados, e sus labios un tanto adelantados cual si estuviesen tristes de que naide los besara, e sus teticas como crías de paloma que cabían, como bien supe andando el tiempo, en el cuenco de mis manos! (61).<sup>10</sup>

Como en *Rutas extraviadas*, Aguilar sufre un debate interior entre el amor por Zacpacal y unos supuestos votos eclesiásticos; así, un día, tras encontrarse con la muchacha y desearla, se marchó a su casa, donde

comencé a darme de azotes con los cueros aquellos de la mochila, e a pedir a Dios y a la Virgen mi Señora que apartasen de mí aquella tentación, olvidando que San Gregorio dice que no hay mayor tentación que la de no querer nunca ser tentado. Oré a Dios muy contrito e a cada correazo me acordaba, e me lo decía a gritos, que yo era hombre de Iglesia (67-68).

El tormento interior de Jerónimo de Aguilar se resolvió pronto. En una ocasión encontró a Zacpacal sola, dispuesta a bañarse, en el cenote del poblado. Repentinamente apareció un tercer invitado no previsto: ¡un jaguar! El animal intentó atacar a la huérfana mas fue repelido por Aguilar, quien fabricó, cual David, una honda con la cual le aventó piedras al felino y consiguió hacerlo huir. Zacpacal se tendió a los pies de su salvador, le expresó

<sup>10</sup> Imagen inspirada en el bíblico Cantar de los Cantares. Dra. María del Carmen León Cázares (UNAM, IIFL), comunicación personal.



su agradecimiento y se lanzó al agua. El Aguilar literario cuenta que, por su parte:

Despojéme de mi ex e tiréme tras ella, que era muy gentil nadadora e no se dexara alcanzar de no querello: pero quiso. E cuando llegaba a ella daba agudos chillidos y se fuía de mí, e después se dexaba alcanzar, e me empuxaba hacia el fondo, e cuando yo surgía la besaba en su boca que ya no semejaba triste; e esto la puso en mucho aprieto porque los mayas no se besan. Mas algo debe tener el agua cuando la bendicen. E de los besos digo lo mesmo. E ponían en arduo peligro mi hasta entonces impoluta castidad. Porque abrazos, besos y otras quiricias no hacen chiquillos, pero tocan a vísperas. E quédese esto aquí, que no es materia para tratar si no es con personas de gran austeridad (70-71).<sup>11</sup>

Conforme al novelista, Aguilar comenzó a tener cada vez más numerosos encuentros a escondidas con Zacpacal: “Nuestros encuentros, siempre en lugares ocultos, ni eran tan inocentes y superfluos como para no dexar rastros en la conciencia, ni tan penetrantes como para dexar descendencia en la tierra” (93). La razón de mantener estas entrevistas a escondidas, “no era tanto el temor de Dios como el temor de los mayas: temor enormísimo de no trasgredir, siendo esclavo y extranjero, sus costumbres y tradiciones” (94). Miedo que expresa un gran pragmatismo y consideraciones más terrenales que trascendentales. Sin embargo, este Aguilar literario se arriesgó a mantener un trato oculto con su enamorada, a pesar de que en una ocasión la encontró

deshecha en lágrimas, y tan acongoxada cuando asustada. Unas mujeres del pueblo la habían castigado echándola en los ojos una pasta hecha con esos pimientos picantísimos, de los que he hablado en otro lugar, a causa —según dixeron— de que, con harta deshonestidad, no baxaba los ojos cuando yo pasaba junto a ella, y (esto confesómelo con no pocas muestras de pudor) también la untaron con ese pringue sus partes honestas” (95-96).

A pesar del amor de la niña maya, el Jerónimo de Aguilar literario no deseaba comprometerse con ella, él mismo lo explica:

<sup>11</sup> La referencia de que los besos no hacen chiquillos corresponde a un conocido refrán español. Dra. María del Carmen León Cázares (UNAM, IIFL), comunicación personal.

Esistía entre ellos un alto sentido moral, y aun de la justicia, para castigar con ésta a quienes transgredían aquél. Y, el entendello, me estorbaba a llevar adelante mis malos propósitos, porque la idea de matrimoniar a Zacpacal jamás, por aquel tiempo, se me vino a las mientes [...] Y en mi desvarío, antes prefería amancebarme con ella que no faltar a unos votos (97).

La historia de Aguilar y Zacpacal es interrumpida para narrar un episodio también atípico en la literatura sobre los naufragos del Darién. Aguilar es mandado a Xel-Há para trocar mercancías junto al mayordomo de su señor. Ahí, es comprado por el cacique de Chetumal quien, de inmediato, lo pone en libertad. Este cacique no es otro sino Gonzalo Guerrero quien está completamente integrado a la sociedad maya y le cuenta al ecijano que los comerciantes mayas le han referido cómo los españoles han abandonado Las Indias y que ellos dos son los últimos hispanos en aquel Nuevo Mundo. Aguilar no cree las palabras de su compatriota y su enojo es tal que lo reta a un duelo.

Aguilar y Guerrero se citan en las playas de Xel-Há, Guerrero escoge una lanza y Aguilar su honda. El cacique de Chetumal, conocedor del peligro que corre ante esa arma, renuncia al combate aludiendo que perdona al ecijano por las ofensas que había cometido. Ése fue, según el novelista, el último encuentro entre un Guerrero tratado como vanidoso y frívolo y el poco usual clérigo.

De vuelta en su poblado, ya como un hombre libre, Aguilar sucumbió ante las dudas sembradas por el cacique de Chetumal y decidió vivir “de allí en adelante largos años como infiel” (127). El ecijano trabajó duro, reunió cuantas monedas de cacao pudo, compró una hamaca, mejoró su hogar y, en sus palabras “olvidando de mis escrúpulos, convencido de que nunca terna ocasión de consagrarme con Órdenes Mayores, y que no podría mantener, entre infieles, mis votos hasta el fin de mis días, y que el amor y los buñuelos hay que comerlos calientes, pedí la venia al cacique, para casar a Zacpacal” (127-128).

Los novios, radiantes de felicidad, se dedicaron a los preparativos de la boda. Pero ésta nunca se realizó debido a una tragedia: Zacpacal fue secuestrada por los habitantes de Tulum y sacrificada ante sus altares. Aguilar se sumió en una depresión profunda de la que salió cuando se enteró de que habían sido avistadas una nave hispana en las costas de Yucatán: “Y entonces, con harta claridad, escuché dentro de mí corazón: ‘No serán vanas tus

esperanzas, hijo, porque te necesito'. 'Necesitarme Tú, que eres Todopoderoso, a mí, que soy menos que una liendre?' exclamé en alta voz" (149).

Luca de Tena refiere que Aguilar fue mantenido en prisión por su cacique durante este primer avistamiento de naves hispanas. Posteriormente, repite el motivo del *Chilam Balam* de una profecía del final de los tiempos de los mayas y de la imperiosa necesidad de realizar sacrificios para evitarlos. Las inmolaciones son efectuadas ulteriormente en Chichén Itza, tratándose de un portugués y un hispano pertenecientes a la armada de Grijalva que habían sido capturados en Champotón después de la *Mala Pelea*. Aguilar tuvo la oportunidad de platicar con ellos y, así, vislumbrar que lo contado por Guerrero había sido una mentira. Al fin, Aguilar es rescatado por Hernán Cortés. Luca de Tena retoma íntegramente la historia de Bernal Díaz del Castillo sobre el viaje del ecijano hasta Chetumal para invitar a su compatriota a reunirse con los suyos.

Para finalizar, cabe señalar que Luca de Tena tiene una imagen muy curiosa al inicio de su novela, donde extrapoló claramente elementos del cautiverio cristiano entre musulmanes al mundo mesoamericano. Conforme al autor, una vez apresados por los habitantes de Tulum,

el *Halash-Uinic* hizo una seña al *Batab*, que era el Gobernador [...] é le dio unas órdenes, y estas no eran otras, como supe después, de que nos vendiesen como a unos mulos en feria de ganado. Fuese el Pontifice con su aparato antedicho e quedó el *Batab* como maestro de cirimonias y mandamás. El primero que tuvo ofertas fue el Valdivia, por lo gordo que era, pero el *Batab* dijo que se había quedado para su uso el *Halash-Uinic*. Con lo que no hubo más. Después comenzaron a llover propuestas —todas de mujeres— para quedarse con Gonzalo Guerrero, a quien adquirió una cacica de mucho renombre [...] E después, Señor mío, acabose la subasta: que nadie quiso quedarse conmigo, ni con Ginés Peraza, ni con Céspedes, el extremeño. Fuesen los comprados con sus amos. E los no comprados no sabía que hacer con nosotros el *Batab* (36).

Todo el pasaje anterior está inspirado en la venta de cautivos cristianos entre musulmanes. Luca de Tena ideó un Jerónimo de Aguilar literario sumamente original. El autor combinó una amplia documentación sobre los mayas con una gran creatividad para dar vida a un personaje que, definitivamente, rompe la visión tradicional del andaluz.

Jerónimo ocupó nuevamente un puesto secundario en la novela *Gonzalo Guerrero: el primer aliado de los mayas* de Salomón González-Blanco Garrido, publicada por la editorial Porrúa a principio de la década de los noventa, y que cuenta con una amplia bibliografía y hasta un aparato crítico.<sup>12</sup> En esta novela, volvió a ser un seglar y un caballero conquistador de buen corazón que soñaba con regresar a su tierra natal “para pasear en un caballo blanco por esos lomeríos llenos de naranjales y viñedos, hacerse de una casita muy blanca con teja anaranjada como existen, o si hiciera mucha fortuna comprar un palacio o una casa nobiliaria, quería vivir en paz, viajar a Córdoba y a Sevilla, pasando por Carmona” (González-Blanco 38-39).

El Jerónimo de Aguilar conquistador tenía tres sueños. El primero era

ir a Córdoba, cruzar el viejo puente Romano que está sobre el río Guadalquivir, entrar por la gran puerta del puente y dirigirse a la Mezquita, en su potro, de los que “sólo existen” en Écija, y al verlo la gente iba a decir: ¡ése del caballo blanco es Jerónimo de Aguilar, el gran conquistador! Que en la mezquita iba a pregonar: ¡Así como este santuario de los moros ahora pertenece a los cristianos, así los templos de los mayas también son de los católicos! (39).

El segundo sueño de Aguilar, muy parecido al anterior, consistía en entrar al alcázar de Carmona, donde habían vivido los Reyes Católicos durante la campaña de Granada, y gritar: “¡Por ustedes se descubrieron nuevas tierras, por nosotros se conquistaron! ¡Ustedes arriesgaron su fortuna, nosotros nuestras vidas!” (40). El último sueño del conquistador andaluz era cabalgar hasta Sevilla sobre su corcel blanco, ingresar por la puerta de la Macarena y andar hasta la torre de la catedral para, nuevamente, gritar: “Hicimos el imperio más grande del mundo y nos tenían por locos” (40).

El Aguilar de González-Blanco era una “buena persona”, que se mantuvo casto entre los mayas para ser rescatado por los reyes de España y que fue grandemente estimado por el señor maya a quien servía porque “demostró ser muy valiente en las luchas que tenía con otros señores” (40).

<sup>12</sup> Sobre el autor, tan sólo sabemos, por la bibliografía de su obra, que también publicó un trabajo en la editorial Porrúa, en 1987, titulado *Peregrinación mexicana*. Estos datos hacen suponer un interés por el pasado indígena de México.

Jerónimo de Aguilar repitió su condición de seglar en el cuento “Las dos orillas” de Carlos Fuentes, parte del libro *El naranjo, o los círculos del tiempo*, publicado en 1993, momento de profundas reflexiones y vivos debates en torno al descubrimiento y la conquista española de América. Fuentes reflexionó sobre la conquista de México a través de la voz de Aguilar, un intérprete con una viva conciencia del poder de la palabra y el firme propósito de impedir la consumación de la empresa cortesiana.

El cuento inicia con una imagen que se le presenta al ecijano:

Yo vi todo eso. La caída de la gran ciudad azteca, en medio del rumor de atabales, el choque del acero contra el pedernal y el fuego de los cañones castellanos. Vi el agua quemada de la laguna sobre la cual se asentó esta Gran Tenochtitlan, dos veces más grande que Córdoba.

Cayeron los tempos, las insignias, los trofeos. Cayeron los mismísimos dioses. Y al día siguiente de la derrota, con las piedras de los templos indios, comenzaron a edificar las iglesias cristianas (Fuentes 10).

Conforme al relato, Aguilar, ya muerto, rememora la conquista de México, especialmente en cuatro episodios: la captura de Cuauhtémoc, la prisión de Moctezuma, la llegada del ejército de Pánfilo de Narváez y la masacre de Cholula. A la evocación se suma el lamento por el infructuoso intento de precipitar la ruina de la hueste invasora en los dos últimos episodios. El espectro también recuerda el amor y el deseo que sintió por Malitzin, de quien se prendió desde el instante mismo en que la contempló por primera vez en las playas de Champotón: “Nuestras miradas se cruzaron y yo le dije sin hablar, sé mía, yo hablo tu lengua maya y quiero a tu pueblo, no sé cómo combatir la fatalidad de cuanto ocurre, no puedo impedirlo, pero acaso tú y yo juntos, india y español, podamos salvar algo, y sobre todo, si nos queremos un poco” (41).<sup>13</sup>

Aguilar también trae a la memoria el momento de su rescate, cuando hizo hasta lo imposible para que Hernán Cortés no reconociera a Gonzalo Guerrero, quien lo acompañó, al lado de su familia, a las playas de Cozumel. Si Francisco de Terrazas llevó a la poesía la versión gomariana del rescate de Aguilar en el siglo XVI, Fuentes traslado a la prosa, con ciertas licencias, las

<sup>13</sup> La relación de Aguilar con Malitzin también es de competencia por la confianza de Hernán Cortés.

palabras de Bernal Díaz del Castillo. Conforme al escritor, el náufrago refirió lo más sencillamente posible su arribó a Yucatán:

“Soy natural de Écija. Hace ocho años nos perdimos quince hombres más dos mujeres que íbamos del Darién a la isla de Santo Domingo. Nuestros capitanes se pelearon entre sí por cuestiones de dinero ya que llevábamos diez mil pesos en oro de Panamá a la Española y el navío, desgobernado fue a estrellarse contra unos arrecifes en los Alacranes. Mis compañeros y yo abandonamos a nuestros torpes e infieles jefes, tomando el batel del mismo navío naufragado. Creímos coger la dirección de Cuba, pero las grandes corrientes nos echaron lejos de allí hacía esta tierra llamada Yucatán”.

No pude dejar de mirar, en este instante, hacia un hombre con la cara labrada y horadadas las orejas y el bozo de abajo, rodeado de mujer y tres niños, cuya mirada me suplicaba lo que yo sabía. Proseguí devolviendo la mirada a Cortés y mirando que él todo lo mirara.

“Llegamos aquí diez hombres. Nueve fueron matados y sólo sobreviví yo. ¿Por qué me dejaron a mí con vida? Hay misterios que más vale cuestionar. Éste es uno de ellos [...] Imaginaos a un náufrago casi ahogado, desnudo y arrojado a una playa dura como la cal, con una sola choza y en ella un perro que al verme no ladró. Quizás eso me salvó, pues me acogí a ese refugio mientras el perro salía a ladrarles a mis compañeros, provocando así la alarma y el ataque de los indios. Cuando me encontraron escondido en la choza, con el perro lamiéndome la mano, se rieron y dijeron cosas animadas. El perro movió gozoso la cola y fui llevado, no con honores, sino camaradería, al conjunto de chozas rústicas levantadas al lado de las grandes construcciones piramidales, ahora cubiertas de vegetación.

”Desde entonces he sido útil. He ayudado a construir. Les he ayudado a plantar sus pobres cultivos. Y en cambio, yo planté las semillas de un naranjo que venían, junto con un saco de trigo y una barrica de tinto, en el batel que nos arrojó a estas costas.”

Me preguntó Cortés por los otros compañeros, mirando fijamente al indio de cara labrada acompañado de una mujer y tres niños.

—No me has dicho qué pasó con tus compañeros.

A fin de distraer la insistente mirada de Cortés, proseguí mi relato, cosa que no deseaba hacer, por verme obligado a decir lo que entonces dije.

—Los caciques de esta comarca nos repartieron entre sí.

—Eran diez. Sólo te veo a ti.

Volví a caer en la trampa:

—La mayoría fueron sacrificados a los ídolos.

—¿Y las dos mujeres?

—También se murieron porque las hacían moler y no estaban acostumbradas a pasársela de hinojos bajo el sol.

—¿Y tú?

—Me tienen por esclavo. No hago más que traer leña y cavar los maizales.

—¿Quieres venir con nosotros?

Esto me lo preguntó Cortés mirando otra vez al indio de cara labrada.

—Jerónimo de Aguilar, natural de Écija —espeté atropellado, para distraer la atención del capitán.

Cortés se acercó al indio de cara labrada, le sonrió y acarició la cabeza de uno de los niños, rizada y rubia a pesar de la piel oscura y los ojos negros:

—Canibalismo, esclavitud y costumbres bárbaras —dijo Cortés haciendo lo que digo—. ¿En esto queréis permanecer? (44-46).

Aguilar recuerda cómo, desesperado, sacó una naranja y empezó a comerla con júbilo para afirmar su identidad española, mientras declaraba que se uniría a la expedición para erradicar todas las idolatrías e implantar la religión católica.<sup>14</sup> Sólo así arrancó una risa del conquistador, quien dejó de prestarle atención al indio que venía con su familia.

Sin embargo, el náufrago rescatado no deseaba el triunfo de los aventureros hispanos. Conforme al destacado escritor, Aguilar y Guerrero habían celebrado un pacto para “que el mundo indio triunfase sobre el europeo” (50). El autor hace que el personaje explique sus razones:

Me enamoré de mi nuevo pueblo, de su sencillez para tratar los asuntos de la vida, dando cauce natural a las necesidades diarias sin disminuir la importancia de las cosas graves. Sobre todo, cuidaban su tierra, su aire, su agua preciosa y escasa, escondida en hondos pozos, pues esta llanura de Yucatán no tiene ríos visibles, sino un panal de flujos subterráneos.

Cuidar la tierra; era su misión fundamental; eran servidores de la tierra, para eso habían nacido. Sus cuentos mágicos, sus ceremonias, sus oraciones, no tenían, me di cuenta, más propósito que mantener viva y fecunda la tierra, honrar a los antepasados que la habían, a su vez, mantenido y heredado, y pasarla en seguida, pródiga o dura, pero viva, a los descendientes (50).

<sup>14</sup> El naranjo, en realidad, había sido sembrado por Aguilar y Guerrero. Aquello no es casualidad, dado que Fuentes lo considera el símbolo de la hispanidad. Sobra decir que el naranjo, es decir la hispanidad, es el motivo que une todos los cuentos del libro.

Aguilar y Guerrero, hijos de campesinos andaluces, comprendieron esta noble verdad. También reflexionaron sobre la relación entre la tierra y los hombres poderosos:

Cuando las dinastías pusieron la grandeza del poder por encima de la grandeza de la vida, la delgada tierra y la tupida selva no bastaron para alimentar, tanto y tan rápidamente, las exigencias de reyes, sacerdotes, guerreros y funcionarios. Vinieron las guerras, el abandono de las tierras, la fuga a las ciudades primero, y de las ciudades después. La tierra ya no pudo mantener al poder. Cayó el poder. Permaneció la tierra. Permanecieron los hombres sin más poder que el de la tierra (52).

Aguilar, quien intentó vanamente impedir la conquista de México por las razones expuestas, ahora, desde su “lecho en el fondo del lago de Tenochtitlan” (53), anima a Gonzalo Guerrero para que cumpla su parte del pacto, y comande una armada de mayas y caribes en la conquista de España.

El otro naufrago, el de la cara rayada, honró la promesa y Aguilar pudo contemplar el nacimiento de un Nuevo Mundo:

Yo vi todo esto. La caída de la gran ciudad andaluza, en medio del rumor de atabales, el choque del acero contra el pedernal y el fuego del lanzallamas maya. Vi el agua quemada del Guadalquivir y el incendio de la Torre del Oro.

Cayeron los templos, de Cádiz a Sevilla; las insignias, las torres, los trofeos. Y al día siguiente de la derrota, con las piedras de la Giralda, comenzamos a edificar el templo de las cuatro religiones, inscrito con el verbo de Cristo, Mahoma, Abraham y Quetzalcóatl, donde todos los poderes de la imaginación y la palabra tendrían cupo, sin excepción (54).

La trama del cuento es de una gran originalidad. Fuentes, además, reflexionó sobre la conquista y sus principales personajes: los tlatoanis mexicas Moctezuma y Cuauhtémoc, el comandante Hernán Cortés, el capitán Pedro de Alvarado, el soldado-cronista Bernal Díaz del Castillo, y hasta el fugaz intérprete Melchorejo, entre otros.

Sin embargo, también honró la tradición literaria que construye una historia de amor y deseo, en este caso, entre Aguilar y alguna natural de las nuevas tierras. No fue una nativa de Yucatán, dado que el naufrago permaneció célibe entre los mayas, esperando, en sus palabras “a una mujer que fuese perfectamente mía en complemento de carácter, pasión y cariño” (50).



El andaluz creyó encontrar aquella dama en Marina, como ya se mencionó, pero ésta supo desairar al pretendiente:

Esa tarde de marzo de 1519, ella se desnudó ante mí, entre los manglares, y un coro simultáneo de colibríes, libélulas, serpientes de cascabel, lagartos y perros lampiños, se desató en torno a su desnudez transfigurada, pues la india cautiva, en ese instante, era esbelta y abultada, grávida y etérea, animal y humana, loca y razonable. Era todo esto, como si fuera no sólo inseparable de la tierra que la rodea, sino su resumen y símbolo. Y también como si me dijera que lo que esa noche yo veía, no lo vería nunca más. Se desnudó para negarse (42).

El destino consumió la afrenta. Al día siguiente, Hernán Cortés tomó a la india como su barragana. Aguilar, pretendiente despechado, entró en competencia con ella para ganar la confianza del capitán, para ser quien transmitiera la última palabra de lo dicho por los indígenas. Pero la batalla fue igualmente perdida, dado que el conquistador depositaría su entera confianza en quien, además de lengua, era amante.<sup>15</sup>

Tres años después de la publicación del cuento de Fuentes, y uno tras el levantamiento zapatista, que puso a los pueblos indígenas en el centro de la escena mundial, vio la luz otra novela sobre los naufragos del Darién titulada *Gonzalo Guerrero. Memoria olvidada, trauma de México*, de Carlos Villa Roiz.<sup>16</sup> La obra destaca por seguir las aventuras de su personaje principal, Gonzalo Guerrero, a lo largo del istmo panameño y por estar ampliamente documentada.

<sup>15</sup> El fantasmal Aguilar todavía sufría rencor y envidia hacia la pareja conquistadora (Fuentes 43).

<sup>16</sup> Sobre el autor se sabe, por la solapa de su obra, que “nació en el D.F. en 1953. Estudió la carrera de Periodismo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Impartió clases de Sociología; Problemas Económicos, Políticos y Sociales de México, y Guionismo de Televisión en el Colegio Grances del Pedregal y en la Universidad Anáhuac. En su actividad profesional ha sido reportero de los programas: Panorama Agropecuario, Fantástico Animal, Increíble, México Mágico, Al Despertar y 24 Horas. Durante tres años fue comentarista del Noticiero Eco; ha sido enviado especial de Televisa a la República Popular de China. A la fecha —es decir, en 1995— trabaja como reportero cultural en la dirección de Información de Televisa. Es colaborador de las revistas *Época* y *Última Moda*. Libros publicados: *El despertar del tiempo* (1993), *El agua del Destino* (1994); obras teatrales llevadas a escena: *El Tiempo y sus Mentiras* y *Zoológico Infernal*”.

En la obra de Villa Roiz, Jerónimo de Aguilar es tratado como un eclesiástico de una gran cultura, pero sumamente prejuicioso. Es presentado durante los momentos difíciles del naufragio como un “diácono no consagrado” conocedor de las doctrinas de Aristóteles, san Agustín, santo Tomás e incluso Tomás Moro. A lo largo de la novela es descrito como un hombre con un gran conocimiento de las sagradas escrituras y capaz de recitar un salmo adecuado para cada ocasión. También es presentado como un humanista familiarizado con el conocimiento de los antiguos, quien un día durante su cautiverio creyó ver naves hispanas en la costa y al descubrir que era una ilusión: “juró no llegar a mujer infiel para que le librase del cautiverio”. El autor explica, siempre mediante la voz de su Gonzalo Guerrero, que este juramento fue fácil para Aguilar dado que

despreciaba lo indígena puesto que, según él, todo lo que hubiera en estas tierras, necesariamente, tenía que ser inferior. Así, no podía establecer relación formal con una mujer pagana; las leyes españolas lo prohibían.

Las Indias: islas y Tierra Firme, eran como los espectros que tentaron a San Antonio, causaban dudas teológicas, creaban permanente angustia. Luego comprendí que a estos factores se sumaban otros; Jerónimo de Aguilar no quería tener relaciones sexuales con ninguna mujer (Villa Roiz 143).

Villa Roiz trata a Jerónimo de Aguilar como a un hombre que tras su conocimiento escondía grandes debilidades:

Jerónimo tenía fe en Dios pero estaba lleno de dudas sobre su capacidad de enfrentar la vida; sabía que solo no podría; le estorbaba su libre albedrío. Jerónimo delegaba la responsabilidad de su futuro al Creador y aunque aparentemente se mostraba conforme con su destino, en el fondo estaba molesto con su situación de esclavo; nada hacía que pudiera parecer un desafío a la voluntad divina; su actitud era pasiva en extremo (140).

Sin mayores rodeos, cual psicólogo que formula su diagnóstico tras la partida de su paciente, el autor declara:

En el exceso de fe, Jerónimo ocultaba su cobardía ante la vida porque no quiere asumir con plenitud la responsabilidad de su existencia [...]

Yo creía entender su angustia. Es un hombre desesperado que no sabe cómo chantajear a Dios para que altere el orden de las cosas ya que no está preparado para aceptar cambios bruscos en su vida ni en su nublada filosofía (141).

Acerca de las ideas de Jerónimo sobre los mayas, el autor declara: “Jerónimo nunca dejó de criticar la forma de vida y las creencias de los nativos; condenaba la mayor parte de sus guerras y justificaba los abusos cometidos en Santo Domingo y el Darién; se horrorizaba ante los cultos paganos y, sobre todo, por los sacrificios humanos” (164). Villa Roiz sintetiza la vivencia de Aguilar entre los mayas del siguiente modo:

Por medio del libro de *Horas* creía saber las liturgias; rezaba para no ser tentado por Satanás y evitar caer en mal, sobre todo cuando bellas mujeres se iban a bañar desnudas y había oportunidad de admirar sus carnes bien formadas [...]

Jerónimo ha llegado a pensar que su presencia en Indias es una obligación moral propiciada por el destino y con frecuencia repite que es la misma condición que Jonás. Cree que si logra conmovir a los apóstatas, se convertirá en santo o en el supremo héroe de la más joven de todas las cruzadas (164).<sup>17</sup>

Finalmente, respecto a las ideas del ecijano sobre la conquista de América, el autor apunta: “Balboa, Ojeda y Nicuesa son personajes que admira; está convencido que actuaron para el bien de todos y dice que las riquezas del Nuevo Mundo deben ser el pago justo de los esfuerzos evangelizadores” (165).

Villa Roiz hace de Jerónimo de Aguilar la caricatura del español prejuicioso y supremacista que vino a conquistar a los pueblos del Nuevo Mundo. En él se conjugan todos los males: fanatismo, cerrazón, inseguridad, intelectualismo, desprecio y militarismo. Obviamente, todas las deformidades de este personaje sirven para ensalzar las virtudes del nuevo héroe de la cultura contemporánea, es decir, Gonzalo Guerrero.

Como conclusión, se puede decir que la literatura del siglo xx trató a Jerónimo de Aguilar y a Gonzalo Guerrero como a dos personajes con vidas paralelas donde uno era la antítesis del otro; donde las valoraciones sobre los caminos de uno y otro fueron muy diferentes dependiendo la época. Por ejemplo en la obra de José Pérez, *Ocho años entre salvajes* (1950), la religiosidad de Jerónimo de Aguilar, su deseo de regresar con los españoles e inclusive el mantenimiento de su voto de castidad, son consideradas actitudes loables. Mientras que en la obra de Carlos Villa Roiz, *Gonzalo Guerrero. Memoria olvidada, trauma de México* (1995), las mismas actitudes del personaje literario merecieron la condena de su creador.

<sup>17</sup> Erróneo que trate a los mayas como apóstatas cuando, en todo caso, serían paganos.

Otro fenómeno digno de señalarse es cómo Jerónimo de Aguilar cedió su lugar principal en el imaginario de este pueblo durante el último cuarto del siglo xx, tras aproximadamente 400 años de protagonismo, al náufrago que había labrado y horadado su cuerpo. Lo cual despierta la pregunta: ¿Qué procesos históricos sucedieron en nuestro país entre 1975 y 1995 para que esta figura, relegada de la historia, fuera rescatada y exaltada? La respuesta deberá ser buscada en una nueva investigación.

## CONSIDERACIONES FINALES

El trabajo realizado ha tenido como finalidad dos objetivos: desentrañar la maraña de significados históricamente contruidos en torno a Jerónimo de Aguilar, y que ahora dan vida a un personaje mítico que figura en la construcción de la identidad nacional mexicana, y procurar un acercamiento distinto al ecijano que hace quinientos años abandonó su tierra.

El personaje mítico deriva del creado por los autores del siglo XVI quienes, como se ha expuesto, vivían en un mundo de arráeces y cautivos, caníbales e indios de la Edad de Oro, conquistadores y conquistados. Realidades e ideas que condicionaron su acercamiento a la experiencia del naufrago del Darién entre los mayas. Algunos lo expresaron tan sólo con una palabra, mientras que otros desarrollaron grandes historias. Conocer toda esta trama de circunstancias e ideas es una tarea del historiador contemporáneo para comprender tanto a los autores y sus obras, como a los personajes de los cuales hablan.

El mito es un sistema de comunicación o de significación específico. Surge cuando una cadena semiológica mítica *se monta* sobre una cadena semiológica cualquiera. El proceso sucede del siguiente modo. Un significante y un significado se unen para crear un signo particular. Después, este signo se transforma en el significante de otro significado y juntos crean un signo nuevo, un signo mítico. El nuevo signo domestica al precedente (una historia concreta narrada con fuerza y vitalidad) y lo transforma en un pálido fantasma que servirá para contar una nueva historia. Así, el mito se naturaliza, hace que una serie de ideas parezcan hechos verdaderos, valiéndose de un relato previo (Barthes 257).

La interpretación de la vivencia de Jerónimo de Aguilar entre los mayas experimentó este proceso. Primero, los contemporáneos de Aguilar transformaron al naufrago y *h-k'os* maya, en un cautivo cristiano entre paganos, simi-

lar al cautivo cristiano entre musulmanes. Después, los historiadores hispanos del siglo xvi transitaron de la representación social del cautivo a la histórica. Los poetas, por su parte, llevaron la historia a la ficción. Con base en lo anterior, Cervantes de Salazar creó una historia ideal de cautiverio cristiano entre paganos que estaba relacionada con circunstancias y relatos del mundo mediterráneo. Su máximo logro fue transformar a Jerónimo de Aguilar en un personaje ejemplar para su tiempo, el cautivo que se mantiene cristiano. Posteriormente, separados por un abismo de siglos, los literatos del siglo xx abrevaron de la ficción salazariana y, la mayoría, crearon relatos donde Aguilar se transfiguró en un nuevo personaje: el cristiano devoto, cuya piedad la trataron como algo loable, dudoso y hasta reprochable.

Todos los autores contaron otras historias narrando la historia de Aguilar entre los mayas. Así, dieron vida al mito. El resultado final del proceso es un signo, cargado hoy en día de connotaciones difusas, producto de historias superpuestas a lo largo de la historia en una especie de estratigrafía imaginaria.

Tal signo desempeña actualmente un papel en una mitología mayor, la historia nacional mexicana. Cualquier historia nacional es un mito fundacional, que permite justificar la presencia de una historia en común y rasgos culturales *imaginariamente* compartidos, crucial para que un colectivo construya de manera imaginaria una comunidad política (Giménez 12). Aguilar se ha transformado en un personaje ligado a los fundamentos de la identidad nacional, cuyas vetas son una hispana y otra indígena, y a las valoraciones sobre una y otra. Un ejemplo de ello es dado por Eduardo Matos Moctezuma:

Jerónimo de Aguilar era hombre de clerecía. Nunca se separó de su libro de *Horas* y bien podemos imaginarlo leyendo y releendo los evangelios. Cuando pasaba una joven maya de no malas formas, debió evitar el verla para meterse más en las palabras de los dioses que en las piernas de la muchacha. Su persona estaba en tierras mayas pero su pensamiento seguía en España. Terrible fue, sin lugar a dudas, la permanencia de Jerónimo en aquel pueblo con prácticas —según él— idolátricas que le eran ajenas y con costumbres y lenguaje diferentes (Villa Roiz 7).

Eduardo Matos Moctezuma apuntó las palabras anteriores en el prólogo de la novela *Gonzalo Guerrero. Memoria olvidada, trauma de México* de Carlos

Villa Roiz. Muestran una imagen de connotaciones negativas cuya función es el rechazo de ciertos rasgos de la herencia hispana y la exaltación del pasado indígena y la cultura mestiza.

Frente a este panorama, con sus disyuntivas, se deseó realizar un acercamiento histórico diferente, considerado adecuado para nuestro tiempo. Se planteó la experiencia de Jerónimo de Aguilar en el Nuevo Mundo como una historia de sobrevivencia y de una gran voluntad por trascender. Una historia no muy distinta a la de millones de hombres y mujeres que hoy en día abandonan sus hogares y se dirigen a tierras distantes en busca de una mejor vida.<sup>1</sup> Personas que hoy en día enfrentan naufragios y cautiverios, metafóricos y reales.<sup>2</sup>

La historia de Aguilar es la de un joven que dejó su hogar con el sueño de granjearse un futuro mejor, pero que al llegar a la tierra prometida debió luchar por sobrevivir. En lugar de cosechar riquezas en Veragua, tierra ingrata con sus ilusiones, Aguilar debió enfrentar epidemias, hambrunas, guerras y el despotismo de un gobernador enloquecido. Si aquello no fue suficiente, vivió el horror de contemplar a la muerte, sentada a su lado y tendiéndole la mano, a bordo un batel a la deriva en las aguas del mar Caribe. Tras salvar la vida de milagro, siguieron años con un pueblo ajeno y absolutamente desconocido, ocupando una posición subordinada. Pero Jerónimo de Aguilar

<sup>1</sup> La Organización Internacional para las Migraciones calcula que 175 millones de seres humanos viven fuera de su país de origen. Por su parte, la Comisión Mundial sobre las Migraciones Internacionales señaló en su informe de 2005 que: “Alrededor de 60 por ciento de los migrantes registrados hoy se encuentran en los países más prósperos del mundo y el otro 40 por ciento en los países en desarrollo” (“Las migraciones” web).

<sup>2</sup> Naufragios reales se suceden en el Circuncaribe y el Mediterráneo, por mencionar dos mares. La servidumbre es experimentada por las víctimas de la trata de personas. El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados estimó que alrededor de 12.3 millones de personas alrededor del mundo fueron víctimas de trata en 2010: “Muchas de las cuales sufren explotación, secuestro, reclusión, violación, esclavitud sexual, son obligadas a prostituirse, a trabajar forzosamente, o son víctimas del comercio de órganos, de torturas físicas y psicológicas y de otros graves abusos” (“La trata de personas” web). Nuestra nación no está exenta de este lucrativo negocio global: “Se estima que cada año en México hay 10 mil personas traficadas, de la que la mitad es llevada a Estados Unidos y Canadá. Los estados de origen son principalmente Guerrero, Chiapas, Oaxaca, Hidalgo, Puebla, Michoacán, Guanajuato, Campeche, Zacatecas, Colima, Veracruz y Quintana Roo. Los principales puntos de destino en México son Acapulco, Cancún, el Distrito Federal, Monterrey, Ciudad Juárez y Tijuana” (Campos 37).

extrajo fuerzas de una profunda determinación por sobrevivir. Mantuvo su fe y el anhelo de volver con los suyos. No dejó de interesarse por el mundo donde vivió, aprendió la lengua y las costumbres de aquel pueblo y construyó buenas relaciones con aquellos hombres. La mayor prueba de su éxito al adaptarse a la sociedad maya fue que, al final, los naturales le permitieron regresar con los suyos. Después, su participación en la conquista del imperio mexicano no estuvo libre de arduas pruebas y momentos donde parecía que todo estaba perdido. El andaluz también tuvo el arrojo de oponerse a Hernán Cortés, el hombre más poderoso de la Nueva España a inicios del siglo xvi. La vida de Jerónimo de Aguilar, agitada desde su llegada al Nuevo Mundo, alcanzó nuevamente el sosiego hasta sus años finales, cuando la familia que fundó en América veló por su cada vez más delicada salud.

Su peregrinaje por este mundo sigue siendo importante para los hombres contemporáneos. Su conocimiento puede servir como un espejo donde se reflejen los avatares de la propia existencia, para reflexionar sobre el viaje propio.



## REFERENCIAS

### BIBLIOHEMEROGRAFÍA

Aguirre, Eugenio

2004 *Gonzalo Guerrero*. México: Suma de Letras.

“Aguirre [Ramírez de Aguilar], Eugenio”

1988 Aurora M. Ocampo (dir.). *Diccionario de escritores mexicanos siglo XX. Desde las generaciones del Ateneo y novelistas de la Revolución hasta nuestros días*. Tomo I. México: UNAM: 23-24.

Aguirre Rosas, Mario

1975 *Gonzalo Guerrero: padre del mestizaje iberomexicano*. México: Editorial Jus.

Alonso Pedraz, Martín

1988 *Enciclopedia del idioma. Diccionario histórico y moderno de la lengua español (siglos XII al XX). Etimológico, tecnológico, regional e hispanoamericano*. 3 vols. Madrid: Aguilar.

Altolaquirre y Duvalé, Ángel

1914 *Vasco Núñez de Balboa*. Madrid: Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia é Intervención Militar.

Anderson, Charles Loftus Grant

1944 *Vida y cartas de Vasco Núñez de Balboa*. José Rovira Armengol (trad., notas y pról.). Buenos Aires: Emecé.

Andrews, Anthony P.

1998 "El comercio marítimo de los mayas del posclásico". *Arqueología Mexicana: la navegación entre los mayas* VI.33 (sep.-oct.): 16-23.

Andrews, Anthony P. y Rocío González de la Mata

1998 "Navigation and Trade on the Eastern Coast of the Yucatán Peninsula". Peter Schmidt, Mercedes de la Garza y Enrique Nalda (ed.). *Maya civilization*. Londres: Thames and Hudson: 442-467.

Anglería, Pedro Mártir de

1964 *Décadas del Nuevo Mundo*. 2 vols. Edmundo O'Gorman (est. prel.). Agustín Millares Carlo (trad.). México: Porrúa.

1990 *Cartas sobre el Nuevo Mundo*. Julio Bauzano (trad.). Madrid: Ediciones Polifemo.

Arranz Márquez, Luis

1982 *Don Diego Colón, almirante, virrey y gobernador de Las Indias*. 2 vols. Madrid: CSIC-Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.

Asenjo García, Frutos

1991 *Vasco Núñez de Balboa: el descubrimiento del mar del sur*. Madrid: Silex.

Barrera Vázquez, Alfredo (ed.)

1980 *Diccionario maya Cordemex. Maya-español español-maya*. Mérida: Cordemex.

Barthes, Roland

1980 *Mitologías*. 4ª ed. Martí Soler (ed.). Héctor Schmucler (trad.). Madrid: Siglo XXI.

Bartra, Roger

1992 *El salvaje en el espejo*. México: UNAM-Era.

Bayle, Constantino

1950 *El clero secular y la evangelización de América*. Madrid: CSIC-Instituto Santo Toribio de Macgrovejo.

Bennassar, Bartolomé y Lucile Bennassar

1989 *Los cristianos de Alá. La fascinante aventura de los renegados*. José Luis Gil Aristu (trad.). Madrid: Nerea.

Bloch, Marc

2001 *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Etienne Bloch (ed.). Jacques le Goff (prefacio). María Jiménez y Danielle Zaslavsky (trad.). María Antonia Neira B. (trad. del prefacio). México, INAH-FCE.

Bonfil Batalla, Guillermo

1994 *México profundo: Una civilización negada*. México: Grijalbo.

Botella, Miguel C. e Inmaculada Alemán

2000 “Aprovechamiento del cuerpo humano en el México prehispánico en el basurero de Zultepec”. T. A. Varela. *Investigaciones en biodiversidad humana*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela: 190-200.

Bray, Warmick

1984 “Across the Darien Gap: A Colombian View of Lower Isthmian Archaeology”. Frederick W. Lange y Doris Z. Stone. *The Archeology of Central America*. Albuquerque: University of New Mexico Press: 305-338.

Brinton, Daniel Garrison (ed.)

1969 *The maya chronicles*. Nueva York: Ams.

Butterfield, Marvin Ellis

1955 *Jerónimo de Aguilar, conquistador*. Alabama: University of Alabama Press.

Camamis, George

1977 *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*. Madrid: Gredos.

Campos Garza, Luciano

2012 “Trata de personas: impunidad legalizada”. *Proceso. Semanario de información y análisis* 1844 (4 mar.): 36-38.

Candau Chacón, María Luisa

1986 *Iglesia y sociedad en la campiña sevillana, la Vicaría de Écija (1697-1723)*. Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla.

Carmack Robert M.

1976 “La estratificación quicheana prehispánica”. Pedro Carrasco, Broda Johanna et al. *Estratificación social en la mesoamérica prehispánica*. México: INAH: 245-298.

Carreras López, Pedro

2000 “Una revisión de la conquista de México de Francisco López de Gómara”. *Cuadernos hispanoamericanos* 605 (nov.): 39-45.

Carrillo Castillo, Jesús

2004 *Naturaleza e imperio: la representación del mundo natural en la “Historia general y natural de Las Indias” de Gonzalo Fernández de Oviedo*. Madrid: Fundación Carolina-Doce Calles.

Casas, fray Bartolomé de las

1965 *Historia de Las Indias*. 3 vols. 2ª ed. Agustín Millares Carlo (ed.). Lewis Hanke (est. prel.). México: FCE.

Casimir de Brizuela, Gladis

1972 “Etnografía antigua de Panamá”. *América Indígena* XXXII: 37-66.

Casimir Morales, Gladis

2000 *El territorio cueva y su transformación en el siglo XVI*. Tesis doctoral. México: ENAH.

Castillero, Alfredo

1972 *Políticas de poblamiento en Castilla del Oro y Veragua en los orígenes de la colonización*. Panamá: Editorial Universitaria.

Cervantes de Salazar, Francisco

1985 *Crónica de la Nueva España*. Agustín Millares Carlo (ed. y est. prel.). México: Porrúa.

Chamberlain, Robert S.

1974 *Conquista y colonización de Yucatán, 1517-1550*. 2ª ed. Álvaro Domínguez Peón (trad.). Ignacio Rubio Mañé (trad.). México: Porrúa.

Chenaut, Victoria

1985 *Los pescadores de la península de Yucatán*. México: CIESAS.

Ciudad Real, Antonio de

1984 *Calepino maya de Motul*. 2 vols. Ramón Arzapalo Martín (ed.). México: UNAM.

Collingwood Robin, George

2004 *Idea de la historia. Edición revisada que incluye las conferencias de 1926-1928.* 3ª ed. Jan van der Dussen (ed.). Edmundo O’Gorman y Jorge Hernández Campos (trad.). México: FCE.

Colón, Cristóbal

1964 *Los cuatro viajes del almirante y su testamento.* 4ª ed. Ignacio B. Anzoátegui (ed. y pról.). Madrid: Espasa Calpe.

Colón, Hernando

2003 *Historia del almirante.* Luis Arranz Márquez (ed.). Madrid: Dastin.

Cortés, Hernán

2007 *Cartas de Relación.* Manuel Alcalá (nota prel.). 22ª ed. México: Porrúa.

Díaz del Castillo, Bernal

2004 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España: manuscrito Guatemala.* José Antonio Barbón Rodríguez (ed. crit.). México: COLMEX-UNAM-Servicio Alemán de Intercambio Académico-Agencia Española de Cooperación.

*Diccionario de autoridades*

1963 3 vols. Madrid: Editorial Gredos.

Díez-Canedo Flores, Aurora

2012 “Francisco Cervantes de Salazar (Toledo 1514?-México 1575)”. *Historiografía mexicana. La creación de una imagen propia, la tradición española.* México: UNAM: 345-363.

Domínguez Rodríguez, Ana

2000 “Libros de horas de la corona de Castilla: hacia un estado de la cuestión”. *Anales de Historia del Arte* 10: 9-54.

Dorantes de Carranza, Baltasar

1987 *Sumaria Relación de las cosas de la Nueva España. Con noticia individual de los conquistadores y primeros pobladores españoles.* Ernesto de la Torre Villar (pról.). México: Porrúa.

Fernández de Enciso, Martín

1971 *Suma de Geografía.* Bogotá: Banco Popular.

Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo

1959 *Historia general y natural de las Indias*. 5 tt. Juan Pérez de Tudela Bueso (ed. y est. prel.). Madrid: Atlas.

Ferreres Juan Ignacio (dir.)

1950-1956 *Enciclopedia de la religión católica*. 7 tt. Barcelona: Dalmau y Jover.

Flores Hernández, María y Manuel Eduardo Pérez Rivas

2006 “Apuntes para el estudio de la organización sociopolítica de la costa oriental de Quintana Roo”. Tsubasa Okoshi Harada, Lorraine A. Williams-Beck y Ana Luisa Izquierdo (ed.). *Nuevas perspectivas sobre la geografía política de los mayas*. México: UNAM.

Fonseca, O. y R. Cooke

1993 “El sur de América Central: contribución al estudio de la región histórica chibcha”. Robert M. Carmack (ed.). *Historia general de Centroamérica, tomo I: Historia Antigua*. San José: Sociedad Estatal Quinto Centenario-Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales: 217-282.

Fuentes, Carlos

1993 *El naranjo. O los círculos del tiempo*. México: Alfaguara.

Gardener, John

1968 *Warships of the Royal Navy*. Londres: Hugo Evelyn.

Garza, Mercedes de la (coord.)

1983 *Relaciones histórico-geográficas de la gobernación de Yucatán (Mérida, Valladolid y Tabasco)*. T. I. México: UNAM.

Gerbi, Antonello

1987 *La naturaleza de Las Indias Nuevas: De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*. Antonio Alatorre (trad.). México: FCE.

Giménez, Gilberto

1996 “La identidad social o el retorno del sujeto en sociología”. Leticia Irene Méndez y Mercado (ed.). *III Coloquio Paul Kirchhoff, Identidad análisis y teoría, simbolismo, sociedades complejas, nacionalismo y etnicidad*. México: UNAM: 10-35.

González-Blanco Garrido, Salomón

1991 *Gonzalo Guerrero: el primer aliado de los mayas*. México: Miguel Ángel Porrúa.

Goñi, Guillermo

1998 *Xamanhá: un sitio arqueológico de la costa central de Quintana Roo*. México: INAH.

Grunberg, Bernard

1993 *L'univers des conquistadores: les hommes et leur conquête dans le Mexique du XVIe siècle*. París: L'Harmattan.

2001 *Dictionnaire des conquistadores de México*. París: L'Harmattan.

Heers, Jacques

1989 *Esclavos y sirvientes en las sociedades mediterráneas durante la Edad Media*. Luis C. Rodríguez García (trad.). Valencia: Edicions Alfons el Magnànim.

Hernández de Alba, Gregorio

1963 "Tribes of North Colombia Lowlands". Steward, Julian Haynes (ed.). *Handbook of South American Indians*. Vol. 4. Washington: Government Printing Office: 329-338.

Hernández Hernández, Concepción

1994 "Cálculos demográficos para Xamalhá: un sitio del posclásico tardío en la costa oriental". *Memoria del primer congreso internacional de mayistas: Conferencias plenarias, arte prehispánico, historia y religión*. México: UNAM: 312-320.

Iggers, Georg G.

1994 "Interpretation". R.E. Asher (ed.). *The Encyclopedia of Language and Linguistics*. Vol 4. Oxford: Pergamon Press: 1731-1737.

1998 *La ciencia de la historia en el siglo XX: las tendencias actuales*. Fernando Sánchez Marcos (ed.). Clemens Bieg (trad.). Barcelona: Idea Books.

Jiménez, Nora Edith

2001 *Francisco López de Gómara. Escribir historia en tiempos de Carlos V*. Zamora, México: El Colegio de Michoacán.

Johnson Frederick

1963 "Central American Cultures". Steward Julian H. (ed.). *Handbook of South American Indians*. Vol 4. Washigton: Government Printing Office: 43-68.

Landa, fray Diego de

1994 *Relación de las cosas de Yucatán*. estudio preliminar, cronología y revisión del texto de María del Carmen León Cázares (est. prel., cronol. y rev. del texto). México: CONACULTA.

Lefebvre, Georges

1974 *El nacimiento de la historiografía moderna*. Alberto Méndez (trad.). Barcelona: Martínez Roca.

León Cázares, María del Carmen

1992 “La conquista: invasión y resistencia”. *Del katun al siglo: Tiempos de colonialismo y resistencia entre los mayas*. México: CONACULTA: 17-56.

2004 *Reforma o extinción. Un siglo de adaptaciones de la orden de Nuestra Señora de La Merced en Nueva España*. México: UNAM.

2012 “Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés”. *Historiografía mexicana. La creación de una imagen propia, la tradición española*. México: UNAM: 197-234.

“Francisco López de Gómara (1511-1559)”. *Historiografía mexicana. La creación de una imagen propia, la tradición española*. México: UNAM: 235-265.

“Pedro Mártir de Anglería”. *Historiografía mexicana. La creación de una imagen propia, la tradición española*. México: UNAM: 165-195.

López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján

2001 *El pasado indígena*. 2ª ed. México: FCE-COLMEX.

López de Cogolludo, Diego

1957 *Historia de Yucatán*. 2 vols. 5ª ed. J. Ignacio Rubio Mañe (pról. y cronol.). México: Academia Literaria.

López de Gómara, Francisco

1979a *Historia de la conquista de México*. Jorge Gurría Lacroix (pról.). Caracas: Ayacucho.

1979b *Historia general de las indias y vida de Hernán Cortés*. Jorge Gurría Lacroix (pról. y cronol.). Caracas: Ayacucho.

López Martínez, Benjamín

1949 *Rutas extraviadas: cuentos macabro de ensayo mayista*. Mérida: Club del Libro.

Lothrop, Samuel K.

1924 *Tulum: an archaeological study of the East Coast of Yucatán*. Washigton: The Carnegie Institution of Washigton.

1963 “The Tribes West and South of the Panamá Canal”. Steward Julian H. (ed.). *Handbook of South American Indians*. Vol. 4. Washigton: Government Printing Office: 253-256.



Luca de Tena, Torcuato

1988 *El futuro fue ayer*. México, Editorial Diana-Edivisión Compañía Editorial.

Maldonado, Rubén.

1987 “La arqueología de la Costa oriental”. Sonia Lombardo de Ruiz. *La pintura Mural Maya en Quintana Roo*. México: INAH-Gobierno del Estado de Quintana Roo: 11-39.

Martínez, José Luis

1991-1992 *Documentos cortesianos*. 2 vols. México: FCE.

1992 *Hernán Cortés*. México: FCE.

Martínez Torres, José Antonio

2004 *Prisioneros de los infieles. Vida y rescate de los cautivos cristianos en el Mediterráneo musulmán (siglos XVI-XVII)*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.

Martos López, Luis Alberto

2003 *Por las tierras mayas de Oriente: arqueología en el área de Calica, Quintana Roo*. México: INAH-CONACULTA.

Medianero Hernández, José

1983 “La gran tececiguata: notas sobre la devoción de la Virgen de la Antigua en Hispanoamérica”. Bibiano Torres Ramírez y José J. Hernández Palomo (coord.). *Andalucía y América en el siglo XVI. Actas de las II Jornadas de Andalucía y América*. Vol. 2. Sevilla: CSIC-Universidad de Santa María de la Rábida: 365-380.

Medina, José Toribio

1913-1920 *El descubrimiento del Océano Pacífico*. 3 vols. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.

Melón Ruiz de Gordejuela, Armando

1952 *Los primeros tiempos de la colonización: Cuba y las Antillas; Magallanes y la primera vuelta al mundo*. Barcelona: Salvat.

Millares Carlo, Agustín

1986 *Cuatro estudios bibliográficos mexicanos: Francisco Cevantes de Salazar, Fray Agustín Dávila Padilla, Juan José de Egüara y Eguren, José Mariano Beristain de Souza*. México: FCE.

Miller, Arthur G.

1982 *On the Edge of the Sea: Mural Painting at Tancab-Tulum, Quintana Roo, Mexico*. Washington, D. C.: Dumbarton Oaks.

Miura Andrades José Ma.

1992 *Fundaciones religiosas y milagros en la Écija de fines de la Edad Media*. Écija: Gráficas Sol.

Molina, Silvia (comp.)

1994 *Héctor Pérez Martínez. Obras completas*. México: Gobierno del Estado de Campeche-Ediciones Corunda.

Molina Solís, Juan Francisco

1904 *Historia de Yucatán durante la dominación española*. 3 vols. Mérida, Yucatán: Imprenta de la Lotería del Estado.

Montell García, Jaime

2001 *La conquista de México Tenochtitlán*. México: Miguel Ángel Porrúa.

Morley Grisewold, Sylvanus

1972 *La civilización maya*. Adrián Recinos (versión al español). México: FCE.

Nájera Coronado, Martha Ilia

2003 *El don de la sangre en el equilibrio cósmico. El sacrificio y el autosacrificio sangriento entre los mayas*. UNAM: 2003.

Núñez Cabeza de Vaca, Álvar

1971 *Nafragios y comentarios: con dos cartas y relación*. 5ª ed. Madrid: Espasa-Calpe.

O'Gorman, Edmundo

1979 *Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI: Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, fray Bartolomé de Las Casas, Joseph de Acosta*. México: SEP.

Okoshi, Tsubasa

1994 "Ecab: una revisión de la geografía política de una provincia yucateca". *Memorias del Primer Congreso Internacional de Mayistas*. Vol 3. México: UNAM: 280-287.

Ortega y Medina, Juan Antonio

1987 *Imagología del bueno y del mal salvaje*. México: UNAM.

Ortwin Sauer, Carl

1984 *Descubrimiento y dominación española del Caribe*. Stella Mastrangelo (trad.). México: FCE.

Ote, Enrique

1964 “La flota de Diego Colón. Españoles y genoveses en el comercio trasatlántico de 1509”. *Revista de Indias* 97-98: 475-481.

Pacheco, Joaquín (ed.)

1964 *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía...* T. 27. Madrid: Imprenta de Manuel B. de Quirós.

Padrón, Ricardo

2002 “Charting Empire, Charting Difference: Gómara’s *Historia General de Las Indias* and Spanish Maritime Cartography”. *Colonial Latin America Review* 11.1 (jun.): 47-69.

Paxton, Merideth

2001 *The Cosmos of the Yucatec Maya: Cycles and Steps from the Madrid Codex*. Albuquerque: University of New Mexico.

Pérez, José Baltazar

1950 *Ocho años entre salvajes: novela histórica yucateca*. 2ª ed. Mérida, Yucatán: Yucatanense Club del Libro.

Pérez-Mallaína Bueno, Pablo Emilio

1998 *Spain’s men of the sea: daily life on the Indies fleets in the sixteenth century*. Carla Rahn Phillips (trad.). Baltimore: Johns Hopkins University.

Preciado, Peggy Rosana

1995 *Cannibals in the Chronicles: Francisco Lopez de Gómara’s Conquista de Méjico and Bernal Diaz del Castillo’s Historia Verdadera*. Ann Arbor Michigan: University Microfilms International.

Quezada, Sergio

1993 *Pueblos y caciques yucatecos, 1550-1580*. México: COLMEX.

1997 *Los pies de la República: los mayas peninsulares, 1550-1750*. México: CIESAS-INI.

Ricoeur, Paul

1999 *Historia y narratividad*. Gabriel Aranzueque Sahuquillo (trad.). Barcelona: Paidós-UAB-ICE.

Roa de la Carrera, Cristián

2001 “La historia de Indias y los límites del consenso: Gómara en la cultura del imperio”. *Colonial Latin America Review* 10.1 (jun.): 69-86.

Romoli, Kathleen

1955 *Vasco Núñez de Balboa: descubridor del Pacífico*. Felipe Ximénez de Sandoval (trad.). Madrid: Espasa-Calpe.

Ruz Lhullier, Alberto

1959 *Tulum: Guía Oficial*. México: INAH.

Saavedra y Guzmán, Antonio de

1989 *El peregrino indiano*. José Rubén Romero (est. intr. y ed.). México: CONACULTA.

Sabloff, Jeremy A.

1998 “La isla de Cozumel”. *Arqueología Mexicana: los mayas del norte de Quintana Roo* VI.33 (sep.-oct.): 42-45.

Salas, Alberto Mario

1986 *Tres cronistas de Indias: Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Fray Bartolomé de las Casas*. 2ª ed. México: FCE.

Sánchez de Aguilar, Pedro

*Informe contra idolorum cultores del obispado de Yucatán*. Cambridge: General Microfilm Co.-Omnisys Co., 1990. 1 carrete de micropelícula, 35 mm.

Sánchez Reyes, Gabriela

2003 “Zarpar bajo el cobijo divino. Prácticas religiosas en los viajes de la Carrera de Indias”. Flor Trejo Rivera (coord.). *La flota de la Nueva España 1630-1631, vicisitudes y naufragios*. México: INAH: 145-208.

Sanders, William T.

1960 *Prehistoric Settlement patterns in Quintana Roo, Mexico*. Washington, D. C.: The Carnegie Institution of Washington.

Santos Vecino, Gustavo

1987 *Las etnias indígenas prehispánicas y de la conquista en la región del golfo de Urabá*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Schele, Linda y Mary Ellen Miller

1992 *The Blood of Kings: Dynasty and Ritual in Maya Art*. Londres: Thames and Hudson.

Solís, Antonio de

1972 *Historia de la conquista de México: población y progresos de la América septentrional, conocida por el nombre de Nueva España*. 2 vols. México: Editorial del Valle de México.

Sotelo Santos, Laura Elena

2002 *Los dioses del códice Madrid: aproximación a las representaciones antropomorfas de un libro sagrado maya*. México: UNAM.

Taboada, Hernán G. H.

2004 *La sombra del Islam en la conquista de América*. México: FCE-UNAM.

Terrazas, Francisco de

1941 *Poesías*. Antonio Castro Leal (ed., prol. y notas). México: Librería de Porrúa Hnos. y Cía.

Thomas, Hugh

1994 *La conquista de México*. Víctor Alba (trad.). México: Patria.

Torquemada, fray Juan de

1975 *Monarquía Indiana*. 7 vols. Miguel León Portilla (ed.). México: UNAM.

Torreblanca Roldán, María Dolores

1998 *La redención de cautivos malagueños en el Antiguo Régimen: siglo XVIII*. Málaga, España: Diputación Provincial de Málaga-Servicio de Publicaciones.

Torres de Arauz, Reina

1999 *Panamá indígena*. Panamá: Biblioteca de la Nacionalidad-Autoridad del Canal de Panamá.

Vallejo García-Hevia, José María

*Juicio a un conquistador. Pedro de Alvarado: su proceso de residencia en Guatemala (1536-1538)*. 2 vols. Madrid: Marcial Pond Ediciones de Historia.

Vargas Pacheco, Ernesto

1997 *Tulum: organización político territorial de la costa oriental de Quintana Roo*. México: UNAM.

Vargas Pacheco, Ernesto y Patricia Santillán

1992 "Sistema de enterramientos en Tulum". *Estudios de Cultura Maya* XIX: 113-134.

Vázquez de Tapia, Bernardino

1973 *Relación de meritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia: vecino y regidor de esta gran ciudad de Tenustitlan, México*. México: UNAM.

Villa Roiz, Carlos

1995 *Gonzalo Guerrero. Memoria olvidada, trauma de México*. México: Plaza y Valdés Editores-CONACULTA.

Villoro, Luis

2007 *El concepto de ideología y otros ensayos*. 2ª ed. México: FCE.

Wagner, Henry R.

1967 *The Spanish Southwest 1542-1794*. 2ª ed. 2 vols. Nueva York: Arno Press.

White, Hayden V.

1992 *Metahistoria: la imagen histórica en la Europa del siglo XIX*. Stella Mastrangelo (trad.). México: FCE.

Wiley, Gordon R.

1966 *An Introduction to American Archaeology*. 2 vols. Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice Hall.

Yáñez, Agustín

1993 *Crónicas de la conquista*. 5ª ed. México: UNAM.

Zorita, Alonso de

1999 *Relación de algunos de las muchas cosas notables que hay en la Nueva España y de su conquista y pacificación y de la conversión de los naturales de ella*. Ethelia Ruiz Medrano, Wiebke Ahendt y José Mariano Leyva (ed., paleografía, est. prel. y apéndices). 2 vols. México: CONACULTA.

## RECURSOS ELECTRÓNICOS

“Anachukuna”

*Tageo*. Web. 14 jun. 2007.

Anda Alanís, Guillermo de

“Los huesos del Cenote Sagrado Chichén Itzá, Yucatán”. *Arqueología Mexicana*. Web. 15 mar. 2012.

Archila M., Sonia

“Medio ambiente y arqueología de las tierras bajas del caribe colombiano”. *Boletín del Museo del Oro* 34-35 (1993). *Biblioteca Luis Ángel Arango*. Web. 12 ago. 2008.

Castillo, Neyla

“Complejos arqueológicos y grupos étnicos del siglo xvi en el occidente de Antioquia”. *Boletín del Museo del Oro* 20 (1988). *Biblioteca Luis Ángel Arango*. Web. 8 ago. 2008.

Cervantes Saavedra, Miguel

*El trato de Argel*. *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. Web. 12 mar. 2012.

*Los baños de Argel*. *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. Web. 12 mar. 2012.

“La ciudad”

*Ayuntamiento de Écija*. Web. 12 jun. 2008.

Colomer Amat, Emilia

“Libros de horas impresos en España en el primer tercio del siglo xvi. Reseña de una edición perdida”. *Locvs Amoenus* 4 (1998-1999): 127-135. Web. 20 feb. 2011.

Díaz, Juan (atribuido)

“Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán, en la India, el año 1518, en la que fue por Comandante y Capitán General Juan de Grijalva”. *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. Web. 10 nov. 2008.

“Eugenio Aguirre”

*Esmas.com*. Web. 10 nov. 2008.

Falchetti, Ana María

“Desarrollo de la orfebrería Tairona en la provincia metalúrgica del norte colombiano”. *Boletín del Museo del Oro* 19 (mayo-ago. 1987). *Biblioteca Luis Ángel Arango*. Web. 8 ago. 2008.

“Golfo de Urabá”

*Instituto Colombiano de Antropología e Historia*. Web. 4 mar 2009.

Harris, Lewis D.

“Rodrigo de Bastidas and the Discovery of Panamá”. *Geographical Review* 74.2 (abr. 1984): 170-182. *Jstor*. Web. 14 ago. 2008.

Herrera, Luisa Fernanda

“El manejo del medio ambiente natural por el hombre prehispánico en la Sierra nevada de Santa Marta”. *Boletín del Museo del Oro* 19 (mayo-ago. 1987). *Biblioteca Luis Ángel Arango*. Web. 8 ago. 2008.

“Horas canónicas”

*Wikipedia*. Web. 12 feb. 2011.

Jimeno, María Cristina y Gerardo Reichel-Dolmatoff

*Caribe Colombia*. Biblioteca Luis Ángel Arango. Web. 9 ago. 2008.

“Loaysa y Mendoza, García de”

*ArteHistoria*. Junta de Castilla y León. Web. 12 oct. 2008.

“Localización sitios arqueológicos en el golfo de Urabá”

*Instituto Colombiano de Antropología e Historia*. Web. 4 mar. 2009.

“Méritos y servicios: Jerónimo de Aguilar: Tierra Firme”

*Portal de Archivos Españoles*. Ministerio de Cultura. Web. 10 mar. 2012.

“Méritos, servicios: Luisa de Aguilar y padre: Nueva España”

*Portal de Archivos Españoles*. Ministerio de Cultura. Web. 12 mar. 2012.

*Las migraciones en un mundo interdependiente: nuevas oportunidades para actuar*

Suiza: Comisión Mundial sobre las Migraciones Internacionales, 2005. Web. 20 mar. 2011.

“Murió Mario Aguirre; periodista veracruzano”

*Diario de México*. 4 abr. 2007. Web. 10 nov. 2008.



“Oro de Colombia. Chamanismo y orfebrería”

*Museo Chileno de Arte Precolombino*. Web. 14 jun. 2008.

Oyuela Caycedo, Augusto

“Gaira: Una introducción a la ecología y arqueología del Litoral de la Sierra Nevada de Santa Marta”. *Boletín del Museo del Oro* 19 (mayo-ago. 1987). *Biblioteca Luis Ángel Arango*. Web. 8 ago. 2008.

“Pedro Bank”

*Wikipedia*. Web. 10 jun. 2008.

“Pequeño oficio de Nuestra Señora”

*Enciclopedia católica*. Web. 15 mar. 2011.

Plazas, Clemencia

“Forma y función del oro Tairona”. *Boletín del Museo del Oro* 19 (mayo-ago. 1987). *Biblioteca Luis Ángel Arango*. Web. 8 ago. 2008.

“Postcards from the Field. Nature’s Bank: Assesing Coral Reef in Jamaica”

*The Nature Conservancy*. Web. 16 jun. 2008.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo

“Reseña de libros: Arqueología de Colombia un texto introductorio. Boletín Museo del Oro”. *Boletín del Museo del Oro* 19 (mayo-ago. 1987). *Biblioteca Luis Ángel Arango*. Web. 8 ago. 2008.

“Sífilis”

*Wikipedia*. Web. 10 ene. 2011.

“Surface Currents in the Caribbean Sea”

*The Cooperative Institute for Marine and Atmospheric Studies*. Web. 12 jun. 2008.

“Torcuato Luca de Tena”

*Wikipedia*. Web. 10 nov. 2008.

“Trastornos producidos por el calor”

*Manual Merck en español*. Web. 12 jun. 2008.

“La trata de personas, una industria criminal de rápido crecimiento”

ACNUR. La agencia de la ONU para los refugiados. Web. 12 ene. 2011.

Uribe, María Alicia

“Introducción a la orfebrería de San Pedro de Urabá”. *Boletín del Museo del Oro* 20 (1988). *Biblioteca Luis Ángel Arango*. Web. 8 ago. 2008.

Vallado Fajardo, Iván

*Cristianos españoles e indios yucatecos en las historias del siglo XVI y XVII*. Mérida: Prohispen, 2006. DVD.

“Las huellas del Jerónimo de Aguilar imaginario”. *Yucatán: identidad y cultura maya*. UADY. Web. 1 mayo 2011.

“Jerónimo de Aguilar. Conquistador de México”. *Yucatán: identidad y cultura maya*. UADY. Web. 1 mayo 2011.

*Del buen cautivo y el mal salvaje.  
Nafragios y cautiverios de Jerónimo de Aguilar*

editado por el CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES, siendo el jefe de Publicaciones SALVADOR TOVAR MENDOZA, se terminó de imprimir el 14 de marzo de 2013 en los talleres de Editorial Cromo Editores, S. A. de C. V., Miravalle núm. 703, Portales, México, D. F.

La formación (en tipos Adobe Garamond Pro, 11:13.3, 9:11 puntos) fue realizada por RICARDO RODRÍGUEZ ALEMÁN y SALVADOR TOVAR MENDOZA.

Los textos estuvieron al cuidado de SALVADOR TOVAR MENDOZA y RICARDO RODRÍGUEZ ALEMÁN. El diseño de los forros lo realizó SAMUEL FLORES OSORIO. Los mapas fueron hechos por ÓSCAR VILLAFÁÑEZ

El tiraje consta de 300 ejemplares impresos en *offset* sobre papel cultural de 90 g.